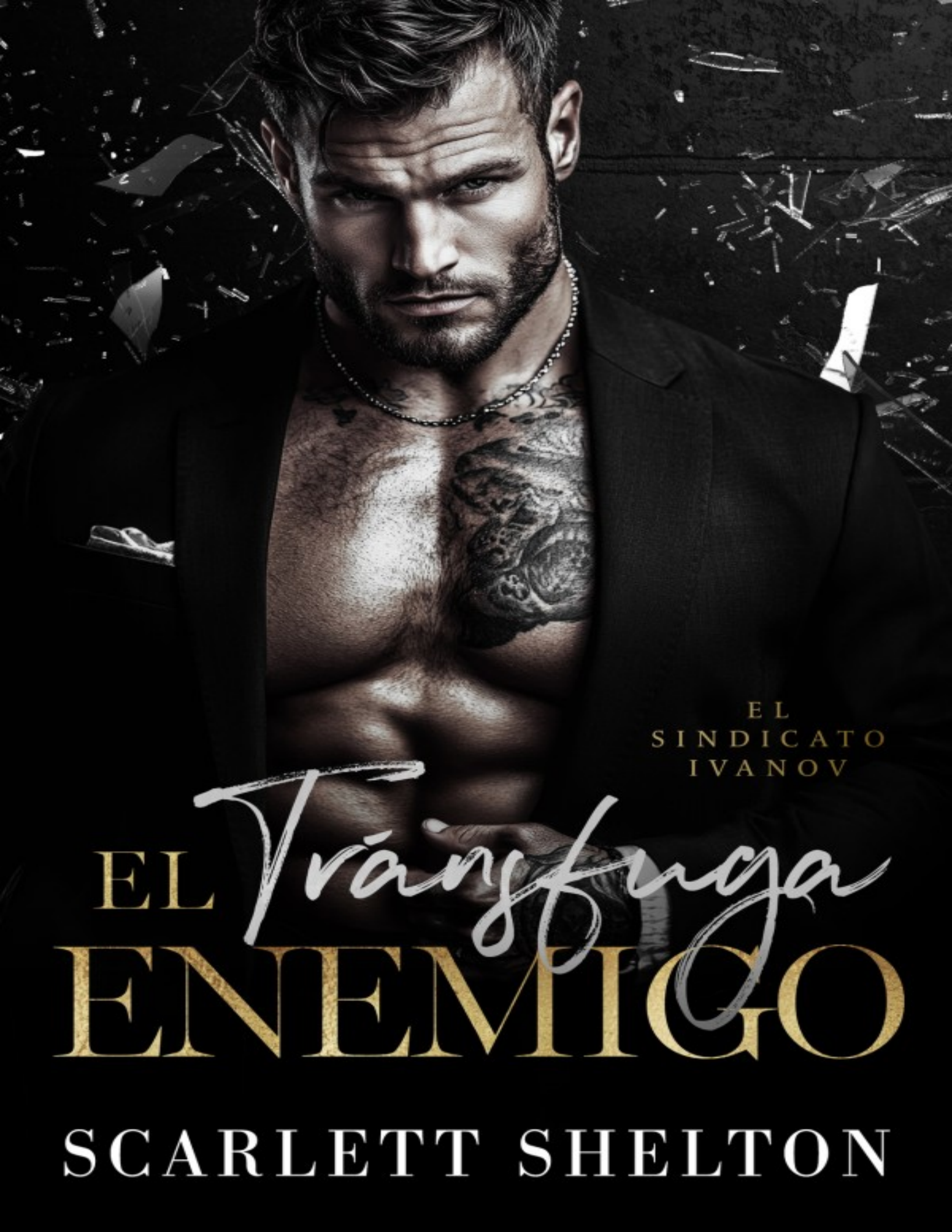

EL SINDICATO IVANOV
EL Transfuga ENEMIGO
SCARLETT SHELTON

EL TRÁNSFUGA ENEMIGO

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2025 por Scarlett Shelton

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

 Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

ÍNDICE

Blurb

1. Katerina
2. Nikolai
3. Katerina
4. Nikolai
5. Katerina
6. Nikolai
7. Katerina
8. Nikolai
9. Katerina
10. Nikolai
11. Katerina
12. Nikolai
13. Katerina
14. Nikolai
15. Katerina
16. Nikolai
17. Katerina
18. Nikolai
19. Katerina
20. Nikolai
21. Katerina
22. Nikolai
23. Katerina
24. Nikolai
25. Katerina
26. Nikolai
27. Katerina
28. Nikolai
29. Katerina
30. Nikolai
31. Katerina
32. Nikolai
33. Katerina

34. Nikolai
35. Katerina
36. Nikolai
37. Katerina

BLURB

Traicioné a mi linaje… por el hombre al que debería haber temido.

Nikolai Ivanov. Mi enemigo. Mi obsesión. El padre de mi bebé.

Durante treinta días, lo cacé.
A través de susurros. Sangre. Silencio.
Lo encontré roto. Torturado.
Aún luchando por nosotros.

Una noche robada. Un roce prohibido.
Ahora su hijo crece dentro de mí.
Nuestro secreto. Nuestra debilidad. Nuestra guerra.

Mi tío me quiere muerta.
Los Romano quieren silenciarme.
Nik lucha como un demonio para protegernos.
»Nadie toca lo que es mío«, gruñe.
Sus manos me reclaman. Me poseen. Me veneran.

Pero ahora han comenzado las contracciones.
El bebé está en camino.
Y estamos rodeados.

Los hombres de Anton están en nuestra puerta.
Nik tiene su pistola cargada.
Una mano firme en el gatillo—
La otra en mi vientre hinchado.

»**No dejaré que te lleven**«, susurra.
El bebé patea.
Y comienzan los disparos.

Nota de la autora: El Tránsfuga Enemigo es un romance mafioso oscuro, ardiente y emocionalmente explosivo que presenta un **giro de enemigos a amantes**, **proximidad forzada**, **embarazo prohibido**, **un matrimonio de conveniencia** y **una heroína dividida entre la sangre y el amor**. Espera altas apuestas, lealtad brutal, energía alfa protectora y un amor que desafía los límites entre familias criminales.

1

KATERINA

Lo sabía.

Joder, lo sabía.

Lágrimas ardientes brotaban de mis ojos. Mi visión se nubló, pero la imagen frente a mí seguía siendo la misma. Me limpié la humedad con furia y tomé una profunda bocanada de aire, intentando respirar a través del dolor de lo que estaba presenciando.

Por fin, después de tanto tiempo de dudas y sospechas, tenía una prueba.

Por fin, sabía que mi tío había matado a mi padre.

De nuevo, porque tenía que convencerme de que esto no era una ilusión óptica y que mis ojos no me estaban engañando, pulsé *play*. La grabación de vigilancia comenzó otra vez y, igual que las diez veces anteriores que había dejado que esto se reprodujera en la pantalla, mi tío Anton levantó el brazo y disparó a mi padre. Este fue el momento en que Thomas Kozlov había muerto, y su muerte fue todo por culpa de Anton.

¡Joder, lo sabía!

El impulso de gritar permanecía embotellado dentro de mí. Esta rabia profunda y ardiente se gestaba en mi interior, haciendo temblar mis dedos mientras copiaba el viejo vídeo en mi disco duro externo. La ira me llenaba con una intensidad que apenas podía

controlar, pero no me pilló por sorpresa esta revelación que por fin había encontrado.

Durante años, había tenido la corazonada de que mi tío podría haber sido quien mató a mi padre. Desde que perdí a mi padre, no había tenido a nadie ni nada. Como hija única de una madre que murió durante mi nacimiento, no tenía hermanos. Como un enemigo había peleado con Anton cuando eran jóvenes y lo dejó estéril, no tenía primos.

Todos estos años, estuve sola y echando de menos a mi familia, y ahora, tenía pruebas irrefutables de que mi tío no era familia mía.

Era un cabrón hambriento de poder. Un asesino que eliminaría a su propio hermano solo para poder llamarse a sí mismo el jefe de la Familia Kozlov.

Lo sabía.

Tener pruebas de que Anton mató a mi padre me dio una sensación de cierre que había anhelado todo este tiempo. La soledad a la que tuve que sucumbir no se justificaba con este hecho, pero ahora lo sabía. Sabía hasta qué punto Anton era capaz de rebajarse. Sabía cuánto tiempo podría tolerar su presencia.

Porque con esta última pieza del misterio que nunca pude resolver sobre la muerte de mi padre, ya había terminado. Me había ido. Si alguna vez volvía a ver a Anton, moriría intentando matarlo.

Sonaron pasos en el pasillo y me tensé. Quedándome completamente inmóvil, no me atreví a tocar ningún botón. No podía arriesgarme ni a respirar. Contener el aire en mis pulmones me ayudaba a contener las lágrimas al ver la imagen de los últimos momentos de mi padre antes de que su hermano menor le disparara en la cara. La espeluznante imagen era algo que nunca olvidaría, y serviría como la motivación definitiva para alejarme de aquí lo más posible.

Los sonidos de los guardias caminando por el pasillo pasaron, y exhalé lentamente antes de desmayarme por falta de oxígeno.

Ahora que tenía mi prueba, tenía que salir de aquí. Extraje el disco del ordenador y metí el delgado dispositivo en mi bolsillo. Escabullirme hasta esta área de almacenamiento de la mansión no

había sido fácil, pero mientras pudiera contar con un poco más de suerte y salir de aquí, estaría bien.

Se me acababa el tiempo para llevar esto a cabo. Anton se movía mucho, quedándose en las diversas propiedades que poseía. Con ese estilo de vida nómada, me arrastraba a mí también por todas partes. No "confiaba" en mí porque respondía demasiado. No "favorecía mi presencia" porque siempre había sido fría con él, convencida de que había matado a mi familia. Y no "le importaba verme" cuando expresaba lo mucho que no me gustaba la dirección que estaba tomando la familia Kozlov después de la muerte de mi padre. Yo era la pesadilla que no quería cerca, pero nunca había confiado en dejarme sin supervisión.

Cualquier día de estos, volvería de su viaje de un mes a Grecia. Y en el segundo en que regresara, sabría que no había cumplido con sus órdenes de realizar un matrimonio concertado semanas atrás. Había enviado a mi doncella en mi lugar, rezando por tener acceso sigiloso y sin supervisión a todas las unidades de almacenamiento para encontrar la prueba de que él había matado a mi padre.

Ahora la tenía. Una copia de aquel fatídico día estaba en el disco de mi bolsillo.

Subiéndome a hurtadillas para parar en mi habitación, vigilé los pasillos y escuché a los guardias. Se suponía que no debía estar aquí, y maldita sea si alguno de estos hombres de Kozlov que permanecían leales a Anton me impedía marcharme.

Ignorando las lágrimas secas en mis mejillas, hice caso a mis sentidos agudizados y me escabullí de vuelta a la planta donde estaba mi antigua habitación.

Nadie me detuvo en el camino. Nadie se cruzó en mi camino.

Pero en el segundo en que abrí la puerta de mi dormitorio, entré precipitadamente y luego cerré la puerta detrás de mí de manera rápida pero silenciosa, entré en pánico al ver a alguien allí.

Abalanzándome hacia delante para evitar que se girara y chillara alarmada, rodeé el cuello del ama de llaves con mi brazo y cubrí su boca con mi mano.

—Soy yo —susurré—. Soy *yo*, Joann.

La amable mujer mayor dejó de resistirse, volviendo sus ojos bien abiertos y asustados hacia mí. Su frágil cuerpo se desplomó de alivio y retiré mi brazo.

—Oh, Katerina —se giró para abrazarme con fuerza, luego me sostuvo a la distancia de un brazo—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás aquí? ¿Dónde has estado? —Se esforzó por tragar después de esa retahíla de susurros frenéticos.

—Yo... —Negué con la cabeza, entristecida de nuevo por la muerte de mi padre para contarle lo que había descubierto. No importaba cuánto tiempo pasara. El agujero en mi corazón que él había dejado me dolería para siempre—. Yo...

—¿Dónde has estado todo el mes? —insistió, casi maternal al respecto. Era la única figura materna que había tenido en toda mi vida. Mientras lo preguntaba, me examinaba críticamente, haciendo un inventario para ver si estaba herida—. ¡Me has tenido preocupadísima!

—He estado revisando todas las propiedades buscando pruebas de lo que ocurrió el día que mataron a mi padre. Como Anton está en Grecia y no podía vigilarme de cerca, tuve que aprovechar esta oportunidad para encontrar la verdad de una vez por todas.

Asintió con el ceño fruncido. —Pero volverá pronto, si es que no está ya aquí.

—Lo sé...

—¡Y Lucy ha desaparecido!

Negué con la cabeza. —No. No ha desaparecido. Anton quería que cumpliera con un acuerdo matrimonial hecho entre padre y Grigory Ivanov. Se suponía que debía ir allí hace un mes y casarme con uno de los hermanos, pero como esta sería mi única oportunidad de buscar las pruebas, envié a Lucy en mi lugar.

Me miró boquiabierta, conmocionada. —¡Katerina! No lo habrás hecho.

Asentí de nuevo. —Sí lo hice. Le pedí que ocupara mi lugar y los engañara mientras yo buscaba respuestas. —Me humedecí los labios, apresurada y poniéndome nerviosa por estar aquí expuesta como un pato sentado. Tenía razón. Anton debía estar regresando pronto, y no quería que me pillara aquí cuando volviera. Estaría

furioso de que hubiera frustrado sus planes. Aunque me daba igual lo enfadado que estuviera conmigo, necesitaba tener recursos para vengar a mi padre y matar a mi tío.

—Le dije que pagaría el cuidado de su madre si hacía eso por mí. Y lo haré. —Seguía sin entender por qué el pago que había hecho no se había procesado. Lo intentaría de nuevo, pero no era buena señal para mí. Cuando ese pago fue cancelado, tuve que preocuparme de que eso significara que Anton o Dmitri, su leal asistente, hubieran notado el pago y lo hubieran detenido.

—Tengo que irme.

—Ahora —insistió Joann—. Si Anton regresa y ve que no has seguido sus órdenes...

Fui a coger mi bolsa, metiendo ropa al azar. —Lo sé. Lo sé.

Vino conmigo, apresurándose a pasarme cosas para guardar en la bolsa. —Estará furioso porque le has desafiado. Y lo va a saber. Oí a Dmitri preguntándose dónde estaba Lucy.

Entrecerré los ojos, odiando a ese guardia demasiado entusiasta. Le había impedido que intentara manosear a esa dulce criada antes.

—Le dije que debía haber renunciado —dijo Joann, todavía con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que está a salvo con los Ivanov —dije, manteniendo la voz baja—. Debe haberse casado con Damon o Saul.

—¿No con Nikolai? —Alzó las cejas, muy consciente de lo cercana que era yo con Nikolai Ivanov. O lo cercana que trataba de *no* ser con ese hombre que siempre me había tentado.

—No. —Negué con la cabeza—. Porque no está en casa. —Fruncí el ceño y la miré—. Nik fue capturado. —Enderecé bruscamente la bolsa para cerrarla con la cremallera—. Y ahora que he terminado de buscar pruebas sobre la muerte de mi padre, puedo dedicar todos mis esfuerzos a localizarlo.

Desde que escuché por primera vez a los guardias de la casa hablar sobre la captura de Nik, supe instintivamente que Anton debía haber tenido algo que ver. En mis ratos libres, hackeé y busqué pistas sobre dónde podría estar retenido Nik, pero no había podido encontrarlo en ninguna de las propiedades de los Kozlov. Me había

escabullido por la noche para revisar los edificios exteriores de esta finca, sin éxito.

—¿Irás tras él?

Asentí, mirando a Joann a los ojos. —Tengo que hacerlo.

Joann hizo una mueca. —Pero Katerina...

—*Tengo que* hacerlo —repetí. Se suponía que Nikolai Ivanov era mi enemigo. Desde la muerte de padre y el gobierno de Anton, la amistad de larga data entre las familias se había desintegrado. Padre y Grigory Ivanov fueron una vez amigos. Aliados. Solía llevarme bien con los hermanos Ivanov cuando éramos niños. Sin embargo, bajo el mando de Anton, claramente los apartó como enemigos, demasiado envidioso para querer todo lo que tenían.

Nunca había podido aceptarlo. Mi tío nunca pudo convencerme de que podía odiar y despreciar a los Ivanov. Nik no era mi enemigo. Y seguía siendo el único hombre al que nunca podría traicionar. Ni con mi corazón, ni con mi mente, ni con mi alma.

Incluso si significaba desertar de la Familia Kozlov, estaba lista para dar ese último paso.

—Tengo que encontrar a Nik —le dije a Joann.

—Te matarán —insistió severamente, sin elevar la voz por si alguien estaba escuchando—. ¡Me sorprende que no te hayan matado todavía, husmeando en busca de pruebas durante todo este último mes!

Negué con la cabeza, obstinada en mi decisión y desatendiendo sus preocupaciones.

—¿Es por eso que enviaste a Lucy en tu lugar? —preguntó—. ¿Porque sabías que Nik no estaba en casa y no podías casarte con uno de sus hermanos?

—Sí. Y no. —Me colgué la correa de la bolsa al hombro y la miré. No me llevaba mucho, pero era lo mejor. Ninguna cosa material de aquí me devolvería a mi padre. Ninguna baratija o objeto de valor me serviría bien mientras buscaba a Nik y me escondía de Anton. Esto era todo. Una ruptura final y limpia. Las únicas cosas que me importaban eran las fotos que tenía de mi padre, todas las imágenes digitales que había guardado cuando Anton eliminó todas las fotos de él en la casa. Esas fotos estaban a salvo en mi nube. El collar que

mi padre me dio en el último cumpleaños mío en el que estuvo vivo descansaba en mi pecho, tan seguro como siempre. Tenía todo lo que necesitaba y quería.

—No podía casarme con otro Ivanov —le dije, la mera idea era demasiado ridícula para considerarla—. Y no podía irme para casarme con *nadie* más. Estas últimas semanas eran mi única oportunidad para encontrar las pruebas de que Anton mató a padre. Él asumió que yo estaría en otro lugar, esperando a que me contactara para probablemente espiar para él. Era mi única oportunidad de conseguir las pruebas. —Una vez más, lágrimas ardientes escaparon de mis ojos.

—Oh... —Su expresión decayó mientras me atraía para darme un abrazo—. Él lo mató, ¿verdad?

Asentí, frotando mi cara húmeda en su hombro y deseando que no fuera cierto. Deseando que mi padre siguiera vivo hasta hoy.

—Lo hizo —le dije—. No dudó en matarlo.

Mientras me frotaba la espalda, dándome el consuelo que podía, me juré a mí misma que esta no sería la última vez que la vería. No podía ser la última vez que nos abrazáramos y estuviéramos ahí la una para la otra. Nunca se me había permitido tener privacidad o una vida propia bajo la supervisión de mi tío. Nunca había tenido amigos excepto el personal contratado.

Me aparté y me sequé los ojos. —Volveré a por ti, Joann. Una vez que encuentre a Nik y le ayude a regresar a su familia, le pediré que me ayude a sacarte de aquí.

Suspiró, frunciendo el ceño como si no fuera lo suficientemente valiente para decirme que no me hiciera ilusiones.

—Lo haré —insistí. Desde que vi la prueba de la muerte de mi padre, ahora sabiendo que Anton lo había matado, estaba abrazando este último capítulo. Estaba cerrando para siempre este periodo de ser una Kozlov. No podía decir qué sería en el futuro o dónde podría terminar, pero tenía que ver esto como una forma de forjar mi propio camino. Mi propia identidad.

Desobedecer las órdenes de Anton de casarme y probablemente terminar como una espía para él fue el primer golpe.

Escabullirme y encontrar la evidencia que él había escondido sobre la muerte de mi padre fue un segundo golpe.

Pero desafiar a mi tío astuto y manipulador para liberar a Nik, el supuesto enemigo al que había tenido que encarcelar en una propiedad que poseía, ese sería el tercer y último golpe.

Me iba de aquí.

Nunca volvería a estos pasillos vacíos y residencias sin amor que él habitaba.

Y no sentía ni un ápice de remordimiento, demasiado embriagada por esta nueva ira después de ver el vídeo de Anton disparando a mi padre.

—Tengo que irme ahora —le dije, sacudiendo la cabeza ante lo imposible que sonaban esas palabras al salir de mis labios—. No puedo quedarme aquí más tiempo.

—Ten cuidado. Por favor, Katerina. —Bajó mi cabeza para poder besarme la frente—. *Por favor*, ten cuidado.

—Lo tendré.

Dentro de lo razonable.

Se necesitaba valor para enviar a mi doncella en mi lugar para un matrimonio y luego esconderme. Se necesitaba determinación para escabullirse y hackear ordenadores y buscar ese vídeo oculto. Y se necesitaría más temple y agallas para buscar al enemigo que se suponía que no debía querer salvar.

—Quizás puedes dejar que los hermanos de Nik lo encuentren —argumentó Joann con una mueca—. Deja que ellos se encarguen de eso mientras tú averiguas cómo esconderte y mantenerte alejada de Anton.

—No. —Negué con la cabeza. Si iba a desertar y volverme contra el nombre de los Kozlov, sería para rescatar al único hombre del que nunca podría decirme a mí misma que me mantuviera alejada.

Voy a buscarte, Nikolai.

Ten paciencia y espérame.

Sin embargo, mientras me daba la vuelta para irme, no tenía una visión clara en mi mente de dónde podría terminar después de hacer esta última buena acción en desafío a mi tío.

2

NIKOLAI

El motor rugió, aumentando el retumbar vibrante que me atravesaba. Tumbado boca abajo en la parte trasera de otra furgoneta más, esperé a que las náuseas desaparecieran. Despertar así se estaba volviendo realmente jodido. Ser zarandeado y rodar en la parte trasera de un vehículo no era una experiencia agradable.

Solo un poco más.

Ya había pasado un mes y, aunque incluso unos pocos días en cautiverio eran frustrantes como el infierno, aún no podía escabullirme.

Podría hacerlo.

El hecho es que *podría* matar a estos cabrones sin nombre que me habían secuestrado. Después de muchos años entrenando en combate, artes marciales y numerosos métodos de defensa personal, tenía la habilidad suficiente para evadir a mis captores. No sería fácil porque me superaban en número, pero era factible.

La furgoneta viró bruscamente, luego compensó con un giro más largo y gradual en la dirección contraria. Deslizándome por el suelo mugriento, mi cuerpo siguió el impulso de la furgoneta mientras aceleraba. La bilis me subió por la garganta, pero no tragué con

fuerza. Cuantos menos movimientos hiciera, menos pensarían estos imbéciles que estaba despierto.

Respira profundo.

Aguanta.

Resiste.

Solo un poco más.

Llevaba repitiendo las líneas de ese mantra durante semanas. Hace poco más de un mes, fui capturado a plena luz del día por hombres enmascarados que no pude identificar. Durante todo mi tiempo en cautiverio, me recordaba a mí mismo que debía mantenerme fuerte, sonreír y aguantar a pesar de la confianza de que podría matarlos y escapar.

Luego vinieron los baches sobre un tramo más rocoso del pavimento, sacudiéndome con pequeños golpes y piedras mientras yacía aparentemente inconsciente.

Me habían golpeado en el último lugar donde me retuvieron. Ese era el patrón. Llevarme a un nuevo sitio, golpearme y luego trasladarme de nuevo. Cada vez que me reubicaban, esta puta bolsa asquerosa cubría mi cabeza y me impedía ver.

En este último lugar, me atacaron tan implacablemente que ni siquiera tuve que fingir desmayarme. Quedé inconsciente, solo para —otra vez— despertar en esta furgoneta, en movimiento.

Fingir estar inconsciente era solo uno de mis trucos del oficio. Como el mejor espía de mi familia, dependía de una variedad de habilidades para obtener cualquier información que pudiera. Y esa era exactamente la razón por la que me abstenía de escapar.

—¿Crees que está inconsciente? —preguntó uno de los hombres desde la parte delantera, probablemente desde el asiento del copiloto a juzgar por la dirección de su voz.

Sin acento.

Sin tono familiar.

Maldije lo frecuente que estos hombres cambiaban y rotaban. No eran aficionados, eran conscientes de no dejarme captar ninguna pista predecible.

—Sí. Me sorprende que siga vivo —dijo otro hombre, probablemente el conductor.

Puse los ojos en blanco, sabiendo que el áspero tejido de la bolsa sobre mi cabeza ocultaría mi reacción. Hacer esa expresión facial dolía, sin embargo. Cortesía de los puñetazos que había recibido, mi piel dolía e hinchaba. Aun así, no hice ningún movimiento perceptible que pudieran detectar. Dejar que pareciera un saco de huesos dormido me daría más tiempo para escuchar.

¿Pero cuánto tiempo más?

Ser secuestrado me cabreaba. Apuesto a que ser capturado molestaría a cualquier persona cuerda, pero no era como si esta fuera mi primera vez. Me habían capturado antes. Anteriormente me había dejado atrapar para poder acercarme al enemigo y espiar, muy parecido a cómo estaba tratando esta experiencia. Cuando aún era un niño, me secuestraron y me retuvieron cautivo con dos de mis hermanos. Aquella prueba también había durado más de un mes y me sirvió como primera lección de cómo no entrar en pánico cuando te mantienen como rehén.

No estaba ni cerca de entrar en pánico ahora.

Solo molestia.

Frustración.

Impaciencia.

Porque no importaba cuántos días pasaran, no estaba más cerca de saber quién había ordenado esto. Estos hombres que me golpeaban y transportaban no eran los que necesitaba eliminar. Eran lacayos, sicarios y contratistas contratados independientemente que hacían el trabajo sucio de forma anónima. Aunque me cubrieran la cara y rara vez tuviera la oportunidad de ver a los cabrones que se encargaban de reubicarme constantemente, sabía eso.

Estos hombres no eran miembros de la Familia Kozlov. No eran los Romano. Y dudaba que fueran parte de los cárteles o bandas de moteros.

No. Estos imbéciles eran manos contratadas, y estaba realmente harto de esa distancia.

Tenía que saber quién ordenó mi captura. Necesitaba saber qué enemigo estaba firmando su sentencia de muerte al hacerme secuestrar y retener. Con todos los incidentes que ocurrían en casa con mi familia, esto tenía que ser un golpe más contra nosotros.

Primero, envenenaron a mi padre.

Luego, otro intento de matarlo.

Durante meses, habíamos estado lidiando con ataques pequeños pero acumulativos contra el Sindicato Ivanov. Nuestras propiedades eran objetivos. Nuestros hombres eran atacados. El fraude ocurría con más frecuencia. Era el tema del antagonismo al que nos enfrentábamos lo que había hecho que mi hermano mayor, Maxim, reflexionara sobre que estábamos experimentando la calma antes de la tormenta.

Alguien estaba decidido a arruinarnos.

Un enemigo estaba ahí fuera, tramando acabar con mi familia.

Pero esta no era la primera vez que nos enfrentábamos a eso. Y no sería la última.

Tenía que hacer mi parte para resistir este zarandeo. Solo un poco más, tenía que dejarme mantener cautivo para descubrir quién era el responsable final de este ataque.

—Por allá —dijo uno de los hombres.

—Lo veo.

Yo no veía una mierda, pero sabía que todo era parte de su plan. Como regla general, cuanto más se transportaba y reubicaba a un cautivo, menores eran sus posibilidades de escapar. Mantenerse en movimiento y no retenerme en ningún sitio durante mucho tiempo era parte del plan de estos capullos.

Tarde o temprano, cometerían un error. Cualquier día de estos, tendría una idea más clara de quién había ordenado mi secuestro.

Y cuando llegue ese día... En cuanto lo sepa...

Estarían muertos. Así de simple.

Permaneciendo inerte y dejando que los hombres me arrastraran, continué con esta estratagema de parecer inconsciente. No fueron nada delicados, sujetándome por debajo de los brazos y arrastrando mi cuerpo sobre la grava hasta que me dejaron caer dentro de una habitación sin muebles. Hacía frío, pero eso no me decía mucho. Después de todos los escalones por los que habían cargado mi cuerpo, tenía que estar en otro nivel de sótano donde intentarían torturarme de nuevo.

Ni siquiera eso me intimidaba. Habían dejado claro desde el primer día que debía permanecer vivo. Esa fue su primera pista. Era más valioso vivo que muerto. Y ahora solo tenía que averiguar para qué me querían en primer lugar.

¿Quieren que Maxim pague por mí? ¿Con un acuerdo o dinero?

Era totalmente posible, y encajaría con la idea de mantenerme intacto y vivo.

¿Solo están intentando causar problemas mientras esperamos a que Padre se recupere del envenenamiento?

Si ese fuera el caso, estarían presumiendo de esta captura, no ocultándome.

¿O me han cogido porque...

Quería sacudir la cabeza mientras me arrojaban a la esquina de una habitación húmeda y fría. Dos paredes sujetaban mi espalda magullada, pero aun así, me negué a dejarles saber que estaba despierto. Incluso cuando me arrancaron la capucha de la cabeza, seguí fingiendo estar muerto.

No pueden haberme cogido por Katerina...

Sin embargo, esa era la única otra razón que me venía a la mente. Katerina Kozlov había sido mi amiga de la infancia. Más o menos. Luego se suponía que era una potencial enemiga de la familia con su padre muerto y su tío al mando.

Pero a partir de aquella noche cuando le pedí ayuda para hackear las cámaras de vigilancia cuando envenenaron a mi padre...

Se había convertido en mi amante.

Durante esa única noche prohibida, me atreví a actuar según mis deseos más profundos y follarme a mi enemiga.

Si alguien supiera de eso-

Descarté esa posibilidad, que me hubieran cogido porque me acosté con Katerina aquella noche. Si alguien supiera que había mantenido relaciones con la "enemiga" de esa manera, ella estaría en mayor peligro que yo.

Los hombres me dejaron tirado en el suelo húmedo y maloliente. Siguiendo el sonido de sus pasos, esperé hasta que se marcharon. Una puerta se cerró tras sus pasos que se alejaban. El metal golpeó con seguridad contra el marco hasta que sonó un *clic*.

Y después nada.

El silencio reinaba.

Solo se notaban los sonidos de mi respiración.

Y esperé.

Luego esperé un poco más.

Solo cuando consideré que era seguro, que me habían dejado aquí completamente solo para sufrir y permanecer atrapado, empecé a abrir un ojo. Al no ver nada más que paredes desnudas manchadas de sangre, abrí más los ojos para asimilar la macabra escena.

Me habían llevado a otra sala de tortura, un lugar donde otras personas habían sido retenidas o asesinadas.

Mientras abría más los ojos y dejaba que se acostumbraran a la luz casi inexistente, suspiré y me di cuenta de que no me moverían de nuevo durante el resto de la noche.

Maldita sea.

Cualquier otra persona en esta situación estaría asustada. Pero yo no. No es como si fueran a matarme. Si me quisieran muerto, lo habrían conseguido hace mucho tiempo.

Entonces, ¿cuál es el maldito objetivo?

Alguien tenía que estar haciendo uno al mantenerme capturado, pero hasta que supiera quién había dado esta orden a estos contratistas aleatorios, estaría atrapado en este misterio.

Asegurándome de que no hubiera cámaras en la habitación vacía, me deslicé hacia un lado. Forzando mis brazos a moverse con la holgura de las esposas, me encogí para llevar mis manos frente a mí.

Joder, me estoy haciendo viejo.

No debería estar tan rígido, tan difícil de mover. Estar esposado y capturado pondría una mella en los planes de entrenamiento de cualquiera, así que no me regañé durante mucho tiempo. En cambio, mientras estaba solo, me incliné más hasta que pude recuperar el pequeño y anticuado teléfono que permanecía en una ranura delgada cosida en mi bolsillo. Como estaba apagado y porque lo había manipulado para hacerlo imposible de rastrear, nadie había descubierto que lo llevaba encima.

Entrecerré los ojos ante la luz mientras lo encendía, y me estremecí al ver que la batería se estaba agotando. No tendría forma de cargarlo pronto, y no sería de ninguna ayuda.

Como hacía todos los días, escribí una sola línea para enviar a mi ordenador en casa. Llamar blog a este programa no tendría sentido, pero esa era la forma más simple de ver esta correspondencia. Esta única línea era un código que mis hermanos y yo conocíamos, que *solo* mis hermanos y yo conocíamos, y como estarían vigilando mis cosas en mi ausencia, estaba seguro de que verían estos mensajes diarios con este código y lo tomarían por lo que pretendía que fuera.

Una prueba de vida.

Un aviso de que estaba bien.

Un recordatorio de que estaba en el caso.

Mis hermanos sabrían que tenía acceso a mi teléfono de respaldo de esta manera, y con ese conocimiento, podía asegurarles que no estaba muerto o al borde de la muerte. Podrían saber que tenía los medios para pedir ayuda pero decidí no hacerlo.

Porque de ninguna manera iba a renunciar a esta ventaja. Mientras alguien quisiera meterse con mi familia y secuestrarme —algo que bien podrían hacerle a mis hermanos— observaría y esperaría hasta poder saber a quién atacar.

Terminado el envío de esa simple línea de código, apagué el pequeño dispositivo y lo escondí de nuevo en su sitio. Cada vez que lo guardaba, me debatía con indecisión sobre por qué no le decía también a Katerina que estaba vivo. Ella y yo teníamos un pasado complicado, de amistad y luego de confrontación. Habíamos enfrentado muchos altibajos a medida que la conexión entre nuestras familias evolucionaba a lo largo de los años, pero tenía que aceptar que ella tenía un límite para dejarme entrar en su vida.

Tenía una barrera cuando se trataba de permitirme acercarme y, después de esa sórdida noche cuando ambos cedimos, había desaparecido.

Me había dado plantón.

Había ignorado mis llamadas y mensajes, todos los cuales se sentían tan prohibidos solo porque ella era una Kozlov y yo un Ivanov.

Después de darme una probada de lo que era tenerla y abrazarla, aunque solo fuera por unas horas una noche, me había demostrado de una vez por todas que no encajaría en mi vida como algo más.

Molesto y confundido por su forma de tratarme, intenté hacer todo lo posible por desechar cualquier pensamiento sobre ella. No podía ser mi prioridad ahora. Tenía que concentrarme y averiguar quién estaba detrás de mi captura. Tenía que enfocarme y urdir una estrategia para proteger a los miembros de mi familia de ser secuestrados como yo.

Katerina no podía estar en mi mente de esta manera.

Sin embargo, mientras mi cuerpo palpitaba y pulsaba de dolor por la última paliza, mientras las horas de la noche pasaban dolorosamente lentas, no podía evitar recordar cuánto anhelaba una oportunidad más para verla. Una oportunidad más para oír su voz y sumergirme en el azul profundo de sus ojos que una vez me miraron con tanta esperanza y picardía... algo que en mi delirio deseaba tanto tener de nuevo.

3

KATERINA

Joann no estaba preparada para dejarme marchar. Corrió tras de mí mientras intentaba abandonar mi habitación por última vez. Cuando cogió mi mano, atrapándome y apretando mis dedos una vez, me detuve y cerré los ojos ante su contacto. El contraste de su piel curtida y fría contra la mía me recordó lo frágil que era. Esta mujer era la única figura maternal en la que me había podido apoyar en mi vida, en mi hogar, y eso se limitaba a cuando mi tío quería que nos quedáramos en esta mansión en lugar de en otras propiedades.

También me recordó lo mayor que era y que no podría seguir haciendo este trabajo para siempre. Si me iba ahora, ¿cómo podría planear volver y asegurarme de que estuviera a salvo?

—Espera. Katerina, ¿adónde irás? —La desesperación en su voz era evidente—. ¿Adónde puedes ir donde Anton no te encuentre?

Suspiré, odiando lo dura que tenía que ser esta vida. Solo había vuelto aquí para entrar en esa zona de almacenamiento secreta. Había agotado todos los demás lugares, y el sótano de esta mansión era el último sitio donde podía buscar pruebas de quién había matado a mi padre.

—¿Adónde puedes ir donde ninguno de sus guardias te haga daño?

No estaba siendo paranoica. Anton tenía guardias y espías por todas partes, y todos permanecían leales a *él*, no a la familia y organización que mi padre construyó.

Mientras me demoraba en una respuesta que no la pusiera en peligro —porque si Anton pensaba que ella sabía dónde estaba yo, la lastimaría—, abrió los ojos más con alarma. —Espera un momento. —Inspiró bruscamente—. No estarás intentando sacar a Nik tú sola, ¿verdad?

Amaba a esta mujer que estaba tan preocupada por mi seguridad. Pero me negaba a mentirle también. Si supiera dónde estaba Nik, no dudaría en liberarlo. Apreté los labios y negué con la cabeza.

No podía explicar mis planes aquí. Aunque la casa estaba tranquila y se suponía que mi tío seguía en Grecia, no podía arriesgarme a decir nada en voz alta. Estaba demasiado grabado en mí que Anton era mi enemigo. Que sus guardias y soldados leales eran mis enemigos. Y que debía estar siempre alerta.

—Aquí no —le susurré—. Pero te encontraré. Haré los preparativos para ti y...

—No. —Sostuvo mis dos manos y me dirigió una mirada severa —. No. No vas a preocuparte por *mí*. Necesito saber que *tú* estarás a salvo.

—Lo estaré. —Asentí, consciente de que ella no podría creerlo—. Tengo un coche que no está registrado a nombre de la familia. He cambiado las placas y he hackeado el departamento de licencias.

—Bien. —Había aprendido hace tiempo a no juzgarme por las habilidades de hacking que me había enseñado a mí misma. Nunca utilizaba mis conocimientos para hacer daño a otros, y eso era una anomalía con la forma en que Anton dirigía las cosas.

—Iré a una de las otras casas que han estado vacías durante un tiempo. —No necesitaba decirle que podía escabullirme de los guardias. Había estado practicando esa habilidad desde que era una niña pequeña.

—Te lo prometo —le dije—. Prometo que estaré tan segura como pueda estar. —Con todo mi corazón, juré que me ocuparía de su bienestar después de destruir a mi tío. Él pagaría por matar a mi

padre, pero tenía que hacerlo correctamente. De lo contrario, no viviría lo suficiente para ocuparme de la jubilación de Joann.

Después de una despedida entre lágrimas, me besó la frente. Todavía sosteniendo su mano, porque me resistía a soltarla, salí de mi habitación con ella. Antes de que pudiera girar la cabeza en ambas direcciones para comprobar si había alguien acechando cerca en el pasillo, fui atacada.

Alguien alto y temible se abalanzó sobre mí. Joann gritó cuando otro de los guardias de Anton se la llevó, sujetándola en una dura llave de estrangulamiento.

—¡No! —Luché contra Dmitri mientras intentaba mantenerme quieta—. ¡Suéltame! —Él era quien se había acercado sigilosamente para capturarme.

—¡Zorra mentirosa! —gruñó, demasiado grande, fuerte y rápido para que pudiera vencerle—. Lo he oído todo, pequeña zorra. ¡Mentiste!

Jadeaba, frenética por liberarme y evadirle. Su ira era una fuerza tangible que me golpeaba mientras me agarraba y empezaba a arrastrarme. No dudaba de que podría haber estado merodeando y escuchando a escondidas mi conversación con Joann. A menudo se tomaba la libertad de hacer lo que le placía, y a Anton no le importaba siempre que Dmitri siguiera siendo su perro fiel y letal.

—¡No te fuiste para casarte como te ordenó Anton! —gritó.

Negué con la cabeza, apretando los dientes mientras trataba de golpear, patear y arrancarle los dedos de mi brazo.

—¡Engañaste a Anton! ¡Nos engañaste a todos, escapándote de ese acuerdo matrimonial!

No importaba cuánto luchara, me arrastraba lejos de Joann y hacia otra habitación. —¡Pequeña zorra mentirosa!

—Para. Solo déjame ir —supliqué, golpeando su pecho mientras me empujaba hacia una cama.

—No —gruñó, inmovilizándome con su cuerpo mientras se bajaba la cremallera de los pantalones—. Anton sabe que no fuiste a ellos para ser su espía. Es consciente de que mentiste y lo engañaste. Está de camino a casa ahora. Para castigarte, maldita zorra. —Gruñidos y respiraciones fuertes salían de él mientras

luchaba por mantenerme en mi sitio y también desabrocharse los pantalones—. Pero yo quiero mi turno primero. Voy a castigarte primero, zorra provocadora. Voy a follarte hasta someterte, y tal vez entonces serás la buena perra que deberías ser y escucharás las órdenes de tu tío.

—¡No! —grité, pateando y agitándome, moviendo todo mi cuerpo para alejarme de él y de la inevitable amenaza de ser violada. Su polla estaba fuera, balanceándose y demasiado cerca para mi comodidad—. ¡Para! ¡Ayuda!

Nadie me ayudaría aquí. Estaba completamente sola. Joann sería retenida lejos de mí, incapaz de liberarme.

—Voy a joderte —gruñó—. Por mentir sobre irte para casarte según ese acuerdo. Por evitar la orden de ir allí e infiltrarte en su familia para ser nuestra espía.

Casi escapé, y él aprovechó esa oportunidad para darme una bofetada y mantenerme con él. —¿No tienes respeto por tu familia, zorra?

Otro golpe fuerte. —¿No tienes honor por el apellido Kozlov?

Una vez más, su mano carnosa me abofeteó mientras me subía la falda. Parpadeé, mareada por el ataque de pánico ante esta horrorosa situación y sus golpes. La piel me ardía por los impactos, casi adormeciendo mi mente.

—¿No tienes lealtad hacia tu tío?

—¡No! —grité, empujando hacia atrás con tanta fuerza que se inclinó demasiado sobre mí. Me estremecí, temblando ante su contacto a pesar de la ropa que aún no me había quitado del todo—. ¡Nunca le seré leal! —La idea de ser leal al cabrón que mató a mi padre era tan absurda que me impulsó a actuar. La insinuación de que este guardia brutal pudiera intentar tocarme como lo había hecho Nik me dio fuerzas para luchar con más determinación.

Dmitri se inclinó para mantenerme en mi sitio, pero estaba tan obsesionado con castigarme antes de que regresara mi tío que no se dio cuenta de que no solo acercaba su cuerpo para inmovilizarme. También acercó su costado hacia mi mano. Más específicamente, la funda que llevaba sujeta con su pistola.

La agarré sin pensarlo dos veces y encajé mi mano entre nosotros.

Un disparo lo detuvo. Apunté a su cuerpo, sin importarme dónde le diera. Había unos centímetros entre nosotros y estaba segura de que acertaría. Y lo hice: le metí una bala en el centro de su masa. Justo en el cuello, cerca de la clavícula.

—No —grité de nuevo mientras se desplomaba hacia un lado, agarrándose la sangre que manaba de la herida—. Nunca seré leal al hombre que mató a mi padre. —Apretando los dientes mientras veía cómo la comprensión cruzaba su rostro, lo miré con absoluto desafío y le disparé de nuevo, esta vez, directo al corazón.

Otro jadeo apresurado y un gruñido de dolor escaparon de él. Sin embargo, el shock tomó el control y, mientras fijaba su mirada desconcertada en mí, dejé que asimilara que yo sería quien acabaría con su vida. Que yo era la mujer que lo detendría y le diría que no podía hacer conmigo lo que le viniera en gana.

—Renuncio al apellido Kozlov —gruñí entre dientes apretados, empoderada pero aterrorizada por el hecho de haber matado a alguien. De haber tomado el control de mi defensa y disparado a este hombre horrible.

Viéndolo tambalearse y caer sobre la cama mientras la sangre manaba de él, mantuve los dedos en un agarre firme sobre la pistola. Me temblaban. Mis brazos se estremecían, pero al ponerme de pie, mis rodillas se mantuvieron firmes y me giré para enfrentarlo mientras yacía en la cama donde había intentado violarme. Más débil ahora, mientras perdía la energía y la sangre para mantenerse erguido, apunté el arma hacia él y entrecerré los ojos, desafiándolo a sobrevivir a esos impactos.

—No me castigarás. No me harás *nada* nunca más. —Todos los recuerdos de él intentando manosearme, las ocasiones en que quiso aprovecharse para tocarme, ordenarme que se la chupara o que me exhibiera. Esos recuerdos pasaron por mi mente mientras lo miraba fijamente. El triunfo por eliminar a un hombre tan horrible vino después.

La piel de mi cara donde me había golpeado aún estaba caliente, hormigueando con el impacto de sus golpes, y me apoyé en esa

sensación para mantenerme en el momento. Nunca había matado a nadie antes. Nunca había disparado a alguien así. El estado de aturdimiento de *diosmío* podría dejarme demasiado entumecida y sin habla, bloqueada en modo de pánico, pero este no era momento para derrumbarme y aceptar la realidad de que, de hecho, era una asesina.

Un grito agudo desde el pasillo resonó por encima de las respiraciones jadeantes y superficiales que Dmitri daba mientras yacía en la cama. Sus ojos permanecían abiertos, aunque entrecerrados por el dolor, y no me dio ni un segundo para apartar la mirada de la cruda realidad de que le había disparado.

Pero el sonido de Joann sufriendo o reaccionando con miedo me hizo entrar en acción.

Retrocediendo de la cama pero manteniendo el arma apuntando a Dmitri, forcé al pánico y a las sensaciones de *diosmío* del shock a alejarse. Ya pensaría en esto más tarde. Racionalizaría cómo había matado al lacayo favorito de Anton en otro momento. Ahora mismo, tenía que ayudar a Joann. Tenía que escapar. Y tenía que limpiar las pruebas de lo que había hecho aquí.

Cuando me negué a ir a la casa de los Ivanov para cumplir con ese viejo acuerdo matrimonial que mi padre y Grigory Ivanov hicieron hace muchos, muchos años, me convertí en una traidora desafiante a los deseos de Anton.

Pero matar a Dmitri confirmaba lo mucho que estaba en contra de mi tío. Nada podría deshacer esta acción. Era la gota que colmaba el vaso y me convertiría en enemiga del apellido Kozlov —mi propio apellido—, pero no me arrepentía ni un segundo.

Dmitri gruñó, haciendo un sonido gorgoteante, y me preocupó que aún pudiera hacerme daño. Sin darle la oportunidad de agarrar otra pistola que pudiera llevar encima, le disparé en la cara, acabando con su vida de una vez por todas. Esta vez, cayó completamente hacia atrás en la cama y no volvió a moverse.

Vete. Vete. Vete.

Respiré más rápido, inestable y temblorosa mientras giraba y corría para salvar a Joann. El otro guardia estaba intentando violarla,

sujetándola contra la pared, y no tuve que frenar para pensar. A él también le disparé, en la cabeza.

Joann gritó cuando él se tambaleó hacia ella, pero antes de que cayera sobre ella, se apartó a un lado. Una y otra vez, vacié unos cuantos proyectiles más en él, asegurándome de que permanecería muerto y ya no sería una amenaza. Ni para mí. Ni para Joann. Ni para nadie nunca más. Este cabrón había terminado de hacer el trabajo sucio y nefasto de mi tío. Si pudiera, mataría a todos sus hombres, la mayoría de los cuales eran nuevos reclutas y no tenían ninguna lealtad a los estándares que mi padre solía exigir.

—¿Estás bien? —le pregunté a Joann, y luego tragué con fuerza. Tenía la garganta tan seca por la subida de adrenalina que tuve que tragar de nuevo para intentar que mi voz sonara menos ronca—. ¿Estás...?

Ella salió de su ensimismamiento con un respingo. Mirando al guardia que había intentado hacerle daño y violarla, asintió y retrocedió hacia mí. —¿Y tú?

Asentí, diciéndole que había sido yo quien había disparado y que Dmitri ya no vendría a por ninguna de nosotras.

—Alguien habrá oído los disparos —susurró.

—Sí —respondí, obligando a mi corazón a calmarse tras el trauma y el instinto de luchar o huir que me había excitado y me había dado el valor para matar al que intentaba hacerme daño—. Necesito... —De nuevo, tragué y aclaré mi garganta—. Necesito esconderlos.

—*Necesitamos*. —Se volvió hacia mí de repente, envolviéndome en sus brazos. No se acobardó ante las salpicaduras de sangre sobre mí. No dudó en ofrecerme consuelo. En su abrazo, pude ralentizar mis pulsaciones y cerrar los ojos ante el puro alivio y seguridad que me ofrecía. Abrazándola brevemente, absorbí todo el amor que pude.

—Necesitamos esconderlos y luego tienes que irte —dijo, volviendo al nivel de susurro en la conversación. Porque tenía razón. Otro guardia habría oído los disparos. Pronto llegarían más soldados para investigar y luego capturarme por ir tan oscuramente en contra de los deseos de mi tío.

No podía quedarme aquí así.

No podía quedarme junto a las pruebas de mis asesinatos y la evidencia de mi desafío definitivo.

—Arrastrémoslos al armario, y ya veré cómo hacer que Malcolm me ayude —dijo Joann, agarrando la mano del guardia muerto.

Tomé al otro, siguiendo su ejemplo para deslizar el cadáver fuera del pasillo y llevarlo a una de las habitaciones. No quería escurrir el bulto y esperar que Joann se encargara de limpiar este desastre. Malcolm, el mayordomo, probablemente lo haría todo, otro buen hombre que no apreciaba que Anton estuviera al mando. Pero yo no podía quedarme aquí. Matar a los hombres de Anton significaba que ahora sería una mujer buscada. Él me querría muerta. Me despreciaría por el daño causado.

Y fue ese miedo, ese pavor, lo que me impulsó a ayudar a Joann a esconder estos cadáveres lo más rápido posible antes de huir en la noche para no mirar atrás jamás.

4

NIKOLAI

Me trasladaron de nuevo.

De un lugar a otro, me reubicaban para que no pudiera establecer una rutina o empezar a adivinar dónde me encontraba.

La única diferencia en esta cámara de tortura era la identidad de mi agresor. A diferencia de todas las otras veces que estuve cerca de mis captores —quienes rotaban y se intercambiaban para que no pudiera familiarizarme con ninguno de ellos—, vi la cara de este hombre. No llevaba máscara como todos los demás. No intentaba ocultar su cabeza o pelo ni ninguna otra cosa sobre él.

No había nada particularmente destacable en él mientras me acechaba en lentos círculos. No había nada único en su feo rostro, retorcido en un ceño fruncido o curvado en una sonrisa petulante.

Mientras estaba sentado en una silla e intentaba respirar a través del dolor que desgarraba mi cuerpo por sus golpes, luché por ubicarlo.

Y no pude.

—¿Te crees muy duro, eh? —se burló, secándose el sudor de la frente.

Dondequiera que estuviese este lugar, el calor era un factor para intimidarme. Estaba sudando en esta habitación sofocante, tan

caliente y deshidratado que me sentía prácticamente desesperado por agua.

Solo un poco más.

Aguanta.

Resiste. Respira a través del dolor y soporta.

Puedes hacer esto.

Parpadée, deseando que el escozor del sudor en mis ojos no me impidiera ver mejor y con más claridad a este cabrón. No estaba seguro de haber sabido alguna vez su nombre. Pero algo en él me resultaba vagamente familiar, lo suficiente como para hacerme preguntar dónde lo había visto antes.

Porque lo había visto.

Había estado en esta maldita habitación sobrecalentada durante demasiadas horas como para pensar con claridad. Quizás era un truco. Una ilusión. Quizás nunca lo había visto antes y estaba tan ansioso por aferrarme a cualquier familiaridad ahora.

—Crees que eres un tipo duro. —Cargó de nuevo, estrellando su puño contra mi cara y pecho con una brutal paliza para la que tuve que tensarme y prepararme.

Podría escaparme. Podría abandonar esta farsa de estar atado. Quienquiera que fuese este cabrón, no se daba cuenta de que me habían entrenado para evitar la captura y liberarme de ataduras.

Así que, sí. Era jodidamente duro quedarme aquí sentado y dejar que me usaran como saco de boxeo. Pero no se lo diría.

Solo un poco más.

Cuanto más me provocara y hablara, más posibilidades tendría de recordar dónde lo había visto antes. Cuanto más tiempo hablara, mejores serían mis posibilidades de que un recuerdo se iluminara y estableciera una conexión. Estaba buscando información, y si tolerar la paliza de este cabrón me daría respuestas de cualquier tipo, lo haría.

—¿No vas a decir nada? —se burló mientras caminaba de un lado a otro.

—No hay nada que decir —respondí secamente. Darle la satisfacción de una respuesta no era mi objetivo, pero hablar era un ejercicio para usar mi voz. Había pasado tanto tiempo desde que

había hablado, que quería ver si todavía funcionaba. Si mi mandíbula podía soportar ese movimiento.

Además, esa era la puta verdad. Con toda su postura y apariencia de torturador implacable, no me estaba preguntando nada. No había ningún interrogatorio. No indagaba sobre nada en absoluto. Solo esta mierda provocadora que hacía que algunos hombres se sintieran más grandes y mejores consigo mismos. Se necesitaba un cierto tipo de imbécil para golpear a un hombre atado solo para sentirse un alfa. Si así era como disfrutaba con la tortura, lo que fuera. Solo tenía que ubicarlo, si podía.

El hecho de que no me preguntara nada me confundía aún más. Ni una sola vez, desde que me capturaron, ningún contratista o soldado o jodido cualquiera me había preguntado algo que el enemigo pudiera querer. Claramente me habían escogido porque era un Ivanov. Eso era obvio. Pero no me estaban tratando como a un rehén habitual. Quien hubiera dado la orden de capturarme no estaba interesado en sacarme secretos e información a golpes.

Entonces, ¿cuál es el propósito?

Tenía que haber uno, y cuanto más tiempo me mantenían en cautiverio, más esa gran pregunta carcomía mi paciencia, que se estaba agotando muy rápidamente.

—Menudo tipo duro estás hecho —dijo entre risas oscuras, golpeándome tan fuerte que el cuello me dolió por el impacto.

¿De qué te conozco?

¿Quién eres?

¿Cuál es el jodido punto aquí?

Sabía que era mejor no preguntárselo. Cuanto menos hablara, menos revelaría. Ellos sabían que tendría curiosidad sobre mi situación, y no iba a mostrar mi debilidad preguntando nada.

Incluso si quisiera discutir, gritar o lanzar preguntas a este desconocido, ahora tendría público. Otro hombre entró. Este llevaba máscara, y de inmediato se mostró preocupado por que el desconocido que me golpeaba no llevara una.

—¿Qué coño te pasa? ¿Por qué no te cubres?

El desconocido sonrió con suficiencia, luego se rio. —¿Cuál es el maldito punto? No es como si fuera a salir vivo de aquí.

—Esas eran las órdenes —dijo el hombre enmascarado con un fuerte empujón al otro.

Bingo. ¿Ves? Lo sabía. Estos tipos eran contratistas contratados, no directamente afiliados a ninguna familia enemiga.

Estaba equivocado, sin embargo. Yo *sí* saldría de aquí con vida. Pero no hasta que tuviera algunas respuestas que llevar a casa a mis hermanos.

—No estás siguiendo las órdenes —le regañó el hombre enmascarado—. Igual que no lo hiciste en el último encargo.

Me puse alerta. Para ellos, estaba gimiendo de dolor y casi desmayándome por la agonía de la paliza. Me incliné más hacia un lado, dándoles la impresión de que estaba a punto de caerme de la silla a la que me habían atado. Pero estaba bien despierto y mentalmente alerta, escuchando sin parar.

¿Qué último encargo? Quizás eso me daría alguna pista con la que trabajar.

—Que te jodan. —El hombre sin máscara intentó golpear al otro hombre pero falló—. Seguí las órdenes.

—No lo hiciste —argumentó el otro—. Se suponía que debías contratar a alguien para borrar *todas* las grabaciones de vigilancia de esa manzana después de que se llevara a cabo el golpe. El veneno no acabó funcionando lo suficientemente rápido, los demás tuvieron que huir, y...

Esta vez, el hombre que mostró su rostro sí golpeó a su compañero. O jefe. Quienquiera que fuese. Estaban en desacuerdo y no coincidían sobre su "trabajo".

Sin embargo, ya había escuchado suficiente. No podía estar seguro y no me responderían si les preguntaba. Pero sonaba como si estuvieran hablando de la noche en que envenenaron a mi padre. Quizás estos mercenarios eran indirectamente responsables. Joder, seguro que lo eran.

Manteniendo la mirada baja mientras sostenía esta apariencia lenta y herida, dejé que mis pensamientos corrieran.

Estos cabrones tienen que saber quién envenenó a mi padre. Sabrían de quién recibieron las órdenes. Incluso si hay una jerarquía

y cadena de poder, esto es un comienzo. Puedo rastrearlo desde ellos y descubrir quién intentó asesinar a mi padre.

—Cierra la puta boca. —El hombre sin máscara me miró de reojo, luego observó a su "colega" tambalearse tras el golpe—. ¿Quieres recriminarme por no ponerme una estúpida máscara pero entras aquí y sueltas toda esa mierda? —Lo golpeó de nuevo, y supe que mi oportunidad de escuchar algo más había terminado.

Discutieron más, acabando por llevarse su pelea fuera de esta sala de detención en la que me encontraba.

Sudando y respirando a través del calor opresivo y el dolor, me concentré en lo poco que había escuchado.

Joder, seguro que estaban hablando de la noche en que envenenaron a mi padre. Tan pronto como la abuela vio a mi padre envenenado, y luego la segunda vez, cuando intentaron envenenarlo de nuevo y la enfermera le salvó la vida, las grabaciones de vigilancia de los edificios circundantes habían sido borradas.

Por eso había acudido a Katerina en busca de ayuda. La busqué por sus habilidades de hackeo, confiando en que ella hackearía esos sistemas informáticos y me proporcionaría una pista sobre quién había entrado para envenenar a mi padre.

Pero ella no había tenido tiempo suficiente para hackear. Solo había llegado hasta cierto punto. Incluso con los limitados vídeos de baja calidad que había recuperado, no tuvo el tiempo ni la oportunidad de investigar más a fondo.

No había tenido tiempo porque fue cuando yo me rendí. Nuestra única noche de pasión juntos, cuando descarté el sentido común y me acosté con el enemigo.

Con la imagen mental de esa noche fresca en mi mente nuevamente, cerré los ojos y obligué a mi cuerpo a enfriarse del calor forzado en esta sala de tortura. Acompasé mi respiración con los dulces recuerdos de Katerina entregándose a mí, gimiendo de manera tan sexy y haciéndome desear mucho más con ella.

—Joder —murmuré con una dolorosa nota de añoranza, especialmente porque dejó de hablarme después de esa única noche.

Este no era momento para pensar en ella. Pero no podía evitarlo mientras intentaba ser paciente durante este cautiverio.

Ella se había grabado a fuego en mi mente, en mi alma, y solo con pensamientos fugaces y melancólicos de *ella* podía obedecer mi mantra.

Solo un poco más.

Aguanta.

Un poco más.

Si tan solo pudiera saber que ella estaría ahí para mí cuando saliera de aquí.

5

KATERINA

Toda la noche, sufrí pesadillas sobre haber matado a Dmitri y a ese otro guardia. No fue la culpa lo que me mantuvo despierta y tan frenética incluso en mi sueño. No me arrepentía de haberme salvado de ser violada. Ni de haber salvado a Joann de un destino similar. Incluso si pudiera, no daría marcha atrás en mis acciones.

El miedo estaba siempre presente en mi corazón desde que había apuntado esa pistola contra ellos.

Fue un hito crucial de mi desafío.

De desertar y elegir no estar del lado del apellido Kozlov. No sentía que estaba dando la espalda a mi "familia". Anton y sus guardias demasiado entusiastas nunca se sintieron como la familia que solía conocer, amar y respetar cuando mi padre estaba vivo y al mando.

En mi subconsciente, sin embargo, luchaba con esta profunda ansiedad sobre lo que podría suceder después.

Estaba prácticamente muerta. Si no lo estaba ya por no haber ido con los Ivanov para casarme como espía de Anton, ciertamente lo estaría ahora por matar a uno de los líderes principales que Anton elogiaba.

Me perseguirían.

Sería una mujer buscada y siempre en fuga.

No tendría ninguna posibilidad de un futuro posiblemente normal, ni un hogar en el que confiar ni una familia que me cuidara.

Al rechazar ese acuerdo matrimonial, escabullirme para encontrar la prueba de que Anton mató a mi padre, y luego disparar a Dmitri, no tenía *ningún* futuro al que aspirar.

Acurrucándome bajo la fina sábana que había encontrado en este pequeño edificio en la parte trasera de la propiedad, me hice un ovillo buscando consuelo. No hacía demasiado frío hoy, pero el otoño llegaría rápidamente. No podría esconderme en ninguna de estas casas de invitados abandonadas en la finca por mucho tiempo.

Joann y yo habíamos arrastrado los cuerpos al armario, y luego probablemente ella hizo que Malcolm se deshiciera de ellos mientras ella limpiaba la sangre. Yo había cogido mi mochila y corrí, manteniéndome entre las sombras hasta que llegué a esta casa vacía.

Sin embargo, por los sonidos de los hombres de mi tío pisoteando en la planta baja, me di cuenta demasiado tarde de que no estaba tan vacía como había esperado.

Estas casas más pequeñas solían estar disponibles para invitados de honor: dignatarios y otros miembros del lado élite de la sociedad que venían aquí a vacacionar y relajarse, como si fuera un complejo turístico de lujo. Cuando mi padre estaba vivo, ofrecía estas varias casas de huéspedes para ese propósito. Entendía el valor de hacer y mantener aliados y de halagar a otros de los que podría querer aprovecharse. El modo de negocio de Anton era simplemente joder a todos, tan rápida y completamente como pudiera.

Las casas de huéspedes habían permanecido mayormente vacías durante años. Cuando me escabullía por la noche para revisarlas y buscar esos archivos de vídeo almacenados, había comprobado todos estos edificios ya que Anton nunca les prestaba mucha atención. Mientras me quedara en la propiedad, no me vigilaba demasiado.

Desafortunadamente, alguien más planeaba pasar el rato aquí para escapar de la lluvia que golpeaba el techo esta mañana.

Temblando por el extraño escalofrío en el aire y por la presencia de más guardias Kozlov cerca, contuve la respiración mientras esperaba a que vinieran y se fueran. La habitación que había elegido era pequeña y tenía la puerta cerrada con llave. Incluso si estos tipos estaban buscando a un asesino en la propiedad después de lo de anoche, probablemente no se toparían conmigo. No estaba escondida a simple vista aquí arriba.

—Me importa una mierda quién mató a Dmitri —dijo un guardia.

—A mí tampoco —dijo otro, riendo—. Nadie más que Anton va a echar de menos a ese cabrón tan feo.

Han encontrado los cuerpos. Eso lo confirmaba. Estaban aquí para buscar a un intruso o asesino. Sacando la mano de debajo de la sábana, agarré mi portátil y lo encendí para comprobar las imágenes de la cámara de la planta baja. Había hackeado la cámara para esta noche de escondite antes de largarme.

Efectivamente, dos soldados estaban abajo. Estaban sentados a la mesa del comedor en la cocina vacía. Pero no habían venido con las manos vacías. Una botella de vodka estaba en la superficie entre ellos. Uno les servía bebidas, claramente instalándose para holgazanear y relajarse.

—Pero cuando Anton esté aquí, va a estar jodidamente cabreado —dijo el guardia más alto, llamado Igor. Era nuevo.

—Claro que sí —dijo el otro guardia, Dan—. Por eso tú y yo podemos relajarnos *ahora*, antes de que llegue el avión de Anton esta noche. —Tomó su bebida y dio un sorbo—. Porque sabes tan bien como yo que Anton no se va a relajar ni un segundo hasta que sepa quién mató a Dmitri.

—O cuando se ocupe de Katerina por mentir sobre casarse con la familia Ivanov —respondió Igor.

Me estremecí, odiando que me mencionaran. Por supuesto, mi tío estaba furioso porque le había desafiado. Pero estaría más furioso si supiera que yo había matado a Dmitri.

—¿Quién podría haberse acercado lo suficiente como para estar aquí? —preguntó Dan, haciendo un gesto vago hacia el área a su alrededor—. Eso es lo que quiero saber. ¿Quién coño podría haber entrado en la propiedad para matar a Dmitri así?

Igor se rio una vez, sin alegría. —Un aficionado —respondió—. Quien haya escondido los cuerpos en el viejo pozo cerca del límite del bosque no cubrió bien sus huellas.

Oh, mierda. ¡Malcolm! ¡Joann! ¿Y si los soldados se dan cuenta de que esos dos participaron en ocultar el cuerpo de Dmitri con el del otro hombre?

—No podrían ser los Ivanov —dijo Dan.

Igor negó con la cabeza. —No. No podrían haber sido. Están demasiado ocupados recuperándose del envenenamiento de Grigory.

Entrecerré los ojos, concentrándome en escuchar todo lo que decían. Nik me había pedido ayuda para investigar el envenenamiento de Grigory Ivanov. No había podido encontrar mucho en los vídeos de vigilancia, pero la noche en que intenté ayudarlo, para investigar en nombre del enemigo, terminé en los brazos de Nik.

—Dudo que Dominic Romano hubiera intentado que mataran a Dmitri —dijo Dan, reflexionando en voz alta entre sorbos de su bebida.

Era extraño, verlos en la pantalla pero escucharlos en tiempo real. Era como ver una película con el audio ligeramente desincronizado, pero aun así podía oírlos con claridad.

—No. No fueron los Romano —Igor les sirvió más vodka a ambos, evidentemente acostumbrado a beber cantidades copiosas del licor.

—¿Por qué intentarían matar a uno de los líderes de Anton? —preguntó Dan—. No tendría ningún sentido.

Me incorporé, con la mirada fija en la pantalla de mi portátil. *Yo* sabía que el jefe de la familia Romano, Dominic, no había matado a Dmitri. Lo sabía porque esa gloria me pertenecía a mí. Pero, ¿por qué descartarían la posibilidad de que los Romano estuvieran involucrados? Todas las familias de la Mafia eran enemigas en algún momento u otro, y los Romano eran solitarios, siempre contra el resto del mundo. Al menos, eso era lo que siempre me había parecido.

Aunque pensándolo bien...

Siempre me había preguntado si mi tío estaba confabulado con Dominic Romano. Nunca había hecho lo suficiente para que yo lo presenciara directamente, pero cuando leía entre líneas lo que decía a veces, tenía serias dudas. Escéptica de todo lo que Anton decidía hacer, me faltaba una indicación específica de que se hubiera aliado con los Romano. Cuanto más lo pensaba, sin embargo, nunca me había dado razones para pensar que fueran enemigos.

No como sucedía con Grigory Ivanov.

Desde que mi tío mató a mi padre, había decidido acabar con cualquier antigua amistad entre nuestras familias. Eso era obvio. Pero nunca había actuado así con los Romano.

Tampoco era la primera vez que este concepto en particular cruzaba por mi mente.

Hace mucho, mucho tiempo —años atrás— había escuchado a los guardias hablar sobre "hacer la vista gorda" cuando ocurrió una serie de secuestros. A pesar de que solo era una niña entonces, fue el primer indicio que me hizo pensar que los Romano podrían ser alguien con quien Anton querría aliarse. Como una niña que fácilmente pasaba desapercibida, podía escabullirme por distintas áreas. Pasaba inadvertida y podía escuchar a los guardias y soldados hablar, la inocencia de la juventud era el disfraz perfecto para ocultar mi curiosidad y entrometimiento. Así fue como me enteré de dónde tenían retenidos a Nik y sus hermanos. Y fui yo quien dio el soplo a las personas adecuadas para asegurarme de que no mataran a esos chicos.

Hablando de déjà vu. Me concentré, desechando aquel pensamiento irónico. Aquí estaba, de nuevo. Escuchando cotilleos de la Mafia, todo con la esperanza de encontrar a Nik.

—No. Te diré lo que no tiene sentido —respondió Igor—. No puedo entender por qué Anton y Dominic parecían colaborar para cargarse a ese cabrón de Ivanov.

Abrí los ojos de par en par, completamente alerta. Lo habían dicho. Estaban confirmando que estaban detrás de ello y que eran aliados y no enemigos.

Pero, ¿*quién* se llevó a Nik?

¿Dónde estaba?

Incorporándome más, me esforcé por escuchar y prestar mucha atención. Esto era precisamente lo que necesitaba saber. Además de buscar pruebas de que mi tío había matado a mi padre, había comenzado a revisar minuciosamente la lista de propiedades de Kozlov en busca de cualquier indicio de que Nik estuviera retenido en alguna de ellas. Ahora, con Igor y Dan hablando así, realmente podía creer que Nik estaba más cerca de lo que pensaba.

—Es obvio —dijo Dan—. Están trabajando pieza por pieza para desmantelar a esos hijos de puta. Es una lástima que Grigory sobreviviera. Y ahora, sin Nikolai disponible y con Maxim preocupado, el Sindicato Ivanov se desmoronará y se hará pedazos.

—Justo como Anton ha jurado durante años —añadió Igor con una sonrisa. Levantó su copa para brindar con la de Dan—. Justo como hemos necesitado durante años.

—Todo será para nosotros. Más poder. Más riquezas —Dan bebió a la ilusión de tal cambio de influencia, una influencia que yo haría todo lo posible por detener.

No podía quedarme de brazos cruzados y dejar que Anton se saliera con la suya. No importaba con quién se aliara y en qué enemigos quisiera apoyarse, yo haría todo lo posible para frustrar sus planes.

Por ti, padre.

Todo en memoria de lo que representabas.

Las lágrimas se deslizaron de mis ojos, calientes y amargas, mientras asimilaba todas estas malas noticias. Una cosa era sospechar que Anton estaba arruinando a la familia, pero escuchar la confirmación y vivir las experiencias de presenciar la cruzada contra la Familia Ivanov era otra cosa.

Dan e Igor terminaron sus bebidas y se fueron sin revisar la casa. Si estaban buscando a quien mató a Dmitri, claramente estaban escaqueándose, pero eso no me sorprendía. Hasta que mi tío volviera a casa, postergarían el trabajo todo lo que pudieran. Porque ese era el tipo de organización que Anton dirigía. Bajo el mando de mi padre, los soldados y hombres eran trabajadores y leales por el bien de querer apoyar a la familia. Con la toma de poder de mi tío,

el incentivo para obtener su aprobación no era más que una carrera por hacer la pelota y no preocuparse por la *familia*.

Tan pronto como se fueron, me incorporé más y abrí la tapa de mi portátil por completo.

Era hora de ponerse manos a la obra.

No había ni una sola posibilidad de retrasar esto.

No solo me estaba poniendo en peligro al estar cerca de la mansión tan próxima al regreso de mi tío, sino que *tenía* que encontrar a Nik. Tenía que hacer todo lo posible para encontrarlo y evitar que fuera una "pieza" para destruir en el codicioso juego de Anton de arruinar a sus enemigos solo para poder ascender más.

Nunca te dejaré salirte con la tuya.

No me tomaría un descanso en interponerme en el camino de mi tío. Así de profundo y oscuro ardía y se enconaba mi odio por él.

Sin embargo, cuanto más pirateaba las cámaras de seguridad e intentaba encontrar algún indicio de que Nik estuviera retenido en algún lugar que mi tío conociera, no podía engañarme pensando que mi odio por Anton era la única razón por la que estaba en esta búsqueda.

Voy por ti, Nik.

Te encontraré*.*

Nunca había tenido que ir a buscarlo. Como conocidos de la infancia, habíamos estado en la vida del otro desde el principio. Ahora que habíamos forjado una delicada amistad que estalló con pasión, tenía que aprovechar el impulso de dejar mi nombre, mi familia, mis recuerdos y esperar que pudiera tener un lugar con él después de liberarlo.

Ten paciencia, Nik.

Voy a por ti.

Tanto si quieres que lo haga como si no.

6

NIKOLAI

No dejaban de trasladarme. Cada dos noches más o menos, me cambiaban de lugar. Lo único constante era la expectativa de recibir una paliza. Nunca me interrogaban. Solo me transportaban. Me golpeaban y pateaban. Y vuelta a empezar.

¿Cuánto tiempo más va a durar esta mierda?

¿Cuál es el maldito objetivo?

La acumulación de lesiones acabaría siendo un problema. Tarde o temprano, mi cuerpo tendría dificultades para recuperarse y mantenerse lo suficientemente fuerte para aguantar hasta la siguiente paliza. Y la siguiente. Y la que vendría después. Aunque nunca me llevaban al extremo de temer por mi vida, me sentía atrapado en una rutina de sobrevivir un día más, resistiendo y manteniéndome alerta para escuchar cualquier cosa que mis captores pudieran revelar.

Ahora que me habían sacado de aquella habitación excesivamente caliente y nunca me habían llevado de vuelta, esperaba otro encuentro casual con el hombre sin máscara que me había dado una señal clara de que sabía lo que había ocurrido la noche en que envenenaron a mi padre. O ambas noches.

Sin embargo, pasó una semana antes de volver a ver a ese hombre.

No podía ni imaginar si era solo uno de esos capullos arrogantes y presumidos que se creía invencible o si era lo bastante rebelde como para no seguir las órdenes de su supervisor. Pero volvió a mostrar su cara. La reconocí. Podía aferrarme a ese grado de familiaridad y esperar para obtener más información.

Me preocupaba cada vez más que me estuvieran trasladando y transportando demasiado, pero con solo ver de nuevo a este tipo, presté atención y quise creer que me estaba acercando a algunas respuestas.

—Vaya, vaya, vaya —se burló una vez que me dejaron caer al suelo de otra sucia celda de detención. Esta no era un horno. Estaba húmeda y fría, lo que sugería que me encontraba en otro nivel de sótano.

—Mira quién tenemos aquí. Es el tipo duro otra vez, ¿eh? —Su puño encontró mi cara, lanzándola hacia atrás por el impacto de su fuerte golpe.

Una vez más, hizo su rutina de hombre superior. Me golpeaba y pateaba, intentando demostrar lo grande y fuerte que era por poder maltratarme mientras estaba atado a otra silla. Como si fuera todo un reto atacar a una persona inmovilizada.

Y una vez más, yo interpretaba mi papel de estar demasiado débil para hablar, fingiendo lentitud y fatiga, como si estuviera en el límite entre mantenerme despierto y consciente o desmayarme por el dolor. Dolía. Joder, escocía y me dolía recibir otra paliza, pero al final merecía la pena.

Dejó de golpearme cuando dejé de reaccionar, sin encogerme ni prepararme para sus golpes, solo para darle la impresión de que estaba a punto de desmayarme. Después, se sentó cerca de mi silla, bebiendo y hablando con alguien por teléfono con el altavoz activado. Había realizado una interpretación digna de un Óscar haciéndome el inconsciente para que permitiera que se escuchara la conversación en voz alta.

—Las órdenes son trasladarlo, no partirle el culo a golpes —dijo la pequeña voz desde el dispositivo.

No la reconocí. El acento era demasiado neutro para identificar de dónde podría ser el que hablaba. Sonaba como alguien

multilingüe, y eso no me ayudaría.

El hombre suspiró. —Lo sé, pero...

—Pero nada, Hayden. Las órdenes son trasladarlo y punto.

Hayden. Conocía ese jodido nombre. Era su apellido, y la única razón por la que podía importarme era por Katerina. Ella había procesado las turbias imágenes de vigilancia a través de programas de reconocimiento facial que había pirateado, y había relacionado a uno de los hombres vistos cerca del edificio Ivanov la noche del envenenamiento de mi padre con ese nombre.

Ahora estamos llegando a algún sitio.

Señor Hayden, eres un puto hombre muerto. Enhorabuena.

Incluso si no obtenía ninguna otra información de esta experiencia de cautiverio, podría considerarme victorioso por tener su nombre. Saldría de aquí y lo cazaría para matarlo por su participación en el intento de asesinato de mi padre, el *Pakhan* del Sindicato Ivanov.

—Sí, eso es —respondió Hayden secamente a quienquiera que estuviese hablando—. Este cabrón feo ya está siendo trasladado por todas partes. No va a saber dónde demonios está. Ni qué día es. Nadie va a poder rastrearlo después de todo esto.

Ojalá pudiera demostrarle lo contrario, que alguien me viera siendo constantemente reubicado. Mi suposición era que me estaban trasladando de un centro de detención o almacén a otro, pero incluso así, los soldados y guardias de bajo rango notarían a un cautivo siendo trasladado.

Por un fugaz segundo, también deseé no haber desactivado mi teléfono para eliminar el rastreo.

No. Nada de rastreo. Si mis hermanos pudieran enviar hombres tras de mí como una operación oficial de recuperación, aparecerían demasiado pronto antes de que pudiera obtener todas las respuestas que me sentía desesperado por encontrar.

Solo un poco más.

Aguanta y resiste esta mierda.

Todo habrá valido la pena.

Tenía que valer la pena. Porque aquellos días y semanas buscando al enemigo que quería eliminar a mi padre habían sido tan

frustrantes e infructuosos, con callejones sin salida y sin dirección, que quería hacer todo lo posible para descubrir quién estaba detrás de todo esto.

—Y realmente —dijo Hayden, usando ese tono burlón y arrogante de nuevo—, es tan jodidamente fácil. Solo es cuestión de tiempo antes de que podamos atrapar a otro de ellos.

Se me heló la sangre. La rabia me mantuvo acalorado y casi vibrando con una necesidad instantánea de matar por lo que dijo, pero me negué a mostrar que estaba despierto y escuchando. Tenía que mantenerme bajo esta apariencia para obtener toda la información posible.

¿Pero la mera idea de que este contratista independiente fuera a por cualquier miembro de mi familia?

Ni de coña.

Antes muerto que permitir que dañen a mi familia.

Luchaba contra la culpa de que mi padre hubiera sido envenenado. Fue un error difícil de superar para todos nosotros. Solo escuchar la más mínima insinuación de peligro dirigida hacia mis hermanos era suficiente para convertirme en una bestia enfurecida dispuesta a masacrar a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

Proteger a mi familia era algo en lo que jamás me relajaría.

—Podríamos matar a este hijo de puta y luego ir a por otro...

—No, Hayden —dijo el hombre al otro lado—. Eso es inaceptable. Sigue las órdenes. ¿Me entiendes? No puedes ir por libre y hacer lo que te dé la gana. Te han contratado para cumplir una maldita orden y eso es lo único que vas a hacer, joder.

—Tranquilízate. Joder —Hayden soltó una débil risa—. No estoy diciendo que vaya a matar a este cabrón ni nada. Haré lo que esperan. Pero no puedes negar que esta mierda está llevando una eternidad. Podríamos estar haciendo muchos más trabajos mientras tanto. Estamos perdiendo el tiempo, moviendo a este gilipollas de un lado a otro, jugando y tal, pero si simplemente lo matásemos y pasásemos al siguiente objetivo, eso sería más dinero y poder para nosotros. ¿Verdad?

—Te equivocas —continuó el interlocutor, instruyendo a Hayden que no se desviara de la orden que habían aceptado.

Esto demostraba que estos tipos eran independientes, pero en ningún momento me dijeron lo que necesitaba saber. No revelaron quién les había contratado para capturarme.

Hayden finalmente se llevó la llamada fuera de la habitación, dejándome solo. En el silencio, salvo por el sonido del agua goteando en algún lugar de esta oscura habitación, me acerqué al pánico.

¿Y si Hayden es demasiado independiente de este grupo con el que parece estar afiliado?

¿Y si otro contratista intenta atrapar a Maxim? ¿O a Damon? ¿A Saul?

Joder. ¿Y qué pasa con Sloane? Maxim acababa de empezar su futuro con su prometida. Pero incluso ese primer paso de comprometerse con ella y dejarla embarazada era un paso hacia ponerla en peligro. Por lo que parecía, Sloane no había disfrutado de una vida fácil hasta que lo conoció en el club de striptease donde trabajaba. Maxim también había matado a hombres que habían intentado hacerle daño. Si estos contratistas fueran contratados para ir a por ella, para amenazar su vida y la del bebé nonato que llevaba ahora mismo...

—Joder —lo susurré y abrí lentamente los ojos para examinar la habitación en la que estaba.

No quería que mi hermano estuviera estresado por protegerla cuando ya estaba abrumado con ser el jefe de la familia. Aunque solo estaba empezando a conocer a Sloane, la protegería como mi futura cuñada. Así de ferozmente protectores éramos los Ivanov. Eso era lo que representaba la familia. Seguridad con poder.

No había nadie en la habitación, y sin ningún indicio de que alguien me estuviera vigilando aquí dentro, abrí los ojos completamente para registrar los escasos detalles de este espacio. Tomar nota y ser consciente de mi entorno era un hábito. Como espía, no quería dejar nada a la conjetura ni bajar la guardia.

Aunque nada se mostraba como una amenaza en este espacio, sentí de todos modos el comienzo de una oleada de adrenalina.

Percibí una amenaza solo por lo que Hayden había dicho.

¿Y si se llevan a mis hermanos?

No sería la primera vez. Todos fuimos criados para esperar el peligro en cualquier momento. Éramos objetivos, los hermanos de la organización mafiosa más poderosa. Tres de nosotros fuimos secuestrados cuando éramos niños y casi ejecutados. Fue un momento definitorio para nosotros como chicos, un período de maduración demasiado pronto y de comprensión de lo crítico que era estar al mando y tener poder, no ser dominados y débiles.

Si a estos contratistas se les ordenara ir tras mis hermanos, no nos mantendrían juntos, como antes. No tenía ninguna duda de que mis hermanos podrían superar las dificultades y resistir el cautiverio. Todos nos habíamos entrenado para esperar lo peor y estar física y mentalmente preparados para el infierno. Aun así, odiaría que tuvieran que pasar por ello solos y no pudieran apoyarse en mí para obtener ayuda.

Sloane estaría en mayor riesgo.

No la estaba menospreciando ni siendo sexista. Maxim insistía en que era una mujer fuerte, pero yo mismo podía verlo. Tenía carácter. Era dura. Ser su prometida y la madre de su hijo, el único heredero de la familia en la próxima generación, la ponía en más riesgo de lo habitual.

Los enemigos la verían como daño colateral. O la tratarían como una forma de distraer a Maxim. No importa lo fuerte o valiente que fuera, siempre sería una responsabilidad de la que preocuparse.

Igual que cuando Padre estaba casado con Beatrice, mi madre, ella era una responsabilidad de la que tenía que desconfiar. Sin embargo, ella se había vuelto contra él, demostrando ser una amenaza para todos nosotros. Debido a sus aventuras e infidelidades, casi arruina a toda la familia. Al acostarse con el rival equivocado, había caído demasiado fácilmente en una trampa. Fue su culpa que Maxim, Nik y yo fuéramos secuestrados y casi asesinados.

Mi pecho se agitó al soltar un gran y profundo suspiro. El agotamiento luchaba con la creciente ira que no podía calmar después de escuchar lo que Hayden había dicho.

Por esto es por lo que no puedo tener nada con Katerina, tampoco.

Había dudado durante años en perseguirla. El ser enemigos era el obstáculo más claro entre nosotros. Pero también era ese miedo a confiar en una mujer lo que me recordaba no empezar nunca nada con Katerina. Era esa reticencia a añadir a mis obligaciones el mantenerla a salvo y evitar que se volviera contra mí o fuera capturada.

Ya había metido la pata con ella al ceder a mi deseo aquella noche. Pero eso tenía que ser el final. Eso tenía que ser lo máximo que me permitiría tener con ella.

Si fuera a dejar que se incluyera en mi vida como algo más que la hija de un antiguo amigo de la familia, cuando Thomas Kozlov estaba vivo, o si fuera a dejar que entrara en mi vida como algo más que la mujer sexy y astuta que fue mi aventura de una noche, tendría que responsabilizarme de mantenerla a salvo.

Al pensar en Katerina y en cómo la había visto por última vez, tuve que preocuparme de nuevo por haber complicado ya su vida y comprometido su seguridad. Si alguien descubriera que se había acostado conmigo, que alguna vez me había ayudado cuando le pedí ayuda para hackear la vigilancia, sería un objetivo.

No. No puedo dejarla entrar. No puede ser mía.

Era demasiado retorcido considerarlo ahora, cuando sentía que había comenzado una carrera para mantener a mi familia a salvo.

Mientras estuviera cautivo, podría mantener el pulso de las amenazas dirigidas a mis hermanos.

Y si estuviera aquí y lejos de la tentación de intentar hacer mía a Katerina, ella no sería un riesgo vinculado a mi destino.

Olvídalo. Nunca sería mía.

Esa única noche robada que compartimos tendría que durarme toda la vida, y nunca me arrepentiría.

7

KATERINA

—¿Dónde estás, Nik? —susurré para mí misma mientras me escondía en otra casa de invitados prácticamente abandonada en la finca.

Mi frustración crecía cada vez más con cada hora que pasaba. No podía explicar esta prisa loca por encontrarle. Anton había llegado a casa. Escuché el alboroto en la mansión cuando merodeaba por el bosque en la noche.

Había gritado y despotricado. Se quejó y amenazó. Tal como había anticipado, estaba furioso porque alguien se había atrevido a matar a Dmitri. Y también como había previsto, estaba enfurecido porque yo no había ido con la Familia Ivanov para cumplir con el acuerdo matrimonial. Antes de irse a Grecia por más de un mes, ese había sido el tema recurrente de nuestras acaloradas discusiones. Había insistido tanto en que me casara con la Familia Ivanov para que más tarde pudiera contar conmigo como espía. Como un topo en su interior.

Jamás lo haría.

Cualquier cosa que Anton quisiera se convertía inmediatamente en lo opuesto a mis objetivos debido a mi odio natural hacia él.

Le había dicho una y otra vez que no iría porque tenía que encontrar la verdad sobre mi padre. Estaba deseando que llegara su

viaje a Grecia para tener acceso sin restricciones a los lugares de almacenamiento ocultos. En el momento en que fuera con los Ivanov, perdería la oportunidad de registrar cualquiera de las propiedades de Kozlov.

Fue en el último momento, con desesperación, cuando le pedí a la nueva criada, Lucy, que fuera en mi lugar hasta que pudiera encontrar la prueba que necesitaba. Ahora que la tenía, podía decirle que era libre de divorciarse del Ivanov con el que se había casado, probablemente Saul.

Pero primero, tenía que encontrar a Nik. Antes de liberar a Lucy del matrimonio en el que había entrado en mi lugar, estaba impaciente por encontrar al hermano Ivanov con el que me había atrevido a intimar.

Desafortunadamente, era más fácil decirlo que hacerlo.

No importaba qué cámaras de seguridad pirateara, a qué cámaras del garaje me colara, ni ninguna de las alarmas de seguridad de las propiedades que rastreara. No podía encontrar un solo lugar donde pudieran tener a Nik.

—¿Está en algún lugar de aquí, o con los Romanos? ¿O con alguien más? —Susurrando para mí misma, negué con la cabeza y me froté los brazos mientras pensaba. La calefacción no se había encendido aquí en años, y con el absoluto abandono y deterioro que se aferraba a la casa que antes estaba bien mantenida, me sentía más deprimida y sucia. Atrapada y perdida.

Vamos, piensa, Kat. ¿Dónde no has mirado todavía?

Si Nik estaba retenido en una propiedad de Kozlov, yo tenía un informe completo de esos inmuebles. Conocía todos los nombres de corporaciones y capas tras las que Anton se escondía. La cartera inmobiliaria era fácil de examinar para mí. Pero la lista era larga. Había estado trabajando con una hoja de cálculo de propiedades que estaban categorizadas por acrónimos. Y ya casi estaba al final de la lista.

También estaba casi al final de mi paciencia.

Por el rabillo del ojo, detecté movimiento. A través de la ventana, un par de hombres se acercaban por el descuidado sendero hacia este viejo lugar.

—Mierda. —Apresurándome a cerrar mi portátil y meterlo en mi bolsa, eliminé toda señal de que había estado en esta habitación antes de subir corriendo las escaleras.

Los hombres solo tenían esas miradas serias y letales cuando estaban de caza. Era demasiado similar a cómo había mirado Dmitri cuando lo maté. No tenía que sentarme a reflexionar si este par venía a buscarme. Tenían que ser ellos. Nadie más vendría nunca por aquí.

No iba a arriesgarme. Pasando la correa de mi bolsa por el hombro, me apresuré a subir las escaleras y encontrar otra salida de esta casa. Llegué al descansillo justo cuando ellos irrumpieron por la puerta principal, pisando fuerte por la planta baja con rapidez.

—¿Dónde coño está? —preguntó uno al otro.

Me quedé inmóvil, sin arriesgarme a dar otro paso en estos suelos chirriantes de arriba. Conteniendo la respiración, mantuve mi espalda pegada a la pared cerca de un viejo armario de ropa que carecía de puerta. Moviéndome de lado hacia las sombras de allí, me deslicé sin atreverme a exhalar demasiado fuerte.

—No lo sé. No está aquí. Nadie ha estado aquí en años —dijo el otro—. El polvo no está alterado en absoluto.

—Tiene que estar en alguna parte —dijo el primer hombre mientras continuaban registrando la planta baja—. Tiene que estar en la finca ya que encontraron ese coche cerca de la entrada.

¡Maldita sea! Tenían que estar haciendo referencia al coche que prácticamente había robado.

—Y ninguna cámara muestra que se haya ido —añadió.

—Sería genial si pudiéramos encontrarla y llevársela —dijo el segundo hombre—. Está tan jodidamente enfadado. Entregársela sería una manera perfecta de ganarnos su favor.

No quería considerar lo que pasaría si me capturaran y me llevaran ante Anton.

No podía permitir que mi mente fuera por ahí. La aparición de estos dos ponía en peligro mis planes para encontrar a Nik, pero una vez que estuviera sola de nuevo, reanudaría la búsqueda.

—Además, están gestionando los detalles del transporte para esta noche. Para ese capullo que se llevaron.

¡Nik!

Mi corazón latía más rápido, pero no era la ansiedad lo que me alteraba ahora. Era júbilo. Estaban hablando de Nik.

—La furgoneta de carga pasó antes desde el este, pero uno de los contratistas era demasiado independiente. Yusef detuvo el transporte para encargarse de ese idiota.

—Entonces, ¿dónde están ahora? —preguntó el otro hombre mientras seguían pisando fuerte y abriendo puertas—. Al menos tener al cautivo aquí pondrá a Anton de mejor humor.

—Eso esperamos —respondió el primero con sequedad—. Espera. —Siguió el sonido de su teléfono sonando—. ¿Diga? —Una vez que caminaron por allí abajo durante otro minuto más o menos, parecía que su llamada había terminado cuando habló de nuevo—. Nos quieren en la entrada. Uno de los jefes Romano se está presentando y Anton quiere a todos alerta, por si acaso.

Negué con la cabeza, confundida por cómo Anton parecía querer a los Romanos como aliados pero luego siempre era tan desconfiado y paranoico como para mantenerlos a distancia.

Los dos hombres se fueron, y me desplomé en el suelo para abrir mi portátil de nuevo. La carrera había comenzado. Ahora corría contra el tiempo. Con lo que dijeron esos dos hombres, estaba más segura que nunca de que Nik tenía que estar cerca, en esta finca.

Mientras los hombres de Romano estuvieran en la entrada y sirvieran como distracción, podría apresurarme a encontrar a Nik de una vez por todas.

Repasando sus palabras, modifiqué la búsqueda para ver de qué estaban hablando. Con estas nuevas pistas, podía rastrear mejor.

La furgoneta de carga que venía por el este aparecería en una de las dos puertas de servicio, así que me metí en el sistema de seguridad para seguirla a través de las cámaras de vigilancia. Siguiendo la furgoneta hasta otra casa abandonada más al sur de la propiedad, lo vi. Sacaron a Nik y lo llevaron por una trampilla del sótano al lado de lo que parecía una cabaña.

¡Nik!

Ver su cuerpo siendo transportado era prueba de que estaba vivo. Tenía que serlo. Me negaba a creer que pudiera estar muerto o

gravemente herido e inconsciente.

Voy a por ti, Nik. Voy a rescatarte.

Contando con que los guardias estarían en la mansión atendiendo a los Romano que habían aparecido, me puse la sudadera negra y metí mis cosas en la mochila. Tenía que salir corriendo, y mantenerme entre las sombras en esta noche lluviosa me daría el anonimato necesario para llegar hasta él.

Una vez fuera, me detuve y examiné los alrededores buscando alguna señal de presencia o vigilancia. Esta casa estaba tan apartada que dudaba que hubiera alguien cerca, con esos dos que habían entrado rápidamente a revisarla. Aun así, fui cautelosa y cuidadosa mientras me deslizaba por el linde del bosque en dirección a la cabaña donde habían llevado a Nik.

La lluvia caía constantemente, empapándome, y recé para que la promesa de impermeabilidad de mi mochila mantuviera a salvo mi portátil. La había comprado precisamente para esta situación. Ajustando las correas lo más fuerte posible, continué y troté por el bosque poco espeso hacia el otro edificio.

Llegué rápidamente, pero tuve que detenerme un buen rato tras los árboles laterales. No solo necesitaba comprobar si había ojos vigilantes, sino también recuperar el aliento. Estaba sin aire, más de lo habitual. Mantenerme en forma era algo a lo que me había comprometido. Pero claro, estaba más estresada de lo normal. Con esta carrera loca para rescatar a Nik y liberarlo, no estaba lo suficientemente tranquila para respirar correctamente.

En el momento en que me sentí fuerte y preparada, y también cuando pareció que nadie vigilaba este lado de la casa, di un paso adelante y me acerqué a la puerta lateral. Esta entrada no era por la que habían metido a Nik, pero esperaba que fuera un punto de acceso más discreto donde solo necesitaría disparar a un guardia en lugar de dos.

El agua resbalaba por mis dedos mientras sujetaba la pistola de Dmitri. No me quedaban muchas balas, pero había hecho que cada una contara.

Respirando de manera tan constante y uniforme como pude, fui poniendo un pie delante del otro y me acerqué sigilosamente a la

puerta. Ni por un momento aflojé el agarre de la pistola. No podía. Esto era demasiado arriesgado. Era literalmente una lucha a muerte, y estaba decidida a que este intento de rescate no terminara con la mía. Ni con la de Nik.

Esto era todo.

Estaba arriesgándolo todo.

No cumplir con ese acuerdo matrimonial fue el primer golpe de mi deserción de Anton.

Matar a Dmitri fue el segundo golpe de desafío a la familia que se suponía que era la mía.

Y ahora, arriesgar mi vida y prepararme para luchar y matar para liberar al cautivo de Anton? Ese sería el tercer y último golpe.

Había terminado con mi tío.

Nunca más podría tener seguridad con él aquí.

Ahora, más que nunca, estaba cortando todos los lazos con el supuesto líder de la Familia Kozlov.

El verdadero jefe era mi padre, pero se lo habían llevado demasiado pronto.

Avanzando con cuidado por la cabaña, escuchando cualquier sonido y tensa ante una posible emboscada en cada esquina, intenté convencerme de que lo que estaba haciendo no era incorrecto. Que si mi padre hubiera vivido, habría aprobado que salvara a Nik. Que si Anton no hubiera matado a mi padre, él estaría orgulloso de mí por mantenerme leal a sus viejos amigos de la familia Ivanov.

Era leal a mi padre, a su memoria. Nunca a mi tío.

Bajando sigilosamente las escaleras después de revisar el primer piso, contuve la respiración durante más tiempo, tan nerviosa y tensa mientras me adentraba voluntariamente en el espacio de la cabaña. Sería más difícil protegerme aquí. Cualquiera podría atraparme, detrás de mí en las escaleras. No habría otra salida ahí abajo y no podría simplemente darme la vuelta y huir a un lugar seguro.

Entrar en el sótano fue como caminar de puntillas hacia el mismo infierno, pero no vacilé.

No me rendí.

Con un paso tras otro, me mantuve firme en mi determinación de encontrar a Nik.

Y ahí estaba. Cuando abrí mis ojos entrecerrados ante la visión de él derrumbado en el suelo, me quedé paralizada.

Se veía tan inmóvil, tan ensangrentado y golpeado, que apenas parecía un hombre. Su cara estaba girada, lejos de mí, pero sabía que era él. Sentía su presencia, como siempre la había sentido toda mi vida. Algo en este hombre me hacía gravitar hacia él, a siempre ubicarlo y a estar eternamente consciente de dónde estaba en relación a mí.

Ese cabello castaño oscuro parecía sucio y ensangrentado, pero a pesar de la mugre y el rojo en la parte posterior de su cabeza, sabía que era su pelo. Recordé agarrarlo mientras me daba placer aquella noche. Recordé pasar mis dedos por su suavidad sedosa mientras subía por mi cuerpo desnudo para cernirse sobre mí y luego penetrarme.

Oh, Nik.

Era él, el chico que solía admirar y cerca del que quería estar. El hombre del que no podía alejarme cada vez que nos cruzábamos.

Se suponía que era mi enemigo, alguien prohibido a pesar de nuestro temprano comienzo de amistad antes de que Anton matara a mi padre.

Tragué con dificultad, odiando lo ásperas que sentía la garganta y los pulmones por las respiraciones superficiales que había logrado en la ansiosa prisa por encontrarlo.

Por fin, estaba a mi alcance. Lo había encontrado, y sin duda lo sacaría de aquí. No iba a quedarme paralizada por la conmoción o la alegría. Era demasiado pronto para sentirme feliz. Primero, tenía que ayudarle a salir del cautiverio. Luego, lo asistiría como pudiera hasta que estuviera a salvo y fuerte de nuevo. Sería la última gota en lo que respecta a mi tío. Lo desafiaría así. Estaba *orgullosa* de ir contra sus deseos para salvar a este hombre que siempre me había cautivado.

—Nik —susurré, como advertencia en caso de que se asustara al ver a alguien ahí abajo y para avisarle que había venido.

No se movió, no físicamente. Su cuerpo seguía siendo un bulto en el suelo sucio, pero escapó de él un gemido bajo.

—Nik —repetí, manteniendo mi voz justo por debajo de un susurro real. No había arriesgado tanto para revelar mi presencia. No me atrevería a hacerles saber a los guardias o soldados que lo vigilaban que había venido a sacarlo de la cárcel.

Me acerqué más, sintiendo la creciente presión por darme prisa. Ya había pasado mucho tiempo y no podía estar segura de cuánto tiempo estaría ocupada la mayoría de las fuerzas Kozlov en la mansión con la reunión de los Romano. Tenía que darme prisa. Tenía que moverme y sacar a Nik de allí.

Pero cuando me acerqué a él, una sombra se difuminó a mi derecha.

Había alguien más ahí abajo.

Me miró con desprecio mientras se lanzaba hacia delante para interceptarme, demasiado rápido, demasiado violentamente.

Con un jadeo de pánico por haberle fallado a Nik y a mí misma, demasiado distraída durante un segundo más de la cuenta, levanté la mano para desviar su golpe dirigido a mi cabeza, su puño una enorme masa que apuntaba hacia mí con siniestra precisión.

8

NIKOLAI

Aquel jadeo no pertenecía a este lugar. Abrí los ojos, inmediatamente alertado por el cambio en la habitación. Nadie se sorprendía nunca al estar en estas salas de tortura. Ningún soldado sería tan delicado como para jadear o reaccionar con horror.

Era la primera pista de que había alguien más aquí abajo. Otra persona —no otro contratista independiente— estaba cerca.

Después del alboroto de un contratista enmascarado llevándose a Hayden de la habitación, me sentí aliviado de que no cumpliera con su idea independiente y temeraria de simplemente matarme. Se había rebelado contra las órdenes que le habían dado. Había desobedecido, mostrándose demasiado impaciente y tomando el asunto en sus propias manos.

Con demasiados golpes y patadas, casi lo había conseguido. Aquella paliza fue brutal y letal, llevándome al límite de mis fuerzas.

Sin embargo, se lo habían llevado, lo que reforzaba mi creencia de que quien estuviera a cargo de esta operación me quería vivo, no muerto.

Flácido y concentrándome en no hacer nada más que respirar, permanecí tumbado deseando que los dolores, escozores y punzadas remitieran para poder pensar con claridad.

Escuchar ese jadeo me sacó del shock de semejante paliza.

No encajaba aquí.

Mientras me giraba, cabalgando en esta descarga de adrenalina por oír algo diferente aquí abajo, abrí los ojos de par en par.

No era momento de fingir que estaba dormido o inconsciente, como de costumbre.

Porque no tenía nada de inusual que una mujer estuviera aquí abajo. No era una simple invitada.

¡Katerina!

Justo había estado convenciéndome de olvidarme de estar con ella otra vez. Me había dicho a mí mismo que no podía estar con ella, para evitar ponerla en más peligro.

Y aquí estaba.

Vestida completamente de negro, con una mochila colgada sobre los hombros mientras luchaba por liberarse del hombre enmascarado que intentaba reducirla.

Mi energía se disparó, y un instante de necesidad posesiva de matar a ese cabrón me impulsó a levantarme. Este ardiente impulso de protegerla me hizo moverme, o al menos intentarlo. Los dolores hacían que mis brazos se sintieran más pesados de lo normal. Punzadas en mis costados y piernas me lastraban como si todo mi cuerpo estuviera cargado de fatiga y agonía.

No tenía ni idea de por qué estaba aquí. *Cómo* había llegado hasta aquí. Ni siquiera dónde demonios me encontraba yo.

Pero no podía quedarme quieto o tumbado mientras presenciaba cómo luchaba con aquel matón alto que intentaba estrangularla con sus propias manos.

—¡No! —Gruñidos, más que palabras, salieron de sus labios apretados en una fina línea de rabia. A pesar de su forma esbelta y su baja estatura, se defendía con fuerza, sacudiéndose, dando codazos y pateando a su atacante para liberarse—. Quítate de... —Acompañó su exigencia con una acción más contundente disparando el arma que tenía en las manos. Jadeando por el esfuerzo de respirar mientras él cerraba sus dedos alrededor de su cuello, fulminó con la mirada al hombre mientras levantaba la pistola de nuevo y disparaba. El primer disparo había fallado, pero lo había

distraído. Estando tan cerca, esta vez tenía garantizado el impacto. La segunda bala se hundió en su costado.

—Estás muerta, zorra —se encogió de hombros ante el impacto del disparo, apenas haciendo una pausa lo suficientemente larga para hacer una mueca.

Ella levantó la pistola de nuevo mientras él se enderezaba después de tambalearse un poco.

Pero él fue más rápido, alzando su arma.

¡No!

Me encogí, doblándome para sacudirme como un pez fuera del agua. Mis pies, atados con una cuerda, golpearon el pequeño taburete que Hayden había usado para golpearme cuando sus puños y pies no eran suficientes. Lo había cogido y me había dado golpe tras golpe en la espalda y el costado. Cuando terminó, lo había tirado al suelo, y afortunadamente estaba lo bastante cerca para que pudiera alcanzarlo, incluso con los pies atados.

Un solo impulso hacia él fue todo lo que necesité. Enganchando los dedos de mis pies alrededor de una pata corta del taburete caído, tuve el apoyo para impulsarme de nuevo y enviar la pequeña silla volando. Fue una patada, aunque no exactamente. Todo lo que importaba era que el objeto voló por el aire para golpear las rodillas del hombre.

Le sorprendió, pero no perdió la concentración. Manteniendo su arma apuntando a Katerina, me tensé y recé para que ella le disparara primero. Su única reacción al verme vivo fue dar un círculo y girar para bloquearle el paso hacia mí.

—Me quieren vivo —le dije, con voz ronca y áspera por la falta de uso.

Entrecerrando los ojos, pareció comprender cómo podía tener ventaja sobre este hombre. En un instante, cambió la posición de su brazo y apuntó su pistola hacia mí.

Dudaba que quisiera verme muerto, pero había captado la idea. Mientras amenazara con dispararme, evitaría que ese hombre la matara.

En lugar de mantener este enfrentamiento, el hombre bajó su arma y la embistió. Ella se tensó, retrocediendo sobresaltada, y se

preparó para que él la alcanzara. Esquivarlo no sirvió de mucho. Él era más grande y rápido, agarrándola con demasiada facilidad. Todo sucedió en un instante, tan rápido que no pude seguir todos los detalles, pero me hizo rechinar los dientes al ver su incapacidad para dispararle de nuevo. Fue atrapada otra vez, luchando con toda la capacidad de combate que parecía tener. Mientras ella le impedía ahogarla de nuevo, yo luchaba contra las cuerdas en mis muñecas y tobillos.

Ver cómo la dañaban era un infierno. Verla sufrir era un tormento. No importaba cuántas veces le dijera que la soltara y la dejara en paz, el matón continuaba, golpeándola o intentando estrangularla.

Impotente pero furioso por liberarme, apreté los dientes y puse todo mi empeño en deshacerme de estas ataduras y levantarme. Para luchar y proteger.

Con una mano sobre los dedos del matón que le apretaban el cuello, extendió la otra hacia su bolsillo. Luchaba por respirar, por mantenerse con vida, pero también dejaba claro su motivo. No se había tropezado conmigo ahí abajo por casualidad. Había venido a liberarme.

Con un tirón brusco, me lanzó una navaja plegable que llevaba en el bolsillo.

¡Sí!

Retorciéndome para alcanzarla, me deslicé y me arrastré por el suelo. Mi corazón latía acelerado y mi piel hormigueaba. Además del agotamiento y el dolor de la paliza, sentía la angustia de este ataque de pánico por apresurarme y concentrarme, para salvarnos a ella y a mí.

Usé la navaja en mis tobillos para poder ponerme de pie, aserrando hacia adelante y hacia atrás con una prisa frenética. El sudor goteaba en mis ojos por la tensión que me impulsaba a moverme lo más rápido posible. Mis dedos se sentían rígidos y torpes, demasiado tensos y temblorosos por la ira de querer matar a este hombre que la había lastimado.

Tan pronto como mis pies quedaron libres, con la cuerda cortada y en el suelo, rodé. Aprovechando el impulso del giro, agarré la

navaja con mis manos atadas y me puse de pie.

Entonces corrí y pateé. Manteniendo mis manos extendidas, sin soltar la navaja, confié en mis piernas y pies para patearlo y derribarlo. Cuando se volvió hacia mí, embestí mi hombro contra él y gruñí de furia porque no había caído completamente al suelo.

Sin embargo, lo había empujado hacia atrás. Katerina ahora tenía espacio para dispararle, pero ella negó con la cabeza. —¡No tengo balas!

Sostenía la pistola pero demostraba que se había quedado sin munición.

El enmascarado gruñó, levantándose hasta una posición en cuclillas para cargar contra ella de nuevo, no contra mí. Antes de que pudiera alcanzarla, giré y clavé la navaja en su espalda, cerca de los riñones. Detenerlo con esa estocada me dio más tiempo. Ella le agarró la cabeza, sus dedos aferrándose a su pelo, mientras le bajaba la cara al mismo tiempo que levantaba rápidamente la rodilla.

Los huesos crujieron. Su nariz estaba rota. Con la precisión de su golpe, probablemente lo había matado con el impacto dirigido directamente a su cerebro.

Pero no iba a arriesgarme.

—Su pistola. Coge su pistola —ordené con aspereza.

Ella no vaciló. No dudó. Mientras él se desplomaba por la navaja que le había clavado en la espalda y el rodillazo en su nariz, ella alcanzó su pistola y la presionó contra su cabeza.

Girándose ligeramente con una mueca, apretó el gatillo y se aseguró de que estuviera muerto.

Las luces se encendieron, casi cegándome. Pasos resonaron sobre nosotros. Venían más hombres, y este rescate no iba a terminar bien si no nos largábamos.

—Vámonos —dijo ella, haciendo una mueca como si le costara un gran esfuerzo hablar con la garganta seca.

Mientras dejaba caer al hombre, me quedé con su navaja. Al entregársela, miré fijamente esos profundos ojos azules que temía no volver a ver jamás. Esos oscuros ojos azul oceánico en los que quería perderme y saber que ella era la otra mitad de mi alma.

Confiando en ella con esta completa conmoción y sorpresa de verla *aquí*, de todos los lugares, le supliqué en silencio que cortara las cuerdas de mis muñecas para que pudiera terminar de protegerla.

Con un ceño fruncido, cauto y preocupado, tomó la hoja y cortó la cuerda con miedo brillando en sus ojos mientras el sonido de los pasos aumentaba.

—Estamos atrapados —dijo.

—No. —Observé cómo trabajaba cortando la cuerda.

—Bajé por las únicas escaleras —argumentó.

—Pero también hay una rampa. Por ahí me trajeron.

—Pero...

Levanté la cara para mirarla fijamente. Discutir siempre había sido demasiado fácil para nosotros. Pero ahora *no era* el momento para eso. Separando mis manos con fuerza, forcé los límites de la cuerda. Los últimos hilos se rompieron y mis brazos quedaron libres.

Sin otra palabra, sin oportunidad de hacer una sola pregunta del aluvión que llenaba mi cabeza, agarré su mano y me giré para correr.

9

KATERINA

Entre la presa que aquel hombre hacía con sus dedos en mi cuello y el nudo de emoción que permanecía atascado en mi garganta, no podía tragar bien. Respirar resultaba más fácil con ese hombre muerto y sin intentar estrangularme. Pero mientras corría con Nik para largarnos de aquí, solo conseguía tomar bocanadas superficiales. Cada poco de aire despejaba más ese nauseabundo mareo que inundaba mi cabeza mientras luchaba por liberar a Nik.

Hasta que no saliéramos de aquí, seguiría esforzándome por ponerme al día.

Los dedos de Nik estaban pegajosos y sucios, pero fuertes. No me soltó ni una sola vez, sin importar cuánto pareciera estar sufriendo. Cada paso que dábamos era brusco, y me preocupaba que estuviera demasiado herido para huir completamente conmigo de esta manera.

—Por ahí —se detuvo en seco, corrigiendo nuestra dirección a través del ligero laberinto de túneles y pasillos debajo de esta cabaña. Un pasadizo subterráneo secreto no me sorprendió. Tampoco me asombró que Nik conociera la salida. Mientras este hombre respirara y pudiera formar un pensamiento, estaría espiando

y observando. Fijarse en la mejor ruta de escape era instintivo para él. Prestar atención a su entorno era su segunda naturaleza.

Este hombre era un espía y siempre lo sería. Fue con esa convicción que puse toda mi fe en él para sacarnos de aquí y alejarnos de lo que sonaba como una estampida de hombres corriendo tras nosotros.

Corriendo tan rápido como podíamos, manteniéndonos juntos, nos dirigimos hacia arriba. La prisa por subir esta rampa parecía la carrera de nuestras vidas. Las trampillas cerradas estaban tan cerca. Demasiado cerca. Y no tenía forma de adivinar qué podría estar esperándonos fuera. Con los hombres entrando y los disparos que había efectuado, tenían que saber que Nik estaba suelto. No importaba cuánta gente hubiera en la mansión, todos serían dirigidos aquí.

Literalmente corríamos por nuestras vidas.

Pero cuando Nik golpeó con su hombro contra la trampilla colocada diagonalmente, la madera viscosa y pegajosa, pero sólida, hizo una mueca y lo intentó de nuevo.

Solté su mano para posicionarme y unirme al esfuerzo. Observando cómo se preparaba, sincronicé los golpes de mi hombro contra la madera al mismo tiempo que los suyos.

Tres veces más, golpeó la madera hasta que cedió.

La lluvia caía a raudales. Atrapados en un diluvio bajo una precipitación que no cesaba, salimos y corrimos hacia la furgoneta de carga que estaba aparcada cerca.

—Ve. Sube. ¡Ve! —me instó a adelantarme, sosteniendo el arma que me había quitado de las manos una vez que corté la cuerda que ataba sus muñecas.

Corrí hacia el lado del conductor y subí de un salto. Las llaves seguían en el contacto —así de ingenuamente confiados eran los hombres aquí— y no esperé para arrancar el motor.

Nik corrió hacia el lado del pasajero, disparando a los hombres que nos rodeaban. Se subió mientras yo me agachaba para evitar recibir un disparo por la ventanilla.

—¡Vamos!

Antes de que cerrara completamente la puerta del pasajero, reanudó los disparos por la ventana contra los hombres que estaban decididos a detenernos.

Con mi corazón golpeando tan salvajemente contra mis costillas, me agaché todo lo que pude mientras aceleraba. Embistiendo puertas y vallas, arrollé cada obstáculo hasta que estuvimos en la carretera lejos de la finca. No importaba cuánta distancia pusiera entre nosotros y los hombres que ahora nos perseguían en coches, mantuve el pie en el acelerador y me concentré en alejarnos.

—Hacia el oeste —ordenó Nik, tambaleándose a través de la furgoneta para alcanzar las ventanas traseras. Aunque se trataba de una furgoneta de carga y debería haber una pared como separación entre la cabina y la zona de carga, estaba todo abierto. Patinó y resbaló mientras cruzaba hacia la parte trasera y usó el arma para romper una de las ventanas tintadas traseras. Desde allí, tenía mejor puntería para disparar a los hombres que nos perseguían.

Con mi frenética velocidad y su precisa puntería, disuadió a los hombres que nos perseguían y nos alejé más de donde podíamos ser capturados o asesinados.

Solo cuando estuve en la carretera principal, más bien una autopista, regresó al asiento del pasajero.

La lluvia no había amainado, golpeando el parabrisas sin pausa. De un lado a otro, los limpiaparabrisas se movían y limpiaban el cristal para que pudiera ver. Mi visión estaba bien, independientemente de las mediocres condiciones de conducción, pero no veía hacia dónde dirigirme.

La visión de túnel me había limitado durante demasiado tiempo.

Me había centrado en nada más que encontrar evidencia de que Anton había matado a mi padre para pensar en cualquier otra cosa.

Luego, una vez que tuve esa prueba y supe que Nik había sido capturado, concentré todos mis esfuerzos en encontrarle.

Ahora que lo había conseguido —casi milagrosamente— no estaba segura de adónde ir ahora o qué hacer.

No había pensado lógicamente tan a futuro. No había prestado suficiente atención al siguiente paso.

—¿Estás bien? —preguntó, con la voz tan áspera. Rompiendo el pesado silencio con esa pregunta, aclaró su garganta y me miró fijamente. Sentir la intensidad de su mirada, incluso desde mi visión periférica, era demasiado para soportar.

Aparté mi atención de la carretera y le miré, estremecida por el sangriento desastre que era.

La última vez que le vi fue la noche en que me quitó la virginidad. Esa noche cuando nos encontramos en la zona alta de la ciudad y yo había intentado hackear las cámaras de vigilancia para que él pudiera descubrir quién había entrado en su casa para envenenar a su padre. Ambos cedimos esa noche, besándonos hasta que cruzamos demasiadas líneas.

Aquella noche, él fue fuerte y sexy. Audaz y seguro de sí mismo. Seductor y demasiado tentador para resistirse. Si pudiera detenerme en la paz de no estar amenazada de muerte, podría recordar con claridad cada detalle sensual. Cómo su pelo oscuro caía sobre su frente mientras me embestía sin paciencia. Cómo la piel tensa de sus bíceps demostraba su poder mientras se cernía sobre mí. Cómo sus dedos me tocaban con maestría y me humedecían para él, y después con qué intensidad había agarrado su miembro desnudo antes de alinearlo con mi sexo mientras yo abría ampliamente las piernas para él.

—Katerina —dijo, con un tono teñido de impaciencia mientras yo me perdía en el perverso recuerdo de él haciéndome el amor. El enemigo follándome.

Me aclaré la garganta y asentí. Si me preguntaba si sobreviviría, claro que lo haría. Los golpes que había recibido eran menos de lo que él había sufrido. Marcas rojas y abrasiones rodearían mi cuello, pero ahora podía respirar. Las cicatrices sanarían.

—Tú no —respondí—. Tú no estás bien. —Fruncí el ceño al darme cuenta de lo mucho que odiaba verlo con cualquier tipo de dolor. Me dolía verlo herido así. Estaba acostumbrada a la violencia. No era la primera vez que veía sus consecuencias. Pero en él, lo detestaba.

Él exhaló un profundo suspiro, desplomándose contra el asiento.

—Sobreviviré.

Asentí de nuevo, sin mirarlo por tercera vez. Lo haría. Yo me había asegurado de que tuviera una mejor oportunidad de sobrevivir. Todo sería en vano si no lo llevaba a un lugar seguro, sin embargo.

—Te llevaré a casa y...

—No. —Negó con la cabeza—. Todavía no.

Le fruncí el ceño.

—Estás herido.

—Entonces me recuperaré y estaré herido en otro lugar. No puedo ir a casa todavía. No hasta que sepa quién hizo esto. No hasta que pueda estar seguro de que no llevaría a alguien hasta mi familia.

Negué lentamente con la cabeza, casi divertida de que tratara su cautiverio como una oportunidad para espiar.

—Bien. Entonces te llevaré a una casa segura donde puedas recuperarte hasta que vayas a casa.

—Anton no te perdonará por esto —me advirtió.

No pude resistirme a encontrar su mirada.

—Y yo no le perdonaré lo que ha hecho.

Nik no era ajeno a mi obsesión por descubrir quién había matado a mi padre. Conocía mis sospechas de que Anton había acabado con la vida de mi padre. Con esta sobria mirada que intercambiamos, captó lo que no estaba diciendo.

En lugar de seguir hablando, me dirigí hacia una de las casas seguras que los hombres de Kozlov probablemente no revisarían. Aunque todavía teníamos camino por recorrer, el silencio llenó la furgoneta.

Había tantas cosas más que contarle a Nik. Tantas preguntas que hacerle. Pero con su respiración pesada y su quietud mientras parecía relajarse y bajar la guardia, no lo atosigué con más. El hecho de que yo hubiera aparecido para liberarlo hablaba más fuerte que cualquier palabra que pudiera ocurrírseme decirle ahora.

Él podía confiar en que yo le cubriría las espaldas. Y yo podía contar con que él haría lo mismo.

Considerarnos enemigos nunca había sido más confuso.

Después de llegar a la casa segura, salí corriendo bajo la lluvia para abrir manualmente la puerta del garaje. Él se había pasado al

asiento del conductor para meter la furgoneta, y yo cerré la puerta de inmediato.

Nadie nos vería ahora. Nadie podría rastrearnos aquí dentro. Me detuve con la espalda contra la pared de la furgoneta mientras cerraba los ojos y suspiraba aliviada.

Lo habíamos conseguido.

Habíamos escapado.

Yo lo había logrado.

Había sacado a Nik como me había prometido a mí misma que haría.

Y ahora necesitaba descubrir mi siguiente paso.

Nik apagó el motor. La vibración de la furgoneta al detenerse me sacó de este momento robado de alivio. Apartándome del lateral de la furgoneta, me acerqué al lado del conductor para ayudarlo a salir.

—¿Hay cámaras aquí? —preguntó, plenamente consciente de que a menudo hackeaba los sistemas de seguridad de las propiedades Kozlov.

Negué con la cabeza, extendiendo la mano para guiarlo a salir y apoyarse en mí.

—No. La última vez que lo comprobé, desactivé las cámaras. —Haciendo una mueca ante su peso muerto contra mí, me esforcé por mantenerme erguida—. Tan pronto como escuché rumores de que habías desaparecido, empecé a revisar las grabaciones de vigilancia de todas las propiedades para ver dónde estabas.

—¿*Todas* las propiedades? —Arqueó una ceja mientras salía del garaje conmigo. Pero incluso esa expresión facial era demasiado dolorosa. La sangre goteaba de un corte cerca de su línea del cabello, y la piel hinchada alrededor de su ojo evidenciaba el dolor.

Asentí.

—Seguí buscando. Hasta que finalmente te encontré esta noche.

Guiándolo hacia el interior, me tomé mi tiempo con los dos escalones para entrar en la casa. Cada movimiento que hacía desafiaba mi equilibrio. Incluso estando herido y débil, era muy grande. Más grande que la vida misma.

Para cuando logramos entrar completamente en la casa, accediendo a una cocina vacía, yo estaba empapada de sangre de su

costado, brazo y cara. El olor metálico parecía tan fuerte, invadiendo mi nariz, que hice una mueca por lo mucho que me molestaba.

La sangre solo era sangre.

No tenía un estómago débil.

No era una mujer delicada.

Pero algo en oler tanta sangre ahora mismo me revolvía el estómago.

Contrólate, Kat.

No era como si no estuviera acostumbrada a un poco de sangre y vísceras. Demonios, cada mes tenía que lidiar con...

Me quedé rígida. El simple pensamiento de otra ocasión de sangrado casi me impidió moverme por completo.

—¿Qué? —Nik se volvió para mirarme, frunciendo el ceño. Había notado esa brusca inhalación. Estaba tan sintonizado conmigo que percibía el más leve cambio en mi comportamiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras yo continuaba, guiándolo a través de la cocina, esperando llegar a un dormitorio donde pudiera descansar y yo le ayudaría con sus heridas.

Negué ligeramente con la cabeza, tan abrumada por lo que mi reacción a la sangre había desencadenado.

Era ese recuerdo de él. De la última vez que lo vi antes de esta noche.

Me había mirado a los ojos mientras se sostenía sobre mí. Mientras yo abría ampliamente las piernas, invitándole a tomarme con fuerza, él había rodeado con sus largos dedos su grueso miembro para alinear la punta con mi entrada.

Su miembro *desnudo*.

Que había introducido en mí y con el que me había llenado hasta que ambos nos corrimos intensamente.

Después de aquella noche, me marché con su semen aún dentro de mí. Donde permaneció el tiempo suficiente para que me retrasara la regla.

Tenía un retraso. Tenía un retraso *importante*, y solo me daba cuenta ahora, al considerar mi reacción a su sangrado. Con la búsqueda de pruebas, luego la caza de Nik, había estado tan

distraída que no me había dado cuenta de que me había faltado el periodo.

De vuelta con Nik, sin embargo, y recordando el hecho de que no habíamos usado protección, me resistí a pensar en la idea de estar...

Embarazada.

—Katerina —Nik se detuvo, obligándome a quedarme quieta también—. ¿Qué te pasa?

No podía decírselo. No así. No ahora. Quizás nunca. No podía aumentar sus cargas cuando apenas sobrevivía, respirando con tanta dificultad y sangrando demasiado.

—Nada —mentí, evitando su mirada y animándole a seguir caminando.

Tener un hijo de Nik sería una bendición... para mí.

Pero hasta que pudiera adivinar cómo superaríamos este día, odiaba lo fácil que era suponer que esto sería una complicación terrible para nuestras vidas ya de por sí desordenadas.

10

NIKOLAI

Mi cuerpo no podía soportar más. Estaba demasiado débil para ponerme de pie, demasiado agotado para caminar.

Cuando Katerina encontró un dormitorio en el piso franco, la visión de una cama fue como un oasis en la distancia. Un espejismo de alivio. El simple hecho de poder tumbarme en un colchón o una superficie blanda era un lujo que nunca volvería a dar por sentado. Después de un mes de ser arrastrado y tirado sobre suelos duros y superficies sucias, aquella sencilla cama parecía el cielo.

Aunque ella intentó ser suave al ayudarme a tumbarme en la cama, dejé que la gravedad hiciera su trabajo. Me desplomé rápido, preparándome para el impacto. Luego, cuando mi cuerpo exhausto se hundió en la manta delgada pero mullida, suspiré.

—Espera. Quédate sentado por ahora. Déjame limpiarte primero —protestó.

Negué con la cabeza, girando la cara sobre la manta pero sin tener la fuerza de voluntad para levantarla por completo. —No. No me voy a levantar —no estaba seguro de poder hacerlo.

—Está bien —se apartó—. Entonces no lo hagas. Quédate aquí.

Solté una débil risa. ¿A dónde demonios podría ir? Era un saco de huesos, desprovisto de toda energía después de haberlo dado todo

para correr con ella y escapar de allí.

Todavía estaba aturdido por el hecho de que ella simplemente hubiera aparecido. Que fuera la que se atrevió a liberarme.

No había tenido tiempo de reflexionar sobre las razones de su arriesgado comportamiento. Pero ahora, mientras la escuchaba salir de la habitación, el sonido del agua corriendo y luego sus pasos regresando, planeaba averiguar todo lo que pudiera.

Antes de sucumbir y quedarme dormido. Porque había aguantado tanto como pude. Con esta valiente mujer cerca de mí, finalmente podía relajarme y recuperarme. Nuestros apellidos significaban que debíamos ser enemigos, pero en el fondo sabía que podía confiar en que ella me cubriría las espaldas. De lo contrario, no habría arriesgado su vida para liberarme.

—¿Tu tío ordenó que me secuestraran? —pregunté. Era un enfoque directo y sin rodeos para obtener lo que necesitaba saber.

—No lo sé —respondió, sin inmutarse por lo brusco que fui—. Está involucrado, obviamente, ya que te trasladaron a una de las antiguas casas de invitados de su propiedad. Pero no sé si él ordenó que te secuestraran. Sabes tan bien como yo que Anton ha servido para albergar a cautivos de otros, ya que tiene tanto terreno.

Vaya. *Interesante*. Sus palabras importaban. Lo había llamado *su* propiedad. No lo llamó *su* propiedad de ambos, como si no viera ninguna pertenencia sobre ella. Se había distanciado de Anton al liberarme. Pero me preguntaba qué más la había motivado a romper con su familia.

Recordé que había dicho que ahora estarían en paz.

Eso solo podía significar una cosa. Anton *había* matado a Thomas todos esos años atrás. Era la prueba que ella había buscado durante tanto tiempo, y para que ahora estuviera en contra de su tío, tenía que saber ese hecho, no solo especular sobre él.

Dejó escapar un largo suspiro mientras me giraba para mirarla y luego me incorporaba lentamente. Vi la preocupación en su rostro y agradecí cómo acercó las almohadas para que pudiera apoyarme en ellas.

—La primera vez que oí los rumores de que te habían secuestrado fue hace un mes.

—Sí. Me cogieron pocos días después de que tú y yo... —la miré, preguntándome si le gustaría un recordatorio de lo que habíamos compartido aquella noche.

Se aclaró la garganta y se concentró en quitarme la camisa con cuidado.

Días después de que me quitara la ropa en otras circunstancias.

—Sí —se negó a hacer contacto visual—. Días después de que te ayudara a revisar la vigilancia de cuando Grigory fue envenenado.

Hice una mueca cuando me quitó la camisa por completo. El aire abierto sobre mis heridas empeoraba el escozor de la carne viva.

—Supuse que mi tío estaba detrás o implicado, así que empecé a revisar cámaras para ver dónde podrían haberte escondido. No encontré nada hasta hace poco. No por falta de intentarlo —frunció el ceño, y me pregunté si esa era la culpa que estaba ocultando.

—Anton estuvo en Grecia todo el mes, así que busqué en tantas propiedades como pude.

—¿Me buscabas a mí?

—Sí. Y no —me miró con un ceño terco—. Estaba buscando las grabaciones de vigilancia que faltaban de cuando murió mi padre. Así que revisé tantos lugares como pude mientras él no estaba en casa para supervisar lo que hacía.

—¿Las encontraste? —sería inútil preguntarle si me había encontrado a mí. Claramente lo había hecho.

Asintió. —Lo hice. Con esa búsqueda terminada, sabía que se me acababa el tiempo para quedarme...

—¿Por qué? —insinuó una amenaza, y odiaba que ella pudiera estar en peligro así. Le cogí la mano y la observé atentamente—. ¿Porque Anton volvería a casa? —no era ningún secreto que ella odiaba al hombre, pero se había visto obligada a vivir con él como su única sobrina.

—Sí. Y porque una vez que regresara, no estaría contento con cómo había desafiado sus órdenes —humedeció un trapo y comenzó a limpiar la sangre que me cubría, su cuidadosa mirada inspeccionando mis heridas mientras probablemente calculaba cómo podría ayudarme con ellas.

—¿Qué órdenes? —pregunté, respirando a través de la presión de su delicado y cuidadoso toque sobre mis heridas.

—De casarme.

Le agarré la mano y la miré fijamente. —¿Qué?

La idea de que esta mujer perteneciera a otro hombre me llenó de ira instantánea. No podía. Simplemente no podía estar con otra persona. Había crecido sabiendo que ella nunca podría ser mía, relegada a ser *solo* mi enemiga debido a su tío, pero odiaba la idea de que estuviera con cualquier otro hombre.

Los celos me atraparon y no podía sacudírmelos de encima.

—Al parecer, mi padre hizo un acuerdo con Grigory hace muchos años. Para unirme con uno de sus hijos.

Entrecerré los ojos. —Nunca había oído hablar de eso.

—Yo tampoco, hasta hace poco más de un mes cuando Anton encontró el papeleo en una oficina. Anastasia se sorprendió cuando el representante de Anton se puso en contacto con ella al respecto, y luego, con Grigory todavía recuperándose, él no lo recordaba.

Suspiré mientras ella seguía limpiando la sangre. Los toques frescos del trapo húmedo se volvían más reconfortantes que irritantes. Mi padre no podía recordar mucho con lo alterado que estaba después de ser envenenado.

—¿Decía a cuál de nosotros debías casarte? —pregunté. Tenía sentido que Thomas Kozlov ofreciera a su hija. Era buen amigo de mi padre. Pero si el acuerdo se había olvidado y Anton nos detestaba... —Espera. ¿Quería que cumplieras el acuerdo *ahora*?

Asintió y luego negó con la cabeza. —No, no especificaba qué hermano. Y sí, insistió en que fuera a casarme inmediatamente con alguien de vuestra casa.

—¿Para qué? —Entrecerré los ojos de nuevo.

Ella puso los ojos en blanco y sonrió con suficiencia. —¿Para qué va a ser? Para espiar para él.

No es que ella lo fuera a hacer. Katerina nunca obedecería a Anton.

—Envié a mi doncella en mi lugar —confesó—. Le dije que solo tenía que casarse con alguien, y una vez que encontrara las pruebas

que necesitaba de que Anton había matado a mi padre, me escaparía y la ayudaría a divorciarse.

Joder. Parpadeé, sorprendido por lo astuta que era esta mujer para conseguir las pruebas que había deseado durante tanto tiempo. Le importaba muchísimo. Pero era de esperar. Realmente había querido a su padre y sabía que aún lo echaba de menos.

Intenté sin éxito imaginar a Damon o a Saul casados con su doncella. Mi gemelo fraterno, Damon, era demasiado asesino demoníaco, demasiado oscuro para acoger a una esposa. Saul, mi hermano menor, era demasiado despreocupado y mujeriego para sentar cabeza.

Aunque Katerina estaba aquí delante de mí, claramente no comprometida, me sorprendió este irracional sentimiento posesivo que tenía hacia ella. Si se escapara para siempre o se casara con otro, perdería todo lo que tenía con ella. La amistad tentativa. Las colaboraciones entre su piratería informática y mi espionaje. Nuestra mutua desconfianza hacia Anton. Y aquella noche de pasión ardiente cuando ambos perdimos el control.

No quería perderla en absoluto.

Pero no puede ser tuya.

Ese hecho no cambiaría. Cada minuto que pasábamos juntos así era un riesgo. Si la pillaban liberándome, moriría. Si mi familia supiera que se suponía que debía venir a nuestra casa para espiarnos, la despreciarían.

Katerina corría más riesgo estando conmigo —como mi amante, quizá como amiga, y definitivamente como mi ayuda para escapar. Estaría más segura lejos de mí, separada de mí mientras yo continuaba esta investigación sobre quién podría haber ordenado mi secuestro.

Haría cualquier cosa para protegerla. Estaba tan delirante de desearla y echarla de menos que no podía aceptar que le iría mejor lejos de mí.

Solo estar a solas, en la misma habitación con ella, era una prueba extrema para mi control y paciencia. Si cada centímetro de mi cuerpo no estuviera gritando de agonía por la última y brutal paliza de Hayden hoy, habría tenido la energía para agarrar a esta

mujer y abrazarla para besar sus dulces labios de nuevo, para estrecharla y absorber cada centímetro de contacto entre nosotros para revitalizarme.

No puede ser tuya.

Bajé la mirada, odiando ese recordatorio con renovada decepción. Porque ya sentía que era mía. De muchas maneras, Katerina era *mía*. Maxim y mis hermanos siempre me habían dado la lata por lo cercanos que parecíamos Katerina y yo. Nunca habíamos podido distanciarnos completamente el uno del otro después de que Anton se hiciera cargo de su familia y la amistad con nuestra familia se desvaneciera.

Katerina siempre había sido la mujer que más deseaba.

Pero ahora, mientras se arriesgaba liberándome, una señal definitiva de deserción de su tío y desobediencia a sus deseos, no sabía cómo integrarla en mi vida y hacerla mía de verdad.

¿Podría ser tan simple? ¿Simplemente tomarla, casarme con ella y quedármela? Anton podía irse a la mierda y convencería a mis hermanos de que confiaran en ella. Solían hacerlo cuando éramos niños. Nos llevábamos bien entonces. No es culpa suya que Anton arruinara la alianza de nuestras familias.

Quería creer que podría ser así de simple y posible. Que podría llevármela a casa y hacerla mía.

Pero para hacer eso, necesitaba más respuestas. No podía volver a casa todavía, no cuando otros contratistas podrían estar esperando órdenes para llevarse o matar a mis hermanos y miembros de mi familia. Había estado tan cerca de aguantar y esperar a que alguien hablara y dejara escapar una pista.

Tenía que saber quién era el cerebro detrás de mi secuestro, quién intentaba arruinar a mi familia.

Hasta que pudiera lograr eso, ¿qué tipo de seguridad podría soñar ofrecerle a Katerina?

Ninguna. No tendré ninguna promesa de seguridad que ofrecerle hasta que sepa quién es el maldito enemigo.

—¿Nik? —Acunó mi rostro suavemente, levantando mi cabeza hasta que miré sus preocupados ojos azules.

Me aparté de su caricia, odiando privarme de su dulzura y preocupación.

No podía.

No ahora. En el momento en que me ablandara por ella y la dejara entrar en mi corazón más de lo que ya estaba, me distraería y perdería el enfoque.

—Voy a ducharme —le dije, levantándome para dirigirme al baño, donde quiera que estuviera aquí.

Pero ponerme de pie fue más fácil de decir que de hacer. Estaba tambaleante sobre mis rodillas e instantáneamente sin aliento.

Pero ella estaba allí, pegada a mí, sosteniéndome, siempre presente como el ancla que quería y necesitaba para sobrevivir a la tormentosa realidad de mi vida.

—Gracias —dije, sin querer mirarla a los ojos mientras lo decía, demasiado poco y demasiado tarde—. Gracias por tu ayuda. —Dando un paso hacia un lado, le apreté la mano—. Pero puedo con esto.

El camino a la ducha fue una agonía, pero poner esta pequeña distancia entre nosotros era crucial.

No podía mantener la cabeza en el juego cuando ella estaba en mi espacio así, tentándome a desear un para siempre con ella cuando nada parecía seguro.

11

KATERINA

Cuanto más se recuperaba Nik, más enfadado se ponía.

Durante tres días, coexistimos a duras penas en esta casa franca. Intenté cuidarlo para que recuperara la salud. Con los vendajes y material de primeros auxilios que encontré en la casa, conseguí mantener limpias sus heridas. No se extendió pus. No empeoró la inflamación de los numerosos cortes y rasguños. No deliraba ni estaba confuso como para hacerme sospechar de una lesión en la cabeza, y ninguno de sus huesos parecía roto.

Aunque me permitía atender sus heridas, me daba todas las señales de estar furioso.

Sus ceños fruncidos no se suavizaban.

Las líneas de su frente permanecían inclinadas con irritación.

No ofrecía calidez ni atisbo de sus bromas juguetonas.

Dale tiempo.

Espacio.

Por el amor de Dios, ha estado cautivo y le han dado una paliza durante un mes.

Cualquiera estaría enfadado.

Sin embargo, yo sabía exactamente por qué estaba tan furioso y agitado.

No podía culpar a nadie por lo ocurrido. Yo tampoco podía. Por muchas veces que me preguntara sobre la implicación de Anton, no podía contarle nada sustancial. Mi tío nunca confió en mí para darme información. Solo esperaba que me casara y espiara. Todo lo que sabía era por lo que había escuchado a hurtadillas. Luego lo que vi al hackear, una habilidad que mi tío no se dio cuenta que había perfeccionado cuando mató a mi padre. El dolor hacía cosas retorcidas a la gente, y en mi caso, me encerré en mí misma y me aislé del mundo, buscando consuelo explorando en línea y viendo qué desafíos podía superar como distracción para no echar de menos a mi padre. Era autodidacta, pero eficaz cuando se me daba la oportunidad.

Nik no me estaba dando la oportunidad de consolarlo más allá de ayudarlo con sus heridas.

Su actitud me desgastó después del tercer día. No me merecía esta aspereza por su parte. No importaba cuántas veces me dijera a mí misma que fuera comprensiva con él y que le dejara caminar de un lado a otro y procesar su enfado por haber sido capturado, deseaba desesperadamente reconciliar esta versión de él con el hombre que conocía antes.

El amante protector que me había hecho sentir tan bien. El hombre valiente que se había atrevido a ser íntimo conmigo y cruzar la línea de la amistad hacia algo más.

Le habían secuestrado después de aquella noche que compartimos. Y parecía que la pasión sensual que habíamos encontrado y compartido nunca volvería a ocurrir.

Aunque me había dicho *gracias*, una mísera expresión de gratitud antes de dejarme para irse a duchar, no podía convencerme a mí misma de que estuviera agradecido.

Había arriesgado mi vida para salvarlo. Sí, era una última cosa que hacer para cabrear a mi tío antes de huir y comenzar una vida lejos de él.

Pero Nik no parecía apreciar que hubiese ido a por él.

No parecía estar ni remotamente en la misma página que yo, una en la que yo estaría segura de que él se preocupaba por mí.

De que me deseaba.

Se sentó después de otro largo período caminando de un lado a otro. Habíamos compartido una comida sencilla después de que se despertara, aún durmiendo profundamente durante largos períodos debido a su proceso de curación.

—Dime otra vez lo que dijo Anton. Sobre el acuerdo.

Me senté, manteniéndome al borde de mi asiento porque ahora era *yo* quien se sentía incitada a caminar. Seguía volviendo a ese maldito acuerdo matrimonial. Ya le había dicho todo lo que sabía. Era como si ya no me creyera.

—¿Así que le dijiste que no querías casarte con uno de los Ivanov? Pero nunca le dijiste por qué? —Arqueó las cejas.

—No le habría importado ninguna razón que le diera.

—Entonces, ¿qué le dijiste? ¿Qué razón le diste?

—Le dije que no quería casarme todavía. —Si no estuviera actuando tan frío conmigo, habría compartido la verdad completa. Que no había querido casarme porque sabía que no sería con él. Nunca podría casarme con uno de sus hermanos. Solo con Nik. Pero él ya había sido secuestrado para entonces, al menos según los rumores que había oído, y no quería arriesgarme a ser enviada como esposa de Damon o Saul.

Si Nik no hubiera sido secuestrado y hubiera estado en casa, habría ido felizmente corriendo allí para casarme con *él*. Entonces nunca espiaría ni volvería a hablar con Anton. Pero eso no era posible en aquel momento porque Nik estaba secuestrado. Y tampoco habría podido buscar las pruebas que necesitaba sobre la muerte de mi padre.

—No puedo creer que caería tan bajo como para enviarte como espía... —Entrecerró los ojos, mirando hacia la distancia. Cuando se ponía malhumorado y taciturno así, no había nada que pudiera decir para hacerle volver a la lógica.

Porque me conocía, maldita sea.

Me había conocido.

No era una espía.

No era una enemiga, sin importar lo que Anton quisiera que el mundo pensara.

Era una Kozlov de nombre y nada más. Nik siempre me había conocido solo como Katerina, la chica a la que solía bromear y perseguir cuando era niña, la mujer a la que había seducido y llevado a la cama una noche.

Pero no. Siempre me verá como la supuesta enemiga. Solo por el "líder" de mi familia, tenía que estar afiliada como la enemiga, no como una vieja amiga.

No como la madre de su hijo.

Durante estos tres días escondida con él mientras procesaba la ira y el resentimiento de haber sido secuestrado, me di cuenta cada vez más de las señales de que debía estar embarazada.

Me había faltado la regla. Me había estado sintiendo mareada con más frecuencia. Ciertos olores me daban ganas de vomitar. Y los calambres habían comenzado a darme náuseas.

Olvídalo, Kat.

Si Nik me estaba mostrando su verdadero yo ahora, tan fácilmente convencido de que yo sería una espía en su familia, entonces tendría que aceptarlo y seguir adelante.

Ese era el problema, sin embargo. No sabía hacia dónde avanzar ni cómo procesar los cambios en mi vida.

Dejar a Anton no era un desafío. Había soñado con seguir mi propio camino durante tanto tiempo, sin tener sentido de familia ni hogar con mi tío, a quien despreciaba.

¿Pero convertirme en madre? ¿Con el hijo de un hombre que solo me veía como una enemiga por mi apellido de la que había que mantenerse alejado?

¿Qué puedo hacer?

¿Adónde iré?

¿Cómo puedo siquiera decírselo?

Refugiándome en mí misma, no me importaba si Nik notaba lo callada que estaba en el cuarto día en el refugio con él. No es que estuviera intentando darle la espalda fríamente, pero quizás eso formaba parte de mi motivo.

Simplemente no sabía cómo tratarle así, enfadado y suspicaz. Parecía demasiado inverosímil esperar que fuese cariñoso después del trauma que había sufrido. No era tan tonta y estúpida como para

desear que me abrazara y me consolara a *mí* después de lo que él había sufrido. Pero... algo distinto a sus frenéticos paseos, murmullos y ceños fruncidos habría estado bien.

Sé realista, Kat. No va a pedirte que estés con él en absoluto. Comportándose así, no querrá tener nada que ver con este bebé.

Tumbada en el sofá, miraba fijamente los cojines e intentaba apartar estos pensamientos negativos.

Reflexionar sobre quién era Nik y cualquier cosa que hubiésemos compartido en el pasado no me llevaría a ninguna parte.

Estaba sola ahora. Solo yo y este pequeño dentro de mí.

Pero si pudiera ser tan atrevida como para soñar y desear, para hacer planes e imaginar...

Cerrando los ojos, me acurruqué en la sábana que había colocado aquí para mi lugar para dormir.

Si pudiera imaginar el futuro perfecto con Nik, sería uno donde él fuera el hombre encantador y astuto que me hizo llegar tantas veces aquella noche. El amante fuerte que se había perdido conmigo. El espía que me había protegido cuando intenté rescatarle.

Aceptaría cualquier cosa.

Algo.

Lo que pudiera ofrecerme sería más que esta desesperación y soledad de echarle de menos.

Olvídalo, Kat.

Nik no parecía dispuesto a acogerme en su vida en absoluto. Parecía que había conseguido lo que quería esa noche, y eso era todo.

Ahora, escondidos juntos, se sentía como un patético juego de espera de cuándo sería lo suficientemente valiente para alejarme y luchar por un futuro mejor que merecía.

Tanto desear que me quisiera para siempre después de todo lo que había hecho por él.

Nunca seré nada más que alguien a quien considerará el enemigo.

Cubrí mi estómago con una mano y me contuve para no sorber mientras una lágrima se escapaba de mis ojos cerrados.

12

NIKOLAI

Se preocupó lo suficiente como para liberarme de esa habitación. ¿Y ahora no quiere saber nada de mí?

En plena noche, cuando las pesadillas y los recuerdos de mi cautiverio me golpearon con toda su fuerza, me incorporé de golpe e inmediatamente intenté no respirar demasiado fuerte para no alertar a Katerina de que estaba sufriendo. En su lugar, tragué saliva y tomé grandes bocanadas de aire hasta conseguir calmarme. No eran solo nuevas pesadillas sobre lo que había pasado en el último mes más o menos, sino también sueños antiguos de cuando me secuestraron de niño. El camino hacia la sala de ejecución. Las miradas de miedo en los rostros de Damon y Maxim.

Hacer ruido podría despertar a Katerina, y hasta que pudiera entender este trato de caliente y frío que me estaba dando, no quería que las cosas entre nosotros se volvieran más extrañas.

Ella se preocupaba. Me senté allí y *sabía* esto. Tenía que importarle para sacarme de esa habitación. Nadie le había pedido que arriesgara su vida para salvarme. Nadie la había obligado a hacerlo. Katerina era demasiado terca como para que alguien le dijera que fuera una heroína.

Sin embargo, desde que llegamos a esta casa franca, esta incomodidad tácita entre nosotros se cernía cada vez más grande.

Esta brecha de energía extraña y distancia se hacía más amplia. No podía entender cuál era su problema.

¿Qué coño estás diciendo, tío?

Sacudí la cabeza y sonreí con ironía a la pared frente a mí.

Ahora estaba por su cuenta. Por supuesto, su cabeza no estaba en un buen lugar ahora mismo. Me explicó cómo había desafiado a Anton. Cómo había matado a su guardia favorito cuando salió de la mansión. Y luego cómo se había atrevido a encontrarme y sacarme de allí.

Era una mujer buscada y ella lo sabía.

Hasta ahora, no había dicho adónde iría ni qué haría. Ese tema no había surgido principalmente porque yo le preguntaba sobre lo que había sucedido mientras estuve fuera. El tema de sus planes no había surgido porque ella también se quedaba callada y hermética. Pensativa y atrapada en su cabeza.

Al principio, supuse que no estaba segura de cómo tratarme después de que nos hubiéramos acostado. Obviamente, eso cambió las cosas. Sin embargo, mientras permanecía callada y en el sofá, casi evitándome, me pregunté si simplemente estaba tratando de darme espacio. Dejar que me aclimatara al hecho de que había sobrevivido al cautiverio otra vez.

¿Pero por qué querrías alejarme así?

Me levanté, inquieto porque ella actuaba tan diferente conmigo ahora. Algo no cuadraba, y estaba intranquilo y molesto por no saber por qué parecíamos estar tan desconectados.

Esta cama era lo suficientemente grande para los dos, pero no se insinuó ni un segundo de coqueteo o deseo.

Ella eligió ese sofá, como si necesitara exagerar que no estaba interesada en mí en absoluto.

Y eso dolía.

Caminando hacia la sala, mantuve mis pasos ligeros para no despertarla. No podía soportar más su silencio, esa energía casi nerviosa que parecía tener ahora.

Había dormido mucho en los últimos días. Había descansado y me había quedado como ausente, obligado a dejar que mi cuerpo

tomara el control. Admitir que necesitaba recuperarme no era fácil, pero *eso* era todo lo que podía hacer al principio.

Sin embargo, cuando estaba más equilibrado y podía levantarme, no sabía cómo hablar con ella. Esta era Katerina. La mujer que siempre había tenido en mi vida. Como niña, adolescente, luego mujer. Nunca había dejado de hablar con ella. De conectar con ella, sexualmente o no.

Ahora, era como si fuéramos extraños ansiosos por separarnos.

Viéndola dormir, suspiré lentamente y me pasé la mano por la cabeza hasta que mi pelo cayó hacia atrás.

Solo verla a salvo y cerca de mí llenaba un vacío en mi alma. Con ella cerca, podía estar más tranquilo. Más estable. Pero la visión de ella aquí conmigo también me recordaba lo bajo que había caído.

Se suponía que ella era el enemigo. Admitió libremente que había sido destinada a infiltrarse en mi familia como espía.

No puede ser tuya.

Acéptalo ya.

Y lidia con ello.

Porque ella era una Kozlov y Anton había arruinado cualquier alianza a la que pudiéramos aspirar, se esperaba que mantuviera una distancia entre nosotros.

Entonces, ¿eso qué significa?

No podía dejar que ella tuviera problemas por salvarme. No podía enviarla lejos y dejar que se las arreglara sola ahí fuera sin ningún apoyo, respaldo o seguridad. Claro, planeaba dejar a su tío, pero eso era una fantasía.

Una vez que alguien estaba en la vida de la Mafia, no había una salida sencilla. Anton la buscaría, y tenía guardias de sobra para dedicarse a ese esfuerzo.

Tampoco podía llevarla a casa conmigo. Eso era lo que quería, si la vida pudiera ser justa alguna vez. Deseaba poder protegerla con toda la extensión del nombre Ivanov, pero no sabía cómo podía convencer a Maxim de que ella no era una enemiga. Él estaba a cargo mientras nuestro padre se recuperaba. Era más escéptico de dejar que Katerina, o cualquier mujer, se acercara demasiado a nosotros. Ese era el efecto residual de las infidelidades y traiciones

de nuestra madre. Todos teníamos demasiados problemas para confiar en las mujeres.

Sin embargo, yo confié en ti.

Anhelando tocarla, extender la mano hacia ella y sentir su calidez, me resistí y me quedé a unos metros atrás.

Esta barrera entre nosotros parecía imposible de mantener. No quería ser tan reservado con ella. Sin embargo, no sabía cómo tratarla ahora.

Con un profundo suspiro, me di la vuelta y regresé al dormitorio, decepcionado porque no podíamos discutir un poco más y saltar como lo hacíamos antes, rindiéndonos el uno al otro. Nos pelearíamos, y ella me impresionaría con su terquedad. De esta manera, podría estar en mis brazos después, compartiendo esa cama conmigo y ayudándome a dormir.

¿Y ahora qué?

Demasiado despierto para intentar descansar, me recliné en la cama y flexioné un poco el brazo, solo para probar mi amplitud de movimiento. No era genial. Y quería ser más flexible y fuerte, pero llevaría tiempo.

No podía dejarla ir. No con mi escape tan reciente y Anton furioso por ello. No iba a permitir que Katerina estuviera expuesta al peligro por mi culpa.

No podía llevarla a casa. No hasta que supiera que era seguro para mí volver a casa. Y eso no sería posible hasta que identificara quién había ordenado mi captura.

Todo lo que quedaba era esto. Escondernos juntos. Esperar una dirección. Mantenernos con vida.

Y quizás algún día, volver a lo que solíamos ser. Incluso antes de aquella noche que dormimos juntos.

Finalmente, me adormecí. Desperté y la encontré todavía durmiendo en el sofá. Sin embargo, se agitó al oír el sonido de mis pasos.

—Buen d...

Se apresuró a levantarse del sofá y corrió al baño.

—...ía —Alcé las cejas al verla huir de mí. O quizás no era una huida para evitarme, no de esa manera. Probablemente no era más

que una llamada urgente de la naturaleza.

Cuando regresó al salón momentos después, donde yo estaba caminando de un lado a otro e intentando con todas mis fuerzas obligar a mi cuerpo a moverse más y no quedarme rígido por las palizas que había recibido, no parecía encontrarse bien.

Pálida. Distraída. Nerviosa.

—¿Estás enferma?

Se sobresaltó ante mi pregunta, y me arrepentí de ser tan brusco.

—No. Estoy bien.

—Una mierda estás bien. —La insté a sentarse. A la mierda esta distancia y recelo. Ella no tenía ni idea de cómo comportarse conmigo, y yo estaba igualmente confuso y desconcertado. Teníamos que hablar y superar lo que fuera que nos estuviera impidiendo comunicarnos bien y saber que podíamos ser algo así como un equipo juntos.

Me miró con el ceño fruncido mientras se dejaba caer en el sofá. Su frente arrugada casi la hacía parecer más viva, más presente y no tan ausente o nerviosa. Pero apenas.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Negó con la cabeza. —Nada. Quiero decir... —Resopló y bajó la cabeza—. Solo estoy cansada y tratando de pensar en el futuro y... No es nada, Nik.

No la llamaría mentirosa por esa respuesta. Yo también estaba cansado. Y considerar el siguiente paso era un esfuerzo que merecía una migraña.

—No me digas que no es nada. Es algo —dije, tratando de no sonar demasiado combativo—. Y lo resolveremos.

Elevó su penetrante mirada azul hacia mí, estudiándome. —¿*Nosotros* lo resolveremos?

Asentí. —Sí. Tú y yo.

Como debe ser, maldita sea.

—Juntos —prometí, sin estar seguro de cómo podríamos mantenernos unidos después de este mal trago.

13

KATERINA

No pude hacer otra cosa que mirar fijamente a Nik. Después de que dijera que manejaríamos las cosas *juntos*, me esforcé por entender qué quería decir.

Se sentó junto a mí en el sofá donde había estado durmiendo porque no estaba segura de si él me querría cerca mientras se recuperaba. Esta cercanía era diferente comparada con la indiferencia y el enfado que había mostrado durante los últimos días.

Pero no estaba segura de cómo interpretar lo que decía ahora.

—Resolveremos esto —repitió.

De nuevo, no tenía ni idea de lo que realmente quería decir con esas palabras.

La romántica empedernida que había en lo más profundo de mi ser me hacía aferrarme a esta incipiente alegría de que estaba insinuando que nos veía como una pareja. Una asociación que permanecería unida sin importar lo difícil que fuera esta situación. Que teníamos un *nosotros* con el que contar.

Pero el escepticismo que corría más profundo en mi interior me advertía que no pensara con tanto optimismo.

—No puedes irte —explicó sin rodeos.

Ajá. Ahí está.

No estaba proponiendo que fuéramos un equipo porque quisiera mi compañía y esperara que nos apoyáramos mutuamente.

No.

Lo estaba declarando. Estaba imponiendo mi presencia. Era una orden, no muy diferente de cualquier ocasión en la que mi tío me daba órdenes o me decía cómo serían las cosas. La afirmación de Nik era exactamente igual que cualquiera de los guardias Kozlov instruyéndome a hacer lo que ellos quisieran. Como había hecho Dmitri.

Las mujeres no tenían poder en nuestro mundo. Entre todas las familias del crimen organizado, las mujeres eran secundarias. Para ser utilizadas y negociadas, arregladas en matrimonio e intercambiadas. En el caso de mi tío, también se suponía que debían ser empleadas como espías.

Nik no me estaba ofreciendo la oportunidad de irme. Me estaba ordenando quedarme con él.

—Tú y yo —confirmé lentamente, asintiendo y mirando la alfombra color crema—. Porque no puedes confiar en que me vaya ahora, ¿verdad? Porque soy la enemiga y le diré a alguien dónde estás.

—No. Tú...

Me levanté de golpe, poniéndome de pie y sin ganas de parecer o verme inferior a él. Incluso sentado, era más alto y más imponente. Siempre sería más grande y superior, físicamente y simplemente porque era un hombre en un mundo de hombres. Pero me condenaría si arriesgaba mi vida para salvar la suya y recibía esta mierda como respuesta.

—Porque nací siendo una Kozlov y nunca podrás confiar realmente en mí, ¿verdad?

Él también se levantó, de pie con una ligera mueca de dolor. Ya, en el transcurso de días, se había recuperado tan rápidamente. Aunque no estaba al máximo de su fuerza, estaba más seguro y capaz de lo que estaba cuando lo encontré en el nivel inferior de esa cabaña.

—Katerina, deja de buscar pelea por el simple hecho de pelear. No es el momento para esto.

Me abracé a mí misma, odiando esta extraña distancia entre nosotros. Ahora era una mujer "libre", huyendo de mi tío. Ahora más que nunca, debería haber sido capaz de actuar como una persona independiente. De perseguirlo si así lo deseaba, sin estar encadenada por la asociación de ser la sobrina de Anton. Pero todavía lo estaba. Nunca podría eliminar esa mancha, y claramente era un obstáculo para que Nik fuera amigable conmigo.

—Porque *tú* lo dices —repliqué acaloradamente—. Todo va a suceder según lo que *tú* quieras.

Amarga y rápidamente enfurecida, no pude censurar lo que dije lo suficientemente rápido. Escucharlo decir tan fríamente que esperaba que me quedara con él por el bien de la seguridad de su parte era un contraste total con lo que yo quería. Esos tontos y fantásticos sueños de comenzar una vida completamente nueva con él eran tan ridículos que podría haber llorado. ¿En qué estaba pensando? ¿Que Nik realmente elegiría mantenerme en su vida? ¿Como la madre de su hijo, uno que querría y apreciaría?

Sí, claro.

Sacudiendo la cabeza, como si eso pudiera limpiar manualmente estos pensamientos condenatorios, me alejé de él. Dolía demasiado, estar tan cerca de él, a su alcance, pero obligada a retroceder con este muro que se había erigido entre nosotros.

—¿Tú crees que yo quería algo de esto? —espetó, agarrándome del brazo para evitar que me alejara—. ¿Crees que quería ser secuestrado y que alguien iniciara una cruzada mortal para acabar con mi familia?

Entrecerré los ojos mientras él me giraba para que lo mirara. Ver la ira en su rostro dolía más de lo que quería permitir. Presenciar este creciente desdén hacia mí era una agonía.

Por supuesto, él no quería que nada de esto sucediera. Pero la paz era una ilusión que nunca se hacía realidad en nuestro mundo.

Todo lo que podía comprender era que él tampoco me quería a *mí*.

Una noche había sido suficiente para él, y odiaba cómo su pasión y lujuria carnal me habían encendido para querer más y más.

¡Olvídalo, Kat! Deja de pensar con el corazón. Nunca te va a elegir ni se quedará contigo.

Solo sería la enemiga sin haber hecho nada. Mis acciones y mis decisiones deberían haber sido toda la prueba que él podría haber necesitado para ver que me importaba, que me comportaría de tal manera que lo ayudaría o lo salvaría. Resultó que las acciones no siempre hablan más alto. Que mis sacrificios y riesgos no eran suficientes para anular sus prejuicios pasados sobre el apellido de mi familia.

Retorciendo mi brazo para liberarme de la presión de sus dedos, respiré hondo y me propuse mantenerme fuerte. Si él no me quería, entonces lo aceptaría y seguiría adelante. Si me consideraba con el lema de mantener a sus enemigos cerca, entonces esperaría hasta poder huir y criar esta nueva vida por mi cuenta.

No iba a ser una tonta y esperar nada de él.

Me negaba a actuar como una débil dependiente y exigirle que fuera un padre para nuestro hijo.

Ni en sueños.

Levantando la barbilla, le miré fijamente y me odié a mí misma por desear que me besara una vez más antes de irme. Por anhelar que me tocara y me abrazara una última vez.

No. No lo haré.

Por mucho que me doliera ver la evidente irritación en su rostro, prueba de que no me quería ni me amaba en absoluto, yo sería la persona más sensata y mantendría mi orgullo intacto.

—Lo entiendo —dijo, pasándose la mano por el pelo mientras su mandíbula se desplazaba. Apretó los dientes y negó con la cabeza mientras apartaba la mirada—. Lo entiendo, Katerina. Tu vida ha dado un vuelco desde que viste la prueba de que Anton mató a Thomas. Pero mi vida tampoco es más fácil. Estoy... —Entrecerró los ojos al volverse para mirarme de nuevo. En un movimiento borroso, puso ambas manos sobre mí para empujarme hacia abajo.

Contuve la respiración, sin estar preparada para el movimiento. Con sus brazos rodeándome mientras giraba, siguiéndome hasta el suelo, fui guiada en la caída para apoyar mi cara contra él. La áspera superficie de los vendajes en su cuello se frotó contra mi mejilla. La

presión de sus músculos flexionándose en sus brazos me acercó más a su pecho.

El contacto entre nosotros ya era familiar, pero esto no era un abrazo. No era un intento desesperado por mantenerme cerca con el fin de abrazarme.

Se oyeron disparos en la distancia. El rat-a-tat-tat de las balas volando llegó a mis oídos. El cristal estalló y se hizo añicos. Se oían gritos desde fuera.

En ese momento, me sentí acelerada y frenética con el instinto de huir.

Nik debió de haber visto a los tiradores por la ventana justo a tiempo para empujarme hacia abajo con él. Puede que no me quisiera, pero parecía que valoraba mantenerme con vida.

Tumbado sobre mí, bloqueándome y protegiéndome de cualquier otro impacto, me presionó contra el suelo. Mis dedos descansaban sobre su pectoral, y el pulso atronador de su corazón latiendo como el mío sirvió como una extraña conexión que no podía negar.

En este momento de pánico, no éramos enemigos ni dos miembros de familias rivales. Éramos dos supervivientes, escondiéndonos del peligro y atrapados en medio de más peligro.

Así, no había diferencia entre nosotros. Ambos éramos cazados y buscados.

Así, no había espacio entre nosotros. Estábamos pegados, tirados en el suelo mientras nos tensábamos y esperábamos que dispararan más veces.

Lo hicieron, y Nik giró la cabeza como si fuera un animal aguzando el oído. Levantándose apenas unos centímetros, me miró fijamente una vez que el sonido de los disparos se apagó. Sin palabras, solo con esa mirada intensa, me transmitió que teníamos que correr. Teníamos que huir. Y estaba analizando la ruta en la que tendríamos más éxito.

Me enfurecía admitir que tenía razón.

Pero realmente no era el momento de discutir, pelear o reñir como solíamos hacer.

Asentí, moviéndome ligeramente para que entendiera que le seguiría, que iría con él.

Así, estábamos de nuevo huyendo. Juntos.

Dudaba que esto fuera lo que él tenía en mente cuando dijo que resolveríamos esta situación juntos. Con el escondite descubierto y los enemigos justo fuera de estas paredes, nos veíamos obligados a reaccionar, y lo haríamos como compañeros.

Se levantó de encima de mí, sin siquiera hacer una mueca ante la flexibilidad y fuerza que tuvo que usar con este movimiento. Libre para alejarme de él, me apresuré lo mejor que pude sin hacer ningún ruido. Agachados en la alfombra sucia, estábamos fuera de la vista gracias a lo altas que eran las ventanas. Pero cuanto más tiempo permaneciéramos aquí en medio de la habitación, más tiempo tendrían los tiradores para acercarse y tener mejor puntería.

En el momento en que estuvimos de pie, agachados en cuclillas, nos dirigimos apresuradamente hacia la puerta trasera. Él agarró mi mochila por el camino, pero en cuanto llegó a la puerta trasera, me la lanzó.

No esperé. Me la puse, deseando que pudiera servir como armadura. Me mantuve cerca de él, preocupada por si me alcanzaban mientras corríamos. Por si mi bebé podía resultar herido. Si...

¡Basta. Concéntrate!

Los "qué pasaría si" y el pánico no me ayudarían ahora.

Solo Nik podía.

Deteniéndose un momento para escuchar en la puerta, sacó la pistola de la funda en su cintura. Habíamos encontrado la única arma cargada aquí, probablemente dejada atrás por quien hubiera necesitado esconderse antes.

Con el arma de fuego en la mano, se agachó junto a la puerta y luego me miró una vez.

Inclinó la barbilla en un ligero asentimiento, y yo respondí de la misma manera.

Entonces, mientras contenía la respiración y me preocupaba por si nos atrapaban esta vez, empujó la puerta para abrirla y salimos disparados, obligados a huir de nuevo.

Seguirle era instintivo, pero mientras se precipitaba hacia el exterior, no estaba segura de que me estuviera llevando a un lugar

seguro.

Ya nada parecía seguro.

Y nada se sentía bien entre nosotros.

14

NIKOLAI

No estábamos rodeados... todavía.

Esta salida trasera del piso franco era nuestra mejor opción para llegar al callejón que ofrecía más sombras y recovecos donde escondernos si estos hombres nos perseguían. Lo sabía porque fue una de las primeras cosas que comprobé cuando entramos en este lugar.

Tener siempre un plan de escape era un hábito.

Estudiar las mejores rutas de huida era obligatorio.

Por esta salida, podría correr con Katerina a mi lado o justo detrás de mí, y no le iba a dar más espacio que ese. El momento en que alguien encontró el piso franco no podía haber sido peor. Estaba dispuesto a hablar con ella, a abrirme de verdad y exigirle que me dijera por qué actuaba tan raro. Ella lo había malinterpretado, insinuando que yo solo quería darle órdenes y estar al mando.

Pero así era. Porque estaba mejor equipado y tenía más conocimientos sobre cómo navegar esta vida como fugitivo. Ella nunca había estado tan inmersa en el combate como yo. Como mujer, había sido protegida —o descartada y eximida— de la violencia que era la norma en mi vida como espía.

Había disparado a dos hombres esta semana. Ella *era* una asesina, entrenada nada menos que por mí para manejar un arma

en primer lugar.

Pero no estaba en condiciones de manejar esta situación sin mí.

No quería que lo hiciera.

Sujetándole la mano con fuerza, corrí hasta que llegamos a un contenedor de basura en el callejón. Los disparos rebotaron en la superficie metálica, protegiéndonos, y me incorporé para disparar a los hombres enmascarados.

—Por supuesto —gruñí, mirando con desprecio a los hombres. Todos ocultaban sus rostros, vestidos igual con equipo militar completamente negro. Habría sido bueno ver a alguien que pudiera identificar, pero quienquiera que me estuviera atacando estaba dejando que una empresa contratista independiente hiciera todo el trabajo sucio.

—Nik. Vamos —Katerina inclinó la cabeza hacia un coche aparcado, indicando que lo usáramos para escapar. Entrar en la furgoneta que habíamos dejado en el garaje no era una opción.

Alternando mi atención entre los hombres detrás de nosotros y el coche, asentí una vez y retrocedí hacia la puerta del conductor. Irónicamente, ella fue quien había investigado cómo hacer un puente y nos lo enseñó a mí y a mis hermanos. Siempre había sido tan rápida para aprender y tan entretenida con los desafíos tecnológicos o mecánicos.

Se agachó para coger un ladrillo y luego lo estrelló contra la ventanilla mientras yo le cubría las espaldas, con el arma apuntando en dirección a los hombres que aún no se habían acercado a nosotros.

—Date prisa.

Gruñó, quizás molesta conmigo por decirle qué hacer. No necesitaba ordenarle que se diera prisa, pero salió de todos modos, como una advertencia al mundo. Necesitaba que pusiera en marcha este coche para poder escapar a un lugar seguro, porque la necesitaba a *ella* a salvo. Y conmigo. Los hombres gritándose entre ellos «atrapadla» era todo lo que necesitaba oír. No me estaban apuntando a mí, sino a Katerina. Ella era su objetivo.

Era inútil dirigirla. En segundos, había destrozado la ventana y abierto la puerta de un tirón. El coche era viejo, no uno de esos

nuevos que serían más difíciles de manipular. Mientras ella se agachaba para llegar a los cables, yo quité los fragmentos de cristal para que no le cayeran encima.

—Lo tengo —retrocedió cuando las luces se encendieron en el salpicadero. Sin darme la oportunidad de responder, se deslizó en el asiento y tomó el volante.

Corrí alrededor del coche, manteniendo el arma en la dirección correcta, y luego me metí en el asiento del copiloto. Al igual que antes, en la furgoneta, aceleró sin darme tiempo a cerrar la puerta. Se balanceaba salvajemente, golpeando contra otro contenedor, pero eso jugaba a mi favor. Con el panel metálico separado, tenía mejor acceso para inclinarme y disparar a los hombres que nos perseguían.

Aceleró por la estrecha calle y luego comenzó una serie complicada de giros y cambios de dirección una vez que entramos en las calles de la ciudad. Sabía que lo estaba haciendo para perder a cualquiera que pudiera estar siguiéndonos, y funcionó.

Comprobando una vez más detrás de nosotros, me quedé satisfecho de que hubiéramos escapado. Por poco. Otra vez.

Me recosté e intenté recuperar el aliento después del subidón de adrenalina.

—Necesito más munición.

Ella asintió, sin decir nada mientras se concentraba en conducir.

—Dame tu teléfono.

Frunció el ceño.

—No se puede rastrear.

Por supuesto que no. Ella era quien me había ayudado a configurar mi teléfono para que fuera un dispositivo imposible de seguir.

—No estaba diciendo que lo fuera.

Después de que me lo entregara, escribí la ubicación general de una instalación de Ivanov donde nos dejarían en paz. Una vez que se lo devolví con las indicaciones, me miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué no puedes simplemente volver a casa?

Negué con la cabeza, examinándola en busca de cualquier señal de lesión. Esa palidez seguía ahí, y parecía aún más a la defensiva

que antes. Aunque, después de todo, acabábamos de huir con el miedo alimentándonos. Podía ser comprensivo con ella.

—Es demasiado pronto.

—Si necesitas más armas o munición, allí las conseguirías.

Lo haría.

—No voy a volver a casa hasta que sepa quién ordenó que me capturaran. Necesito tener respuestas para poder proteger a otros de ser secuestrados.

Resopló.

—¿Y solo puedes averiguarlo mientras estás huyendo?

—Tendré mejores posibilidades si no saben dónde estoy en absoluto.

—¿Tus hermanos no pueden ayudar? —preguntó, frunciendo el ceño de nuevo.

—No quiero que estén expuestos al peligro. Saben que estoy vivo. He estado enviando una línea de código a mi ordenador para que la vean como prueba de vida.

—Bien. ¿Y qué tal si consigo otro coche y me voy por mi cuenta? Así evitaría que estuvieras en peligro cerca de mí.

Girándome bruscamente para mirarla, entrecerré los ojos e intenté creer que realmente había dicho eso. Que podía ser tan estúpida. —¿De qué coño estás hablando?

—Sería más difícil para esos hombres encontrarnos si nos separamos.

Negué con la cabeza, luchando contra la necesidad de zarandearla. —Me importa una mierda.

—Mira, no puedo ayudarte. No te sirvo para nada.

¿Qué? —Y una mierda.

—No sé si Anton estaba detrás de esto él solo o no. Pero no me necesitas.

Golpeé el salpicadero con el puño. —¿Según quién?

—Y has dejado claro que no me quieres.

Mi mandíbula cayó. —¿Cómo demonios has llegado a esa conclusión? ¿Ya se había olvidado de nuestra noche juntos? Las cosas estaban tensas entre nosotros en la casa segura. No lo negaría. Pero no podía echármelo en cara. Habían pasado

demasiadas cosas en muy poco tiempo, y tenía que procesar cómo afrontarlo. Quizás fui demasiado calculador y serio mientras me recuperaba, pero, por otra parte, ella tampoco era muy cariñosa conmigo, como si estuviera ocultando algo.

—No me quieres —repitió mientras aparcaba en el edificio para el que le había dado las coordenadas. El aparcamiento subterráneo estaba vacío, y me alegré de que nadie nos viera salir del coche y entrar en el edificio. No estaba de humor para examinar los alrededores y comprobar si había peligro. Estaba demasiado alterado y centrado en ella y en las tonterías que estaba diciendo.

—Me odias —añadió mientras alcanzaba la manilla de la puerta.

Negué con la cabeza, furioso de que hubiera hecho una suposición tan jodidamente equivocada. Agarrándole la mano, la arrastré conmigo hacia la puerta. Ella corrió para seguirme el ritmo, pero no disminuí la velocidad. No podía. Me había presionado y provocado demasiado.

Tenía que meterse en la cabeza que la deseaba tanto que apenas podía respirar bien cuando estaba cerca. Tenía que entender que una noche nunca sería suficiente para satisfacerme.

—Simplemente déjame ir, Nik —dijo cuando la arrastré al pasillo del viejo edificio vacío—. Puedes odiarme en otro sitio y yo empezaré una vida lejos de ti para no ser un obstáculo para que vuelvas con tu familia y seas feliz con ellos.

Al llegar a un dormitorio desnudo, con el colchón sin cubrir y sencillo, la empujé hasta que cayó hacia atrás sobre él. Ella puso las manos detrás para amortiguar la caída, pero yo ya estaba allí, cerniéndome sobre ella y sujetándole la mandíbula.

—No te odio —escupí, gruñendo y respirando acaloradamente por la nariz mientras intentaba desterrar la idea de no volver a verla jamás.

Bajé la mano hacia su cuello, deslizando suavemente los dedos por su piel suave. El enrojecimiento había desaparecido desde que aquel cabrón en mi sala de torturas había intentado matarla. Sintiendo el ritmo constante y acelerado de su pulso bajo mis dedos, sentí cómo se me endurecía la polla.

Estaba excitada, no asustada. Vi la diferencia en sus brillantes ojos azules que me miraban. Estaba prestando atención a mí, a lo cerca que estaba, no a esas tonterías sobre separarnos e ir cada uno por su lado.

Mientras apretaba ligeramente, deleitándome en lo mucho que esta presa en su cuello podía excitarla, me incliné hasta que mis labios quedaron a centímetros de los suyos.

—Odio desearte.

Ella entrecerró los ojos, ese inequívoco gesto de fuego que normalmente significaba que quería atacarme y discutir conmigo. Esta vez, no la dejé. Me encantaba cuando peleaba conmigo. Así de tóxicos éramos. Las riñas y las discusiones eran el máximo afrodisíaco entre nosotros, la escalada de emociones intensas que crecían e intensificaban hasta que ambos estallábamos y explotábamos.

No estaba de humor para oírla negar que la deseaba. Se lo demostré. Estrellando mi boca contra la suya mientras le obligaba a levantar la barbilla, mantuve mi agarre en su cuello mientras devoraba sus dulces labios. Su boca descarada. Esa adicción que siempre ejercía sobre mí.

Empujándola hacia la cama, la besé con hambre y avidez. Saboreé su boca, deslizando mi lengua entre sus labios hasta poder reclamarla como me placía. Y cuando gimió, levantando las manos para agarrar el frente de mi camisa y mantenerme cerca, mi control se rompió.

Su sumisión era tan potente. La fuerza con la que me devolvía el beso con la misma desesperación era todo lo que necesitaba saber para confirmar que quería lo mismo que yo tenía en mente. Eso que no tenía ningún sentido estar en mi mente cuando debería haber estado concentrándome en sobrevivir y proteger a mi familia.

—Te deseo más de lo que he deseado cualquier cosa en toda mi puta vida —gruñí, agarrando su falda y subiéndola mientras me arrodillaba entre sus piernas.

Aun así, mantuve mi mano en su cuello, sin ahogarla pero aplicando presión para que pudiera sentir la fuerza detrás de mi deseo.

Arqueándose para besarme, luego levantó las caderas para ayudarme a bajarle las bragas. Luego, bajo mis labios de nuevo, me besó profundamente y succionó mi lengua. Cada caricia de sus manos se sentía como un hierro al rojo vivo. Cada vez que intentaba desabrocharme los pantalones para liberar mi polla era una muestra más de impaciencia.

—Te deseo, Katerina —le gruñí, aferrándome aún a la ira por pensar lo contrario. Que no desearla podría ser una opción. Ella me drogaba. Me atrapaba. Y estaba harto de sentirme dividido entre quererla con cada célula de mi cuerpo y saber que se suponía que debía mantenerme alejado porque era una Kozlov.

—No puedo dejar de desearte, joder. —Después de esa confesión áspera, de total honestidad y vulnerabilidad, me bajé los pantalones junto con los calzoncillos. Quedaban demasiadas prendas como capas entre nosotros. Todavía tenía que ver sus tetas, su piel suave y sedosa, todo de ella. Ambos estábamos demasiado frenéticos por reunirnos así, torpes y apresurados. No había nada de elegante en cómo empujé mi muslo contra el suyo para obligarla a abrirse para mí. No había ni un ápice de delicadeza mientras encajaba mi polla en su entrada húmeda.

Ella jadeó, y yo le apreté el cuello con más fuerza, tan impulsado por poseerla y reclamarla así que no podía contenerme en absoluto.

Embistiéndola con un empujón largo y fuerte, me hundí dentro de su coño. Esas paredes suaves y estrechas de sus músculos se extendieron y estiraron para dejarme entrar. Hasta la empuñadura, estaba dentro de ella. Tan profundo. Tan ceñido.

Cerré los ojos por un milisegundo, atormentado por lo condenadamente bien que se sentía estar finalmente de vuelta en su coño. Dejar que me succionara profundamente y se apretara a mi alrededor. Oírla gemir y lloriquear de necesidad para que la golpeara con mi polla.

No queriendo perderme nada, abrí los ojos y la observé mientras me retiraba y de inmediato volvía a introducir mi polla hasta el fondo, chocando contra ella de forma tan brutal, tan voraz que mis testículos golpeaban contra sus nalgas.

—Te deseo más de lo que debería —le expliqué en un susurro áspero mientras aumentaba el ritmo.

No era una dulce ocasión de hacer el amor.

Escapando del peligro y decidido a demostrarle lo equivocada que estaba sobre que yo pudiera odiarla, la follé sin descanso. Mis dedos permanecieron aferrados alrededor de su cuello mientras usaba ese punto de apoyo para sujetarla contra la cama. Mi polla entraba y salía de ella con sonidos fuertes y jugosos de succión, sus fluidos y crema recubriendo mi miembro.

Y cuando se tensó, con su rostro contraído en una mezcla de placer y dolor por la embestida que le estaba dando, se corrió. En un perverso momento de perfección, las paredes de su coño reaccionaron al roce de mi verga. Me envolvió, apretándome tan bien que no pude esperar más. No había posibilidad de demorarse y saborear este reencuentro, esta segunda oportunidad de follar a la única mujer que siempre había deseado y siempre desearía.

—Joder —lo solté antes de que mi columna hormigueara y mis testículos se tensaran. Incapaz de resistir el impulso de correrme, apreté su garganta un poco más mientras la embestía con más fuerza, una última vez.

La oleada de euforia casi me heló. La piel se me erizó ante el puro alivio de mi orgasmo por fin. Cada segundo pasado con ella había conducido a este momento, y mientras derramaba mi semilla en su vientre, me dejé caer sobre ella y me derrumbé.

Exhausto y satisfecho, me quedé tendido sobre ella e intenté recuperar el aliento.

Porque sabía que lo necesitaría.

Necesitaría recargarme para la próxima pelea con ella. Y la siguiente. Y la siguiente después de esa.

No importaba cuántas veces fuera tan tonta como para acusarme de odiarla. Combatiría esa mierda cada oportunidad que tuviera hasta que supiera, sin ninguna duda, lo mucho que la deseaba *y* necesitaba en mi vida.

Aunque no debería. En absoluto.

15

KATERINA

Durante los siguientes días, Nik y yo borramos aquella incomodidad anterior. Ya no había ninguna barrera entre nosotros. La distancia era cosa del pasado ahora que habíamos llegado a una tregua.

Una tregua sexual.

Habíamos formado un acuerdo estrictamente físico.

En cuanto a intimidad, estábamos tan cerca como dos personas podrían intentar estar.

A diferencia de cómo apenas convivíamos en la casa segura anterior, aquí estábamos juntos. Durmiendo en la misma cama. Duchándonos como pareja. Tocándonos. Besándonos. Follando.

Si no estábamos durmiendo, estábamos explorando el cuerpo del otro con una necesidad impaciente, implacable y frenética. Nik era un hombre insaciable, y yo no iba a negar lo mucho que también le deseaba. Nunca me había sentido *tan* lasciva, tan ansiosa por sus caricias y por la deliciosa sensación de tenerlo dentro de mi sexo, mi boca, e incluso las primeras incursiones en mi trasero.

Quizás no era más que una celebración de la vida. Que hubiéramos convertido esta casa segura en el escenario de una maratón de sexo. Una fiesta de follar para alejar el trauma de haber estado tan cerca del peligro en nuestro camino hasta aquí.

Pero no me hacía ilusiones pensando que esto fuera una gran señal de esos finales felices con los que había empezado a soñar despierta. No era tan ingenua como para creer que esta "tregua" era solo física, como si ambos hubiéramos tenido que desahogarnos después de años deseándonos pero sin tener realmente la oportunidad o el valor de intentarlo.

Parecía que las situaciones de vida o muerte eran una forma increíble de impulsarnos a perseguirnos el uno al otro con un sentido de ahora o nunca.

Me quedé tumbada en la cama con él, manteniendo los ojos cerrados mientras me sujetaba contra su costado. Sus dedos acariciaban arriba y abajo mi brazo, y esa ligera sensación —tan diferente de su estilo más brusco cuando follábamos— casi me engañó para volver a dormirme.

Una y otra vez, repasaba las fuertes palabras que Nik me había gruñido hace un par de días, ese primer día que estuvimos aquí y me expresó cuánto me deseaba. Que nunca me había odiado.

Había hablado con tanta contundencia, tan lleno de crudo anhelo, que le creí. Esa carga de atracción y conciencia siempre había sido una corriente subyacente que nos conectaba. Sin embargo, dudaba de su capacidad para odiarme. Una tensión tácita persistía entre nosotros cada vez que empezaba a concentrarme en lo que podría pasar entre nosotros después.

También luchaba por convencerme de que no me odiaría si admitiera que también llevaba a su hijo. Cada vez que nos unimos, tenía un pequeño pensamiento molesto en el fondo de mi mente: él nunca se preocupó por no usar protección. Ni siquiera surgió el tema. Ambos estábamos demasiado metidos en la zona y adictos el uno al otro como para mencionarlo.

Entonces no puede enfadarse tanto por haberme dejado embarazada, ¿verdad?

Si fuera importante para él, habría usado un condón la primera vez.

Aunque no podía imaginar a Nik enfadado porque estuviera esperando un hijo suyo por el simple hecho de no querer un niño, definitivamente podía verle irritado conmigo por ocultarle esa

noticia. Nik era un espía. Se pasaba la vida buscando y encontrando información. Descubrir secretos era para lo que vivía este hombre, y yo le estaba ocultando uno enorme.

¿Cómo lo saco a relucir ahora?

¿Cómo se lo puedo decir?

Ya no nos fulminábamos con la mirada ni recurríamos al tratamiento de silencio, pero tenía que ser delicada al compartir esta noticia con él. Tener sexo era una buena señal de nuestra cercanía, pero cada vez que lidiaba con la culpa de no contarle lo del bebé, me sentía más estresada y ansiosa por el hecho de que se lo hubiera ocultado tanto tiempo ya.

Se movió en la cama, probablemente acomodándose más hacia su otro lado para adaptarse a las heridas en su cuerpo aún en proceso de curación.

Moviéndome con él, me acurruqué más cerca e incliné más la cabeza para mirarle. Y, en consecuencia, me perdí en la intensidad de su mirada marrón fija en mí. Como si yo fuera todo lo que realmente quería y necesitaba, en todos los sentidos. Mirarnos fijamente no era intimidante. Así de familiares éramos el uno con el otro. Sin embargo, cuanto más tiempo le observaba, más clara se hacía su preocupación.

Inclinándome más cerca para besarle, suspiré contra el roce posesivo de sus labios sobre los míos. Nunca me cansaría de esto. Nunca dejaría de asombrarme y emocionarme que después de todos estos años, a pesar de la separación entre nosotros, hubiéramos llegado a estar juntos así.

Incluso si no duraba, siempre tendríamos estos pocos días. Porque esa era una cosa sobre la que nunca sería ingenua. Nada duraba para siempre, ni lo bueno ni lo malo, y había aprendido a intentar vivir el momento tanto como podía.

Lo que claramente no está sucediendo con un bebé en camino. Tenía que pensar en el futuro y planificar en ese aspecto.

Me aclaré la garganta, cansada de la culpa por mantener este secreto. Pero antes de que pudiera hablar, él abrió la boca y me interrumpió.

—Ha puesto precio a tu cabeza.

Parpadee y fruncí el ceño mientras le estudiaba. —¿Qué? —Eso había salido de la nada.

—Anton. —Suspiró, abrazándome más fuerte otra vez—. Ha puesto precio a tu cabeza.

—¿Qué...? —Negué con la cabeza, sin que me gustara la dirección de sus pensamientos. Parecía pensativo, tumbado conmigo así mientras nos despertábamos lentamente, pero era aleccionador darme cuenta de que había estado reflexionando sobre las amenazas contra mí.

—Cuando salimos de la otra casa segura. ¿No les oíste?

—No. —En realidad, no. Tenía visión de túnel. O audición de túnel, súper concentrada en moverme y escapar.

—Dijeron que tenían que coger a *ella*. No a *él*. Aparecieron allí para cogerte a ti, Katerina.

—Probablemente porque sabían que yo tenía que estar allí contigo. Era una casa de seguridad de los Kozlov —me aparté un poco para mirarle de frente. Este no era un tema agradable en absoluto. Estaba tensa, no relajada—. Igual que esta es una casa de seguridad de los Ivanov. Si alguien nos rastreara hasta aquí, irían a por ti.

—Quizás. Pero no puedes hacerme cambiar de opinión respecto a que Anton ha puesto precio a tu cabeza —me besó y me atrajo de nuevo para que me tumbara con él—. Ya dijiste que habías terminado con él, que habías cortado los lazos.

—Sí, pero... —suspiré, apoyando la mejilla contra su pecho. Tenía razón y no había forma de discutirlo—. Estaba tan centrada en el miedo a que pusiera precio a tu cabeza, para recuperarte después de que escaparas.

—No tengo duda de que quiere verme muerto.

Fruncí el ceño de nuevo.

—Pero estabas vivo cuando estabas cautivo —le había dicho eso para usarlo como medio para sacarlo.

—Por ahora. Me querían vivo. Me di cuenta de eso desde el principio. Pero hasta que no sepa quién estaba detrás de mi secuestro, quién está detrás de todo este infierno al que se enfrenta

mi familia, no puedo descifrar cuál es su juego. Necesito saber quién es el jugador, quién es la mente maestra.

—Anton está involucrado —respondí.

—¿Pero está trabajando solo? ¿Es el único contra el que tengo que ir? Necesito resolver esto desde arriba, desde lo más alto. Si Anton es solo un colaborador, tengo que centrarme en derribar a quien esté dando *todas* las órdenes. Esa es mi misión, Katerina. Tengo que descubrir esto antes de volver a casa y permitir que alguien intente cogerme a mí o a algún otro miembro de mi familia de nuevo.

¿Y qué hay de mí?

¿Qué dirías o pensarías sobre el hecho de que ahora llevo parte de tu familia dentro de mí?

Sin soltarme, extendió el brazo para coger su delgado teléfono de la mesita de noche. Observé cómo enviaba esa única línea de código al programa que sus hermanos detectarían y verían. Esta era su forma de demostrar que seguía vivo mientras llevaba a cabo esta misión.

—¿Ha ocurrido algo más a tu familia desde que te fuiste? —me senté, demasiado despierta para relajarme por más tiempo—. No había oído nada. Es decir, no después del rumor de que te habían secuestrado. Estaba centrada en encontrar ese vídeo y buscarte.

—No tendría forma de saberlo. Los contratistas que me cogieron y me trasladaron no dejaron escapar gran cosa. Solo al final, uno dijo que planeaban llevarse a alguien más de mi familia, pero ese contratista en particular fue asesinado. Tengo que suponer que secuestrarme fue solo un paso del plan para derribar a mi familia.

La noticia de más amenazas potenciales y ataques contra su familia me heló la sangre. Ya estaba nerviosa por *mi* futuro, y tenía la esperanza escéptica de que podría tener un papel en el suyo. Pero eso significaría vivir con él y dar un salto de fe confiando en que los Ivanov me permitirían entrar en su familia y hogar.

¿Pero cuán seguro sería eso incluso?

Si pudiera ir con Nik a su familia, si pudiera ser bienvenida allí donde podría criar a mi bebé, ¿sería incluso más seguro que esto?

¿O debería marcharme definitivamente? ¿Huir y comenzar una nueva vida por mi cuenta, lejos de él y de todo este drama y violencia?

Bajé la mirada, temerosa de que viera lo cerca que estaba de las lágrimas ante esa idea. No tenía a nadie. No tenía nada. Mi padre había sido asesinado. Mi tío había arruinado la organización.

No podía soportar la idea de no volver a ver a Nik nunca más.

Ningún lugar parecía seguro, y temía la posibilidad de que por el bien de mi vida y la de mi bebé, necesitara dejarlo y aventurarme verdaderamente por mi cuenta.

16

NIKOLAI

Katerina y yo nos llevábamos mejor. Con la tensión sexual abordada y sin ser ya un punto de fricción opresivo entre nosotros, estábamos más en paz para hablar más. Y había mucho que cubrir.

Cuando sacó su portátil, observé cómo pirateaba más cámaras de seguridad del edificio de mi familia. Todo parecía estar bien, pero me confundía no poder ver mucho a Damon.

O a aquella doncella que Katerina envió para casarse con él o con Saul. Saul estaba allí, con aspecto de lo más normal.

—¿Sabes qué pasó con esa doncella? —le pregunté mientras ella se acomodaba para vigilar a mi familia.

—¿Lucy? No. Yo... no lo sé. ¿Quizá ya se divorció de Damon? —Se encogió de hombros, mirándome—. Porque no hay muchas vistas de él, pero sí de Saul.

—Bueno, no es como si tuvieras acceso a las cámaras en la planta de Damon. —Los niveles privados de mi apartamento y los de los miembros de mi familia no eran accesibles a través de su método de pirateo.

—Lo sé. Pero... —Hizo una mueca—. No me la imagino todavía allí después de un mes. ¿Con Damon? —Me miró de nuevo, escéptica.

Me encogí de hombros. Habían ocurrido cosas más extrañas. Excepto por Maxim, que ya se había enamorado de Sloane y estaba feliz de estar comprometido con ella, todos los hermanos éramos alérgicos a la idea de comprometernos con una mujer. Debido al engaño y la traición de nuestra madre, habíamos crecido asumiendo que no se podía confiar en ninguna mujer.

Y mírate a ti.

Sonreí a Katerina que se concentraba en la pantalla de su ordenador. La punta de su lengua descansaba en la comisura de su boca. Con esos labios carnosos entreabiertos, me mostraba su reveladora —y jodidamente sexy— señal de profunda concentración.

Siempre había confiado en ella. Cuando era niña. Adolescente. Adulta. Katerina siempre había estado en mi vida, pero eran las limitaciones de nuestras familias convirtiéndose en enemigas lo que se alzaba como el mayor obstáculo. Nunca había sido libre para reclamarla o expresar lo que sentía por ella. Cuando Maxim y mi padre me presionaban sobre lo que ocurría entre Katerina y yo, me sentía obligado a esquivar la respuesta. Les daba respuestas vagas y evasivas, atrapado con este deseo y atraído por ella sin saber cómo ni cuándo podría actuar al respecto.

Ahora ya lo había hecho.

Aquella noche en que me ayudó a investigar el envenenamiento de mi padre, cruzamos la frontera entre conocidos y amantes.

Después de tantos días y noches con ella en mis brazos en esta casa franca, no podía imaginar no tenerla en mi vida.

Y ahora puedo.

Ya que había huido de Anton y lo había desafiado, debería ser bienvenida en mi vida. Sus acciones habían demostrado que no era una enemiga ni una espía.

¿Verdad?

No necesitaba convencerme a mí mismo. Eran Maxim, mi padre, incluso mi abuela a quienes tendría que persuadir para que la aceptaran en mi familia.

—Todo parece estable —comentó tras un rato observando las imágenes de vigilancia—. ¿No crees?

Vista previa de múltiples alimentaciones de vigilancia no pintaba un cuadro completo, sin embargo. —Eso espero.

—¿Cuánto tiempo piensas permanecer escondido? —preguntó, mirándome directamente por primera vez desde que sacó el ordenador.

—No estoy seguro. —Odiaba admitirlo también. No tenía un plan real, ninguna estrategia que pudiera respaldar. Todo este tiempo que había estado exponiéndole lo mucho que la deseaba, no me estaba centrando en encontrar a la persona que había ordenado mi secuestro.

—Cuando estaba cautivo, podía escuchar y esperar información. Por eso no llamé a mis hermanos para que me sacaran.

Sonrió con picardía. —Espera. ¿Estás *enfadado* porque entré para liberarte, entonces?

—No enfadado, exactamente. —Pero sí me impidió estar en un lugar ideal para recopilar información, entre el enemigo.

—Porque era mi única oportunidad de hacerlo. Después de que Anton volviera a casa y se enterara de que me había negado a casarme y además había matado a Dmitri, no podría haberme quedado para buscarte más tarde.

Asentí, comprendiendo eso y odiando que fuera una mujer buscada. Podía mantenerla a salvo conmigo. Moriría protegiéndola, pero ella no había comentado nada más allá del presente.

—¿Adónde planeabas ir? —pregunté, necesitando su opinión sobre esto. Era una carta salvaje en este momento, pero ese no sería un estado permanente. No después de que se hubiera rendido a mí y hubiera correspondido a mi pasión tan perfectamente.

—Yo... no lo sé. Quería esconderme un tiempo y tener más tiempo para pensar en mis próximos pasos. Tengo que ponerme en contacto con Joann y asegurarme de que ella y Malcolm también están a salvo. Les instalé en casas francas con acuerdos flexibles para ponerme en contacto con ellos más tarde. Y también necesito averiguar qué pasó con Lucy. Me siento terrible por ello. Quiero decir, no lo lamento. Si hubiera ido allí, nunca podría haber tenido —gesticuló entre nosotros— esto, contigo. —Tragó saliva con dificultad y rompió el contacto visual de nuevo. Ver a esta mujer nerviosa no

era normal. Katerina era una dura y valiente, aunque primero callada y observadora. Sin embargo, conmigo nunca había dudado en ser firme y mirarme directamente.

Lo que noté fue su falta de sugerencia de que nos quedáramos juntos. Yo había sido quien inició todo. Era yo quien juraba una y otra vez lo mucho que la deseaba y la necesitaba. También se lo demostré. Claro, ella respondió de la misma manera, una amante ansiosa e insaciable, pero me preocupaba que todavía planeara separarse de mí.

Lo había mencionado. Había sugerido separarse de mí por razones de seguridad.

—Necesito más tiempo para pensar en mi futuro —dijo suavemente—. Pero no dejes que eso te detenga.

Fruncí el ceño. —¿Qué? ¿Qué demonios significa eso?

—Quiero decir que tienes una familia en quien apoyarte. Tienes un hogar al que ir. Y tienes tu misión que resolver, esta investigación sobre quién ordenó tu captura. —Me miró—. Así que apóyate en ellos y consigue el respaldo que necesitas para lograr tu misión.

—¿Y qué? —Me burlé—. ¿Dejar que simplemente te marches y huyas?

Su única reacción fue apretar firmemente los labios y mirar fijamente a su pantalla.

No me había pasado desapercibido cómo ella no daba por sentado que estaría incluida en mi misión o mis planes. Obviamente, nos enfrentábamos a muchos desafíos en estas circunstancias. Se suponía que debíamos ser intocables el uno para el otro, sin embargo, ignorábamos eso uniéndonos cada vez que me deslizaba dentro de ella y ella me abrazaba mientras follábamos. Cada vez que nos besábamos y tocábamos, desafiábamos el orden que debería habernos hecho nunca considerar una relación.

Pero ya era demasiado tarde para eso.

¿Es suficiente, sin embargo?

Nuestra amistad se mantuvo fuerte todos estos años. No importaba lo horrible que fuera Anton, ella nunca le obedeció ni se volvió contra mi familia.

Ahora que habíamos añadido intimidad a la mezcla, ahora que habíamos reconocido y cedido ante el deseo que nos unía, ¿sería eso suficiente para mantenernos juntos?

Después de toda una vida de distancia y líneas trazadas entre nosotros, ¿podríamos alguna vez convencer realmente al resto del mundo de que estábamos hechos el uno para el otro?

Que le den al mundo. Tenía que centrarme en convencer a mi familia de que Katerina pertenecía a mi lado.

Parecía una tarea tan difícil cuando necesitaba estar concentrado en encontrar al responsable de ordenar a esos contratistas que me capturaran. En localizar al culpable que les había contratado para envenenar a mi padre.

Este no era momento para preocuparme por mantener a esta fuerte e inteligente mujer conmigo. Por hacerla mía. El romance tenía que esperar.

Aun así, mientras ella continuaba husmeando y comprobando las cámaras de vigilancia tanto en el edificio de mi familia como en la mansión Kozlov, no podía evitar preguntarme si había alguna posibilidad de que sobreviviéramos juntos a esta tormenta. Cuando las traiciones y la muerte nos seguían a cada paso, parecía una locura suponer que podríamos superarlo todo por nuestra cuenta.

17

KATERINA

A Nik no pareció gustarle cuando sugerí que *él* tenía una familia pero yo no.

Técnicamente, eso no era cierto. Sí tenía una familia, o estaba bastante avanzada en el proceso de formarla. Si Nik no quería invitarme a su vida y ofrecerme ser parte de su familia y del Sindicato Ivanov, entonces sería una madre soltera de este maravilloso niño o niña.

Por culpa de mi tío, siempre me había parecido imposible pensar que Nik y yo pudiéramos estar juntos. Pero me había distanciado de Anton. Corté lazos con el asesino de mi padre. Ya no me identificaría como una Kozlov.

Era simplemente *yo*.

Mientras continuaba buscando, hackeando y husmeando en las grabaciones de vigilancia para ayudar a Nik a descubrir quién podría haber ordenado su captura, sentía que estaba esperando a que él hiciera la pregunta que debería haber sido la más obvia.

Todo lo que tenía que hacer era preguntar cómo podría formar parte de su vida.

No, no estaba aquí sentada esperando una maldita proposición. *Sabía* que todos esos Ivanov eran recelosos con los compromisos por culpa de Beatrice.

Sin embargo, si podía ser tan directo como para darme el más mínimo indicio de que querría mantenerme en su vida y quizás cerca bajo su protección, al menos tendría una idea de hacia dónde se dirigía mi futuro.

Durante horas, ignoramos el gran interrogante de qué deberíamos hacer con esta idea de *nosotros* que él pensaba que teníamos. Evitamos abordar cuál era el siguiente paso para *nosotros*. Él caminaba de un lado a otro y hablaba sobre quién podría haberlo secuestrado: mi tío o los Romano. Acordamos que tenían que ser los más probables. Yo permanecía sentada frente a mi ordenador, buscando detalles y pistas.

—He retrocedido hasta cuando Anton aún estaba en la ciudad, antes de que se marchara a Grecia —le mostré el último vídeo que había revisado.

—Espera, ¿quién es esa? —señaló la pantalla.

—Lucy. Mi criada. O, supongo que podría haber sido la esposa de Damon o Saul durante un tiempo.

Levantó las cejas. —¿*Esa* es Lucy?

Asentí. —¿Por qué?

—Se parece un poco a ti.

Casi sonreí. —Por eso le pedí que fuera en mi lugar —explicar el acuerdo que había hecho con Lucy, que pagaría por el cuidado de su madre, me inundó de culpa. Había intentado cumplir mi parte del trato, pero el pago que envié al centro de asistencia a largo plazo de la madre de Lucy no había funcionado.

Te lo compensaré, Lucy.

Y a Joann.

A Malcolm también.

Tenía una larga lista de personas a las que cuidar y compensar, pero me sentía atrasada en el cuidado del bebé que crecía en mi vientre. Claro, aún era temprano. Pero quería estar preparada lo antes posible. Cada vez que me asaltaba el surrealista recordatorio de que sería madre, me costaba sincerarme y contarle a Nik que llevaba a su bebé. Incluso después de todo el sexo y los momentos tiernos que habíamos tenido aquí, no podía anticipar si estaría feliz o enfadado porque tuviéramos un resultado permanente de nuestra

primera vez juntos. La incertidumbre sobre su reacción me mantenía nerviosa, además de su falta de compromiso conmigo después de que le hubiera ayudado a salvarse.

Más tarde esa noche, Nik me sorprendió sugiriendo que nos cambiáramos de lugar.

—¿Has visto algo? —pregunté, inclinándome para mirar por la ventana a sus espaldas.

—No. Pero creo que es mejor si seguimos moviéndonos y cambiamos las cosas. Por si acaso.

Quedarse quieto era un riesgo cuando alguien te perseguía, pero me preguntaba si sería inteligente ir juntos otra vez.

Si no era capaz de decir claramente que quería que estuviera con él, para siempre, y comprometerse cuando yo ya no era una Kozlov y nunca había sido leal a Anton, tal vez sería más inteligente comenzar mi total independencia ahora. Me rompía el corazón pensar que no podría depender de él, pero sabía que era mejor no asumir cuáles eran realmente sus intenciones y motivaciones. Había sido directo sobre lo que quería: encontrar a las personas que habían ordenado su secuestro y cautiverio. Su familia —la que ya tenía— era su prioridad. No yo.

—Está bien —empecé a guardar mi portátil en mi bolsa y a pensar desesperadamente dónde podría esconderme después. Con una recompensa por mi cabeza y mi tío furioso, mis opciones eran limitadas. Pero ir sola y estar separada de él tenía que ser lo más seguro para ambos—. Estaré lista para irme en unos momentos.

—¿Qué? —frunció el ceño, mirándome fijamente.

—Me iré.

Hizo una mueca. La ira que no podía contener en su interior se desbordó mientras apretaba los dientes y avanzaba hacia mí. —¿*Tú* te irás?

Asentí, firme en mi postura. No podía esperar que esperara a que él decidiera si yo era digna de estar en su vida. Necesitaba dirección. El sexo era fenomenal. Por supuesto que lo era con un dios sexy y feroz espía como él. Pero solo el sexo no era una base sólida para un futuro seguro.

—Me iré —repetí—. Creo que es una buena idea que nos separemos.

Agarrándome por los brazos, clavó en mí una mirada irritada. —¡Y una mierda!

—Es más difícil para ellos perseguirnos cuando vamos juntos. Además, si esos contratistas fueron contratados por Anton para encontrarme, entonces liberará a los otros para que *tú* te encargues de tu misión de buscar respuestas.

—De ninguna manera vamos a separarnos —rugió, prácticamente explotando de furia contenida—. Si me dejas, estás tan buena como muerta.

Entrecerré los ojos, cargada y lista para pelear. —Ah, ¿así que por eso me mantienes cerca, eh? Ojo por ojo. ¿Salvé tu vida y ahora te sientes obligado a mantenerme cerca para poder salvar la mía? —solté un resoplido y puse los ojos en blanco—. No, gracias. La caballerosidad *está* muerta si vas a tener esa actitud.

—No estoy diciendo... —gruñó, sacudiendo la cabeza—. Maldita sea, Katerina. Sabes que no es eso lo que quería decir.

¡Pero ya no sé lo que quieres decir, ni sobre dónde debería estar o pertenecer!

—No voy a permitir que me dejes. No voy a permitir que seas tan condenadamente testaruda como para pensar que puedes sobrevivir ahí fuera por tu cuenta cuando hay una maldita recompensa por tu cabeza.

—Oh. —Me zafé de su agarre para cruzarme de brazos—. *Tú* no me vas a permitir? ¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? No soy tuya para que me des órdenes.

Agarrándome de nuevo, deslizó su brazo a mi alrededor hasta conseguir atraerme contra su pecho. La presión de su torso firme contra mis pechos se sentía ilegal y tan perfecta.

—¿Cómo demonios puedes pensar que no eres mía? —Lo preguntó en un tono bajo e intenso, pero era un mensaje suave y casi dulce. Con nuestras frentes unidas, me miró fijamente hasta que sentí como si estuviera viendo mi alma.

Fácil. Puedo pensar que no soy tuya y nunca lo seré excepto en la cama porque estás tan obsesionado con el hecho de que yo sea

una Kozlov y tú un Ivanov.

Pero no podía decir eso.

No respondí en absoluto.

—No puedo perderte otra vez —murmuró, dejándome escuchar cada pizca de desesperación en su tono.

Oh, Nik. Tragué saliva con dificultad ante la emoción que no pasé por alto en esas palabras—. Nunca... nunca me perdiste en primer lugar.

No entendía cómo podía pensar eso. Yo siempre había estado allí, en segundo plano. Nunca me había puesto de parte de Anton. Cuando mi padre gobernaba, los Ivanov eran mis amigos. Nunca me había ido ni desaparecido, maldita sea. Simplemente había estado atrapada bajo el mandato de mi tío hasta que reuní el valor para alejarme de una vez por todas.

—Sí, lo hice. Te tuve, Katerina. No puedes negarlo. Después de aquella noche... —argumentó sin enfado. Sonaba más triste que otra cosa—. Te fuiste. No podías esperar a alejarte de mí después.

—Porque necesitaba tiempo para pensar. Para procesar que habíamos hecho lo impensable. Y luego te secuestraron. —Una débil risa escapó de mis labios, un sonido de incredulidad—. Nik, por Dios. Fui a buscarte. Te busqué para liberarte. Nadie más. *Yo* fui quien siguió con el caso para encontrarte incluso cuando tú no querías ser encontrado para poder seguir oculto recabando información. —Sacudí la cabeza, separándome un poco de él—. No entiendo cómo has podido pensar... —Solté otro suspiro profundo—. Nik, nunca te he abandonado.

Y realmente nunca quiero hacerlo.

Agachando la cabeza, exhaló lentamente. —Entonces no digas cosas como estas ahora. Que nos separaremos y...

—¿Pero no lo haremos? ¿Al final? —Me eché hacia atrás hasta obligarle a mirarme directamente.

Frunció el ceño, observándome intensamente. Con aprensión, como si las palabras le fallaran en este momento. Le había puesto en un aprieto. Era ahora o nunca. O tenía que responder afirmativamente, que realmente no había esperanza para que dos

enemigos permanecieran juntos, o que había una posibilidad de que insistiera en mantenerme a su lado.

No llegó ninguna respuesta.

En cambio, se tensó, entrecerrando los ojos. Parecía esforzarse por escuchar, inclinando la cabeza a un lado mientras se ponía rígido manteniendo su brazo alrededor de mi espalda.

Maldita sea.

Yo también lo oí.

Una puerta de coche cerrándose. Era un sonido apenas perceptible, como si alguien hubiera intentado deliberadamente cerrar el panel metálico con sigilo.

Qué casualidad. Sus instintos tenían razón. Tenía la sensación de que deberíamos mantenernos en movimiento, y he aquí que alguien se estaba acercando demasiado a este refugio.

Clavó su mirada seria en mí, y le di el más breve de los asentimientos.

Todavía quería que me respondiera. Tenía que contestar a cómo le había puesto entre la espada y la pared, casi obligándole a admitir que no buscaría una manera de mantenernos como un *nosotros*.

Ahora, sin embargo, teníamos que movernos. Sin decir una palabra más, cogimos nuestras cosas y nos retiramos a través de la casa de seguridad.

A la fuga otra vez.

Y para mí, y el desastre que había hecho de mi vida, no tenía ninguna dirección en la que confiar con él.

18

NIKOLAI

Una vez más, nos apresuramos a marcharnos.

No había sugerido que nos trasladáramos por ninguna razón específica. Quería pecar de cauteloso y no arriesgarme a convertirnos en un blanco fácil, demasiado vulnerables para que nos encontraran.

—Creía que habías dicho que no viste nada —siseó Katerina mientras nos escabullíamos por una puerta lateral, evitando la entrada principal donde parecía que alguien estaba husmeando.

—No vi nada —susurré. De verdad que no había visto nada. Pero me alegraba muchísimo de que más o menos se demostrara que tenía razón sobre la necesidad de mantenernos en movimiento.

Especialmente en ese momento.

Justo cuando ella me estaba pidiendo que me comprometiera con ella. Había ejercido presión para que le dijera si nuestro tiempo escondiéndonos juntos tendría fecha de caducidad o si seguiríamos así para siempre.

Mientras nos agachábamos y nos escabullíamos, cogidos de la mano y cubriéndonos las espaldas de esta manera, parecía ridículo pensar que no fuéramos a ser compañeros. Estar con ella tenía demasiado sentido como para considerar lo contrario.

—¡Atrapadlos! —gritó alguien desde detrás de nosotros, más atrás en el callejón.

¡Joder! No perdí tiempo en murmurarlo. Reaccioné únicamente con velocidad.

Katerina también lo oyó y esprintó junto a mí. Esta mujer no era delicada ni propensa a entrar en pánico en los peores momentos. No era frágil ni débil, incapaz de soportar la necesidad de exigirse a sí misma. Por eso, entre tantas otras razones, era la mujer ideal para ser mi otra mitad. Katerina no era una extraña como Sloane, que necesitaría aprender el estilo de vida de la mafia y aceptar nuestros riesgos. Ella ya los conocía.

Era perfecta. Para mí. Pero obligado a decirle cómo planeaba mantenerla como mía para siempre, me quedé sin palabras.

Y no podía concentrarme en formular una respuesta ahora.

Juntos, corrimos tan rápido como pudimos. Con el sonido de múltiples pisadas detrás de nosotros, la carrera había comenzado. La necesidad de huir era urgente. Joder, otra vez.

Para que nos hubieran encontrado tan rápido, debían haber colocado hombres alrededor de la manzana. Por eso, era inútil pensar en reducir la velocidad para entrar en el coche robado que habíamos dejado atrás. Correr así no duraría mucho. Pero teníamos que confiar en la maniobrabilidad de deslizarnos por las esquinas y saltar sobre cajas y otros obstáculos en este callejón.

—Por aquí —dije, rezando para que me oyera por encima de las respiraciones jadeantes que conseguía emitir. No era una ocasión ideal para charlar. Yo estaba en forma, a pesar de mi tiempo en cautiverio. Ella también estaba en buena forma física para correr con fuerza. Con mi corazón latiendo tan rápido y la adrenalina alimentándome con una urgencia digna de pánico, parecía imposible tomar una respiración completa y hablar.

Sin embargo, no necesitaba preocuparme por darle indicaciones. Ella igualaba mi zancada y estaba tan en sintonía con mis acciones que realmente nos movíamos como un equipo. Como uno solo.

Guiándola alrededor de más contenedores y coches aparcados, otros trastos y restos de escombros y basura metidos en esta estrecha callejuela, me arriesgué a mirar por encima de mi hombro.

Solo una mirada. Y me cabreó que hubiera más hombres de los que calculé. Un equipo de cinco o seis nos estaba alcanzando. Todos ellos eran irreconocibles, desconocidos que no reconocía u hombres en su mayoría enmascarados y con los rostros cubiertos.

Más matones independientes.

Más contratistas a sueldo.

Deseaba contra todos los deseos que quien estuviera tan decidido a atraparme se revelara. Lo único que quería era saber a quién devolvérsela. Tenía que saber qué hombre o qué hombres estaban esperando la muerte por sus ataques a mi familia, por sus decisiones de envenenar a mi padre y por su acción de secuestrarme.

Espera. Eso no está bien.

Aislando lo peor de la adrenalina que me impulsaba a esprintar y evadir a estos hombres, e ignorando los sonidos de nuestros apresurados pasos mientras avanzábamos, me di cuenta de una diferencia crítica.

La última vez, cuando nos habían encontrado y tuvimos que trasladarnos, habían gritado que la *atraparan a ella*. Estaban apuntando a Katerina señalándola con sus órdenes entre ellos. Esta vez, habían dicho que *los* atraparan, refiriéndose a los dos.

¿Por qué contrataría Anton a matones para atrapar a su sobrina? Habría tenido más sentido enviar soldados Kozlov tras ella... y para recuperarme a mí.

Esta complicada cuestión de quién era responsable de qué me molestaba, pero no podía empezar a analizarla cuando estábamos huyendo y esquivándolos por este sucio callejón.

Lo único que importaba ahora era alejar a Katerina de estos hombres. Corrimos y corrimos, sin rendirnos, pero antes de que pudiéramos alcanzar otro edificio que conocía en territorio Ivanov, nos alcanzaron.

Todavía no estaba completamente recuperado. Recuperarme de la larga experiencia que había sufrido en cautiverio requeriría más tiempo y descanso. Aunque no estaba al cien por cien, la necesidad de mantener a Katerina a salvo me impulsó a no rendirme ni a reducir el ritmo.

—Estamos atrapados —se preocupó Katerina en voz alta cuando parecíamos enfrentarnos a un callejón sin salida. Frente a nosotros, una alta pared de ladrillo nos impedía avanzar más. A nuestra derecha había una valla metálica que nos separaba de la escalera de metal que teníamos que alcanzar.

—No. —Discutir con ella era instintivo. Pero tenía razón. Si no se nos ocurría algo rápido, nos atraparían, a los dos a la vez. Eso no estaba permitido. No podía dejar que ella se enfrentara a ningún daño o peligro mayor. Independientemente de si la reclamaría verbalmente como mi mujer. En lo que a mí respectaba, la había reclamado físicamente, y eso no era algo que me tomara a la ligera.

—Van a... —Un disparo la interrumpió. Sin pensar, sin mirar, la arrastré hacia mí y la tiré al suelo. En el mismo movimiento fluido que usé para apartarla de la línea de visión de cualquiera, me agaché sobre ella y saqué mi pistola. Solo había una disponible en esa casa segura, pero era mejor que nada.

Apuntando rápidamente, disparé contra el hombre más cercano que nos había alcanzado. Nuestra posición era terrible. Estábamos en desventaja numérica y rodeados. Pero eso no iba a convencerme de abandonarla o dejar que se marchara corriendo sin mí. Sus probabilidades siempre serían mejores conmigo, maldita sea.

Dos hombres cayeron por mis disparos. Les había acertado en el centro de masa antes de desviar la mirada para comprobar los demás. Mientras todos frenaban en seco durante su persecución, catalogué quién estaba dónde y cuáles suponían mayor amenaza. Al ver que tomaban posiciones con cobertura para dispararnos de nuevo, me di cuenta de que las circunstancias estaban cambiando. Si se sentían cómodos disparándonos así, ya no éramos lo bastante importantes como para mantenernos con vida.

—Quédate agachada —le dije a Katerina innecesariamente. Ella no haría nada estúpido. Sabía cómo sobrevivir a un tiroteo.

—Pero...

De nuevo, fue interrumpida por un disparo. Esta vez, acompañó sus palabras con una brusca inhalación y un impulso hacia arriba. En lugar de obedecer lo que le *acababa* de decir, se levantó y me empujó a un lado mientras gritaba: —¡Cuidado!

El impacto de su cuerpo contra mi costado no me dolió. No me había derribado, pero ese silbido de una bala pasando demasiado cerca para mi tranquilidad no era bueno. Al caer bruscamente hacia un lado, ella se tambaleó demasiado rápido, como si la hubieran alcanzado.

La sujeté, conteniendo la respiración mientras me invadía la conmoción. No estaba paralizado, entumecido por la violencia, pero me quedé atónito por lo que acababa de hacer.

Había desobedecido mi orden de mantenerse agachada y a salvo mientras yo la protegía. No. Esta mujer obstinada había divisado a un tirador desde el lateral, uno que yo no había notado, y había decidido por sí misma interceptar la bala destinada a mí.

—¡Katerina! —La atraje hacia mí mientras ella se encogía y se agachaba, con un brazo sobre su estómago y el otro encima. La sangre brotaba de su brazo mientras levantaba la mano para cubrir la herida abierta.

¡¿Qué coño?!

¡Maldita sea!

Numerosas reacciones más pasaron por mi mente, pero no me detuve en la sorpresa de que recibiera una bala destinada a mí. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, jamás habría creído que la dispararían por protegerme durante otra puta emboscada.

—Tú... —Apreté los dientes, sujetándola contra mí mientras me giraba una última vez para disparar a los hombres restantes. Con la ira impregnando mi sangre y dándome más motivación para ser lo más letal posible, apunté y disparé hasta que no quedó ningún hombre con vida.

No fue sensato. Podría haber dejado a uno respirando para interrogarlo y obtener respuestas. Pero la furia al ver a Katerina herida... Necesitaba que todos estuvieran muertos lo más rápido posible. Disparos a la cabeza acabaron con todos.

No dudé. Sin esperar a ver que todos habían caído al pavimento, giré y recogí a Katerina mientras ella cerraba los ojos y hacía una mueca de dolor. Sus dedos estaban cubiertos de carmesí mientras cubría la herida, pero se apoyó en mí, usando la memoria muscular cuando la alcé en mis brazos.

—No puedo creer que jodidamente... —Apreté los dientes y gruñí mi frustración mientras la llevaba fuera de nuestro escondite donde nos habían acorralado. Sin detenerme siquiera para mirar a los hombres muertos, regresé hacia otra escalera metálica que era accesible y entré en el edificio propiedad de los Ivanov.

Con cada paso que daba, sosteniendo a Katerina en mis brazos a pesar del volumen de su mochila a la espalda, mi rabia aumentaba. Me enfurecía cada vez más que se atreviera a hacer algo así. Que se pusiera en riesgo de esa manera por *mí*.

—No puedo creer que tú...

—Cállate —replicó ella bruscamente, pero con debilidad.

No lo hice. Al llegar a la puerta dentro del edificio vacío, la empujé con el pie y entré en un pequeño espacio de oficina. Un sofá acumulaba polvo a lo largo de una pared, y ahí fue donde me senté con ella, instándola a que me mostrara su brazo. —No puedo creer que jodidamente hayas recibido un disparo por mí.

—Pues lo hice —resopló con descaro.

—¿Por qué coño te pondrías en riesgo así? —exigí mientras me arrancaba la camisa. Apartando la parte rasgada de su manga, inspeccioné el corte en su brazo. No era de entrada y salida. Solo un roce, afortunadamente. Pero seguía siendo su sangre derramada por mí. Era una herida que había adquirido porque no quería que me hirieran.

—No puedes ser tan imprudente —gruñí, odiando este terror que me atenazaba ante la idea de que pudiera haber sido herida más gravemente. Ella importaba demasiado. Era demasiado importante para mí como para soportar la idea de que resultara herida en absoluto, y especialmente por mi culpa.

—¿Me oyes? —espeté mientras presionaba mi camisa contra su corte—. No puedes asustarme así. ¡Joder! —Apreté los dientes mientras levantaba la cabeza bruscamente para mirarla a la cara. Mirando fijamente sus ojos, intenté transmitir lo imperdonable que era esto—. ¿Me entiendes? No puedo permitir que te arriesgues y salgas herida. Eso fue jodidamente estúpido, Katerina. ¿Es que no lo sabes?

Entrecerrando los ojos y manteniendo el ceño fruncido, usó su otro brazo para levantar la mano y agarrar la parte posterior de mi cuello. —Me arriesgaré como quiera por ti, Nik. No es la primera vez, y no será la última. Así que supéralo y jodidamente acéptalo.

Estrelló sus labios contra los míos, robándome la oportunidad de tener la última palabra. Discutir con ella era inútil, de todos modos. Porque estaba viva. Solo era un rasguño. Y estábamos juntos.

La rabia palpitaba dentro de mí, y como tenía toda esa adrenalina que aún no había cesado, mi corazón latía acelerado, demasiado alterado por el miedo a perderla. Me sentía impulsado a pelear o follarla, y con su boca tan necesitada contra la mía, podía ver que no estaba solo.

Ella sentía exactamente lo mismo, ávida de sentirme y saber que estábamos vivos y juntos a pesar del peligro que nos pisaba los talones. Nada de esto podía ser normal. Tenía que ser una perversión enfermiza estar excitado por este impulso de discutir y chocar así. Pero ¿qué era normal, después de todo? Nada sobre vivir en la violenta vida de la Mafia era "normal" de ninguna manera.

Cargado con esta necesidad de anclarme con ella, no fui suave ni lento al desnudarla. En los momentos más breves al romper nuestro beso, éramos como animales intentando quitar las capas entre nosotros. Besarla era más importante que respirar. Sentir su piel suave y tersa desnuda para mí era más crítico que ralentizar y ser considerado con su herida. Ella tampoco podía detenerse, rabiosa por mí mientras nos besábamos y nos palpábamos, bruscos y apresurados por llegar a la unión básica en la que ya destacábamos.

No podía decirle y ponerme poético sobre cuánto me asustaba que se arriesgara por mí. Pero podía igualar su necesidad y demostrárselo. Le daría lo que quería.

Dejando que se tumbara en el sofá, me perdí contemplando sus ojos entrecerrados, pesados y brillantes de lujuria. Mientras ella maniobraba mi polla hacia su coño, me apoyé sobre mis talones y no aparté la mirada.

Quería que se sintiera libre de tomarme. Quería que tuviera el permiso de saber que yo sería suyo. Porque realmente lo era.

—Tómalo —gruñí—. Toma esa polla en tu coño, Katerina.

Ella gimió, elevando sus caderas y ofreciéndome un mejor ángulo para deslizarme completamente dentro de ella. Sin necesitar demasiados preliminares, probablemente tan excitada y retorcida como yo, estaba empapada y resbaladiza para mí. Sus jugos se filtraban desde donde mi polla entraba en ella, y ver esos labios rosados, expuestos y estirándose para acomodarme, me tentaba a tomar el control y hundirme en ella más rápido.

—Coge una almohada —dijo, jadeando entre respiraciones entrecortadas.

No lo pensé dos veces. Agarrando una para colocarla bajo su trasero, gemí y me deleité con el ajustado encaje de su coño envuelto a mi alrededor. Una y otra vez, ella me instaba a follarla, pero antes de que pudiera establecer un ritmo más rápido y embestirla con la fuerza que tanto le gustaba, se echó hacia atrás y ajustó la almohada de nuevo para quedar más inclinada.

—No. Aquí, Nik. Necesito más. —Agarró mi polla, resbaladiza con su excitación, y la alineó con su otra entrada. Su orificio trasero. Habíamos jugueteado ahí antes. Pero esta era la primera vez que quería mi polla dentro.

Arqueé una ceja, hipnotizado y tan cautivado por ella guiando mi polla hacia ese pequeño capullo.

—Más —suplicó.

Húmedo con sus fluidos, estaba lubricado y resbaladizo para ella, pero aún así me tomó varios empujes en ese apretado anillo para entrar. Observándola mientras me introducía, centímetro a centímetro, moví mi pulgar y dedo a su clítoris y la mantuve al borde del orgasmo.

Sería una lástima verla correrse demasiado pronto. Follar su culo y complacerla analmente no era algo que quisiera apresurar. Pero no podía aguantar. Tan poco después del terrible miedo de perderla o verla herida, tenía que saborear lo contrario. Verla viva y complacida, cerrando los ojos y tensándose antes de que el alivio de su orgasmo la golpeara, era el remedio perfecto para el horror de pensar que sacrificaría su vida por mí.

Porque mientras la seguía un momento después y derramaba mi semen profundamente en su culo, supe que eso no era posible.

Ella no podía sacrificar su vida por mí. Su vida por la mía.
Mi vida no valdría la pena vivirla sin ella.

19

KATERINA

Me quedé tumbada en el sofá, con los ojos cerrados. No sabía si era porque era la primera vez que había llegado hasta el final y había tenido sexo anal o porque era Nik y acabábamos de huir por nuestras vidas.

Oh, sí.

Los dolores punzantes se asentaron en mi piel. Ahora que la dicha de mi orgasmo se desvanecía, la realidad volvía.

Me habían disparado, además. Eso era algo con lo que lidiar ahora que básicamente habíamos desahogado nuestra ira y follado hasta llegar a una tregua, otra vez. No podía ser saludable depender de juntarnos y realmente "comunicarnos" con sexo. Abarataba nuestras posibilidades de una relación real, pero, por otro lado, no éramos un par de individuos normales. Dudaba que muchos otros coquetearan con el romance mientras huían por sus vidas y resolvían misterios sobre quién ordenó que mataran o secuestraran a quién.

—Guau —murmuré en una larga exhalación. Parecía que había soltado esa reacción, o alabanza, un par de veces desde que nos habíamos corrido. Pero eso era todo lo que era capaz de hacer. Una exclamación de una palabra, compartida en un tono de joder-qué-intenso-ha-sido-esto.

—Sí —salió lentamente de mí, suave mientras se retiraba en contraste con la deliciosamente dura embestida con la que me había estirado al entrar ahí—. Guau.

Abrí los ojos. Oí la sonrisa en su voz petulante. Ver cómo sus labios se levantaban lentamente mientras sonreía valía la pena. Él siempre valdría la pena. Hacerle sonreír. Asegurarme de que viviera. Recordando lo enfadado que estaba al suponer que mi vida podría importar más que la suya...

Qué hombre tan tonto y estúpido.

¿Cómo puedes no saber cuánto me importas? ¿Cuánto quiero que vivas y prosperes para que podamos estar juntos algún día? Si es que realmente podemos estarlo.

La adrenalina dejó de bombear mi corazón tan rápido. Me relajé, bajando de la euforia de correrme tan fuerte de una forma nueva y tabú que me había emocionado. Tal vez fue el calor del momento lo que hizo que esto pareciera tan jodidamente excitante y caliente. O tal vez simplemente era él. Nosotros. El hecho de que estuviéramos juntos contra todo pronóstico, escondidos y huyendo así.

Mientras respiraba más tranquila y me acostumbraba a la sensación de que me dejara allí, lo vi levantarse completamente del sofá. No se molestó en ponerse los pantalones. En su lugar, se los quitó y se retiró. La visión de Nik desnudo como estaba sería para siempre mi favorita. Sin la intensidad de sus miradas lujuriosas, simplemente parecía satisfecho. Más calmado. Contento por *mí* y por lo que habíamos hecho.

Su piel estaba tensa, mostrando lo tonificado que estaba mientras salía de la habitación. Mostrándome una vista completa de su trasero, no parecía lo más mínimo pudoroso. Tenía una visión completa de su culo, firme y esculpido sobre los largos y gruesos troncos de sus piernas musculosas. Cuando volvió conmigo, todavía desnudo, me dio un largo vistazo de su parte delantera. Sus brazos se flexionaban mientras usaba un trapo para limpiarse la polla. No importa cuán lenta o rápidamente se moviera, presentaba un espectáculo intrigante de arte en vivo. Todos los tatuajes que ocultaba bajo sus habituales trajes se movían y bailaban mientras sus músculos trabajaban. Nunca había tenido mucho tiempo para

admirar la tinta que se había hecho en los brazos, el pecho y hacia su polla, así que siempre aprovechaba la oportunidad para mirar todo lo que podía.

—¿Te gusta lo que ves? —me provocó al llegar a mí. Sin decir otra palabra, separó mis piernas de nuevo para limpiarme con cuidado, usando un segundo paño que había traído para mí.

—Sí —admití, sin miedo a ser tan honesta.

Sabes que sí.

—Lo mismo digo —admitió con aspereza una vez que me había limpiado. Sosteniendo mi espalda alta mientras deslizaba su mano detrás de mí, me instó no solo a sentarme sino también a caer contra él para un beso.

Suspiré al sentir su boca sobre la mía, pero moverme tanto reavivó el dolor ardiente que irradiaba desde la herida de mi brazo.

—Ay —susurré una vez que estuve completamente sentada.

—Apuesto a que escuece, pero no es tan malo como temía —tras inclinarse para coger sus pantalones, se sentó en la mesa frente al sofá y se volvió hacia mí para inspeccionar el corte en mi piel—. Déjame buscar otro paño para limpiarlo.

Lo observé levantarse de nuevo, y sin él aquí para admirarlo, examiné la habitación.

—¿Qué es este lugar? —grité mientras probablemente estaba en un baño o en la cocina.

—Otro edificio de Ivanov —volvió y se sentó donde estaba antes —. Antes eran oficinas, pero las cerraron. Un par de equipos solían acampar aquí para operaciones y por eso esta planta fue renovada como apartamentos. Déjame ver —tomó mi brazo y lo giró un poco para poder limpiar la suciedad y la sangre.

—Ugh —me encogí, viéndolo limpiar con cuidado—. No me arrepiento de lo que hicimos...

Él se rio, todavía tan petulante, moviéndose conmigo para atender mi herida mientras me vestía de nuevo.

—Pero todo ese polvo —cada vez que me movía en el sofá para ponerme la ropa, más polvo volaba—. Qué asco.

Asintió.

—Después de limpiar esto un poco, podemos ducharnos. Uno de los espacios de apartamentos o estudios debería tener una ducha lo suficientemente grande para que la compartamos.

Asentí, apreciando lo dulce que era conmigo. No importaba lo mortífero y siniestro que pudiera ser en su línea específica de trabajo, siempre bajaría la intensidad que llevaba dentro para ser gentil y tierno conmigo.

—Lo último que necesito es que el polvo y la suciedad entren en un corte. Lavarlo ayudará, por supuesto, pero no puedo arriesgarme a ningún tipo de infección cuando mi sistema inmun... —me callé y abrí los ojos de par en par. Prácticamente se me salieron. La conmoción me dejó muda unos segundos demasiado tarde.

No puedo creer que haya dicho eso.

¡Cállate ya. Cállate!

El daño ya estaba hecho. Frunció el ceño y me estudió, apartando lentamente la mirada de mi herida para mirarme directamente a los ojos.

—¿Qué?

Me aclaré la garganta.

Mierda.

Conocía ese tono. Esa forma de hablar cuando estaba descifrando algo.

—Um, solo que estar infectada o enferma no es exactamente, eh, ideal, cuando, um... —*Joder. Joder. Joder.*— Cuando estamos huyendo. ¿Sabes?

Se incorporó más, mirándome fijamente.

—¿Qué ibas a terminar de decir?

Uy-oh. También estaba muy acostumbrada a ese tono severo que empleaba cuando esperaba la verdad, solo la verdad, y como ya llegaba con retraso, no debería pensar en demorarla más.

—Nada —encogí el otro hombro.

—No cuando tu sistema inmunológico... —Arqueó una ceja, clavándome una mirada expectante.

Parpadeé, sintiéndome acalorada, nerviosa, culpable y avergonzada. Podría mentir. Sabía que podría mentir y salir airosa de una situación complicada. No es que fuera un ángel y nunca hubiera

dicho una mentirijilla. Pero esto era diferente. Este era Nik, el hombre que siempre había deseado y nunca podría tener. Era el padre de mi bebé, el bebé sobre el que aún no le había informado.

Realmente no quería contárselo así. Un ambiente más tranquilo sería mejor. Una ocasión más pacífica sería lo ideal. Pero ya le había ocultado la verdad tanto tiempo que me había metido en un agujero demasiado profundo.

—Katerina.

Tragué saliva, deseando poder escabullirme de esta conversación un poco más. El momento seguía sin ser el adecuado, maldita sea. Lo último que quería era agobiarle con más responsabilidades o más cosas que resolver y planificar. Me quedaban meses de embarazo, pero incluso la simple noticia en esta etapa se sentiría como un tsunami de problemas a los que enfrentarse.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó. Bien podría haber sido una orden, no una pregunta, por lo acerado de su tono.

—Iba a decir...

Internamente, me estremecí y deseé poder evitar esto ahora mismo. Pero eso sería un signo de debilidad. Sería estúpido. Si él no quería asumir la noticia de un bebé, pues vale. Yo me encargaría. Ya me estaba resignando a huir y esconderme de mi tío para siempre. Y si Nik no quería saber nada de mí después de dejarme embarazada y nada de nuestro hijo, vale. Lo criaría yo sola. Siempre había deseado un lugar en la familia Ivanov, un grupo fuerte y leal de buenas personas, pero no dejaría que mis esperanzas volaran tan alto de nuevo.

Díselo. Acaba con esto y díselo. Luego lidia con las consecuencias.

—Iba a decir que no puedo arriesgarme a sufrir ningún tipo de infección cuando mi sistema inmunológico estará debilitado.

Siguió un largo momento de silencio. Sentí cada segundo de su dura mirada sobre mí, pero me negué a levantar la cabeza y enfrentarme a él. Él se encargó de ese detalle. Usando dos dedos, levantó mi barbilla y me miró expectante.

—¿Por qué estaría debilitado?

Suspiré, odiando lo tensa que estaba la situación.

—¿Estás enferma? —Su expresión pétrea se transformó en algo parecido a una grave preocupación—. ¿Katerina?

Negué con la cabeza.

—No. No estoy enferma. Pero estoy... embarazada.

Ahora que la noticia estaba en el aire, contuve la respiración. Con mi secreto flotando entre nosotros, todo lo que podía hacer era esperar su reacción.

—¿Que estás *qué*? —Levantándose demasiado rápido, dejó caer el paño húmedo al suelo. Se cernió sobre mí, mirándome con una expresión de tormenta.

—Embarazada —repetí, controlando mis facciones para ocultar lo nerviosa que estaba. No parecía *nada* contento.

—¿Estás embarazada? —Volvió a sentarse, moviéndose demasiado rápido y sin mirar dónde iba, de modo que su trasero casi no alcanzó el borde de la mesa. Corrigiéndose sin perder el ritmo, no apartó la mirada ni un milisegundo—. ¿*Embarazada*?

Asentí.

—Eras virgen.

Parpadeé una vez, odiando cuánto me invadió este instinto de echarme a reír. Esto *no* era gracioso. No había nada cómico en que él estuviera tan furioso, alarmado y cabreado por esta noticia que a mí me hacía tan feliz en el fondo. Este bebé era un milagro. Una bendición. Me rompía el corazón que él no pensara lo mismo.

De la manera en que algunas personas se ríen en momentos tensos e incómodos, tuve que reprimir esta necesidad de reírme nerviosamente.

—Sí —asentí—. Tiempo pasado. *Era* virgen.

Se levantó de nuevo, pareciendo ansioso por moverse y asimilar esta conmoción, pero luego torpemente volvió a caer sentado frente a mí.

—Eras virgen aquella noche —entrecerró los ojos.

—Sí. Esa noche fue la última de mi virginidad —aclaré mi garganta—. Tú la reclamaste. Yo te la entregué y eso fue todo lo que hizo falta para... —hice un gesto hacia mi estómago.

De nuevo, entrecerró los ojos. Tenía una expresión de incredulidad conmocionada o de duda escéptica.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—Desde... —hice una mueca—. Desde que te encontré en el sótano de esa cabaña.

Su mandíbula cayó, pero luego la cerró de golpe y frunció el ceño.

—¿Lo has sabido todo este tiempo y no pensaste en mencionármelo?

20

NIKOLAI

—¿Todo este tiempo? —negué con la cabeza mientras me alejaba del sofá. La necesidad de moverme me dominaba. No tenía paciencia ahora. Ni calma. Nada a lo que aferrarme para mantener la compostura.

—¿Sabías que estabas embarazada todo este tiempo y no pensaste en decírmelo? —Repetirlo solo reforzó lo incrédulo que me sentía. Lo profundamente que me había impactado.

—Yo... —Se levantó, negando con la cabeza y suspirando.

Entrecerré los ojos de nuevo, enfadado y herido. *¡Bien. Deberías sentirte fatal por haberme ocultado esto!*

—Me di cuenta justo después de encontrarte y escapar. Cuando vi lo mucho que sangrabas, me disparó una alarma. Fue una conexión extraña pensar que había faltado mi periodo hacía tanto tiempo. Había sentido otras pequeñas cosas que descarté como estrés y preocupación. Pero luego cuando empecé a sentir calambres también... —Se encogió de hombros—. Simplemente lo supe.

—¡Y no pensaste en decírmelo! —Odiaba explotar así, pero joder. Estaba embarazada y poniéndose en peligro cada segundo que permanecía conmigo.

—Quería hacerlo. Casi lo hice. Pero luego estabas actuando tan distante.

—Estaba enfadado, maldita sea. Estaba enfadado por haber sido secuestrado y enfadado por no saber quién lo ordenó.

Asintió. —Lo sé. Pero parecías alejarme y...

Entrecerré los ojos mientras giraba para encararla completamente. —¿De ahí venía toda esa mierda? ¿Cuando asumiste que seguirías tu camino y que yo no te quería?

—Oye —Frunció el ceño—. No actúes como si yo fuera la idiota aquí. Estabas frío conmigo. Distante. Puedo entender tu enfado y frustración, pero lo pagaste conmigo. Quizás porque yo estaba allí. Pero no me lo merecía.

Solté un resoplido caliente, furioso no solo por su engaño sino también porque, bajo todas las emociones, tenía razón.

Joder.

—Desafié a mi tío. Huí de todo lo que tenía, de todo lo que conocía. *Acababa* de descubrir que ese bastardo mató a mi padre, a quien todavía echo de menos cada maldito día, Nik —Sus ojos se empañaron mientras las lágrimas se acumulaban en los bordes mientras se señalaba el pecho—. Piénsalo. Sí, tú estabas sufriendo en cautiverio y te golpearon. Pero podías escapar si querías. Tú *elegiste* quedarte cautivo y escondido para conseguir información. Yo no tuve esa opción. Porque no hay nadie a quien pueda llamar. No tengo a nadie ni nada en lo que apoyarme a partir de ahora.

—Maldita sea —Cuando empezó a llorar, probablemente maldiciendo las lágrimas que derramaba mientras mantenía esa expresión de enfado, me apresuré hacia ella. Envolviéndola en mis brazos, intenté darle el consuelo seguro con el que quería que contara, pero también evitar lastimar su carne herida.

—Nadie, Nik. No tengo a nadie ni nada —dijo, con la voz amortiguada. Se aferró a mí, respirando fuerte y caliente mientras asimilaba este derrumbe. Era como si la presa hubiera reventado. Si había sabido que estaba embarazada todo este tiempo y se lo había guardado, había estado luchando sola y en silencio con cómo lidiar con este cambio.

—Eso no es cierto.

Asintió, sin apartarse de mí para hacerlo. —No tengo familia. No volveré con Anton. Nunca quise que fuera el líder de mi familia después de que mi padre muriera. Después de que *matara* a mi padre. Me persiguen, soy una mujer fugitiva con una diana en la espalda y...

Luché para colocar mi mano bajo su barbilla y alzar su rostro hacia el mío. Silenciarla con un beso era una manera rápida de molestarla. Pero esta vez, se ablandó y me devolvió el beso, como si lo necesitara para recalibrar.

—No estás sola —juré una vez que rompí el beso. Mirando sus ojos azules, sentí como si estuviera grabando este hecho en su alma, compartiendo este concepto con todo mi corazón para que pudiera creerlo.

—Nunca estarás sola mientras yo esté aquí, Katerina.

—Estabas tan frío conmigo al principio. Y cada vez que esperaba que pudieras decir algo sobre adónde iría después de que esto terminara...

Suspiré, odiando que por culpa de mi madre, todavía me costara comprometerme. Confiar en las mujeres nunca había sido fácil para mí, pero esta era Katerina. Esta era la chica, la mujer, a la que siempre me había sentido atraído en todos los sentidos.

—Te mantendré viva a cualquier precio —prometí—. Mantendré a este bebé vivo y seguro —Bajando mi mirada hacia su estómago mientras me echaba ligeramente hacia atrás, casi quise sonreír.

Un bebé.

Nuestro *bebé.*

Parecía un milagro, uno que nunca podría haber esperado.

—Me preocupaba que si te lo decía, reaccionarías así.

Me agaché para hacer que me mirara de nuevo. —¿Así cómo? — No podía creer que estuviera decepcionada. Yo no estaba enfadado...

Joder. Tenemos que mejorar en comunicarnos claramente. Nuestra forma sarcástica y argumentativa de tratarnos podía ser divertida, pero también teníamos que encontrar un punto medio cuando era importante.

—Siento haber reaccionado así. Al principio. Vamos, estaba en shock, Katerina. No esperaba oír que, bueno, que estás esperando. Pero no estoy enfadado —Enmarcando su rostro, me incliné para besarla para mostrarle que no estaba molesto. Sorprendido e impactado, pero no enfadado.

—Pero supuse que estarías así. Listo para tomar el control.

—¿De tu seguridad? —Resoplé—. Por supuesto.

—Sí, pero no es con lo que deberías estar lidiando ahora mismo.

Fruncí el ceño, sin entender cómo podría haberse imaginado que esto sucediera de otra manera. No es como si hubiéramos planeado tener un bebé. Simplemente por fin nos habíamos rendido juntos después de toda una vida negándonos lo que más queríamos.

—Lo último que necesitas ahora mismo es mantener a alguien más a salvo. Necesitas preocuparte por sobrevivir. Por que *tú* sobrevivas. No preocuparte también por mí y este bebé.

—Demasiado tarde, joder —gruñí antes de besarla otra vez.

—No quería decírtelo y añadir más peso a tus cargas.

—No eres una carga, Katerina. *Nunca* serás una carga —La besé de nuevo, durante más tiempo, para que realmente sintiera lo fuerte que eran mis sentimientos por ella. No solo que la deseaba, sino que ella me importaba muchísimo y siempre había sido así.

—¿No estás... enfadado, entonces? —preguntó con cautela.

—No —Ahora me permití una sonrisa genuina—. Estoy cabreado porque me lo ocultaste, pero dadas las circunstancias, entiendo por qué lo hiciste, mujer testaruda.

Ella sonrió con dulzura, todavía abrazándome sin apretar.

—Y estoy más cabreado porque recibiste una bala por mí cuando sabías que estabas embarazada —Eso no tenía ninguna gracia.

—Me giré para evitar que me diera en la parte baja —razonó—. No quiero que le pase nada a este bebé.

—Yo tampoco. Por eso propongo que nos casemos.

Abrió los ojos de par en par. Ahora sí que la había sorprendido.

—*Ahora* —añadí.

—¿Nos- Qué? ¿*Ahora*? ¿Cómo podríamos conseguir eso?

Me encogí de hombros, admirando el brillo de picardía en sus ojos. La adoración y ternura tampoco estaban nada mal. Nunca me

cansaría de verla en cualquiera de sus estados de ánimo o emociones. —Ahora —repetí de nuevo—. Un matrimonio de conveniencia en lugar de una boda. Solo para asegurarte la protección de los Ivanov. Para garantizar que este bebé tenga toda la fuerza del apellido Ivanov respaldándolo para su seguridad.

—Nik, no seas ridículo —Negó ligeramente con la cabeza mientras se apartaba y cruzaba la habitación.

—No lo estoy siendo —Esto era repentino, pero tenía que serlo. No quería que ella o nuestro bebé estuvieran sin todo el poder que mi familia representaba.

—Ningún Ivanov me protegerá —Me lanzó una mirada burlona.

—Y una mierda. *Yo* lo haré.

—Tú. Pero ninguno de los otros. Soy una Kozlov, Nik. La enemiga.

—De apellido —argumenté—. Y has dejado a Anton y su ejército.

Negó con la cabeza con tristeza. —No hay forma de que nadie confíe en mí. Ninguno de tus hermanos ni tus hombres. Todos asumirán que soy una espía, especialmente después de ese estúpido acuerdo matrimonial al que me opuse.

—Oh, a la mierda ese acuerdo. Eso fue entre mi padre y el tuyo, y ya es historia antigua que fueron aliados y amigos —No podía entender por qué protestaba.

A menos que no quiera estar conmigo para siempre.

Descarté eso inmediatamente. No podía ser cierto. Me negaba a creerlo.

—Llevaría mucho tiempo y esfuerzo convencer a cada Ivanov de que no soy una espía, Nik. Y apuesto a que no todos se alinearían y lo creerían.

Fui hacia ella, abrazándola fuerte tanto para reconfortarme con su presencia y contacto como para mostrarle que no me iba a ninguna parte. Que no iba a dejar que ella se fuera a ningún lado. —Entonces se lo demostraremos. Les probaremos que no es así y seremos pacientes —Besé su frente—. Naciste Kozlov y representas a los Kozlov con los que solíamos tener amistad y respeto —Una vez más, la besé en la frente—. Y tan pronto como encuentre un contacto para que nos reciba, nos casaremos y *tú* serás una Ivanov.

21

KATERINA

Esto era lo que había estado esperando. Esto era exactamente lo que siempre había soñado.

Nik Ivanov, eligiéndome a *mí* para ser su esposa.

Cuando era niña, Maxim, Damon y Saul nos tomaban el pelo con eso. Que seríamos Katerina y Nikolai, sentados en un árbol, B-E-S-Á-N-D-O-S-E. Primero vendría el matrimonio y luego un bebé.

Resultó que estábamos haciendo ese clásico cántico infantil al revés. Me había dejado embarazada y *ahora* me estaba pidiendo que me casara con él.

O exigiéndolo.

No pude hacer otra cosa que abrazarlo mientras su propuesta seguía resonando dentro de mí. Estaba suspendida en la incredulidad de que realmente hubiera mencionado el matrimonio. Cada día que habíamos estado huyendo y escondiéndonos mientras yo hackeaba y buscaba, y él se preguntaba y planeaba estrategias, había estado experimentando esta extraña inquietud. Con un pie dentro y otro fuera, había estado nerviosa sobre cuáles podrían ser sus intenciones a largo plazo hacia mí después de que yo huyera de mi tío y él saliera del cautiverio.

Parecía que ahora tenía mi respuesta.

Mientras me soltaba lentamente, se arrodilló frente a mí. Realmente me estaba proponiendo matrimonio. De rodillas ante mí, así, no podía sentirme inferior o desestimada. Su mirada marrón estaba fija en mí, pero no era solo esperanza o un atisbo de amor lo que brillaba en ellos. En cambio, me miraba con una determinación expectante. Como si contara con que yo cooperara en esto.

—¿Katerina? —Aclaró su garganta, sin parecer asustado o tímido sino pícaro mientras me miraba desde abajo. Ese mechón rebelde de pelo castaño oscuro caía sobre su frente —como siempre hacía y añadía a su apariencia sexy de chico malo— y lo aparté.

Si esta iba a ser la única vez que alguien me pidiera matrimonio, quería tener una línea clara de visión de sus ojos.

Suspiré, deseando que mi corazón se sintiera más feliz y ligero con lo que estaba sucediendo.

Toda mi vida, había estado acechando en el fondo de mi mente. Nik era el chico tras el que corría cuando éramos amigos de la infancia. Era el adolescente atrapado en el estilo de vida de la Mafia que se compadecía conmigo en fiestas y galas a las que ambos teníamos que asistir. Y definitivamente era el hombre al que había querido entregarle mi virginidad.

Pero... algo me impedía sonreír plenamente ante la visión de este fuerte espía Ivanov de rodillas, mirándome con tanta seriedad mientras sostenía mis manos.

—¿Te casarás conmigo?

Escuchar las palabras dirigidas a mí me impactó con lo mucho que mi vida estaba cambiando. Matar al soldado favorito de mi tío fue un acontecimiento que cambió mi vida. También lo fue arriesgarlo todo para salvar a Nik. Tener sexo con él también fue un hito de tanto cambio porque nuestro bebé estaría aquí y contando conmigo —o con nosotros— para mantenerlo a salvo.

El cambio era una certeza. Era lo único garantizado en nuestra existencia porque nada duraba para siempre, ni lo bueno ni lo malo. Que Nik me pidiera matrimonio era solo un cambio más en mi vida, pero me sentía presionada para interpretar su motivación detrás de ello.

Lo había llamado un matrimonio de conveniencia.

Y eso dolía.

Si no lo hubiera expresado así, si al menos me hubiera permitido la vaga esperanza de que pudiera haber amor real entre nosotros y no solo sexo caliente, apuesto a que no me habría sentido tan atascada e incómoda.

Si no hubiera enfatizado la urgencia de casarnos por motivos de seguridad, no habrían cruzado por mi mente reservas ni vacilaciones.

No. No hagas esto, Kat. No lo sabotees todo.

Este es Nik.

El único chico que has tolerado y deseado jamás.

Tragué saliva con dificultad e intenté sonreír lo mejor que pude.

Aunque me rompía el corazón darme cuenta de que solo quería casarse conmigo por el bebé, quería aferrarme al hilo de optimismo de que, quizás con el tiempo, me amaría. Era difícil no preocuparse de que sus objetivos para unirnos oficialmente fueran por necesidad, no por amor, pero tenía que hacer lo mejor para esta nueva vida.

El tiempo diría si los Ivanov realmente respetarían que yo fuera la esposa de Nik. Dudaba que confiaran en mí después de enterarse de que literalmente se esperaba que me casara con su familia para ser espía.

Pero si pudieran acogerme y extender sus servicios de protección a mí y a mi hijo, entonces sería una tonta si no lo aceptara.

Le debía a mi bebé la mejor vida posible y la más segura, y eso sería mucho más realista con la fuerza de los Ivanov respaldándome. No seguir huyendo como madre soltera.

—Sí —lo susurré apresuradamente. Antes de que pudiera dudar más, le di mi respuesta a Nik con esa única palabra tajante que cambiaría el resto de mi vida.

Se puso de pie, besándome rápidamente, y quise creer que mi *sí* para casarme con él significaba que el resto de mi vida cambiaría para mejor.

—Te mantendré a salvo —repitió después de besarme—. Este bebé nunca sufrirá daño.

Sonreí de nuevo, ocultando mi inquietud. *¿Pero solo quieres ofrecerme seguridad? ¿Qué hay del amor?*

Los hermanos Ivanov no estaban abiertos al amor ni a dejarse ser vulnerables con las mujeres. Pero quizás había esperanza. Tal vez con este bebé, Nik podría arriesgar su corazón por ambos en el futuro.

El futuro llegó más pronto de lo que podría haber imaginado. Después de ducharnos y encontrar el apartamento estudio más habitable en esta planta del edificio, me tumbé a descansar. Ese bajón de adrenalina me dejó exhausta, desde la carrera hacia la seguridad, el peligro de recibir un disparo y el sexo tremendamente caliente. Mientras dormitaba, parecía que Nik no estaba dispuesto a perder ni un segundo.

Me desperté tarde esa noche con él animándome a levantarme y prepararme.

Bostezando y frotándome el ojo, le miré. —¿Qué está pasando?

—¿Ya lo has olvidado? —Me sonrió, con una de esas sonrisas sexys como el infierno que parecían tan desarmantes pero traviesas —. Vamos a casarnos.

Eso me despertó por completo. —Espera. ¿*Ahora*? ¿Tan pronto?

Frunció el ceño mientras me instaba a levantarme de la cama. —Sí. Tan pronto. ¿Ya estás teniendo dudas?

—No. No. —Me levanté, negando con la cabeza—. No las tengo. Es solo que... —Me coloqué el pelo detrás de la oreja—. Esto es *realmente* pronto.

—Mejor así, supongo. Menos tiempo para que lo pienses dos veces y cambies de opinión —bromeó.

Parpadée, espabilándome más conforme me movía. Ya había colocado mi bolsa del portátil cerca de la puerta. Acabábamos de llegar aquí y ahora estábamos huyendo de nuevo. O quizás esto significaría que me llevaría a su casa ahora, donde podríamos descansar de verdad y quedarnos en un sitio durante más de un tenso momento.

—No voy a cambiar de opinión. Es que todo es muy rápido.

Asintió. —Lo es. Pero insisto en ello. He contactado con alguien que ha preparado un oficiante que puede hacer esto oficial. Nos daremos prisa para encontrarnos con él en el lugar que me han indicado, y luego podremos ir a casa a contárselo a mi familia.

Ajá. Así que tenía razón. Sí que pretendía trasladarme al edificio de los Ivanov. Nunca dudaría de su promesa de mantenerme a salvo, pero joder, esto estaba ocurriendo muy deprisa. Era un torbellino de actividad, y sentía que me estaba quedando atrás.

—¿Ahora mismo? —pregunté de nuevo, haciendo una mueca. El vendaje de mi brazo estaba rígido con sangre seca. Me hacía sentir sucia y mugrienta, además de la sensación general de estar polvorienta en esta estructura vacía tipo almacén que habían adaptado para convertirla en una opción de alojamiento mediocre.

—Sí. —Arqueó una ceja.

—¿Puedo ducharme primero? O... —Me encogí de hombros, girando el brazo para aliviar la tensión en mis músculos mientras tenía cuidado con mi herida. No estaba segura de qué más podía pedir. No era como si pudiera esperar un vestido o una toga. Ni maquillaje ni esforzarme en arreglarme el pelo. Estábamos huyendo, escondiéndonos de asesinos.

—Oye. —Notó mi inquietud, tan sintonizado conmigo como siempre—. Sé que esto no es lo que quizás habías soñado.

Puse los ojos en blanco. —Para. Nunca fui una de esas chicas que soñaban con bodas grandes y elegantes. —*Lo único con lo que siempre soñé es que tú fueras mi novio.*

—Pero esto *es* repentino. —Bajó la cabeza para ponerse más a mi altura mientras me acogía en un abrazo. Apoyarme contra su pecho duro me reconfortó, y le escuché al mismo tiempo que sentía la vibración de sus palabras.

—No necesito nada elaborado. Pero, bueno, solo mírame.

Resopló, retrocediendo un paso para observarme de arriba abajo con una mirada larga y traviesa. —Oh, créeme. Te veo. Y me gusta mucho lo que veo, Katerina. Te querría sin importar tu aspecto o lo que lleves puesto. Sucia o limpia. —Me abrazó de nuevo para besarme el cuello—. Con un vestido o algo como esto. —Otro beso más arriba en mi cuello y cerca de mi oreja—. Desnuda —añadió en un susurro seductor antes de besarme más cerca de mi oreja una vez más.

¿Eres así solo por el sexo?

¿Te casas conmigo solo por el bien del bebé?

Odiaba sentirme tan codiciosa. Sin embargo, ¿me equivocaba al desear su amor? Después de perder a mi padre y no tener más familia, me hacía falta el afecto y pertenecer a alguien que me amara.

—Podemos hacer esto de nuevo más tarde —añadió mientras se alejaba—. Te lo prometo. Lo que tú quieras. —Sonrió, sin inmutarse en absoluto por precipitarse literalmente a toda velocidad hacia una boda.

¿Lo que yo quiera? ¿Incluso tu amor?

Me encogí de hombros. —No. Lo entiendo. Esto es urgente y... —Dios, ni siquiera podía encontrar palabras falsas para encubrir cómo me sentía sobre esto—. *¿Y si nunca me ama? ¿Y si siempre es solo un matrimonio de conveniencia al que se ve forzado? ¿Es suficiente la intimidad física para que dure lo nuestro?*

—Podemos hacer una boda más tarde. Conseguirte un vestido y todas esas cosas. —No me miró mientras se dirigía hacia la puerta. Le seguí, colgándome la correa de la mochila por los hombros, con cuidado de mi herida.

En realidad no me importaban esas cosas. No tenía amigos cercanos o gente para invitar a una ceremonia, excepto Joann. Nunca me preocupé por vestidos y trajes de diseñador, prefería ropa práctica que no me impidiera estar con mi portátil frente a la pantalla.

—El oficiante tendrá un par de anillos para nosotros, pero podemos renovar votos o lo que sea y hacer unos a medida. O usar algo de la bóveda familiar.

De nuevo, no me importaba. Lo único que importaba era que me estaba casando con él y podía apoyarme en la leve esperanza de que quizás me amara algún día.

Igual que habíamos hecho de camino aquí, fuimos rápidos y precavidos con nuestro entorno. No me molesté en hacer más preguntas porque sus respuestas sobre cualquier detalle no importarían. Estando callada y crítica con el camino que seguíamos, intenté no estar tan tensa y distraída por este dolor persistente en mi corazón.

Podría llegar a amarme con el tiempo.

Podríamos construir sobre esto.

Deja de ser tan exigente y codiciosa y de preocuparte por el amor.

Esto es cuestión de vida o muerte.

Se trata de supervivencia.

Sobrevive primero y luego pregúntale por sus sentimientos.

Puse los ojos en blanco ante mi monólogo interior e hice todo lo posible por disipar este extraño estado de ánimo.

Me estoy casando con Nikolai Ivanov. ¡Esto funcionará, de una forma u otra!

Me condujo hacia el segundo piso de lo que parecía ser un edificio de apartamentos concurrido. Después de vivir en el aislamiento de la mansión, luego estar huyendo y quedándome en escondites apartados con Nik, parecía muy extraño volver a entrar en la sociedad. Se sentía raro acercarme tanto a otros de nuevo. Aquí vivía gente. Las vidas continuaban como de costumbre en todos estos apartamentos. Olía a comidas cocinándose. El hedor a repollo hervido molestó mi nariz que era mucho más sensible con mi embarazo. Los sonidos de televisores, música a todo volumen y niños gritando mientras jugaban. Todo me bombardeaba, casi sirviéndome como un despertar a la *vida*. No me había dado cuenta de que necesitaba un recordatorio de que la tierra seguía girando independientemente del caos en mi mente y en mi vida.

Pero lo agradecí y mantuve la cabeza alta mientras Nik me guiaba hacia un apartamento en el quinto piso, cerca del final del pasillo.

Llamó tres veces y abrieron la puerta. Tan pronto como nos dieron permiso para entrar, un soldado Ivanov le sonrió a Nik.

—Nikolai... —saludó con una risita maliciosa—. Sabía que estabas vivo.

—Por supuesto que lo estaba —respondió Nik con suficiencia, poniendo los ojos en blanco mientras avanzaba por el estrecho pasillo—. Les daba a mis hermanos un código cada día para demostrarlo.

Mientras yo entraba tras él, me cogió de la mano. El soldado bajó su arma, claramente apostado allí como vigilante, pero en cuanto

me vio completamente, levantó su arma y me miró con desprecio.

—¿Qué demonios...?

Nik lo desvió, golpeando su mano hacia abajo con un tajo antes de que el soldado pudiera siquiera apuntar el arma hacia mí. —No vuelvas a amenazarla jamás.

—Nikolai. ¿Una Kozlov? —Levantó ambas manos en señal de tregua, dejando que el arma colgara de su dedo. Sacudiendo la cabeza, tardó en comprender. Obedeció pero no parecía saber por qué—. ¿Qué está pasando?

—Exactamente lo que te pedí que organizaras —respondió Nik con frialdad, guiándome hacia el interior de la habitación donde un hombre mayor esperaba cerca de un par de ventanas. Parecía ser su casa, la de este oficiante. Otro guardia Ivanov estaba junto al desconocido de pelo blanco, pero este soldado no cometió el mismo error que el primero. No tocó su arma.

—¿Te vas a casar con *ella*? —preguntó el segundo soldado.

Suspiré y empecé a negar con la cabeza.

—No, nada de eso, Katerina —me advirtió Nik.

—No he dicho nada —respondí mientras me indicaba que me colocara frente a él cerca del oficiante.

—Lo escuché de todos modos. Ese suspiro.

Le sonreí con picardía mientras me cogía las manos. —Nik. Esto no va a funcionar. —Me encogí de hombros para señalar a sus guardias—. Ya sospechan de mí.

—Que les den. —Se giró para fulminar con la mirada a ambos hombres, quienes tuvieron la decencia de bajar la vista. No estaba convencida de que estuvieran realmente arrepentidos o se disculparan, simplemente eran lo suficientemente inteligentes como para evitar directamente el desprecio de Nik.

—Tu familia y tus hombres siempre me verán como la enemiga...

—Pero *yo* no —replicó acaloradamente—. Y *yo* soy quien se casa contigo.

Acuné su rostro con suavidad y acaricié su mejilla sin abandonar mi sonrisa socarrona. —Sí. Pero eres un Ivanov y nunca estás separado de tu familia. Del mismo modo que yo siempre llevaré la mancha del apellido de mi familia y...

—Hasta que tomes el mío. —Esquivó mi tierno contacto para deslizar su brazo alrededor de mi cintura y atraerme hacia él.

Choqué contra su cuerpo, gruñendo ante la fuerza de estar tan repentinamente pegada a él.

—Terminemos con esto —gruñó al oficiante.

El hombre mayor parpadeó, quizás sorprendido por la impaciencia en el tono de mi prometido. Sin embargo, yo ya estaba acostumbrada, y mientras el hombre nos hacía recitar algunas líneas prometiéndonos el uno al otro en nombre del matrimonio, dejé de lado la tensión y disfruté de la emoción.

Estaba haciendo esto.

Nosotros estábamos haciendo esto, de verdad.

Me estaba comprometiendo a permanecer junto a Nikolai Ivanov por el resto de mi vida. Pero mientras me sonreía, arrogante y obstinado, me di cuenta de que no cambiaría quiénes éramos en el fondo.

Porque yo ya había estado a su lado. Toda mi vida había estado alineada con él, y ahora parecía casi una idea tardía hacerlo oficial.

Hacerlo mío en silencio sin mucha fanfarria.

—Sí, quiero —respondí al oficiante mientras miraba profundamente a los ojos marrones oscuros de Nik.

Esperaba que viera el amor que sentía por él.

Un momento después, él me dio su *Sí, quiero* con una sonrisa de satisfacción que en otras circunstancias podría haber parecido arrogante.

Antes de que pudiera acostumbrarme a la sensación del fino anillo metálico que había colocado en mi dedo, me preparé para el impacto de sus labios ardientes rozando los míos. Suspiré de nuevo —esta vez de felicidad— mientras cerraba los ojos y deslizaba mis dedos por su pelo. Sujetando la parte posterior de su cabeza para mantenerlo junto a mí mientras nos besábamos como marido y mujer, intenté grabar este momento en mi memoria. No importaba lo apresurado que fuera, atesoraría este cambio para siempre.

Ya no estaba sola.

Este bebé ya no estaba desprotegido.

Ahora tenía una familia, no solo un hijo que criar y amar, sino también un marido.

Esto sí era algo que celebrar. Eventualmente.

Pero no ahora.

Mientras rompíamos el beso y nos mirábamos a los ojos, dejando que tantas emociones pasaran entre nosotros sin una palabra, los guardias que habían sido tan escépticos sobre mi presencia aquí con Nik reaccionaron.

Se giraron con las armas en alto.

Alzaron los brazos para formar una barricada frente a nosotros.

—¡Atrás! —gritó uno mientras la puerta era derribada de una patada y los asesinos entraban para destrozar mi boda.

22

NIKOLAI

Aparté a Katerina conmigo mientras los hombres entraban en el apartamento en fila. A pesar de contar con el respaldo de los dos soldados, estaba nervioso y ansioso por protegerla.

Mi esposa.

No era solo una vieja amiga.

Era más que simplemente una hacker experta con la que contaba.

Era mi *esposa*. Durante apenas unos segundos, era mi esposa y resultaba irreal pero a la vez intenso lo mucho que ese título podía cambiar las cosas.

Una oleada de posesividad primitiva y feroz me invadió cuando estallaron los disparos en el apartamento.

Con Katerina agachada en busca de protección, con los brazos sobre su vientre, me recordó lo ferozmente que protegería a nuestro bebé. Como si pudiera evitar que una bala alcanzara su vientre con sus extremidades cubriéndolo.

Cogí mi pistola y me uní a la pelea sin dudar. Necesitando más protección, o algún tipo de refugio, volteé el sofá con la esperanza de que Katerina pudiera ocultarse detrás. No era a prueba de balas, pero era mejor que nada que no estuviera a la vista.

—¡Atrás! —gritó de nuevo el guardia.

No le hice caso por encima del tiroteo que él y el otro hombre de Ivanov descargaban sobre los asesinos que entraban en tropel en la habitación. Porque eso era exactamente lo que eran. Asesinos. Los asesinos de Anton. El hecho de que estos hombres no intentaran ocultarse tenía que significar algo, pero no podía detenerme a considerar qué.

Detrás de mí, el oficiante cayó al suelo agarrándose el costado. Disparé sin pausa, agachándome detrás del sofá con Katerina mientras ella atraía al hombre mayor hacia sí para comprimir su herida. Mientras lo tenía cerca, sacó la pistola de su funda y la sostuvo con firmeza.

—¿Estás loca? —gruñí. La idea de que ella contraatacara me dejó atónito. ¡Estaba embarazada! ¡De mi hijo! Tenía que dejarme manejar esto por ella. Era precisamente por eso que me había casado con ella, para protegerla, joder.

—No —entrecerró los ojos—. Solo estoy furiosa —escupió mientras sostenía la pistola y ayudaba al hombre mayor—. Estoy harta de que mi tío intente arruinarme la vida.

Ese fuego era tremendamente sexy. Pero no ahora. Nunca desearía que su temperamento se apagara, pero tenía que centrarme en mantenerla a salvo. Y eso significaba asegurarme de que no intentara ser valiente y recibir otra bala por mí.

—¡Marchaos! —nos gritó el segundo guardia de Ivanov.

—Los contendremos —ordenó el primero—. ¡Id! —movió la cabeza hacia un lado indicándonos que nos fuéramos, sin apartar la mirada de los objetivos frente a él.

Retirarse no era señal de cobardía, no cuando las vidas de mi esposa y mi bebé estaban en juego. Alejarlos del peligro era imperativo, pero cuando me giré para evaluar las opciones de adónde ir, Katerina se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo.

La ventana trasera del apartamento se hizo añicos cuando un asesino de Kozlov entró por allí. Estábamos rodeados, y si ella no lo hubiera notado y me hubiera empujado al suelo, las balas que acribillaron el cojín del sofá habrían acabado con nuestras cabezas. Tumbada sobre mí, levantó el brazo y disparó al hombre, matándolo,

pero no antes de que el guardia de Ivanov que seguía agachado delante de nosotros y del sofá cayera al suelo.

Apretó los dientes con dolor, llevándose la mano cerca del cuello, pero no permaneció caído mucho tiempo.

Era una lucha a muerte, y ningún Ivanov descuidaría jamás su capacidad para defender a la familia.

Me miró a los ojos mientras yo rodaba, cubriendo a Katerina, y disparaba una y otra vez a los otros hombres que entraban por la ventana.

Tenían que estar esperando en la escalera de incendios para mantener este ritmo. Eso significaba que Katerina y yo no podíamos usar esa vía, pero tenía que confiar en que hubiera otro medio de escape al estar esta vivienda situada en la esquina.

—Id —dijo el guardia—. Ve, Nikolai. Nosotros nos encargamos de esto. —Se tambaleó para ponerse de pie, apoyándose en el sofá para levantarse. Pero lo consiguió. Y disparó una y otra vez, atrapado en la frenética conmoción de esta emboscada repentina.

Lo conseguiríamos. A pesar de que los asesinos de Kozlov entraban y nos superaban en número, mis hermanos de Ivanov y yo ganaríamos esta lucha. Ganaríamos todas las batallas a las que nos enfrentáramos porque siempre éramos más fuertes juntos. Y con Katerina dándome muchos más motivos para luchar, estaba ansioso por matarlos a todos con un mensaje que pudieran llevar a casa.

Me puse de pie con Katerina pegada a mi espalda mientras me seguía. Estábamos sincronizados como siempre, ella acompasando mi paso y siendo capaz de terminar mis frases o actuar como mi compañera.

Socios. Éramos dos partes de un todo y no necesitaba esperar a que me alcanzara.

Nos iríamos.

Juntos.

Pero mientras me giraba y enfrentaba a los hombres que venían a impedir que nos uniéramos en matrimonio, entrecerré los ojos y disparé a los hijos de puta que habían fracasado.

Alguien tenía que haber estado vigilando las líneas de comunicación para poder venir y emboscarnos. Solo había

contactado con un soldado, manteniendo esto rápido y los detalles al mínimo por si acaso.

Y mira por dónde, casi habían impedido mi matrimonio con Katerina.

De pie y examinando la habitación, confiado en que Katerina dispararía junto a mí mientras calculábamos cómo abrirnos paso luchando para salir de aquí, vi que no solo eran Kozlovs.

Un par de Romanos también habían venido.

—Llegáis tarde, hijos de puta —grité, dejándoles escuchar la siniestra diversión que no podía reprimir.

—Anton nunca permitirá esto —dijo un Kozlov.

—¡Que le den! —gritó Katerina, disparando en la dirección por donde ese hombre se escabulló detrás de una estantería.

—¡Estás muerta, Katerina! Si te vas ahora y vienes con nosotros...

—¡No! —disparé al hombre en la cabeza, viéndole caer. Siguieron más disparos, pero no nos alcanzaron.

—Mi esposa se va conmigo —anuncié—. Aseguraos de transmitir el mensaje a vuestros jefes. Katerina es una Ivanov ahora.

Otros dos hombres salieron de su escondite y dispararon contra nosotros, pero los maté a ambos, embriagado por la victoria de anunciar esta noticia y también porque lo había conseguido.

Me había casado con ella contra todo pronóstico.

Ella *era* mía.

Ahora y siempre.

Y tan pronto como saliéramos de aquí, comenzaría a mostrarle toda la extensión de mi protección y preocupación por ella y nuestro bebé.

Con suerte, podríamos alcanzar un solo segundo de paz donde pudiera hacerle entender que la había amado toda mi vida y que no podía esperar para amarla también durante el resto de ella.

23

KATERINA

Esposa.

Escuchar a Nik referirse a mí como su esposa fue un momento conmovedor.

Pero oír la firmeza en su declaración de que yo era una Ivanov fue algo completamente distinto.

Caló en mí con un peso de seriedad absoluto, convenciéndome de que, para bien o para mal, había tomado la decisión de casarme con él. No podía echarme atrás. No quería echarme atrás.

Pero cuando nos acercábamos al final de esta pelea inesperada tras otra emboscada, obligué a mi corazón a calmarse para prepararme para lo que vendría después.

Los asesinos se retiraron, retrocediendo fuera del apartamento. Entre los soldados Kozlov leales a mi tío y los Romano que habían participado en el esfuerzo para impedir que me casara con Nikolai, parecieron entrar en razón de que no ganarían.

Nos superaban en número al principio. Cuando cogí la pistola del oficiante Ivanov y el soldado Ivanov herido se levantó de nuevo para seguir disparando después de haber recibido una bala, demostramos que no seríamos asesinados ni detenidos. La boda ya había ocurrido. Quizás eso fue todo lo que necesitaron estos cabrones para marcharse. No habían conseguido impedir que me casara con Nik.

Ahora, mientras huían, me los imaginaba impacientes por llevar las noticias a mi tío y a Dominic Romano.

El polvo se asentó tras los daños en el apartamento, pero entre los dos soldados que probablemente habían venido para ser testigos de la boda, todo estaría bajo control.

—Adelante —le dijo el primer soldado a Nik—. Tengo otro equipo en camino.

Probablemente se refería a un equipo de refuerzo y limpieza. El oficiante apenas estaba vivo, pero en caso de que falleciera, todos se unirían para manejar los daños y el desastre sin involucrar a la policía local. Los agentes no necesitaban meterse en esto.

En lugar de quedarnos, el soldado herido nos condujo hasta el coche que tenía esperando en la parte de atrás.

—Vamos. Entra —ordenó Nik una vez que llegamos al coche.

—No. Yo insisto. —El soldado herido siseó de dolor mientras alcanzaba la manilla de la puerta del conductor.

—Peter —dijo Nik con un suspiro cansado—. No. Estás herido, y no voy a dejar que nos conduzcas y te desmayes al volante.

Asentí, indicándole que se subiera atrás conmigo.

Me miró con cautela, todavía escéptico.

—Ya le has oído —repliqué—. Ahora soy una Ivanov.

Se deslizó en el asiento trasero y me observó entrar mientras Nik se dirigía al asiento del conductor. El soldado mantuvo una gran distancia entre nosotros mientras me fruncía el ceño—. Has disparado a tus hombres.

Puse los ojos en blanco. *Así que así va a ser...* —No, no lo he hecho. Esos hombres no eran *míos*.

—Ya no es una Kozlov —le recordó Nik mientras arrancaba el coche y conducía—. Lo has visto. Estabas justo allí cuando me casé con ella.

—Pero...

—Nací siendo una Kozlov —dije, preguntándome cuántas veces necesitaría exponer este argumento para ganarme la confianza de la organización Ivanov—. Pero mi "familia" terminó cuando mataron a mi padre y mi tío tomó el control. —Puse mi mochila en el suelo y

saqué una camiseta—. Toma. —Se la entregué y le indiqué que comprimiera la herida.

—¿Vas en serio con esto? —preguntó el soldado, mirando a Nik a través del espejo en lugar de a mí mientras usaba mi camiseta en su herida.

—Sí —respondió Nik—. Katerina es mi esposa.

—¿Sabe Maxim sobre esto? —preguntó, mirándome de reojo.

—Lo sabrá en unos diez minutos —respondió Nik, sonriéndome durante un segundo antes de volver a prestar atención a la carretera.

Estaba contento.

Pero su sonrisa no fue contagiosa esta vez.

Estaba demasiado nerviosa para devolverle la sonrisa.

Habían pasado muchos, muchos años desde la última vez que estuve en el edificio de los Ivanov. Cuando mi padre estaba vivo, me llevaba con él cuando iba de visita. Había almorzado con Anastasia. Jugaba al escondite con los chicos. Entonces me habían recibido bien, pero dudaba que ahora fuera así.

Por la reacción de este soldado, me preparé para muchas dudas, preguntas y caras largas sobre mi entrada en su familia. Todo por culpa de mi tío, estaba prejuzgada como enemiga.

Hasta ahora, la noticia de mi matrimonio con Nik no estaba siendo bien recibida. Una emboscada y un tiroteo para impedir que la boda sucediera tenían que ser la señal definitiva de mala suerte. Me dejó inquieta, así que para cuando el coche pasó las puertas y Nik condujo hacia el círculo en la parte trasera de la propiedad, sentía que iba a vomitar.

—Tranquilízate —me aconsejó Nik una vez que aparcó y salió para abrirme la puerta trasera.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —repliqué.

Me tomó de la mano, guiándome hacia el edificio—. Conoces a mis hermanos. Se adaptarán.

No respondí al principio, demasiado asustada para hablar mientras me llevaba a su hogar. Claro, conocía a su familia. Pero de hacía mucho tiempo. Anton lo había cambiado todo.

Maxim se veía igual a como lo recordaba. Debía haber escuchado de los soldados que Nik se estaba casando conmigo o que nos habían tendido una emboscada. Mientras caminaba hacia nosotros a través del enorme vestíbulo en la primera planta, estaba tan severo y serio como siempre. Desde que asumió el mando como jefe de los Ivanov, ocupando el lugar de *Pakhan* mientras Grigory se recuperaba de su envenenamiento, parecía haber envejecido años. La responsabilidad podía hacer eso a una persona. Parecía como si no hubiera visto a Maxim hace apenas unos meses en aquella boda a la que ambos habíamos asistido.

—Nik —saludó, centrándose primero en su hermano.

Me hice a un lado, dejándoles tener un momento mientras se abrazaban y se daban palmadas en la espalda.

—¿Por fin decidiste volver a casa, eh? —bromeó Maxim con ironía. No debería haber sido posible bromear sobre que Nik no había estado aquí. Lo habían secuestrado. Pero por supuesto que sus hermanos entenderían y respetarían que Nik había querido seguir cautivo para ser el espía que nació para ser y recopilar toda la información posible. No dudaba que todos hubieran estado preocupados por él, pero demostraba un enorme acto de fe que Maxim tenía en Nik al *permitirle* también quedarse lejos.

—No lo decidí yo —respondió Nik, retrocediendo y tomando mi mano—. Cierta persona se preocupó de que tenía que ser liberado.

Me mantuve firme, sin inmutarme mientras Maxim me estudiaba. Tampoco reaccioné cuando Damon entró al vestíbulo. Sabía que querrían analizarme y juzgarme.

—Y con un acompañante —dijo Maxim fríamente, observándome mientras Damon y Nik se reunían, saludándose con abrazos y alegría.

—Un acompañante permanente —dijo Nik mientras tomaba mi mano de nuevo.

Me aclaré la garganta y arqueé una ceja.

—Vale. Dos acompañantes.

Damon y Maxim reaccionaron ante eso. Ambos levantaron las cejas y se miraron entre sí, claramente sorprendidos.

—¿Estás embarazada? —preguntó una mujer mientras entraba desde detrás de Maxim y Damon.

Me incliné para ver a mi antigua doncella. —¡Lucy!

No parecía haber sufrido, pero había cambiado su apariencia. Aunque seguramente todavía nos veríamos similares, ya no era mi doble. Su cabello estaba más corto y teñido. Una enorme combinación de anillos de compromiso y boda descansaba en su dedo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lucy, yendo directamente hacia Damon y tomando su mano.

Era imposible no notar cómo se apoyaba en él, lo posesivo que se mostraba él con ella cerca.

—¿Estás... —resoplé, dejando escapar esa pequeña risa incrédula —. ¿Estás casada?

Ella frunció el ceño. —Lo estoy. Justo como... esperabas que estaría.

Los hombres no se apartaron cuando me acerqué a ella, preocupada por si me odiaría o me perdonaría. Ciertamente no parecía molesta, herida o afectada. Si acaso, estaba tranquila y serena, feliz y contenta de estar aquí como si estuviera en su hogar.

—Sí, pero... —volví a reír, tentada a sonreír y relajarme—. ¡Quiero decir que *sigues* casada!

Cruzó los brazos, poniéndose más a la defensiva. —Y seguiré casada.

Damon se puso a su lado, acercándola a él con el brazo alrededor de sus hombros. —¿Qué está pasando aquí? —Me miró a mí, luego a Nik, y volvió a posar su mirada en mí con una mirada severa y oscura.

Levanté las manos en señal de tregua. —No estoy aquí para interferir. —Damon se había ganado el apodo de Demonio por una buena razón. No era exactamente un hombre cariñoso y acogedor. Respetado y temido como el principal torturador de los Ivanov, era un tipo difícil al que acostumbrarse. Pero parecía que Lucy lo había conseguido. Y estaba contenta de ser su esposa.

—Dijiste que me harías saber cuándo podría divorciarme —dijo Lucy, tomando la mano de Damon—. No tengo ningún interés en

eso.

Negué con la cabeza, sonriendo y deseando que ella también lo hiciera. Sabía que esto no sería fácil, pero obviamente, ella había encontrado su felicidad aquí. Era una pena que me guardara rencor por haberle pedido que fuera la novia en ese arreglo cuando había encontrado a su marido y quería conservarlo después de todo. No estaba segura de con cuál de los hermanos tendría que haberse casado. Damon era una sorpresa, pero se veían bien juntos. Felices. Aunque cautelosos con mi aparición.

—No estoy sugiriendo que os divorciéis —expliqué—. No si no quieres. —Retrocediendo como para mostrar que me echaría atrás, suspiré—. Pero quise decir lo que dije. Que si venías aquí en mi lugar y *hubieras* querido irte, te habría ayudado a hacerlo.

Lucy frunció el ceño, entrecerrando los ojos hacia mí aún más. —No quiero irme.

—*No te irás* —intervino Damon—. Perteneces a mi lado.

Ella le sonrió, pero volvió a dirigirme una mirada fría. —Te has tomado tu tiempo.

Asentí, odiando que ni siquiera ella me diera la bienvenida aquí. Casi parecíamos amigas en la mansión, pero supongo que se sintió utilizada y descartada cuando le pedí que cumpliera ese acuerdo en mi lugar. —No me di cuenta de que me llevaría tanto tiempo buscar lo que necesitaba encontrar.

—¿Nik? —adivinó Maxim.

Asentí de nuevo, pero luego negué con la cabeza. —Cuando me enteré de que lo habían capturado, sí, intenté revisar las grabaciones de vigilancia en las propiedades de Anton. Pero mientras Anton estaba fuera del país, tuve que poner todos mis esfuerzos en encontrar la prueba de que había matado a mi padre.

—¿Anton mató a Thomas? —preguntó Damon, claramente sorprendido.

—Sí. —Tragué saliva, odiando cómo el tema de la muerte de mi padre siempre me empujaba cerca de las lágrimas. Tal vez eran las hormonas y estaba demasiado emocional. Quizás era el derrumbe después de tantas amenazas, ataques y episodios de correr para sobrevivir.

Ahora que estaba aquí, en "casa", y en algún lugar donde podía descansar más de una mala noche de sueño cuando cada pequeño sonido me hacía preocupar de que alguien nos perseguía, quería derrumbarme. Quería finalmente bajar la guardia y simplemente *estar* por una vez. Quizás entonces, podría aceptar plenamente el cierre de la muerte de mi padre y comenzar a superar el dolor y las lágrimas.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo Nik, apretando mis dedos en una silenciosa indicación para que volviera hacia él. No esperó para abrazarme y luego besar mi frente.

—*Muchísimo* de qué hablar —respondió Damon con un gruñido.

Maxim suspiró, pasando la mano por su cabello. —Sí. Pero primero —extendió su brazo, indicándonos que avanzáramos por la casa—, refrescaos. Descansad. Podemos hablar cuando estéis instalados.

Nik asintió, sonriendo a sus hermanos.

—Mantendré a la abuela alejada para que no os bombardee con preguntas. —Maxim casi sonrió, y yo quise hacerlo al mencionar a Anastasia. Quizás ella me daría mejor bienvenida que estos hombres.

—¿Dónde está Saul? —preguntó Nik.

—Fuera —respondió Damon.

—¿Y Padre? —preguntó Nik.

—Descansando y todavía recuperándose —respondió Maxim—. Adelante, descansad. Instalaos, y os dejaremos tener vuestra privacidad y paz.

No dijo *por ahora*, pero escuché la insinuación de todos modos. Nik no lo desafió ni cuestionó a su hermano, el jefe interino, y yo tampoco. Responder o expresar una opinión propia no sería algo que me atrevería a hacer aquí por un tiempo.

Estaba en una posición incómoda, viniendo aquí como la percibida enemiga y esperando ser bienvenida y que confiaran en mí. Sería un proceso largo, además de lidiar con este embarazo, pero estaba demasiado fatigada y cansada para pensar en ello ahora.

—Privacidad y paz —dijo Nik en voz baja una vez que estuvimos en el ascensor y subiendo hacia la planta donde tenía su propio apartamento—. Suena como una ilusión.

Le sonreí, contenta de que nunca perdería ese toque de sarcasmo conmigo. —Lo parece.

Cuando las puertas se abrieron en su planta, no me fijé en los detalles de su hogar. De lo que sería *mi* hogar ahora. El nuestro para compartir. Porque ya me sentía como en casa, con él, en su presencia.

Me besó, haciéndome retroceder hacia las puertas del ascensor. Sin separar sus labios de los míos, se agachó para levantarme y llevarme sobre el "umbral" hacia su apartamento.

Sonreí contra su boca, apreciando que pudiera cambiar de serio y exigente a juguetón e incluso dulce.

En lugar de bajarme y llevarme hacia el dormitorio, me llevó por todo el espacio. No había nadie aquí. *Estábamos* solos. La parte de la privacidad era real.

En cuanto al concepto de paz, parecía que él no estaba de acuerdo con la relajación absoluta todavía.

Al dejarme en el baño, me hizo sentir la presión de su erección contra mi estómago. No estaba de humor para la paz. Y no parecía estar de humor para relajarse y acomodarse conmigo. Con ese bulto duro presionándome bajo su ropa y el deseo ardiendo en su mirada abrasadora, me estaba dando una señal clara de que estaba interesado en una actividad muy específica.

Una en la que yo siempre querría participar con él. Así era como me atraía, sin importar qué.

Sonreí, estirándome para desabrocharle los pantalones y liberar ese miembro enorme.

—¿Estás sugiriendo que consumemos este matrimonio?

Él se rio, empujando sus caderas hacia mí mientras me dejaba sacar su miembro. Mientras yo me apresuraba, impaciente, él comenzó a quitarme la ropa.

—Ya lo consumamos —me devolvió la broma—. Pero estoy sugiriendo que celebremos este matrimonio. Ahora mismo, *Esposa*.

Quería recordar este momento para siempre. Aunque nos estábamos preparando para tener sexo, otra vez, y era más la conexión física la que monopolizaba nuestra relación, él hablaba como si este no fuera solo un matrimonio de conveniencia.

Besándonos de nuevo, hicimos un torpe intento de quitarnos las prendas. Al final, sin embargo, ambos estábamos desnudos y ansiosos por cada toque y caricia. Estaba claro que sería una experiencia dulce y lenta, pero yo disfrutaba de estas tanto como de las rápidas e intensas.

Entramos juntos a la ducha, donde él abrió el agua. Antes de que pudiéramos mojarnos completamente, el vapor se elevó y nos envolvió.

A diferencia de todos los escondites en los que nos habíamos detenido en las últimas semanas, este baño era un lujo al que podría acostumbrarme. Me había criado con las cosas más finas de la vida, pero nunca las había dado por sentadas. No me había faltado nada. Pero ninguna cantidad de riquezas o posesiones podría haberme importado después de perder a mi padre. Su muerte me cambió. Al perderle, aprendí que ser materialista no tenía sentido. La gente importaba. El amor importaba.

Te quiero, Nik.

Me llevó al banco incorporado en la enorme ducha y se sentó. Mientras me subía a su regazo y me ponía a horcajadas sobre él, me sujetó justo donde me quería, con sus dedos alrededor de mi cuello. La emoción de que me apretara el cuello era algo especial, pero ahora era demasiado tierno y suave en su toque para darme esa sensación de aventura. Sus dedos eran suaves sobre mí, mostrándome que quería atesorarme, no follarme con fuerza.

No podía decirle mis pensamientos. Aún no.

Esto era suficiente. Esto era exactamente lo que necesitaba después de la tensión y el estrés de enfrentarme a dos de sus hermanos. Afirmándome sobre Nik —literalmente, mientras me hundía sobre su miembro y me empalaba hasta que ambos gemimos de placer— me sentí más normal.

Había tanto que resolver sobre nuestro matrimonio. Teníamos mucho que decidir sobre cómo encajaría yo aquí y qué forma

tendríamos más éxito en convencer a toda su familia para que me aceptara. Todavía no habíamos discutido la logística del milagro de nuestro bebé. Y realmente quería encontrar el momento adecuado para hablar con él sobre mi tío y cómo podría lograr el punto final de cierre y vengar la muerte de mi padre matando a mi tío.

Ahora mismo, todo a lo que podíamos prestar atención y lidiar era esto. Su miembro arrastrándose por las sensibles paredes de mi sexo. Sus manos firmes en mis caderas, sus dedos hundiéndose en mi carne mientras me agarraba y me instaba a cabalgarlo tan profundamente como pudiera. Su boca en mis pechos y provocando mis pezones cuando me levantaba para poder atenderlos y acercarme aún más a explotar.

Mientras anhelaba su amor en medio de todo el peligro y la traición que nos rodeaba, agradecía que siempre tuviéramos esta conexión íntima. Esta magia que ocurría cuando ambos estábamos tan cerca de llegar al clímax. Cuando no me importaba o no podía distinguir dónde terminaba yo y dónde comenzaba él. Éramos verdaderamente uno así, no solo marido y mujer, no solo amigos de la infancia que se habían convertido en amantes.

Éramos uno solo. Almas gemelas unidas en el sentido más verdadero del compromiso.

Y mientras llegaba al orgasmo, provocando que él me sostuviera con fuerza y disparara su semen dentro de mí, dejé caer mi cabeza hacia atrás y supe que siempre podría confiar en este hombre para centrarme una y otra vez. Él siempre me sacaría de mi cabeza y me reenfocará en el presente —con él— para que pudiera mirar hacia el futuro y lo que pudiera traer.

Lo bueno y lo malo.

Porque ninguno duraba para siempre.

24

NIKOLAI

En la primera mañana de vuelta a casa, me di la vuelta para besar a Katerina mientras seguía durmiendo.

—Volveré pronto.

Me respondió con un murmullo indiferente que no pude entender e intentó devolverme el beso. En lugar de alcanzar mis labios, frotó adormilada su boca contra mi hombro.

Sonreí, satisfecho de haberla agotado la noche anterior. Su nerviosismo era una vibración negativa palpable que no podía pasar por alto, y si cansarla con sexo la ponía de humor más relajado, consideraría eso un éxito.

Me levanté, sin muchas ganas de dejarla en la cama pero impaciente por cumplir con mi deber. Maxim nos había dicho que nos relajáramos y nos acomodáramos, pero no era una orden fácil de seguir. Para que Katerina se relajara aquí como mi esposa, tenía que presentar mi caso para que mi familia y organización la acogieran. Y esa campaña tenía que empezar ahora, no más tarde.

Para cuando me vestí y bajé las escaleras, ya había pasado el desayuno. Maxim parecía ser más madrugador desde que había sustituido a padre, así que eso no decía mucho.

Los cocineros me sonrieron y se ofrecieron a prepararme algo más, y esperaba con ganas un plato caliente hecho a la carta. Hacía

mucho tiempo que no me concedían algo así.

—No esperaba verte tan pronto —comentó Maxim.

Me senté y me encogí de hombros—. Hay mucho que discutir.

Asintió, echando un vistazo a Damon y Saul mientras entraban en la habitación. Saul me saludó y me tomó un poco el pelo por haberme mantenido oculto tanto tiempo, pero ambos se sentaron y parecía que íbamos a tener nuestra primera reunión ahora.

—¿Te *casaste* con ella? —preguntó Saul cuando Damon se interesó por Katerina.

Esperé para responder hasta que nuestros platos fueron entregados y servidos. Entonces pedí a los cocineros que enviaran bandejas a mi esposa.

Mi *esposa*. Me pregunté cuánto tiempo me llevaría acostumbrarme a poder decir eso.

—¿Te casaste con ella por ese acuerdo? —preguntó Damon, pareciendo confundido y no acusatorio.

Negué con la cabeza—. No. Ni siquiera lo sabía.

Maxim se rio una vez—. Nosotros tampoco. Anastasia lo encontró cuando estaba intentando hacer archivos sobre todas las princesas de la Mafia para mí. Parece que Anton también encontró copias del documento, y se puso en contacto con nosotros.

—Pero Katerina se negó —concluí por él.

—Me alegro mucho de que lo hiciera —dijo Damon—. Si no lo hubiera hecho, nunca habría conocido a Lucy. —Una sonrisa poco habitual cambió su rostro y me alegré de que mi gemelo pudiera estar tan contento así. De todos nosotros, parecía el menos propenso a casarse.

—La abuela debe de estar encantada con esta situación. —Señalé a Damon—. Tú estás casado. —Señalé a Maxim—. Tú estás prometido y con un bebé en camino.

Negó con la cabeza—. Sloane y yo nos casamos.

Sonreí mientras Damon añadía—: Y Lucy está embarazada.

Saul resopló, sacudiendo la cabeza y bromeando—: ¿Qué coño hay en el aire por aquí? Todos estáis casados y esperando hijos.

—Mientras que tú sigues acostándote con toda la ciudad —respondió Damon.

Saul se encogió de hombros, sin tomárselo como un insulto mientras seguía comiendo.

Mientras comían, les puse al día sobre todo lo ocurrido. Mi cautiverio no tenía mucho que describir. Todos habían estado en esa posición antes. Sabían cómo era. Asegurándome de informarles de los detalles importantes, como el hecho de que ninguno de los captores era reconocible, con acentos ambiguos y llevando máscaras, les di un relato tan claro como pude.

Cuando llegué a la parte sobre Hayden, me detuve y expliqué por qué me había hecho tantas ilusiones, que lo que él hablaba parecían pistas que podríamos utilizar en esta investigación para averiguar quién había ordenado envenenar a padre no una, sino dos veces.

Maxim hizo muchas preguntas. Damon y Saul escuchaban con atención, y no me guardé nada.

Después de relatar todo lo que pude sobre mis días en cautividad y cómo me movían constantemente, golpeándome pero nunca hiriéndome tan gravemente como para morir, llegué a Katerina.

—Mientras Anton estaba en Grecia por negocios, ella aprovechó ese tiempo como su última oportunidad para buscar viejas grabaciones de vigilancia que pudieran mostrarle quién mató a su padre. Por eso no quería cumplir con ese acuerdo matrimonial. Anton discutió con ella, intentando obligarla a casarse con nuestra familia para que pudiera ser una espía.

—Irónicamente —arrastró Maxim—, aquí está, como tu esposa.

Lo miré con enfado—. Como mi esposa y la madre de mi hijo. Nada más. No es una espía, Maxim.

—Lo creo —dijo Saul sin levantar la vista de su comida, imperturbable—. Nunca pareció llevarse bien con Anton. No la veo queriendo hacer nada para ayudarle.

—No lo soporta —respondí—. Nunca lo ha hecho, y siempre sospechó que él mató a Thomas.

—¿Lo hizo? —preguntó Damon.

Asentí, grave y solemne con esta noticia—. Copió las grabaciones que muestran a Anton matándolo. Una vez que vio eso, ya estaba decidida. Se iba a marchar, esperando simplemente huir, pero primero quería encontrarme y liberarme.

—Espera. —Maxim entrecerró los ojos—. ¿No quería cumplir con el acuerdo porque quería pruebas sobre la muerte de Thomas? ¿No porque te estuviera buscando?

—Ambas cosas. Pero se centró en ir a todas las propiedades de los Kozlov para buscar las grabaciones ocultas sobre la muerte de Thomas. Y mientras iba a todos esos lugares, también me estaba buscando a mí.

Maxim se reclinó en su asiento y cruzó los brazos para mirarme fijamente. Estaba pensativo y contemplativo, pero no me juzgaba.

—Cada vez que te preguntaba qué pasaba entre Katerina y tú, te mostrabas evasivo y nunca respondías realmente.

No dije nada. Damon suspiró y salió en mi defensa.

—Por supuesto que lo hacía. No podía admitir sus sentimientos por ella, pero era obvio que tenían una conexión especial.

—Siempre fueron cercanos cuando éramos niños también —dijo Saul—. Lo sabes.

Maxim asintió.

—Sí. Cuando éramos niños. Cuando Thomas estaba vivo y era amigo de Padre.

Negué con la cabeza.

—Ah, ¿qué pasa? ¿Anton mata a su padre y eso la convertirá automáticamente en enemiga nuestra? —No podía ser tan estrecho de mente y rápido para asumir.

—Siempre ha sido rebelde con él —dijo Damon—. Recuerdo cómo se distanció de Anton después del funeral de Thomas.

—Estoy de acuerdo. Pero —Maxim me clavó una mirada dura—, como adultos...

—Como adultos, nos jodidamente enamoramos —dije claramente —. O siempre lo habíamos estado, pero una vez que fuimos adultos, no pudimos resistirlo más. No sé cómo explicarlo. —Me puse de pie, necesitaba moverme y caminar—. Nunca fui tras ella. Sí, consultaba con ella porque es una hacker endemoniadamente buena y a menudo me daba información sobre terceros.

—Espera. —Maxim se enderezó—. ¿Es ella la hacker que te ayudó a investigar el envenenamiento de Padre?

—Sí.

—¿Cómo pudiste pedirle a *ella* que investigara eso cuando es la de Anton...

—Nada. Ella nunca fue nada de Anton, hermano. Nunca le fue leal. Nunca. Siempre me fue leal a mí, pero estaba atrapada allí con él.

Bajó la mirada, preocupado pero empezando a parecer que estaba cambiando de opinión sobre todo esto.

—Así que estás intentando decirme que ella no es una enemiga de la familia. —Lo afirmó en lugar de preguntarlo como la cuestión que realmente era.

—No. No estoy intentando decirte nada. Lo estoy declarando por primera y última vez. Nunca ha sido una jodida enemiga del Sindicato Ivanov. Nunca ha sido una enemiga *mía*. Solo una amiga. Una confidente. Una amante. Ahora mi esposa y la madre de mi hijo.

Saul levantó la mano.

—Espera. ¿Cuándo exactamente la dejaste embarazada? Si te secuestraron y te retuvieron durante más de un mes y ella te encontró después y... —Frunció el ceño—. Las cuentas no salen, ¿verdad? —Miró a Damon y Maxim.

—Me acosté con ella antes de que me capturaran. —Metí las manos en los bolsillos—. La noche que me reuní con ella para pedirle que pirateara los sistemas informáticos y viera si podía identificar quién había venido aquí a envenenar a Padre. Una cosa llevó a la otra y... —Me encogí de hombros. No necesitaban que les rellenara los espacios en blanco.

—¿Qué encontró ella? —preguntó Damon.

—Nada. Solo esos contratistas independientes enmascarados. Los mismos que me capturaron y me trasladaron. —Odiaba que no pudiéramos tener un objetivo—. Estoy convencido de que Anton está detrás de todo, tanto de los envenenamientos de Padre como de mi captura. Katerina está de acuerdo en que tiene que estar involucrado, ya que me encontró en propiedad de los Kozlov. Pero oí pequeñas cosas aquí y allá que indican que los Romano también están involucrados. Cuando me casé con Katerina y esos asesinos nos emboscaron, se podían identificar claramente. Tanto Kozlovs

como Romanos habían entrado allí para impedir que se convirtiera en mi esposa.

Damon negó con la cabeza.

—¿Pero por qué? Anton la estaba obligando a venir aquí y casarse con la familia antes con ese acuerdo...

—Porque quería que lo hiciera bajo su control. Para que pudiera ser su espía —respondí.

—Muy bien. Así que eso falló —dijo Saul—. Espera. ¿Qué pasó cuando se dio cuenta de que ella no había obedecido su orden?

—Él acababa de llegar a casa y fue informado. Katerina huyó para evitar que la castigara por desafiarlo y desobedecerlo —expliqué.

—Y ahora está aquí y *no es* una espía. —Damon asintió una vez, como si estuviera conforme con ello.

—No va a espiar. Quiere a Anton muerto. Mató a Dmitri, uno de los favoritos de Anton, cuando intentó violarla. Me ha ayudado a *mí*, no a ningún Kozlov, desde que Anton tomó el control. Por el amor de Dios, mató a un guardia para liberarme. Luego recibió una bala por mí cuando nos emboscaron de nuevo. Esta mujer se arriesgará por mi seguridad. ¿Qué otra prueba necesitarías, hermano? —Miré fijamente a Maxim, esperando que se inmutara ante mi tono cruel y severo—. ¿Qué otra jodida prueba necesitarías para saber que me elige a *mí*? ¿Que será leal a *nosotros*?

No dijo ni una palabra. Observándome atentamente, parecía buscar una respuesta.

—No puedes negar que siempre han sido cercanos —dijo Saul después de un largo momento de silencio—. Cuando éramos niños, adolescentes, incluso adultos. Demonios, en esa boda, fue la única mujer con la que él bailó.

Me sorprendió que hubiera prestado tanta atención a los detalles. Él también había estado bebiendo y divirtiéndose esa noche. Saul a menudo parecía ser el más relajado de todos nosotros, pero bajo la superficie de su personalidad, era observador.

—No me sorprende en absoluto —me dijo con una sonrisa. Levantando su café, lo alzó como un brindis—. Salud, hermano.

—Gracias, Saul. —*Al menos tengo un hermano como apoyo sólido*.

—A mí tampoco me sorprende —admitió Damon—. Pero también estoy sesgado para juzgar o tener una opinión sobre la venida de Katerina aquí después del acuerdo matrimonial ya que me afectó. Pensamos que Lucy *era* Katerina al principio, y después de que nos dimos cuenta de que no lo era, le llevó un tiempo adaptarse aquí.

Agaché la cabeza, exhalando un largo suspiro.

—Entiendo que tendréis sentimientos encontrados. —Mirándolo y soltando una risa áspera, dije—: Pero joder, me alegro de que Katerina no viniera a casarse con uno de vosotros, gilipollas, mientras yo estaba secuestrado.

Damon esbozó una sonrisa irónica.

—Realmente me hizo sentir incómodo. Como él dijo —Damon señaló a Saul—, todos éramos conscientes de lo cercanos que tú y Katerina parecíais a lo largo de los años. Si no cercanos o interesados el uno en el otro, algún tipo de vínculo. Me costó asimilar el hecho de que me casaría con una mujer que *quizás* tú querías, pero alguien —le lanzó una mirada a Maxim— me pidió que lo aceptara por el bien de cumplir con mi deber. Cuando enviamos el mensaje de que tomaríamos a Katerina como novia, pensamos que realmente sería ella y que vendría aquí como espía.

—Y esperaba que obtuvieras información de ella —dijo Maxim—. Pero era Lucy, no Katerina.

—Sin embargo, Katerina está aquí ahora. —Puse mis manos en el borde de la mesa, mirándole directamente a los ojos y con la mayor seriedad posible—. Y si tienes alguna pregunta sobre cualquier cosa, ella será sincera. No estoy intentando venderte la situación ni persuadirte. Pruébala. Pregúntale. No tiene ninguna lealtad hacia Anton. Ha pasado años deseando desafiarlo y está contenta de hacerlo ahora.

—¿Realmente te ha ayudado antes? —preguntó, manteniendo demasiado escepticismo para mi gusto.

—Sí. Es una hacker muy hábil. Puede ser un activo... —Levanté la mano para cortar ese pensamiento—. No. No será un activo. No de esa manera. Es mi esposa. Lleva a mi hijo. Esos son sus roles y

propósitos. Pero si alguna vez quieres su ayuda más adelante, después de que se haya asentado y podamos asegurarnos de que su embarazo va bien, te garantizo que estará deseosa de ayudar.

—No soy una inválida —dijo ella, sorprendiéndome al entrar en el comedor. Vestida con ropa que Sloane le había ofrecido, parecía relajada y renovada, a excepción de los raspones que habíamos conseguido al huir por nuestras vidas. Se acercó para besarme la mejilla y luego tomó asiento—. ¿Con qué necesitáis ayuda? —les preguntó a todos, fijando su mirada en Maxim.

—Necesito ayuda para creer que no estás aquí para espiarnos e informar a Anton —dijo Maxim, sin pensárselo dos veces.

Le hice un gesto obsceno mientras me movía para sentarme junto a Katerina, pero mientras lo hacía, ella me bajó el brazo—. No le debo nada más que odio, Maxim. Anton mató a mi padre —afirmó. Era la primera vez que lo decía sin que las lágrimas amenazaran con salir—. Lo único que quiero ofrecerle a Anton es su sentencia de muerte.

Damon levantó una ceja.

—¿Lo matarías? ¿Lo matarías tú misma?

Ella soltó una risa seca y me lanzó una mirada sarcástica.

—Como si *él* me dejara ahora.

Sonreí.

—Por supuesto que no, *esposa*. —Me incliné para besarla—. Ahora que te tengo en un lugar seguro, no voy a arriesgarme con tu seguridad.

—¿Así que no puedo ir tras él? —preguntó.

—No. —Ante su mirada de decepción, añadí—: Todavía no, y no sin mí.

Apoyando su mano en su vientre aún plano, casi sonrió.

—Lo entiendo. Quiero pensar que ahora es el momento para nuevos comienzos. Nueva vida. Nuevas... familias. —Miró de nuevo a todos mis hermanos—. Pero entiendo que no será un proceso sencillo. —Encarando a Maxim otra vez, no se inmutó ni intentó adularlo. Con actitud profesional y seria, asintió una vez—. Haré lo que sea necesario para ayudarte a confiar en mí. Y lo que quieras que ayude respecto a mi campo de experiencia, solo tienes que

pedirlo. Aunque mi marido parezca propenso a querer revolotear y actuar como si necesitara estar tumbada en una cama ahora, trabajar con mi portátil no es un trabajo agotador. No soy una genio, pero puedo ayudar como quieras.

Maxim se rio.

—¿Nik? ¿Sobreprotector? No. No me lo creo.

Puse los ojos en blanco.

—Te vas a llevar genial con Sloane —dijo Saul con una sonrisa—. Ha estado intentando que Maxim se relaje y no actúe como si ella fuera a dar a luz de repente en cualquier momento durante todo este tiempo.

—No soy tan malo —gruñó Maxim, irritado por ser objeto de humor.

Saul hizo una cara tonta a Katerina, levantando la mano en un intento burlón de esconder su expresión de Maxim.

Este intercambio era bueno. Sus bromas eran agradables. Aunque no era una señal segura de que mi familia se estaba ablandando ante la llegada de "la enemiga" a nuestro hogar, quería pensar que era un primer paso en la dirección correcta.

Por muy difícil que fuera convencer a cada miembro de la organización Ivanov, haría todo lo que estuviera en mi poder para persuadirlos a todos de que abrieran los ojos y se dieran cuenta de que Katerina pertenecía conmigo, con nosotros.

Ella pertenecía aquí, donde sin duda daríamos paso a un nuevo comienzo y una nueva vida.

Siempre y cuando pueda acabar con el pasado.

Tenía razón. No me gustaría dejarla vengar la muerte de su padre. No estaba de humor para dejarla fuera de mi vista o darle un atisbo de permiso para matar a Anton.

Lo haría yo.

Por ella. Él ya estaba en mi lista negra. Era un hombre muerto por cualquier implicación en mi secuestro y los envenenamientos de mi padre. Y si los Romano necesitaban pagar por su parte en esta cruzada para acabar con mi familia, también me encargaría de ellos.

Ahora que podía confiar en que Katerina estaría protegida aquí, un acuerdo que Maxim ya nos había extendido al decirnos que nos

relajáramos y nos asentáramos en casa, estaba impaciente por acabar con los *verdaderos* enemigos que una vez habían amenazado mi vida y la de mis seres queridos.

Porque lo hacía. Viendo a Katerina hablar más con mis hermanos en la mesa del desayuno, suspiré y supe sin duda que eso era lo que sentía. Amor.

Eso era lo que nos había unido durante tanto tiempo.

La amaba.

Y nunca dejaría de defender su lugar aquí, conmigo.

25

KATERINA

Esperaba que venir al edificio de los Ivanov con Nik me daría una sensación de seguridad. Pasaría un tiempo antes de que pudiera sentir que era mi *hogar*. Sin embargo, tras el segundo día en el edificio, me preguntaba cuándo podría ocurrir cualquiera de esas dos cosas.

Desde el momento en que me desperté el primer día allí, fui sometida a un torbellino de actividad. Y no había disminuido al final de la semana.

Cuando salí del apartamento de Nik y fui a buscarlo, no me sorprendió encontrarlo hablando con sus hermanos. Era cercano a ellos, siempre lo había sido y siempre lo sería. Los hermanos Ivanov eran un grupo muy unido. Yo nunca despreciaría esa cercanía. De hecho, envidiaba que siempre se tuvieran los unos a los otros sin importar qué. Como hija única sin primos, me sentí privada de compañía toda mi vida.

Por supuesto que habría corrido a hablar con ellos. Y por supuesto, estarían hablando de mí. No me había quedado en el pasillo mucho tiempo para escuchar a escondidas, pero había oído lo suficiente.

Los Ivanov no confiando en mí en su casa era precisamente el problema que esperaba enfrentar aquí. Este era el argumento que le

había presentado a Nik sobre su plan de matrimonio. No era ningún secreto que se suponía que yo era el enemigo, y no estaba segura de qué haría falta para convencerles de que este estatus de enemiga solo me lo habían dado por mi apellido.

Nada más.

Después de aquel desayuno, no estaba convencida de que Maxim fuera a aceptarme completamente. Siempre había sido más serio que Nik, y como el hermano mayor que ahora estaba a cargo de la organización y la familia mientras Grigory se recuperaba, tenía sentido que Maxim estuviera *más* tenso y serio. Aun así, no podía enfadarme con Maxim. Ahora era el jefe, el líder de los Ivanov, y tenía que hacer lo que creía mejor. No podía culparle por ser un líder, y no había excusa que pudiera dar por el comportamiento de Anton desde que mató a mi padre.

Esa era simplemente la condición de esta situación de mierda.

Damon también parecía dudoso respecto a mí, pero tampoco podía culparlo. Estaba más implicado conmigo —y con Lucy— por aquel acuerdo matrimonial. Odiaba pensar que veía mi presencia aquí como una amenaza para su matrimonio con Lucy. Le había dicho a ella que me pondría en contacto cuando fuera "seguro" divorciarse de su marido, sin siquiera saber con qué hermano se había casado. Claramente, no tenían ningún deseo de separarse. En cambio, parecían verme como una amenaza para su matrimonio y felicidad.

Además, ahora estaba aquí como esposa de Nik. Me dolía que no pudieran superar el engaño que perpetré al enviar a Lucy aquí. No era un buen ejemplo de mi honestidad ni de que se pudiera confiar en mí.

¿Pero no ha salido todo mejor así?

Si no hubiera enviado a Lucy en mi lugar para ese acuerdo matrimonial, Damon y Lucy nunca se habrían conocido ni enamorado.

Si me hubiera negado a cumplir ese acuerdo anticuado entre Grigory y mi padre, no habría estado en casa para encontrar a Nik cuando lo golpearon tan brutalmente.

Paciencia, Kat.

Llevará tiempo.

No los presiones y sé abierta.

Eso parecía más fácil de decir que de hacer cuando me impedían formar parte plenamente de la familia. Todavía no había conocido a Sloane. Anastasia estaba fuera. Y Grigory estaba demasiado temperamental como para que Nik me llevara a verlo. El envenenamiento lo había alterado y su personalidad era ahora volátil, así que quizás mantenerme alejada de Grigory era más por mi seguridad que por la suya.

Además de la incomodidad de intentar encajar, estaba molesta y abrumada con los servicios médicos. Ahora que no estábamos huyendo y tenía acceso a todo lo que Nik tenía, eso incluía una atención médica completa.

Un equipo formado por un médico y una enfermera vino al edificio para mi primera revisión prenatal, pero no estaba de acuerdo con mantener todo en "casa".

Le lancé una sonrisa maliciosa a Nik mientras él permanecía cerca del pie de la cama en una habitación de invitados en la planta principal, mientras yo estaba sentada esperando a que enviaran los resultados del análisis de sangre. El médico —que era amable— y la enfermera —que era muy animada— estaban bien. Pero no estaba contenta con este plan en el que no había tenido voz.

En el momento en que ambos salieron de la habitación, fulminé a Nik con la mirada.

—Lo único que digo es que cuando llegue el momento, preferiría tener este bebé en un hospital.

Él se encogió de hombros.

—Mala suerte.

—No. Mala suerte para *ti* —le corregí. No iba a intimidarme ni controlarme solo porque estuviera acostumbrado a hacerlo—. Puedo aguantar los chequeos y las citas aquí con ellos desplazándose para hacer estas cosas en tu territorio, pero voy a tener este bebé en el hospital.

—Y una mierda lo vas a tener. —Frunció el ceño, viéndome ponerme de pie, y luego negó con la cabeza como si yo fuera una molestia—. No entiendo por qué esto tiene que importar tanto para

empezar. —Metió las manos en los bolsillos, a la defensiva—. La mayoría de las mujeres agradecerían esto. No tener que ir a citas frecuentes. Hacer las cosas según tu horario. Sin salas de espera.

—No es cuestión de comodidad —argumenté cruzándome de brazos.

—Me da igual. —Pasé por su lado y salí furiosa de la habitación —. No voy a tener a este bebé en casa. Si tengo que ir conduciendo yo misma al hospital, lo haré.

Él me siguió furioso, sin permitirme tener la última palabra. No estaba segura de adónde demonios iba, pero alejarme de él parecía la opción más sensata.

—Ni de coña lo harás —discutió—. Para un segundo y piensa en cómo me hace sentir *a mí* esto.

Gruñí, girándome para fulminarlo con la mirada. —¿Cómo te sientes tú? ¿Cómo te sientes *tú*? Te corriste dentro de mí y ahí acabó tu parte. Soy yo quien lleva este bebé. Soy yo quien está embarazada. Soy yo quien va a dar a luz a este niño. Soy *yo*. Mi cuerpo y mi atención médica. ¡Por ahora tú eres un simple espectador!

Se cernió sobre mí, sin ceder ni un centímetro. —No estoy negando eso. Pero detente y piensa en cómo me siento ante la idea de llevarte al mismo jodido lugar donde me secuestraron. Considera por un segundo cómo tengo que lidiar con la preocupación de que te puedan secuestrar en ese mismo aparcamiento. De que me puedan separar de ti otra vez.

Entrecerré los ojos. —Oh, déjate de tonterías. Tuviste tu móvil contigo todo el tiempo que estuviste cautivo. Sí, te secuestraron, pero tú *elegiste* seguir capturado, todo por espiar a quienes conspiraban contra ti.

Apretó los dientes, furioso.

—Y ni se te ocurra sermonearme sobre dejarme salir de esta casa. Estuve contigo mientras huíamos. Te protegí *a ti* —clavé mi dedo en su pecho—, recibí una bala por ti. Maté por ti. Así que ni se te ocurra actuar como si yo fuera una damisela indefensa que no puede manejar esta vida, Nik.

Se alejó un segundo y luego volvió a encararme. —Ahora eres mi esposa. Ya no puedes actuar como si tuvieras que salirte con la tuya solo porque sí.

—¿Quién dice que lo hago?

—¡Yo! Te traigo aquí y te ofrezco la mejor atención —en casa, para tu comodidad— ¿y no puedes estar agradecida por mi protección...

Gruñí, empujándolo con ambas manos. Los guardias se tensaron detrás de él, omnipresentes en segundo plano. —A la mierda tu comodidad, Nik. ¿Cómo piensas protegerme cuando empiece a desangrarme durante el parto? ¿Eh? ¿Vas a montar un quirófano y abastecerlo solo por si acaso? ¿Qué pasará cuando el mejor cirujano luche por mantenerme con vida? ¿Qué harás entonces? ¿Vas a contratar a múltiples especialistas para que vengan aquí y manejen la situación?

Frunció el ceño, retrocediendo. —¿De qué demonios estás hablando?

—Estoy hablando de intentar encontrar un punto intermedio, Nik. Entiendo que soy una "invitada" aquí hasta que consiga la aprobación de todos. Comprendo que los guardias que están justo detrás de ti no están completamente convencidos de que no sea una amenaza y una enemiga solo porque fui una Kozlov, que si me atrevo a hablar y pelear contigo, podrían intentar detenerme.

Él se giró bruscamente para fulminarlos con la mirada.

—Y *estoy* agradecida de que te casaras conmigo y me trajeras aquí para mantener a salvo a este bebé. Pero intenta sacar la cabeza de tu culo y no ser tan dominante por un maldito segundo para darte cuenta de que no tener atención médica estándar en un hospital puede parecerme una sentencia de muerte cuando mi madre murió dándome a luz. Que tener este bebé ya será lo bastante aterrador como para que me sienta mucho más cómoda cerca de los mejores recursos para mantenerme viva.

Agotada tras esa diatriba, solté un último suspiro y me alejé de él hecha una furia.

Que lo asimilara su densa cabeza. Por supuesto que sería protector. Pero también tenía que escucharme a mí.

No llegué muy lejos.

Tras darme la vuelta, me detuve en seco al ver a Lucy y otra mujer de pie junto a ella. La rubia de piernas largas alzó ambas cejas mirándome mientras mi antigua doncella fruncía el ceño.

—¿Qué? —espeté.

Podía culpar a las emociones. Pero había sido capaz de contenerlo todo. La tensión de venir aquí. La ansiedad por querer pertenecer y ser bienvenida. Y luego el miedo de tener que pasar por todos mis cuidados prenatales y el parto en casa en lugar de en un hospital bien equipado con atención cualificada me asustaba como el demonio. Mi paciencia estaba agotada, y odiaba que cada segundo que actuara altanera, obstinada y combativa serían más puntos en contra para que alguien me quisiera aquí.

La rubia sonrió lentamente mientras asentía. —Sí, me cae bien.

Lucy puso los ojos en blanco. —Ahora no, Sloane.

Negué con la cabeza, sintiéndome como un fenómeno puesto en escena. Ahora que había discutido tan acaloradamente con Nik, me sentía justo lo contrario. Estaba cayendo en picado desde ese arrebato y todo lo que quería era volver a la cama y dormir una siesta.

Esconderme.

Nadie me detuvo en el camino de vuelta al apartamento.

Nik tampoco vino conmigo, probablemente se había ido a hablar con sus hermanos otra vez. Tenía mucho que ponerse al día. Pero estando así de ociosa, sin nada que investigar, nada en lo que piratear, mi mente estaba demasiado abierta y libre. Mientras yacía en la cama, me azotaban las preocupaciones sobre Nik esperando que estuviera literalmente encerrada aquí cuando estaría más vulnerable.

Hasta ahora, no me había estresado realmente por el parto. Los recordatorios de que había crecido sin madre parecían pequeños y no amenazantes porque solo estaba al principio de mi embarazo. Ese miedo a tener el mismo destino que mi madre parecía muy lejano. Pero conocer al médico y a la enfermera y someterme a las pruebas y exámenes preliminares lo puso todo en perspectiva.

Si no me hubiera casado con Nik y venido aquí, si hubiera elegido ser madre soltera y estar por mi cuenta en el mundo, no habría sido sometida a esta sensación de estar atrapada. Este concepto de no tener control.

Y no es como si me estuviera perdiendo nada más.

Las lágrimas surcaban mis mejillas mientras yacía en la cama, llorando en silencio.

Porque solo se casó conmigo por el bebé. Solo me trajo aquí para mantener a salvo y cuidar a su *hijo.*

Me limpié la humedad de las mejillas.

No es como si se hubiera casado conmigo por amor.

26

NIKOLAI

Katerina no me estaba engañando.

Sabía que estaba despierta.

Cuando entré en la habitación para llevarla a cenar, estaba quieta en la cama fingiendo descansar y no estar despierta para verme.

En lugar de forzar la situación e insistir en que se levantara y cenara conmigo, la dejé tranquila y me retiré.

Bajé al piso principal, dejando la cena que los cocineros habían preparado para nosotros en nuestro apartamento para que ella la viera por su cuenta. Permitir que pusiera distancia entre nosotros no era fácil. Durante todo el día, mientras me reunía con mis hermanos y asistía a reuniones con los supervisores, ella estuvo en mi mente. Odiaba cómo habíamos discutido, y realmente detestaba la posibilidad de haberla cagado.

No había querido actuar como un capullo autoritario por gusto. La única razón por la que quería traerle atención médica a casa en vez de llevarla a una consulta era para evitar el detonante de volver al lugar donde me habían capturado.

Cuando me secuestraron, estaba solo. Solo tenía que preocuparme por mí mismo. Por aguantar la experiencia con el objetivo de obtener información y proteger a mi familia.

Pero ahora, era su marido.

Pronto sería padre.

Esas dos nuevas etiquetas daban tanto más significado inmediato a mi vida que la idea de ser capturado de nuevo era una pesadilla que quería evitar. No quería someter a mi esposa, o más adelante, a mi hijo, al horror de perderme.

Pero lo había abordado de manera completamente equivocada.

Tomando asiento en la mesa donde Maxim y Sloane se sentaban con Saul, suspiré y evité hacer demasiado contacto visual.

—Ah. ¿Relegado a la caseta del perro? —bromeó Sloane.

Le lancé una mirada.

—¿Sigue enfadada? —adivinó Saul.

—Está fingiendo estar dormida y evitándome —respondí.

—No la culpo —comentó Sloane.

Entrecerré los ojos mirándola mientras todos llenábamos nuestros platos—. Ni siquiera la *conoces*.

—Pero lo que vi antes, y lo que he oído, me gusta —devolvió mi expresión fría con una arrogante de su parte.

—Oh, ¿así que él no está llenándote la cabeza con tonterías sobre que ella es una enemiga de la familia en quien no se puede confiar? —pregunté, señalando a Maxim.

—Lo único con lo que me está llenando es con...

Maxim le dio un codazo y le lanzó una mirada irónica, a lo que ella sonrió con picardía. Mirándome, él se aclaró la garganta—. Sé que es mejor no decirle qué pensar.

—Quizás esa es una lección que necesitas aprender —me aconsejó ella.

—Nunca le he dicho a Katerina qué pensar. Es tan terca, si no más, que tú —le dije.

—Entonces, ¿por qué insistirías tanto en que no fuera a un hospital o consulta para su embarazo o parto? —preguntó.

—Por el amor de Dios, solo está de dos meses. No es como si fuera a tener al bebé mañana. Hay tiempo —argumenté—. No me di cuenta de que era un tema importante para ella.

—¿No sabías que Regina Kozlov murió cuando nació Katerina? —preguntó Maxim.

Le miré con enojo—. En realidad, no lo sabía —y me cabreaba que él supiera ese detalle. Siempre me había enorgullecido de conocer a Katerina mejor que nadie.

—Solo lo supe cuando Padre mencionó algo en el funeral —dijo Maxim—. No creo que sea de conocimiento común.

—Sí —añadió Saul—. Recuerdo que hablamos de Beatrice una vez, después de que, ya sabes, nos traicionara a todos. Katerina nunca quiso hablar mucho de su madre.

—Entonces quizás era un tema difícil para ella —dijo Sloane.

Parecía ser un punto sensible para ella. Solo deseaba haberlo sabido antes.

—Además, no estarás realmente asustado de volver a esa consulta, ¿verdad? —me preguntó Saul—. No te mataría ceder en esto si para ella es tan importante.

Negué con la cabeza, comiendo y deseando tener apetito para algo. Saber que Katerina estaba enfadada conmigo me pesaba—. No. No tengo miedo de ir a un jodido aparcamiento. Y sí, cederé —ya había hecho arreglos para que tuviera todas sus otras citas en la consulta médica. Había planificado con antelación, según la fecha de parto que habíamos recibido hoy, para despejar las otras habitaciones en la planta de maternidad esa semana y así tener más privacidad y seguridad allí. El dinero podía comprar cualquier cosa, y no dudaba en usarlo por ella.

—Bien —concluyó Sloane.

Le sonreí con suficiencia, divertido.

—No me digas que te vas a hacer mejor amiga de ella y meterte en la cabeza que siempre te saldrás con la tuya conmigo —Maxim arqueó una ceja hacia ella.

—¿Es que no puedo hacerme amiga de mi cuñada? —preguntó ella.

Maxim no respondió, concentrándose en su comida. Todavía tenía problemas para confiar plenamente en ella y me preguntaba cuánto más podría soportarlo. Tenía que estar de acuerdo en dar la bienvenida a Katerina a la familia para que todos los hombres y soldados que nos servían se alinearan.

—Porque lo necesita. Lucy parece tener dudas sobre que ella esté aquí —respondió Sloane, como un hecho—. Y estoy impresionada. Por lo que he visto y oído, Katerina es consciente de que será puesta a prueba. No es ciega al hecho de que desconfiarán de ella solo por ser una Kozlov. Y aun así, fue lo bastante valiente como para enfrentarse contigo y mantenerse firme. Tiene agallas. Defiende lo que cree correcto. Y eso es impresionante. Así que, sí —bebió un sorbo de agua y mantuvo la cabeza alta—. Si quiere una amiga, estaré ahí esperándola.

Agradecí la opinión de Sloane. Sería una buena aliada para Katerina, pero dejaría que ellas lo resolvieran. También con Lucy. Dejaría que fuera Katerina quien arreglara las cosas en vez de imponerle nada. Obviamente, había necesitado que me recordaran que a mi esposa no le gusta que la manden o la arrinconen, como había demostrado esta mañana sobre la atención durante su embarazo.

Pero nunca estás sola, Katerina. Nunca.

Me tenía a mí. Tendría a mis hermanos y a mis cuñadas.

Demonios, también puedes quedarte con Joann.

Me dolía que Katerina nunca hubiera tenido amigos aparte de mí. Anton era un paria social hasta tal punto que ella había sido una solitaria. Si traer aquí a su antigua ama de llaves la ayudaría a sentirse menos sola, lo haría posible.

Después de la cena, dejé a Maxim con Sloan y Saul. Una parte de mí quería quedarme y seguir animando a mi hermano mayor a relajarse respecto a que Katerina ahora formara parte de la familia.

En su lugar, fui a visitar a mi padre. No era fácil verlo luchar con su recuperación. Tenía días buenos y días malos. Aunque había mejorado durante el tiempo en que me secuestraron y mantuvieron cautivo, y luego mientras me escondía, todavía no había vuelto a ser el mismo.

Puede que nunca lo sea.

Me saludó y me reconoció cuando entré en su habitación, lo que me levantó el ánimo. Luego, mientras hablaba con él sobre mi captura y otros asuntos de negocios —de todo lo cual ya había sido informado— cambió de tema hacia el matrimonio.

—No tienes que preocuparte por Katerina —dijo.

Alcé las cejas. —¿Preocuparme de qué? —Temía la posibilidad de que le hubiera llegado noticia de nuestra discusión anterior.

—De que te traicione como Beatrice.

Solté una risa irónica. —Me alegra que no estés actuando como si fuera el enemigo.

Suspiró, mirando hacia un lado con expresión ausente. —Hoy no lo hago. Odio cómo mi mente es un desastre. Cómo mis recuerdos pueden ser tan claros un día y estar revueltos al siguiente. —Me miró con solemnidad—. ¿Te han contado Maxim o Damon cómo confundí a Lucy con Katerina?

Asentí. Aquella historia había sido impactante de escuchar, pero dada su complicada recuperación y su estado mental inconsistente, no me sorprendía.

—Nunca me perdonaré por eso —admitió tristemente—. Ha sido tan tranquila, callada y dulce. Es realmente buena para Damon, y estoy tan feliz de que haya encontrado a alguien que lo apoye y esté a su lado.

—Estoy de acuerdo. —Todavía tenía que aprender mucho sobre Lucy, pero solo viendo lo unidos que estaban ella y mi gemelo, sabía que era algo positivo que hubiera venido aquí para casarse con él.

—Pero cuando la vi y pensé que era Katerina, me invadieron recuerdos distorsionados de cuando murió Thomas.

Lo observé, apenado por él al revivir el momento en que había perdido a su amigo. Maxim me confirmó que ya le había comunicado que Anton era responsable de la muerte de Thomas. Ahora que podía ver de primera mano lo alterado que estaba, deseaba haber venido a visitarle más a menudo durante las importantes reuniones que habían ocupado mi vida desde mi regreso.

—Recuerdo que sospechaba mucho de Anton —admitió—. Quería iniciar más investigaciones sobre la muerte de Thomas, pero no era un simple asunto de espiar y obtener respuestas al respecto. Nunca había confiado lo suficiente en él como para querer aliarme con él. Y creo que cuando confundí a Lucy con Katerina aquel día, mi mente estaba tan confusa que pensé que todos los Kozlov debían estar detrás de ello. —Se frotó la cara, pareciendo cien años más viejo—.

¿Y ahora saber que ese hijo de puta lo mató? ¿Tener la prueba de Katerina de que Anton disparó a mi amigo? ¿A su propio hermano?

Mi ira también aumentó. —Ella quiere vengar a su padre.

Gruñó. —Déjala —rugió—. Déjala que apriete el gatillo y mate a ese bastardo.

—No llegará a eso, padre. —Respiré hondo. Maxim me advirtió que no le diera demasiados detalles a padre porque podría ser un riesgo. Todos teníamos que tener cuidado con él. Un día podía estar bien y al siguiente, podía estar mentalmente perdido para nosotros. Pero apostaría a que ya estaba al tanto de los planes que Maxim y yo estábamos tramando con Damon y Saul. Operábamos como un equipo—. No importa cuán involucrado estuviera Anton en mi captura o potencialmente en tus envenenamientos. Ha estado involucrado hasta cierto punto, y acabaremos con él y lo destruiremos de una vez por todas.

Asintió, sin perder esa dura mirada hacia la pared. —Matadlo por matar a Thomas.

—Anton Kozlov estará acabado por muchas razones —respondí—. Sobre todo, padre, su muerte será inminente por el peligro en que puso a Katerina. Se atrevió a poner precio a la cabeza de su sobrina solo porque lo había desafiado.

Con otro gruñido, negó con la cabeza. —Estará furioso de que ahora esté casada contigo. Que haya perdido completamente su control sobre ella. Será un duro golpe para él aceptar que nunca fue su espía, nunca lo sería, y de hecho, estará aquí conspirando contra él con nosotros.

Lo entiendes. ¿Por qué Maxim no puede entenderlo también?

—¿Y qué hay de Dominic Romano? —preguntó padre, demostrando que el hombre calculador y conspirador seguía ahí dentro—. Tiene que estar igual de involucrado. Antes de que yo fuera... —Arrugó el ceño, frotándose la cabeza—. Antes de que me envenenaran, ese era el foco. Investigar a Anton y Dominic por asociarse para derribarnos.

Me levanté, listo para ir a ver a Katerina de nuevo.

—Nadie nos va a derribar, padre. Somos demasiado fuertes. Nos hemos expandido y ahora también contamos con otra generación. —

Alisando la parte delantera de mi chaqueta, correspondí a su sonrisa astuta con una mía—. Si alguna vez se formó una asociación entre los Kozlov y los Romano, será aplastada.

Podía tomar mi palabra en ello.

Porque nunca aceptaría nada que disgustara a mi esposa.

Incluso si yo era la causa de su molestia.

Y por eso planeaba volver con ella y suplicar, si fuera necesario.

27

KATERINA

Al principio, intenté evitar tener que hablar con Nik.

Así de enfadada estaba con él por controlar mi vida, o más bien, por controlar mi embarazo. La masculinidad en este mundo no era nada nuevo para mí. Crecí como una princesa de la Mafia. Sabía cómo funcionaban estas cosas. Los hombres mandaban. Las mujeres eran peones y siempre secundarias para ellos.

Punto final.

Así era como funcionaba todo.

Pero en este asunto, no quería ceder.

Si no estuviera tan tensa por encajar y ser bienvenida, probablemente habría luchado con más inteligencia. Habría contenido mi temperamento y sido paciente. Para mostrarle un argumento frío y sereno para "dejarme salirme con la mía" respecto a mi embarazo.

Pero no lo estaba.

Sentía que me observaban y me juzgaban. Como si todos estuvieran esperando a que metiera la pata y pudieran decir: *ajá, sabía que era una espía o mala persona, después de todo*.

Cuando estaba atrapada viviendo con mi tío, me dejaban en paz la mayor parte del tiempo. Era invisible, sin valor y olvidada como un

objeto que poseer. Así fue como pude hacerme amiga de Lucy al principio. A nadie le habría importado que me hiciera amiga de la criada, o de Joann, o de Malcolm. Así de insignificante era bajo el dominio de mi tío.

Un día a la vez.

Un minuto a la vez.

Me levanté después de otro día sin ver a Nik en absoluto y esperé encontrar un mejor equilibrio en mi vida. Probablemente seguía enfadado conmigo, pero sabía que no me evitaba por la pelea. Él, junto con sus hermanos, estaban ocupados en reuniones. Me había enviado un mensaje de texto diciendo que alguien también había atacado uno de sus clubs.

Era la vida habitual en este círculo de la Mafia.

A pesar de que estaba lejos de mí más de lo que yo quería, no podía seguir encerrada en su apartamento por más tiempo. Salí para almorzar abajo, y me sorprendió encontrarme con la rubia nuevamente.

—Ahí estás.

Miré detrás de mí, suponiendo que se refería a otra persona.

—¿A mí?

Asintió, segura, aunque con un poco de actitud, y extendió su mano para estrechar la mía.

—Soy Sloane.

—Katerina. Encantada de conocerte —le estreché la mano y vi cómo Lucy también entraba en la habitación.

No me había dado cuenta de que me había tensado al ver a mi antigua criada y a alguien que al principio parecía una amiga. Sin embargo, desde aquel primer día aquí, percibí la vibra de que ya no sentía tanta simpatía hacia mí.

—Venga, relájate —dijo Sloane.

Debió de notar cómo mis dedos se tensaban al ver a Lucy y prepararme para una confrontación. Solté su mano y esperé a ver cómo se desarrollaría todo esto. Era horrible sentirme como una intrusa. Nunca pertenecería a este lugar.

—Lucy, afloja un poco. Estás haciendo que Katerina se sienta no deseada.

—¿*Haciendo* que se sienta? —Lucy se burló—. Nadie le dice qué hacer. Ella hace lo que quiere.

Sloane se cruzó de brazos.

—Vale, dejad ya esta mierda, hermana —me sonrió rápidamente —. Hermana. Te juro que nunca me acostumbraré a poder decir eso —luego nos dirigió a ambas miradas severas—. Y no voy a permitir que mis hermanas se peleen.

Levanté las manos en señal de tregua.

—Yo no estoy peleando con nadie.

—Yo tampoco —dijo Lucy, dedicándome una sonrisa fría como si nunca fuera a confiar en mí de nuevo.

—Por el amor de Dios —murmuró Sloane con sequedad, confirmando mi corazonada de que no había nacido como una dama refinada—. Katerina, nadie te va a echar de aquí por mal comportamiento. Deja de andar de puntillas —se volvió hacia Lucy —. Lucy, estás interpretando un papel de chica mala bastante penoso. Simplemente no es quien eres —dio una palmada, fuerte, y luego nos hizo un gesto con las manos para que nos acercáramos—. Así que terminemos con esto ahora. Hay demasiados hombres arrogantes por aquí como para que las mujeres no nos llevemos bien y permanezcamos unidas —chasqueó los dedos y nos señaló a mí y luego a Lucy—. Sacad lo que sea que os moleste para que podamos seguir adelante, ¿eh?

—Yo no tengo ningún rencor —respondí.

—No, yo tampoco —dijo Lucy, abrazándose a sí misma.

Sloane gimió.

—*Venga ya* —mirando a Lucy, entrecerró los ojos—. ¿Cuál es tu problema?

—No tengo ningún problema —respondió con un mohín.

—Te diría que lo siento —dije, sinceramente—. Pero creo que ahora no tiene sentido. Claramente pareces feliz con Damon y contenta de vivir aquí con él. Si me disculpara por pedirte que ocuparas mi lugar en ese acuerdo matrimonial, sería como pedirte que no fueras su esposa y que no vivieras aquí ahora.

Su ceño fruncido se mantuvo en su lugar.

—El hecho de que todo haya salido bien no significa que tengas barra libre por cómo me manipulaste.

—No manipulé nada —protesté—. No te engañé.

—¿Así es como lo ves? —Negó con la cabeza—. Me dijiste que solo tenía que venir aquí y casarme con uno de ellos solo de nombre. Que no tendría que tener relaciones sexuales.

Sloane estalló en carcajadas.

—Ah, joder, Lucy. No es como si no te hubiera gustado —sonrió —. No es como si no estuvieras embarazada y feliz.

—Lo estoy. Ahora. Pero cuando vine aquí, estaba asustada y... —sacudió la cabeza—. Eso ya da igual ahora.

—Exactamente —dijo Sloane—. Todo eso ya es pasado y ahora no importa.

Lucy no cedía. —Me mentiste, Katerina. Me mentiste, y es una cuestión de principios. Me mentiste diciendo que no se esperaría que durmiera con él al principio. Me mentiste sobre que pagarías el cuidado de mi madre. Incumpliste totalmente—

—Eso no es cierto —negué con la cabeza—. Sí realicé un pago. Luego Dmitri, uno de los guardias favoritos de mi tío... —Hizo una mueca—. Sí, él. Recuerdas a Dmitri. Descubrió lo del pago de alguna manera y lo detuvo. Tuve que actuar con cuidado para que no me impidieran hacer nada más o escapar.

—¿Es ese el hombre que mataste? —preguntó Sloane—. ¿El que mataste y por lo que enfureciste a Anton?

Asentí, volviendo a mirar a Lucy. —Lo maté cuando intentó violarme mientras escapaba. Porque ya estaba harta de todos ellos. Tenía la intención de irme y ayudarte, tal como te prometí.

Todavía parecía dolida y escéptica, así que dejé escapar un profundo suspiro y me arriesgué a ser más sincera. No estaba llegando a ella, pero lo intentaría de nuevo. —Lamento que sientas que no puedes confiar en mí, pero no mentí. Cuando te pedí que ocuparas mi lugar, no pensé que esperarían que consumaras nada, solo que te descartarían e intentarían averiguar por qué yo no estaba aquí. Sí pagué el cuidado de tu madre, pero estuvo fuera de mi control que se efectuara. Y lo decía en serio cuando dije que te ayudaría a divorciarte de quien te hubieras casado una vez que

estuviera fuera del control de Anton. Pero ahora veo que pedirte que fingieras ser yo resultó ser lo mejor que te ha pasado en la vida.

Esperé a que se ablandara o me diera alguna indicación de que no iba a guardarme rencor para siempre. Siguió un largo momento de silencio, y odié que esto tardaría más tiempo en resolverse.

—¿Ves? —Sloane rompió el hielo—. No es una supervillana a la que tengas que odiar para siempre. —Me dio una palmada en la espalda—. Y tiene razón. Estás tan enamorada y adicta a Damon que es irritante. Nunca pensé que diría esto sobre Damon, pero vosotros sois *tan* una de esas parejas molestas.

Lucy apartó la mirada, sin responder de una forma u otra durante otro momento. —No es fácil confiar en ti nuevamente —admitió—. Pensé que nos estábamos haciendo amigas, y luego me engañaste y... —Se encogió de hombros.

—¡Dios mío!

Las tres nos volvimos hacia el vestíbulo, viendo a una mujer que entraba con una maleta.

Mi mandíbula cayó, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, quise llorar de alegría. —¡Joann!

Sin pensarlo, corrí hacia ella. Estaba tan asombrada de verla aquí. Estaba en las nubes de finalmente encontrarme con alguien que se alegraba de estar cerca de mí.

Abrió los brazos y me envolvió en un gran abrazo. —Oh, vaya. —Sorbió, cayendo presa de esas mismas lágrimas de felicidad que yo ya no podía contener—. ¡Katerina! ¡Mírate! —Me sostuvo a la distancia de sus brazos, sonriéndome como una madre que examina a su hija. En muchos sentidos, ella era la única madre con la que siempre pude contar. Verla y sentir este pequeño fragmento de amor era todo lo que necesitaba para sentir que había esperanza de que mi corazón sanara.

—No podía creerlo cuando él llamó —dijo, abrazándome de nuevo y meciéndonos de un lado a otro—. Estaba escondida con Malcolm hasta que tuvimos que separarnos.

Me eché hacia atrás, preocupada. —¿Está bien?

—Sí, gracias a ti. Anton envió soldados tras nosotros al primer refugio, pero nos separamos y nos mantuvimos a salvo en los otros.

Exhalé aliviada, orgullosa de mí misma por no haber fallado con ellos. Pero sus palabras se hundieron rápidamente, superando la sorpresa y la alegría de verla. —Espera. ¿Quién llamó? —Me sentí estúpida al preguntar. Si ella estaba aquí y el mayordomo estaba trayendo su maleta, obviamente, esto había sido organizado por alguien con autoridad.

—Nik —respondió Joann con una risa.

Ajá. Él sabía lo mucho que Joann significaba para mí. La había conocido antes, varias veces.

Una pequeña parte de mi corazón se calentó aún más ante su gesto. Tenía que estar compensándome al encontrarla y traerla aquí. Y se lo agradecía.

—Llamó y organizó que me mudara aquí. —Sonrió aún más, sosteniendo mis brazos y mirando mi estómago—. No solo para ser una invitada permanente, sino para ayudarte con el bebé. ¡Oh! —Riendo y saltando de alegría, me abrazó de nuevo—. ¡Un bebé!

Asentí, limpiándome la humedad de los ojos. —Esto significa mucho, Joann. Me alegra que estarás aquí conmigo para esto.

—No estaría en ningún otro lugar del mundo.

—Y espero que, ya sabes... Será diferente de cuando mi madre me tuvo a mí.

Asintió, más seria pero aún feliz. —Por supuesto. Nik me explicó que estarás en el mejor hospital para tu parto. Me ha pedido que ayude a asegurar que estés cómoda en cada paso del camino.

¿Hospital?

Sonreí de nuevo, más ampliamente que antes.

Realmente estaba tratando de hacer las paces. Trajo a Joann aquí. Estaba cediendo para dejarme decidir los detalles de atención médica de mi embarazo y mi parto.

Era casi suficiente para hacerme pensar que podría amarme, después de todo.

—Oh, Lucy —dijo Joann, notándola ahora detrás de mí. Su sonrisa estaba allí, pero inquisitiva—. ¡Te ves tan diferente! Te cortaste el pelo y te lo teñiste. ¡Me gusta!

—Hola, Joann —respondió Lucy tímidamente pero con dulzura, viendo a alguien que parecía haberle caído bien y con quien se había

hecho amiga antes de venir aquí—. Es agradable verte de nuevo.

—Bueno. —Joann era toda sonrisas alegres. Miró a Sloane, a Lucy, luego a mí—. Dejadme instalarme y podremos ponernos al día, chicas.

—Sí, hagámoslo —dijo Sloane antes de presentarse—. Estábamos a punto de almorzar, y me *encantaría* que pudieras lograr que estas dos hagan las paces y vuelvan a ser amigas. —Nos lanzó a mí y luego a Lucy una mirada expectante.

—Esta va a ser la mejor jubilación de la historia —dijo Joann con un suspiro de paz mientras apretaba mi mano.

28

NIKOLAI

Si Katerina quería más distancia de mí, no iba a tener suerte. Con cada minuto que pasaba y esta cuña seguía clavada entre nosotros después de nuestra última discusión, la echaba más de menos.

Darle espacio parecía lo más inteligente.

Ambos podíamos ser temperamentales y obstinados. Su terquedad era lo que siempre me excitaba.

Sin embargo, después de aquella primera noche en que sentí que podría necesitar un respiro de mí y de nuestra discusión, odiaba separarme de ella en absoluto.

Había pasado por mucho. Habíamos estado juntos escondidos, sin descanso. Si un poco de espacio la ayudaba a calmarse, se lo concedería. Una vez que se diera cuenta de que estaba cediendo y adaptándome a sus deseos, no tendría motivos para seguir siendo tan distante y estar enfadada conmigo.

Busqué al antiguo personal de su casa, lo más parecido que había tenido a amigos o familia, y organicé que se mudaran como jubilados. Luego concerté citas en la consulta del médico y en el hospital para que Katerina no se pusiera nerviosa por un parto en casa.

Podía ceder por ella. No era tan inflexible como para hacerla infeliz.

Pero esto ya había durado demasiado.

La echaba de menos.

Y no quería volver a alejarme de ella nunca más.

Aun así, no es que estuviera intentando mantenerme alejado de ella. Ahora que había vuelto, el deber llamaba. Se esperaba que estuviera presente en las reuniones. Se contaba conmigo para ayudar a mis hermanos a manejar más ataques y problemas con nuestros hombres siendo confrontados.

Maxim una vez admitió que sentía como si estuviéramos experimentando la calma antes de la tormenta antes de que padre fuera envenenado. Y habíamos estado viviendo en medio de la tormenta estos últimos meses. Estaba harto de la batalla constante, incluso si se desarrollaba en peleas más pequeñas. Cada ataque contra nuestros negocios, hombres o territorio se acumulaba en un dolor de cabeza mayor.

—Es hora de acabar con la Familia Kozlov —declaró Maxim despiadadamente en esta reunión en el centro de la ciudad.

Me ajusté el nudo de la corbata, nunca había conseguido hacérmelas bien, y asentí. Sí que era jodidamente hora de acabar con ellos.

—¿Pero cómo podemos saber que esto no es una distracción de los Romano? —preguntó Hugo, uno de nuestros mejores supervisores—. ¿Cómo podemos confiar en que todos estos rumores son ciertos?

Negué con la cabeza.

—Ya no importa. Me retuvieron en una propiedad de los Kozlov. Aunque me trasladaron, golpearon y originalmente fui capturado por contratistas externos, Anton Kozlov participó en mi cautiverio al alojarme en una de sus putas celdas.

Saul, sentado a la mesa en una silla junto a Maxim, se inclinó y se frotó la cara.

—Nadie discute contigo en ese punto, Nik. Pero ¿y si nos centramos demasiado en Anton y mientras tanto los Romano atacan con más fuerza en otro lugar?

—Ya hemos estado trabajando con la idea general de que los Kozlov y los Romano han estado operando con una alianza flexible como socios —añadió Damon—. Entiendo lo que dices. Si vamos a por todas para eliminar a Anton y su organización Kozlov, debemos tener cuidado de no ignorar a los Romano mientras tanto.

Hacer frente a dos ataques no era lo ideal, pero podríamos manejarlo. Normalmente, cuando las familias criminales se unían, eran pequeños grupos que se convertían en una coalición mayor. Nunca acababan bien. Se hacían demasiado grandes. Nadie respetaba a un solo líder y las luchas internas lo destruían todo. Esa era en parte la razón por la que siempre habíamos estado aislados y en la cima. Padre nunca quiso un aliado permanente donde el control se convertiría en un punto de conflicto, pero valoraba a los amigos seguros. Como Thomas Kozlov lo fue una vez.

Me mantuve al margen, caminando de un lado a otro mientras dejaba hablar a los demás. Los supervisores y líderes dentro de la organización intervinieron todos. Eran los hombres en la calle, en primera línea. Como solía hacer padre, Maxim se sentó pacientemente y los escuchó a todos. Siempre mostraría su disposición a escuchar y reaccionar, no ser un dictador por el mero hecho de mantener todo el poder sobre el resto de nosotros.

Aun así, los hombres no parecían ponerse de acuerdo.

Si seguiríamos adelante con un plan para aniquilar a los Kozlov y luego vigilar a los Romano.

Si dividiríamos nuestros esfuerzos e intentaríamos acabar con ambos bandos.

O si solo mataríamos a Anton y nos centraríamos en los Romano como grupo.

Una cosa no cambiaría. No lo permitiría.

—Anton Kozlov tiene que morir —afirmé una vez que el clamor y las discusiones se desvanecieron en la gran sala de reuniones.

Lo dije por Katerina. Lo declaré como venganza por mi captura.

—¿Pero tienes pruebas de que él es quien contrató a los mercenarios para capturarte? —preguntó un supervisor.

—¿O estás deseando matarlo solo porque te casaste con su sobrina? —preguntó otro.

—Independientemente de la parte que Anton Kozlov tuviera en mi captura, estuvo detrás en cierta medida y eso es motivo suficiente para mí. —Me erguí, desafiando a cualquiera a rechazar el lugar de Katerina en nuestra familia—. Sobre todo, debe ser eliminado *ahora*, no más tarde, porque ha puesto precio a su cabeza. Ha puesto precio a su cabeza porque ella siempre ha estado de mi lado, del lado de nuestra organización. Quiere verla muerta a pesar de que lleva a mi hijo, uno de la futura generación que liderará esta familia después de nosotros.

Nadie me rebatió en ese punto.

—Por lo que recuerdo de mi cautiverio, parece muy probable que Dominic Romano haya tenido un papel importante en esta operación. Son igualmente culpables de los crímenes contra el Sindicato Ivanov.

Saul asintió.

—Por lo que hemos recopilado de las copias de vigilancia que proporcionó Katerina, parece que se repartieron las tareas. Los Romano probablemente organizaron tu captura y traslado, pero Anton proporcionó los lugares de retención.

Maxim suspiró, añadiendo un gruñido. Claramente estaba exasperado, y conociendo a mi hermano tan bien como lo conocía, podía decir que se estaba impacientando. Como todos nosotros, quería que esta mierda terminara. Asumir una posición de poder era un gran ajuste, pero ni siquiera lo estaba haciendo en tiempos de paz. Tenía que hacer malabarismos con una nueva esposa, la llegada de su hijo y mantener la organización segura y rentable frente a un ataque de dos frentes.

—Esto es igual que antes —murmuró. Mirando a Damon y luego a mí, frunció el ceño—. Éramos más jóvenes entonces, pero cuando nos capturaron y retuvieron...

—Y casi nos disparan —añadió Damon, con gesto adusto—, todo por el romance de Beatrice y su disposición a complacer a su amante haciendo que nos mataran.

Intenté no detenerme en esos recuerdos. Recordar que una mujer pudo haber tenido tanto poder sobre mi destino me helaba la

sangre, y era en gran parte la razón por la que me había costado tanto comprometerme durante tanto tiempo.

—Nadie pudo decir quién nos había secuestrado entonces —nos recordó Maxim—. Nos capturaron como una forma de derribar a la familia. Los hijos del *Pakhan* fueron retenidos y casi asesinados porque los enemigos querían acabar con todos nosotros y destruir a la familia. —Se puso de pie, parecía demasiado inquieto para permanecer sentado mientras desenterraba estos pensamientos—. Esa fue la última vez que alguien trabajó en una campaña interminable para acabar con nosotros. Ahora nos preguntamos a quién dirigir esto. Es un déjà vu.

Me encogí de hombros—. No cambiaré de opinión. Digo que matemos a Anton y nos ocupemos de los Kozlov. Declararé la guerra contra ellos por cualquier parte que hayan jugado contra nosotros. Y si los Romano también estaban metidos en esto, que lo tomen como un mensaje de que serán los siguientes.

La mitad de la sala vitoreó mis comentarios despiadados. Aquellos que no fueron tan vocales en su acuerdo nos seguirían de todos modos.

No culpaba a algunos de los hombres por estar nerviosos por centrarse demasiado en solo la mitad de nuestro problema, pero al mismo tiempo, parecía más temerario no hacer nada por ahora y esperar. No sería factible eliminar a todos los Kozlov y los Romano a la vez.

Saul estaba pensativo, sin embargo. Me di cuenta de que observaba a Maxim, captando cómo nuestro hermano mayor parecía inquieto para elegir una forma u otra, si deberíamos ir tras Anton Kozlov con toda la fuerza del Sindicato Ivanov ahora o esperar.

—Entiendo lo que quieres decir —le dijo Saul a Maxim—. Se siente como antes, cuando os capturaron.

Siempre me había llamado la atención que a él no lo hubieran capturado con nosotros. Solo a tres de nosotros, no a los cuatro hermanos, nos habían secuestrado y casi ejecutado.

—Y es una lástima que no podamos contar con un chivatazo como entonces —dijo.

Alguien había ido a avisar a Padre sobre nuestro asesinato, y así fue como desvió sus esfuerzos para encontrarnos, justo a tiempo.

En esta situación, sin embargo, tenía que sufrir algo de arrepentimiento y culpa. Si hubiera podido surgir alguna pista que nos señalara la dirección correcta, habría venido de mí. Habría sido algo que podría escuchar y compartir por estar entre los enemigos.

Pero eso no duró.

—Por eso me mantuve alejado —les dije a todos—. Me quedé capturado para poder escuchar y recoger una pista como esta, para conocer la identidad de quien ordenó mi captura. Solo había podido saber que existía una conexión entre los hombres que escaparon la noche que envenenaron a nuestro padre y los hombres que me trasladaban. Eso fue suficiente para decirme que quien contrató a los hombres para el envenenamiento tenía que ser la misma persona que había ordenado que me capturaran.

Maxim sonrió con ironía—. ¿Estás tratando de decir que te arrepientes de haber sido salvado?

Le lancé una mirada sarcástica. Aunque parecía estar burlándose de mí, lo tomé como una señal de que podría estar aceptando a Katerina y volviéndose más abierto a que ella formara parte de nuestra familia.

—No —respondí secamente—. No me arrepiento de nada que tenga que ver con Katerina.

En realidad, eso era mentira. Me arrepentía de haberme alejado de ella después de nuestra pelea.

No faltaba mucho para que pudiera volver a casa y reconciliarme con ella. Y cuando lo hiciera, me aseguraría de que entendiera que la amaba demasiado como para permanecer enfadado con ella durante mucho tiempo. Nuestro matrimonio no había comenzado sin tropiezos, pero mientras ella siempre me encontrara a medio camino, duraríamos para siempre.

29

KATERINA

La presencia de Joann ayudó mucho. El simple hecho de tenerla aquí como mediadora me tranquilizaba, y Lucy parecía más dispuesta a escucharme y no estar tan a la defensiva. Aunque Joann se consideraba una invitada, no parecía interesada en instalarse. En lo que a mí respectaba, era simplemente la miembro más reciente de la casa que, junto con Sloane, iba a hacer de su misión ayudarnos a Lucy y a mí a establecer una tregua.

Ahora éramos hermanas, pero nos estábamos tomando nuestro tiempo para actuar como tales.

El almuerzo no acabó siendo tan tenso como temía. Todas hablamos. Y bromeamos. El humor podía parecer oscuro a veces, pero con todo lo que teníamos que afrontar, ayudaba reír siempre que pudiéramos.

Lucy nos contó a Joann y a mí más sobre cómo llegó aquí y se adaptó a ser la esposa de Damon. Pintó la imagen de una mujer que aprendió a amar y confiar, y quedaba claro que ahora era una mujer felizmente casada y embarazada. Sus sonrisas tímidas demostraban lo que realmente sentía por ser la señora Ivanov, una de ellas, al menos.

Con lo que sabía de Damon el Demonio, me sorprendía que una mujer tan dulce, callada y casi dócil como mi antigua doncella

pudiera hacerle feliz. Él siempre había sido tan sombrío e intimidante, demasiado tenso y serio. Supongo que a eso se refieren cuando dicen que los opuestos se atraen.

—¿Eras *stripper*? —preguntó Joann cuando llegó el turno de Sloane de presentarse y contarle a Joann de dónde venía.

Aunque Joann era una mujer mayor y ciertamente más anticuada, no era una puritana.

Sloane asintió. —¡No me digas que no se nota ya! —Exageró una mirada sobre sí misma, sonriendo a su visible barriguita de embarazada. Podía notar que estaba orgullosa de su cuerpo, tan delgado y atlético pero con curvas donde a los hombres les gustan las mujeres.

O quizás también sea por el embarazo.

Al ver su adorable sonrisa hacia su vientre, me pregunté cuándo empezaría a notárseme a mí. No pude evitar sonreír también, emocionada ante la idea de tener barriga y mostrar al mundo que iba a ser madre. Sin hermanos y sin haber tenido madre, y además habiendo perdido a mi padre, me sentía hambrienta de familia. Convertirme en madre significaba muchísimo para mí. Una cosa era sentirme embarazada, pero apostaba a que sería algo completamente distinto cuando *pareciera* embarazada.

—He trabajado demasiado duro como para perder mi cuerpo tan rápido —bromeó Sloane.

—Oh, sigues estando buenísima —dijo Lucy—. Y ya ni siquiera vomitas. —Hizo una mueca.

—¿Son tan malas las náuseas matutinas? —le pregunté.

Parecía una conexión tentativa en la que podía apoyarme para construir estas frágiles amistades. Las tres éramos recién casadas y las tres estábamos embarazadas.

Lucy asintió, pareciendo miserable al respecto. —¿No lo son para ti?

Negué con la cabeza. —Todavía no.

Ella gimió. —Cómo no. Soy la única que las tiene.

Joann ofreció consejos sobre cómo tratar las náuseas matutinas, lo que llevó a ambas a preguntar por sus hijos. Tristemente, compartió su historia de la pérdida de su hijo, algo que mi tío

consideraba "daños colaterales" y algo que yo nunca le había perdonado.

—Los guardias de Anton le dispararon cuando pensaron que estaba allanando —dijo Joann—. Había unos soldados discutiendo y bebiendo y armando jaleo, así que cuando vino a visitarme desde la universidad, reaccionaron y...

Le di unas palmaditas en la mano, odiando a mi tío una vez más. Juré que si pudiera tener la oportunidad de matarlo, querría devolverlo a la vida solo para poder matarlo una y otra vez.

Afortunadamente, pasamos del tema del hijo de Joann. Tanto Lucy como Sloane ofrecieron sus condolencias, pero me alegré de que nadie siguiera hablando de Anton. Mencionar a mi tío de cualquier forma era un riesgo para mí porque sentía que siempre tendría que contrarrestar el prejuicio de ser una Kozlov y automáticamente ser la enemiga. Era un caso de dar un paso adelante y dos hacia atrás, pero no había nada que pudiera hacer excepto ser yo misma y esperar que los demás se dieran cuenta de que no tenía lealtad hacia ese asesino y nunca la tendría.

Mi matrimonio con Nik y mi tiempo aquí en esta casa se sentían como una prueba, y no podía esperar hasta que Anton estuviera muerto y no tuviera que lidiar con él o su "legado" como el enemigo de la familia Ivanov.

Sloane y Lucy se fueron al poco tiempo, dándome la oportunidad de ponerme al día un poco más con Joann. Se sentía bien pasar tiempo con ella, pero en el fondo de mi mente, no podía evitar echar de menos a Nik. Después de pasar tanto tiempo con él durante la huida y sin tener un respiro de él, ahora estaba sufriendo un síndrome de abstinencia.

Desde que supe que había cedido respecto a los detalles de mi atención prenatal y dónde podría dar a luz, quería agradecerle por ser capaz de ceder así. También quería expresarle mi gratitud por traer a Joann aquí y darle a Malcolm un lugar para quedarse y protegerlos de Anton.

Nik tenía corazón. Yo lo sabía.

Pero, ¿podía considerar sus gestos como una señal de que me amaba?

—Katerina —dijo una mujer mientras entraba en el salón donde Joann y yo estábamos poniéndonos al día.

Ambas nos volvimos hacia la recién llegada, y no pude evitar sonreír. No hacía tanto tiempo que había visto a Anastasia. Vi a la abuela de Nik en aquella boda a principios de año, pero verla sonriéndome se sentía bien. Esa prueba de ganarme la confianza y la bienvenida de todos los Ivanov me estaba agotando, pero esta mujer no sería un problema. Anastasia Ivanov era alguien a quien siempre había conocido. Me conocía desde niña. Me observaba desde un segundo plano. Cuando venía aquí a jugar o de visita mientras mi padre se reunía con Grigory, ella me entretenía y parecía tenerme mucho cariño.

Tenía su aprobación antes.

Y resultaba tan reconfortante darme cuenta de que aún me aprobaba ahora.

—No puedo creerlo —admitió con una ligera risa, negando con la cabeza mientras cruzaba la habitación hacia mí—. Cuando Maxim mencionó en esa llamada que Nik había vuelto a casa y se había casado... —Dejó escapar un suspiro dramático mientras seguía pareciendo tan regia y correcta como siempre.

Cerré los ojos mientras la abrazaba, casi conmovida hasta las lágrimas por tener a otra mujer de mi lado.

Joann sonrió desde un lado y retrocedió, también complacida.

—Las dejaré a solas —dijo.

La detuve para presentarle a Anastasia, y me alegró que a pesar de las diferencias entre ellas —una viuda matriarca de la mafia y una antigua ama de llaves— no fuera prejuiciosa.

Anastasia y yo nos sentamos y ella sonrió de nuevo.

—Simplemente no podía creerlo. Había deseado ver a todos esos hermanos al menos en proceso de establecerse este año, y ahora mira esto. ¡Tres casados y todas vosotras embarazadas!

—Es toda una expansión familiar —asentí.

—Espero no haberme perdido demasiado —dijo—. Estuve fuera unos días en un evento con la esposa del gobernador. Eso es lo habitual, pero si me perdí también tu boda... —Inclinó las cejas y me lanzó una mirada severa.

—Ah. Sobre eso.

Ella gimió ligeramente.

—¿Tú tampoco tuviste una?

Levanté las cejas.

—¿Sloane y Lucy no la tuvieron?

Apretó los labios.

—Bueno. Maxim y Sloane celebraron una rápidamente. Y luego Damon y Lucy... —Hizo una mueca—. Fue más bien algo contractual, donde pensábamos que *tú* ibas a aparecer.

Asentí y supe que tendría que explicar todo esto de nuevo. Ella fue paciente y atenta mientras le daba mis razones por las que envié a Lucy en mi lugar. Admití mi pena y mis remordimientos por haberlos engañado a todos, pero luego le conté lo demás que estaba ocurriendo.

Mi búsqueda de la verdad sobre la muerte de mi padre. Buscando a Nik y salvándolo. Descubriendo que estaba embarazada. Era mucho, y me llevó una hora ponerla al día sobre todo.

—No tienes que disculparte conmigo —Negó con la cabeza—. Cuando Lucy apareció, supuse que tenías un plan. Tenías una razón para mantenerte alejada. —Dándome una palmadita en la mano, suavizó su expresión—. Siento que tuvieras que ver la verdad sobre la muerte de Thomas. No debió ser fácil.

—No lo fue —admití—. Todavía no es fácil. Siempre lo echaré de menos. Era toda la familia que tenía.

—Ya no —respondió con una suave sonrisa—. Ahora tienes a Nik, pero si me preguntas, siempre lo has tenido. ¡Además, un bebé en camino!

—Agradezco la bienvenida —le dije—. Espero que todos aquí me crean cuando digo que no soy una amenaza ni una espía.

—Se convencerán —dijo.

—¿Incluso Maxim? —Arqueé las cejas. Su opinión era la que más importaba como líder de todos ellos. Hasta que no me aceptara en la familia, me sentiría como una intrusa.

—Incluso Maxim —confirmó—. Tiene mucho que manejar ahora mismo. Ten paciencia.

Estaba haciendo mi mejor esfuerzo y me negaba a estropearlo.

—Tres nietas —Suspiró de nuevo, muy feliz—. Recuerdo cuando nacieron los chicos. Uno tras otro, todos varones. Tenía muchas esperanzas de tener una nieta, pero no estaba destinado a ser. —Inclinándose hacia mí con una sonrisa cómplice, dijo—: Esperemos que uno de estos bebés también sea una dulce y encantadora niña a la que mimar y consentir.

Sonreí, imaginando tener niños y niñas. Tantos hijos como pudiera.

—También recuerdo cómo fue cuando Beatrice se casó con Grigory. Cuánta esperanza tenía en ella. —Negando con la cabeza tristemente, me mostró su disgusto por esa mujer.

—Yo también la recuerdo.

—¿De verdad? —Alzó las cejas—. No eras tan joven, pero es como si nadie la recordara. Claro, nadie quiere recordarla aquí. Su memoria es una mancha en las mentes de esos hermanos.

—Sí, la recuerdo —respondí. No solo la recordaba, sino también cómo solía seguirla cuando podía. Me había fascinado, observando a una madre, y había desarrollado un hábito de espiar. Empezó como curiosidad. Se convirtió en intriga, y fue esa curiosidad la que había salvado la vida de Nik.

Nunca había hablado de ello con nadie, de ese acto que debería haber evitado que Maxim o cualquier otro Ivanov dudara de dónde estaban mis lealtades.

Ahora, si lo mencionara, nadie me creería.

Un guardia entró en la habitación, informando a Anastasia que la necesitaban en otro lugar, y nos despedimos. Después de decirme que pronto volveríamos a hablar, abandonó la sala de estar.

Demasiado llena de pensamientos y ahora viejos recuerdos, me senté de nuevo para reflexionar sobre ellos y meditar sobre qué más podría hacer hasta que Nik regresara a casa. Entendía que era un hombre ocupado. Tendría mucho que recuperar después de estar ausente. Pero lo echaba de menos.

—Hay pocas cosas que pueda afirmar recordar con confianza estos días —dijo un hombre desde la puerta—, pero contrariamente a lo que ella dijo, sí recuerdo a mi esposa.

Me giré, poniéndome de pie para ver a Grigory entrando en la sala.

—Hola, señor.

—Oh, nada de eso ahora. —Sonrió, con la misma sonrisa que solía tener para mí cuando era más joven—. Nunca me has llamado *señor* en tu vida.

Sonreí, observándolo entrar en la habitación con la ayuda de un bastón.

—Ahora somos familia —dijo antes de abrazarme.

Después de enterarme de que había ordenado a los guardias llevar a Lucy a las mazmorras porque pensó que era yo, y que yo debía ser una enemiga, me disgustaba sentirme tan cautelosa con él. Y como se trataba de Grigory Ivanov, notó mi rigidez mientras le devolvía el abrazo.

—Estás a salvo... de mí. —Se sentó con un suspiro—. No voy a mentir y decir que soy el mismo anciano que recordarás.

—Parece que ha sido una recuperación difícil —admití—. Lo siento.

—Ha sido dura. Tengo mis días buenos y mis días malos. Estoy feliz de que este sea uno de los buenos. Me siento más como yo mismo más a menudo ahora. —Agudizando su mirada sobre mí, perdió ese tono más jovial y casual—. Estoy especialmente contento de que hoy sea un buen día y mis recuerdos estén cooperando. Te escuché hablar con mi madre hace un momento, y recuerdo cuando solías seguir a Beatrice.

Asentí, preguntándome si lo recordaría todo.

—La seguías tanto que fuiste tú quien me dio la primera idea inocentemente soltada de que me estaba engañando.

Hice una mueca, recordando con demasiada claridad cómo había mencionado haber visto a Beatrice besando a otros hombres en eventos. Se lo había contado a Grigory, siendo una niña muy pequeña que aún no se daba cuenta de la importancia de lo que estaba delatando.

—Y continuaste siguiéndola, tanto que fuiste *tú* quien pudo darme la pista sobre dónde estaban retenidos mis hijos.

Tragué saliva y asentí de nuevo.

—¿Sabe Nik que fuiste tú quien me dio la pista que salvó sus vidas?

Negué con la cabeza.

—No. Nunca encontré un buen momento para decírselo y odiaba recordarle la experiencia después.

Gruñó.

—Y supondré por mis recientes conversaciones con Maxim que tampoco se lo has contado a él. Que no le has dicho a nadie más que a mí que tenías esa información para compartir.

De nuevo, asentí.

Puso los ojos en blanco, sorprendiéndome.

—Entonces no va a ser muy difícil hacerlos callar sobre no confiar en ti, ¿verdad?

Casi sonreí. —Si tú lo dices. Yo pensaba que salvar a Nik y protegerlo de que le dispararan ya había demostrado mi lealtad, pero supongo que no fue suficiente.

Me dio unas palmaditas en la rodilla. —No te preocupes. Cuestionarán si sé de lo que estoy hablando, pero me aseguraré de dejarles las cosas claras. Si aún no has sido oficialmente bienvenida a esta familia, entonces tendré el honor de hacerlo ahora. —Me levantó la mano y la besó, como todo un caballero—. Y ahora que hemos podido tener esta conversación, quiero agradecerte, desde el fondo de mi corazón, por salvar a Maxim y a Damon en aquel entonces. Por salvar a Nik entonces y nuevamente ahora.

Esperé a que se levantara completamente antes de extender los brazos para abrazarle. Con su bendición, con su capacidad para recordar mi lealtad a los Ivanov antes de que Anton llegara al poder, finalmente tenía una esperanza en la que podía confiar, que quizás realmente podría pertenecer a estas personas que supuestamente debían ser mis terribles enemigos.

30

NIKOLAI

Llegué a casa y encontré a Katerina recién salida de la ducha. Acababa de vestirse, si la humedad del camisón de seda que se adhería a su piel era algún indicio.

En cuanto entré en la habitación, ella hizo una pausa mientras se cepillaba el pelo y me miró directamente.

Por primera vez en varios días, estábamos solos y ambos despiertos.

Juntos de nuevo.

—Empezaba a preguntarme si te habías mudado sin molestarte en decírmelo.

Suspiré, tomando su comentario mordaz como una broma y no como algo serio. Dejando escapar un leve gemido mientras me acercaba a ella, dije: —No. Estaba atrapado en otra reunión más.

—Tienes mucho que recuperar, después de estar fuera más de un mes.

Al llegar a ella, inmediatamente la atraje contra mí. Cuando sus brazos me rodearon automáticamente, me sentí bien de nuevo. —Y ahora tengo más cosas que recuperar contigo.

Ella puso los ojos en blanco y empezó a apartar la mirada, pero le sujeté la barbilla e incliné su rostro hacia el mío para poder besarla.

Una vez más.

Y otra más.

Con cada roce de mis labios sobre su boca suave y dulce, ella se derretía cada vez más contra mí. Dejándose caer y respirando tan suavemente, prácticamente se acurrucó en mí apoyándose en mí para mantenerse en pie. No quería dejarla muda y atrapada en la espiral intensa de perseguir un orgasmo conmigo... al menos no todavía.

Antes de que pudiera gemir y llevar esto directamente a la cama, donde sin duda acabaría, rompí el beso y miré fijamente sus ojos azules. Deslumbrantemente brillantes con su inteligencia, ingenio y paciencia, sus ojos me cautivaban como siempre lo hacían. Como contaba con que lo hicieran el resto de mi vida. Nunca me cansaría de ella. Era incapaz de seguir enfadado con ella.

—Lo siento —dije. Directo, al grano y honesto. Era la única forma que tenía de hablarle.

—Yo también lo siento —respondió.

Alcé las cejas. —¿De qué tienes que disculparte tú?

—Por estar enfadada contigo. —Se encogió de hombros.

Me reí una vez y la besé con más fuerza. —Tenías todo el derecho a estar enfadada conmigo por tomar el control de esa manera.

—Nik, soy yo. Sé cómo funciona esto. Se espera que tomes el control.

—No es así como funcionamos *nosotros*. Somos compañeros, Katerina. Siempre hemos sido un dúo. Un equipo.

Su lenta sonrisa me reconfortó el alma.

—Si hubiera conocido los detalles sobre tu madre y que ella murió incluso *con* atención médica adecuada, nunca habría asumido o decidido o...

Ella puso las yemas de sus dedos sobre mi boca. —Te perdono. Y después de que discutiéramos, me di cuenta de que quizás no sabías que mi madre murió durante mi nacimiento.

Cogí su mano y besé sus dedos, bajando hacia su muñeca, con la intención de continuar aún más lejos. Después de esta pequeña

distancia entre nosotros, quería devorarla por completo. Quería besar cada centímetro de ella y adorarla.

—Solo sabía que ella no estaba, no el porqué ni el cómo. Y lo siento, Katerina, siento que nunca la tuvieras.

Ella tomó una respiración profunda.

—Y quiero que sepas que, por mucho que podamos discutir, siempre me tendrás a mí, a esta familia que hemos creado. A toda mi familia. Todos estamos aquí para ti.

Frunció el ceño. —¿Ha hablado Grigory contigo?

—¿Eh? —Negué con la cabeza—. No. ¿Por qué?

—Por nada.

—Mentira. Eso fue demasiado aleatorio para que no tuvieras una razón.

Se encogió de hombros ligeramente.

—¿Hablaste con él? —pregunté, esperando que me explicara.

—Sí.

No pude evitar tensarme. —¿Tú sola?

Asintió, poniendo sus manos en mi pecho y frotando ligeramente. —Sí. Pero había guardias cerca. Y él estaba lúcido.

—Así que... ¿no intentó hacerte daño o que te llevaran o...?

—No. Me recordaba. Me reconoció. Y me recordaba de cuando era niña.

Asentí, curioso y sospechando que había algo más en esta mención de mi padre. Pero con ella tocándome —incluso de manera no sexual con sus manos en mis pectorales— quería dirigir esto hacia algo más.

—Te he echado de menos —admití mientras bajaba mis manos a sus costados—. Apenas podía concentrarme en esas reuniones.

Ella sonrió lentamente, desabotonándome la camisa mientras bajaba la mirada. —Es diferente estar separada de ti cuando estuvimos tan cerca y juntos cuando nos escondíamos.

La besé, levantando su rostro hacia el mío otra vez mientras arrugaba la suave y fina tela de su camisón. Moviéndonos lenta y perezosamente, como si ambos quisiéramos atesorar la sensación táctil de desnudarnos, trabajamos para eliminar todas las capas entre nosotros.

—Yo también te he echado de menos —admitió—. Pero no quería interferir y acapararte.

—Me has acaparado de todas formas —respondí entre besos, arrojando su camisón a un lado—. Siempre estás en mi mente, Katerina. Si no te has dado cuenta, estoy obsesionado.

Ella rio suavemente mientras finalmente empujaba mis pantalones hacia abajo. Manteniendo nuestros labios unidos, salí de ellos y me quité la camisa que ella había empujado sobre mis hombros. La tela se aferraba a mis muñecas, y me la sacudí mientras la guiaba hacia la cama.

—¿Obsesionado conmigo? —me provocó mientras se recostaba, deslizándose lentamente sin miedo a mostrarse ante mí.

Y lo vi todo. Su piel suave, todavía plana sobre su vientre. Sus brazos y piernas esbeltos mientras se acomodaba en el colchón para hacerme espacio. Esos labios rosados de su sexo brillantes por su excitación, y sus pechos. Gemí ante la visión de ellos, balanceándose y rebotando mientras se movía. Siempre me han gustado los pechos, y los suyos eran obras de arte.

Ella notó cómo la miraba, devorándola con los ojos. Los acunó mientras se apoyaba sobre sus codos, frotó sus pezones endurecidos con los pulgares y sonrió, tentándome a acercarme.

—Juro que ahora son más grandes —murmuré, siguiéndola sobre la cama antes de inclinarme para atrapar uno de sus pezones entre mis labios.

Arqueó la espalda, empujando su pecho hacia mí. Mientras colocaba una mano en la parte posterior de mi cabeza para mantenerme lamiendo y chupando justo donde ella quería, bajó la otra mano para acariciar mi miembro.

Me froté contra su mano mientras la acariciaba con los dedos, preparando ese coño para llenarlo.

Pronto.

Demasiado pronto.

Después de no estar con ella por más de un día, estaba impaciente por tenerla y hundirme profundamente en su interior. Quería que esto durara, que fuera lento y tranquilo, pero no podía elegir. La próxima vez, iríamos más despacio.

Porque ahora mismo, mientras el deseo me recorría y hacía que mi polla se pusiera más y más dura, sabía que no podía contenerme. La paciencia era una broma a estas alturas, pero aparté mi boca de su pecho, dejando ambos húmedos por mi lengua, y me dirigí más abajo.

—Estoy obsesionado con poder llamarte mi esposa —le dije, besando mi camino a lo largo de su costillar.

—Estoy obsesionado con la idea de nuestro hijo —añadí, besando su vientre.

Ella jadeó mientras me miraba, tan excitada y necesitada de mí que parecía estar a dos segundos de suplicarme que me la follara.

—Y estoy obsesionado con observarte cuando te toco. —Posicionado entre sus piernas, la miré mientras extendía mi lengua hasta que la punta rozó su sexo.

—Oh, joder, Nik. Yo también. No puedo tener suficiente de esto. De ti.

Sin dejar de mirarla, cerré mi boca sobre ella y le di más de lo que quería. Lamiendo, chupando e incluso mordisqueando, no me detuve hasta que casi se corría en mi lengua. Empujaba contra mi cara, ansiosa por llegar, pero me detuve.

—Te daré todo lo que quieras, Katerina. Lo que desees. Todo lo que necesites, te lo daré —prometí.

Ella asintió, haciendo una mueca por la urgencia de obtener alivio. Podía notar que estaba muy tensa, y me sentía como un dios en la tierra por ser quien podía complacerla así.

—Te quiero a ti —logró decir entre respiraciones jadeantes.

—¿Quieres mi boca sobre ti mientras follo tu dulce coño con mi lengua?

Gimoteó, asintiendo más.

Continué provocándola, excitándola, pero cuando comenzó a correrse, gritando fuertemente, me incorporé y me preparé para empujar mi polla dentro de ella.

—¿Quieres mi verga llenándote?

—¡Sí! —Lo gritó, en parte como palabra y en parte como un sonido estrangulado mientras seguía corriéndose.

Coloqué mi glande en su entrada empapada y luego embestí hasta el fondo. Como siempre, me envolvió perfectamente. Ajustándose a mí perfectamente, como si hubiera sido creada y puesta en este mundo solo para mí, me succionaba y me apretaba. No duraría mucho. La deseaba demasiado.

—¿Quieres mi amor, esposa?

Abrió los ojos, azules resplandecientes y llenos de esa conexión que nunca quería perder.

—Porque lo tienes —dije mientras la penetraba, deleitándome con las sensaciones de su sexo que aún se contraía—. Te he amado toda mi vida. Y no pienso dejar de hacerlo nunca.

Sollozó, encontrándose conmigo en el medio mientras me hundía en ella una vez más y me corría intensamente.

—Te quiero, Nik —exclamó—. Te quie... —Perdió la capacidad de repetirlo, respirando agitadamente mientras se corría de nuevo, conmigo esta vez.

Mi corazón estaba pleno. Ella me había reconstruido con esa declaración que nunca antes habíamos compartido.

Me derrumbé sobre ella, cayendo encima mientras terminaba mi orgasmo y derramaba mi semen tan profundo dentro de ella. Sin aliento por cómo finalmente habíamos declarado nuestro amor el uno al otro, me cernía sobre ella y rodé para no aplastarla con mi peso.

Una vez que estuvo encima de mí, extendida sobre mí y recuperando el aliento, la abracé y cerré los ojos para deleitarme en la perfección de reunirme con mi esposa.

Con mi mujer.

La que había amado durante tanto tiempo que se había convertido en mi segunda naturaleza.

Ella era a quien protegería y amaría hasta mi último aliento, y haría todo lo que estuviera en mi poder para demostrárselo cada día. Incluso si eso significaba matar a su tío por ella, solo para mantenerla a salvo.

31

KATERINA

Me desperté con la sensación de que una nube se elevaba de mi cuerpo.

Escuchar a Nik decirme que me amaba me cambió. Por muy cursi que sonara, esa simple declaración de amor transformó lo que compartíamos.

Suspiré, incapaz de contener esta pura alegría que me llenaba. No estaba atascada ni preocupada. Por primera vez en mi vida, realmente me sentía esperanzada y optimista.

—No es posible que hayas dormido lo suficiente para sonar tan feliz y animada —Nik se dio la vuelta, abrazándome tan fuerte que me maniobró para que me tumbara encima de él. En ningún momento abrió los ojos. Los mantenía firmemente cerrados, con ese mechón rebelde de pelo castaño cayendo sobre su frente, lucía sexy y adorable, tan adormilado.

No pude evitar reírme suavemente mientras me acurrucaba contra su pecho cálido y firme.

—¿Cómo es que estás despierta después de todas las formas en que te mantuve en vela anoche? —preguntó, acariciándome la espalda con su gran mano.

—Simplemente estoy de buen humor.

—Ya lo veo. Ese fue un épico suspiro de satisfacción.

—Bueno, tú me satisfaces.

Me miró con un ojo abierto. —Mi objetivo es complacer.

Inclinándome para besarle, me deleité en la libertad de poder hacerlo y saber que era un acto de amor, no solo algo que nos llevaría a más sexo.

—Muy bien. ¿Qué te pasa? Te estás comportando de manera extraña.

Volví a reírme. —Solo estoy feliz. Has dicho que me quieres.

Levantó un brazo para apoyarlo detrás de su cabeza, manteniendo la otra mano en mi espalda para sostenerme cerca. —Te quiero. Siempre te he querido —Frunció el ceño—. ¿Por qué actúas como si eso fuera un descubrimiento raro y nuevo?

—Nunca me lo habías dicho antes —No podía dejar de sonreír—. Quiero decir, yo tampoco te lo había dicho. Había esperado, soñado y fantaseado, pero nunca nos lo habíamos dicho realmente el uno al otro.

Aunque parecía pensativo y sumido en sus pensamientos, no parecía molesto por lo que estaba señalando. Tampoco parecía feliz. Solo confundido. —Pero ¿cómo podías no saberlo? —Se rio ahora, como si fuera una idea tonta—. Nos casamos. Tuvimos sexo. Siempre hemos sido... nosotros.

—En retrospectiva, sí. No debería haber sacado conclusiones precipitadas y preocuparme pensando que no me querías.

—¿Qué? —Se incorporó más, ayudándome a moverme para que siguiera tumbada sobre él pero más hacia un lado—. ¿Qué conclusiones?

—Cuando te dije que estaba embarazada y me propusiste matrimonio, lo planteaste como si quisieras casarte conmigo por el bebé.

—Así fue.

—Que *solo* querías casarte conmigo por el bebé, no porque me amaras.

Dejando escapar un largo suspiro, me miró como si le hubiera herido con mis palabras. —Katerina...

—Lo sé. Como he dicho, dejé que se me metiera en la cabeza. Seguías diciendo que todo era por el bebé, para traerlo aquí donde

podría estar protegido detrás de esta fortaleza y estar a salvo y...

—Los dos —me corrigió, señalando lo obvio.

—Sí. Pero míralo desde mi perspectiva. Huí de mi "familia". Me enteré de que mi pariente mató a mi padre. No tenía a nadie. Me buscaban por desafiarle y no tenía ningún lugar seguro adonde ir. Esos primeros días cuando nos escondíamos juntos, tenía muchas esperanzas de poder tener un futuro y un lugar contigo. Seguía esperando y deseando que salieras y dijeras: oye, quédate conmigo, por favor.

—Y ahí estaba yo, hablando sin parar sobre la necesidad de averiguar quién ordenó mi captura.

Asentí, pero le cogí el rostro entre mis manos y le besé suavemente. —Sí. No te culpo. Entiendo tu necesidad de proteger y obtener respuestas. Por eso comprendo que estarás ausente en reuniones y trabajando en ese mismo asunto ahora que estás en casa y tienes más recursos.

—No me di cuenta de que buscabas una dirección conmigo.

Tuve que sonreír ante su expresión avergonzada. —No es como si no supiera ya cómo eres. Tú y tus hermanos nunca habéis sido el tipo de hombres que salen exclusivamente o muestran algún interés en comprometerse con una mujer.

—Eso no es una excusa —argumentó.

—No. No lo es, pero sé con lo que trato cuando se trata de ti. Por eso puedo suspirar así. Por eso estoy tan feliz. Puede que te parezca poco, pero siento que mi vida destrozada puede empezar de nuevo como algo nuevo ahora. No *solo* te importa nuestro hijo. Me quieres a mí.

—Si eso significa tanto para ti, te lo diré cada minuto —Me dio un beso largo y fuerte—. Pensaba que podía demostrártelo, no decírtelo, pero si te hace feliz...

—*Tú* me haces feliz. Y con el tiempo, los demás se acercarán y me acogerán aquí también.

—¿Sí? ¿Cómo te va con Lucy y Sloane?

—Bien. Lucy está trabajando en ello, pero Sloane es genial. Que Joann esté aquí ayuda... gracias por eso, por cierto. Y también hablé

con Anastasia. Me están ayudando a tener esperanza de que algún día seré completamente aceptada.

Me besó de nuevo, acurrucándose. —Oye, anoche mencionaste a mi padre. Dijiste que hablaste con él y me preguntaste si yo lo había hecho.

Asentí, trazando con el dedo el vello áspero de su pecho. —Sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué preguntaste si había hablado con él?

—Porque me preguntaba si él te habría contado algo sobre lo que hablé con él.

Negó con la cabeza.

—Oh —Me puse el pelo detrás de la oreja—. Em, bueno, recordó algo específico sobre mí. De cuando os secuestraron a ti y a tus hermanos.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo frunciendo el ceño—. Con el daño que ha sufrido por el veneno, no puedes fiarte de su memoria.

—Lo entiendo. Pero esto es algo que *yo* también recuerdo. Que pocas personas saben. Recordó cómo solía sentir tanta curiosidad por Beatrice. Cuando era pequeña, me fascinaba. Era una madre. Y yo no tenía una, así que sentía curiosidad por cómo era ella, cómo eran las madres.

Él gruñó.

—Oh, así que recuerdas lo fría e indiferente que era con nosotros.

Asentí.

—Sí. Lo recuerdo, y creo que esa era parte de la razón por la que me fascinaba tanto. Tenía curiosidad por saber por qué no sería una madre cariñosa como lo era mi padre conmigo. La seguía a todas partes, la observaba, y probablemente rozaba más la entrometida, pero yo era tan invisible que nunca se dio cuenta. La seguía tanto que la vi besando a otros hombres. Fui la primera en delatarla con Grigory, simplemente soltándole un comentario sobre eso un día.

—Te garantizo que él ya lo sabía o lo sospechaba.

—Probablemente. Pero cuando os secuestraron a los tres hermanos y nadie sabía dónde estabais, yo seguía observándola.

Seguía teniendo curiosidad, y acabé escuchando lo suficiente de lo que les decía a otros como para averiguar dónde podríais estar retenidos. Así que se lo dije a Grigory, y él pudo localizaros a tiempo.

Me miró fijamente durante un largo momento.

—Yo fui quien le dio la pista a Grigory para encontraros.

Sonriendo tristemente, se inclinó para besarme larga y profundamente.

—¿Tú?

Asentí.

—Entonces me has salvado la vida dos veces.

—No sabía que estábamos llevando la cuenta.

Negó con la cabeza.

—Eres... increíble. Le diste el soplo para que pudiéramos ser rescatados.

—Sí. Ni siquiera se lo dije a mi padre. Fui directamente a Grigory, preocupada por vosotros. Pero debió contárselo a mi padre porque recuerdo que me dijo que estaba orgulloso de mí y también me advirtió que nunca se lo contara a nadie. Parecía preocupado de que me convirtiera en un objetivo. Como una chivata, supongo.

—¿Así que solo lo sabían tú, mi padre y el tuyo?

—Sí. Mi padre me dijo específicamente que no se lo contara tampoco a Anton. Él nunca lo supo. Mi padre se llevó ese secreto a la tumba, y tu padre confesó que le volvió el recuerdo.

—Me ocultaste este secreto —me acusó suavemente—. ¿Cómo es posible que nunca me lo hayas contado?

—Porque fue hace mucho tiempo. Porque no habría cambiado nada. Os encontraron y os salvaron. Grigory claramente se ocupó de Beatrice. Y ahí acabó todo. No escuché nada sobre quién pudo haberlo organizado, solo dónde estabais.

—Pero si Maxim y los demás lo supieran...

—No serían tan rápidos en asumir que soy una enemiga, ¿verdad? —Sonreí astutamente—. Eso ha estado en mi mente, pero dudaba que alguien me creyera ahora. Sin embargo, con Grigory diciéndolo, quizás eso fortalezca mi caso.

—Es una mierda que alguien dude de tu disposición a ayudarnos en primer lugar —dijo con ironía—. Después de todo lo que has

hecho...

—Y haría más. Lo que sea necesario para ser realmente parte de esta familia, Nik. Sé que la forma en que manejé ese acuerdo matrimonial despertó sospechas sobre mí, pero... —Me encogí de hombros. No me arrepentía de la decisión que había tomado.

—Lo sé, Katerina. Lo sé. —Me besó en la frente—. Pero pronto, no habrá razón para que nadie se preocupe de que estés informando a Anton como espía.

—¿Por qué? —La esperanza ardió con más fuerza ante el primer pensamiento que me vino a la mente.

—Porque estará muerto. —Frunció el ceño—. Sin tu contribución —me advirtió.

Tuve que suspirar por esa decepción. Solo me parecía justo poder matarlo yo misma después de todo lo que había hecho para destruir mi vida e intentar sabotear mi futuro.

—Hemos estado discutiendo cómo eliminarlo, para acabar con todos ellos.

Asentí, insensible ante el hecho de que estaba describiendo el asesinato de personas con las que una vez compartí un apellido.

—No te estoy diciendo que no puedas formar parte de esta operación porque quiera controlarte —dijo suave pero seriamente—, sino porque no puedo vivir sabiendo que tú y nuestro hijo estáis tan cerca del peligro físico. Si puedes vivir con que lo mate por ti...

—No. —Puse mi mano en su mejilla de nuevo—. Lo entiendo. Y esa es una forma más de saber que realmente me amas y sabes quién soy. Quiero estar allí para ver ese acto realizado, pero respeto que quieras mantenerme a salvo. —Lo besé—. Me doy cuenta de que no puedo ayudar.

—No de esa manera. No te mentiré dándote falsas esperanzas de que puedes ser quien lo mate, pero no rechazaría tu oferta de ayuda de cualquier otra forma.

Me animé.

—¿De verdad? ¿Cómo?

Se rio, levantándose de la cama conmigo.

—Podrías hackear la vigilancia y ayudarnos a obtener una mejor visión de lo que está haciendo Anton.

Resoplé, empezando a vestirme con él.

—Podría intentarlo, pero no funcionará. He estado tratando de acceder a todas las bases de datos y sistemas de cámaras de los Kozlov durante varios días y no está sucediendo. O se ha vuelto más astuto respecto a los hackeos o los Romano le advirtieron que fuera más cuidadoso. No puedo acceder a mucho, ni en los programas Kozlov ni Romano. Pero prepararé lo que pueda para que vuestro equipo observe.

Y eso fue exactamente lo que hicimos. No me era posible luchar directamente contra mi tío, pero haría todo lo posible para equipar a la fuerza Ivanov con toda la información que pudieran utilizar. Los apoyaría como quisieran, a pesar de las limitaciones de los cortafuegos y los nuevos bloqueos que me mantenían fuera.

Solo tomó una hora en la sala de seguridad mostrar al equipo Ivanov qué hacer y cómo usar mis atajos. Aunque nada parecía estar cambiando u ofreciendo algún acceso, me sentía bien haciendo *algo*.

Cerca del mediodía, Nik me llevó aparte para besarme.

—Te quiero —susurró en mi oído.

—Yo también te quiero —respondí feliz. Nunca me cansaría de esa frase. Era un sueño haciéndose realidad.

No, todavía no es un sueño. Mientras Anton viva, una pesadilla acecha demasiado cerca para estar tranquila.

—Necesito ir con Damon un rato y ocuparme de algo.

Asentí.

—Y yo necesito empezar a planificar la habitación del bebé con Joann y Lucy.

Sonrió, contento de que estuviera progresando para encajar. No podía estar segura de que encajaría, pero daría los pasos necesarios e intentaría hacerlo lo mejor posible.

Después de separarnos, me dirigí hacia la planta principal donde Lucy y Sloane parecían estar esperándome. Joann llegó un momento después, sonriendo y tan entusiasmada que resultaba contagioso.

—Ya he tratado con algunos aspectos de planificación —dijo Sloane—, así que pensé que podría ofrecerte algunos consejos.

—Gracias. Aceptaré toda la ayuda que pueda conseguir.

Sonrió, pero no fue una sonrisa completa. —Desafortunadamente, no puedo quitarme este maldito dolor de cabeza. ¿Te molestaría si me relajo y simplemente os escucho?

No nos importó, y Joann se preocupó por asegurarse de que estuviera cómoda. En poco tiempo, Sloane se puso los auriculares y se quedó dormida mientras Lucy y yo navegábamos en mi portátil. Joann también encajaba perfectamente, ofreciendo sus sugerencias y elogiando a Lucy por lo que dijo que quería elegir.

Antes de que pudiéramos cerrar una tienda, un cuadro de diálogo parpadeó en la pantalla.

El mensaje estaba en código.

Joann y Lucy no se dieron cuenta.

Pero como acababa de estar en la sala de seguridad esta mañana y había visto una automatización similar que provocaba este cuadro de diálogo, sabía exactamente lo que significaba.

Joder. Me invadió el temor. Justo cuando las cosas parecían mejorar, algo como esto tenía que suceder y recordarme que la vida no era justa.

—Al suelo —ordené inmediatamente. No lo grité, pero las instruí.

Ese cuadro señalaba una violación de seguridad. Alguien había irrumpido por las puertas más cercanas a esta habitación, y no podía estar segura de que los guardias nos protegerían a todas.

Lucy frunció el ceño, mirando alrededor, pero Joann actuó más rápido. Extendió su brazo para proteger a Lucy justo antes de que estallara la primera ronda de disparos. No fue ruidosa, y el hecho de que estuvieran usando silenciadores me inquietaba. Eso significaba que habían venido sigilosamente y planeaban salir del mismo modo.

—¡Abajo! —ordené, empujando a Joann y Lucy juntas—. ¡Proteged a Sloane!

No iba a quedarme quieta. No podía hablar por Sloane. Parecía tener instinto callejero, pero eso no me decía nada sobre si podía manejar un arma. Yo había sido entrenada. Nik me ayudó a perfeccionar mi puntería y disparo. Mientras viviera y respirara, defendería a mi familia. Quisieran aceptarme o no, los veía como mi familia.

Mientras los dos guardias en el pasillo recibían disparos y caían, me agaché en una carrera baja para alcanzar a uno y coger su arma. En el segundo que agarré una y me puse de pie, giré rápidamente para apuntar en la dirección por donde entraban los intrusos.

No esperé. No dudé. Disparé y derribé al asesino de los Kozlov antes de que pudiera dar otro paso.

Otro apareció tan repentinamente que entré en pánico. Al verlo saltar sobre el sofá y apuntar su arma hacia Lucy y Joann, disparé y me apresuré a interceptarlo.

Nik estaría furioso porque estaba actuando tan temerariamente, pero tendría que quererme lo suficiente como para perdonarme por este incidente. Nadie podía culparme por defenderme. Era cuestión de matar o morir, y maldita sea si otro de los hombres de mi tío intentaba arruinar mi vida.

El asesino de los Kozlov aterrizó sobre la alfombra mientras Joann y Lucy se acurrucaban en el suelo. Se sentó, echándose hacia atrás por mi golpe, pero cuando salté sobre el sofá para tener una puntería más directa, me deslicé frente a las mujeres y le disparé entre los ojos.

Solo entonces Sloane despertó. Cuando el hombre cayó hacia atrás, muerto, y su hombro rozó contra su muslo, ella se movió y se sentó. Ese contacto la despertó justo cuando más Ivanovs entraban en tropel a la habitación y tomaban el control.

—¿Qué demonios...? —Sloane abrió los ojos de par en par y observó la escena con pura confusión.

Sin embargo, en lugar de mirar al hombre muerto en la alfombra, se centró en mí con una mirada de alarma.

—Katerina —dijo, levantándose y acercándose a mí con pánico—. Estás sangrando.

Fruncí el ceño, negando con la cabeza. No me habían disparado. Lo habría notado.

—Siéntate —insistió, con la mirada fija en la parte inferior de mi cuerpo.

Bajé la mirada y sentí que mi corazón se hundía con pavor y miedo otra vez.

Estaba sangrando. No por un disparo, sino entre las piernas.

32

NIKOLAI

Paseaba de un lado a otro fuera de la habitación del hospital, tan furioso que no podía pensar con claridad. No veía nada, demasiado centrado en fijar mi mirada en el suelo. La visión de túnel podía matar. Estar distraído y no vigilar mi entorno era un suicidio.

Pero tenía a mis hermanos aquí. Guardias y hombres de los Ivanov. Esta vez no estaba solo protegiendo a Katerina. Cuando recibieron el aviso de que alguien había entrado por la fuerza, los hombres del edificio estuvieron ahí para hacerse cargo. Seguían allí ocupándose de retirar los cuerpos de los asesinos de los Kozlov que Anton había enviado para matar a mi mujer y a mi hijo.

—No ha perdido al bebé —dijo Saul, probablemente intentando ser útil en lugar de molesto. Siempre había sido el que peor llevaba los silencios incómodos.

No me detuve, siguiendo mi paseo mientras hervía de rabia porque ella hubiera estado cerca del peligro otra vez. No le miré, sin querer hacer caso a su comentario conciliador.

—No lo hagas —le advirtió Maxim con un movimiento de cabeza desde donde estaba apoyado contra la pared fuera de la habitación de Katerina.

—No estaba seguro de si había oído a la doctora cuando dijo que... —empezó Saul, para luego rendirse y suspirar.

—Lo ha oído —dijo Maxim—. Todos lo hemos oído.

Escuchar a la doctora decirme que Katerina no había sufrido un aborto me tranquilizó, pero ese toque de ira y miedo mezclados me seguía consumiendo.

Sloane salió de la habitación y caminó hacia nosotros, reunidos en el pasillo. Maxim se acercó a ella de inmediato, sin parecer confiar ni en esta distancia entre ellos a pesar de los dos guardias que la flanqueaban.

Después de que alguien se atreviera a entrar por la fuerza e intentara hacer daño a nuestras mujeres, todos estábamos nerviosos y tensos.

—Estará bien, Nik —me dijo.

Como la doctora había estado tan nerviosa con todos nosotros aquí y se mostraba más tímida conmigo mientras examinaban a Katerina, Sloane había sugerido que esperásemos aquí fuera.

Quizás era una cosa de mujeres, echar a los hombres. Pero yo amaba demasiado a Katerina como para discutir con ella sobre esto. No quería perderla de vista después de que me informaran de que estaba sangrando. Pero con una mirada tranquila por su parte, supe que necesitaba espacio. Pude ver que no me estaba apartando, sino solo siendo considerada con la doctora y la enfermera en la habitación.

—Solo te pidió que salieras porque pensó que estabas demasiado encima y asustando a las enfermeras y la doctora —Sloane arqueó las cejas.

Apreté los dientes —Soy consciente.

—Pero está bien —repitió—. Solo fue un susto, aunque después de un incidente aterrador —lanzó una mirada severa a Maxim y a Damon—. Solo. Fue. Un. Susto —repitió de manera intencionada, categórica y firme con énfasis. Por lo que mis hermanos me contaron sobre lo que pasó mientras yo no estaba, parecía que habían reaccionado exageradamente cuando pensaron que Sloane tenía un pequeño sangrado.

—No ha perdido el bebé. Todas las pruebas son normales —añadió—. El bebé está sano y no sufre ningún tipo de angustia.

Joder. Odiaba que estuviéramos aquí en absoluto. —*Yo* estoy angustiado —admití francamente.

—No lo estés —dijeron Maxim y ella al unísono.

Les lancé una mirada furiosa a ambos.

—Los hombres vinieron en cuestión de segundos tras la intrusión —dijo mi hermano.

—Solo les llevó dos segundos matar a nuestros guardias apostados en esa habitación —repliqué.

—Y Katerina tenía la situación bajo control hasta que llegó la caballería —dijo Sloane—. No es nueva en esto. Reaccionó mucho más rápido de lo que yo habría hecho. Y sabía qué hacer —miró a Maxim—. Envidio eso. En cuanto nazca este bebé, quiero aprender a disparar. No puedo depender de que Katerina sea mi guardaespaldas así.

—Ella debería tener su propio guardaespaldas —gruñí.

No. Yo sería su guardián.

Pero hasta que ejecutáramos el plan para acabar con la familia Kozlov, no podría estar con ella en todo momento. Ni podría contar con que se mantuviera encerrada para siempre, ni siquiera para las citas médicas.

No falta mucho ahora. Teníamos nuestros planes preparados. Por eso no estábamos en casa. Mis hermanos y yo habíamos estado ultimando los detalles finales para incendiar un almacén donde estaría la mayoría de los cabecillas de los Kozlov esta noche.

La puerta de la habitación de Katerina se abrió de nuevo y Joann salió. Me hizo un gesto con la cabeza, grave pero tranquila. —Dice que no quiere que montes una escena aquí fuera y que entres.

No esperé, me precipité a coger la mano de mi esposa y me coloqué junto a la cama. Estar cerca de ella me devolvió el alma. Ver que parecía estar bien me ayudó a calmarme. Sentir sus dedos envueltos en los míos también me reconfortó.

Estaba viva. No le había fallado. Anton no lo había conseguido.

Y nunca lo conseguiría.

—Señor Ivanov —me saludó la doctora mientras tecleaba en un ordenador conectado a un escáner. Cuando mis hermanos entraron, alzó las cejas y dijo—: Eh, por tres, supongo.

Maxim y Damon retrocedieron, pero no es que mis hermanos pudieran pasar nunca desapercibidos.

La doctora nos puso al día sobre las pruebas y exploraciones que se habían hecho. Sloane no estaba hablando por hablar. Katerina realmente estaba bien. La sangre era solo un pequeño sangrado y Katerina y nuestro bebé estaban realmente bien.

—Quizá podría contar con participar en menos actividades extenuantes durante un tiempo —añadió la doctora como último consejo antes de abandonar la habitación.

En cuanto se fue, Katerina me apretó los dedos. —Nada de pánico ahora.

Apreté los dientes, odiando lo fuera de control que me sentía. —No estoy entrando en pánico.

—Entonces baja ese enfado —dijo.

Me mordí la lengua.

—No puedes pedirle que no esté enfadado —dijo Maxim—. Yo estoy igual de enfadado. Nadie debería haber llegado tan lejos.

Katerina asintió en señal de acuerdo mientras se incorporaba más. —Si puedo conseguir mi portátil, puedo ver dónde-

—No —negué con la cabeza—. No vas a hacer nada.

Frunció el ceño, lanzándome una mirada fulminante. —Bien. Entonces no haré nada. Pero no te atrevas a enfadarte conmigo por defenderme a mí misma. Y a los demás.

Me incliné para juntar mi frente con la suya. —No lo estoy. No puedo enfadarme por el hecho de que seas valiente, inteligente y observadora. Me encanta que seas tan fuerte. Pero odio que tengas que serlo.

—Entonces haz que no tenga que serlo —respondió ella—. Mátalo, por mí. Acaba con él. Acaba con todos los hombres de mi tío para que no sean una amenaza cuando empiece el resto de mi vida contigo.

La besé, cerrando los ojos y saboreando lo bien que nos entendíamos.

—Esta noche —dijo Maxim—. Ocurrirá esta noche.

La espera para que dieran el alta a Katerina fue larga. En lugar de amontonarnos en la habitación, mis hermanos salieron.

A solas con Katerina, me senté en la cama y le cogí la mano, saboreando el milagro de que estuviera viva.

—No puedes tratarme como ellos tratan a Sloane y Lucy —dijo con suavidad—. No soy una extraña.

La miré, perdiéndome en su serena mirada azul.

—No soy nueva en esta vida, Nik. Aprendí a usar un arma contigo y con mi padre. He matado antes, y volveré a matar si tengo que hacerlo.

Exhalé un largo suspiro, sabiendo que hablaba en serio. En ella, había encontrado a mi igual, mi reina, mi cómplice. Tenía razón, pero no me gustaba. —Mi trabajo es protegerte.

—Y lo has hecho. Lo harás. Tengo fe en eso —se incorporó para besarme—. Y por eso, a pesar de estar molesta por quedar excluida del asesinato de mi tío esta noche, me preocuparé por ti mientras lo haces. Ten cuidado, ¿vale? Vuelve a casa conmigo.

Enmarqué su rostro entre mis manos y la besé profundamente, grabando esta tregua en mi memoria.

—Lo haré. Te lo prometo.

No podía esperar para eliminar al menos a uno de los principales enemigos que desafiaban a mi familia.

Y sentiría una satisfacción suprema al matar al hombre que se había atrevido a poner precio a la cabeza de mi mujer.

33

KATERINA

En lugar de volver al edificio tras recibir el alta, Nik organizó mi estancia en otra residencia de los Ivanov. Aunque casi parecía que estaba perdiendo la seguridad y estabilidad de estar "en casa" con mi marido, sabía que esto no era volver a la vida como fugitiva.

Tenía un lugar.

Estaba segura.

Sin embargo, me molestaba que me trasladaran a otra casa hasta que terminara la operación de esta noche.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Anastasia mientras se acomodaba en el salón conmigo. Me había acompañado para que no estuviera sola. Joann también estaba conmigo, trajinando en la cocina y preparando una cena ligera para las tres. No tenía apetito, pero no podía decirle que parara. Le daba algo que hacer, y sabía que estaba alterada después de la amenaza a la que me había enfrentado hoy.

—¿Nerviosa por qué, exactamente? —le pregunté.

En lugar de estar con Lucy o Sloane, que podrían simpatizar más fácilmente conmigo como hermanas que estaban embarazadas y se enfrentaron hoy al mismo miedo a la muerte, agradecía que Anastasia estuviera aquí. No era ingenua. Estaba acostumbrada al

peligro constante. Podía ser más yo misma con ella como otra mujer de la Mafia.

—¿Por el bebé? —dije antes de que pudiera responder. Negué con la cabeza—. No. Confío en los médicos. Y no es como si hubiera tenido un inicio tranquilo de embarazo. —Debería haberme molestado haber matado a varios hombres estando embarazada. ¿No era un oxímoron traer una nueva vida al mundo al mismo tiempo que acababa con otras? ¿No era esa una forma retorcida de jugar a ser Dios, determinando el destino de otros en ambas direcciones?

—Por... —Hizo una mueca y apartó la mirada.

—¿Por Nik y sus hermanos liderando una operación para acabar con mi familia? —Negué con la cabeza, habiendo asumido ya este hecho—. No.

—¿Ningún sentimiento respecto a la aniquilación total de tu familia... antigua familia? —preguntó. No era entrometida ni desagradable al respecto, y no podía culparla por preguntar.

—Anastasia, mis sentimientos sobre la "familia" cambiaron drásticamente cuando murió mi padre. He luchado durante años para superar esa pérdida. —Señalando en dirección a la cocina de esta residencia más pequeña, dije—: Joann fue lo más parecido a una familia que tuve. Luego, cuando contrataron a Lucy, casi parecía la primera amiga real que tendría. Nunca he estado unida a mi tío. Antes de la muerte de mi padre, no confiaba en Anton ni tenía motivos para que me cayera bien.

—Hablé con Grigory —dijo—. Me contó que fuiste tú quien le dio el soplo para que pudiera encontrar a los hermanos cuando se los llevaron.

Asentí. —Mi padre me aconsejó que nunca le dijera a Anton que yo avisé a Grigory, y nunca lo hice. Desde que encontré la prueba de que Anton mató a mi padre, cualquier vínculo que tuviera con el apellido Kozlov dejó de importar. Se deshizo de todos los hombres leales a mi padre. Trajo nuevos reclutas que solo le serían leales a él, no a la memoria de mi padre. Borró todos los rasgos de la familia que una vez conocí. Así que dime, ¿qué se supone que debo sentir por lo que ya he perdido?

No apartó la mirada, observándome con atención. Respeto. Eso era lo que me mostraba con esa mirada. Afecto y solemne respeto.

Sin necesidad de hablar más sobre ello, me recosté e intenté no pensar en que Nik pudiera resultar herido. Por mucho que intentara calmarlo antes de que se fuera, para asegurarme de que tuviera la cabeza fría y actuara con lógica, no con emoción, era consciente de lo alterado y enfurecido que estaba. Después de verme en el hospital con un pequeño sangrado, estaba cegado por la ira. Antes de que sus hermanos salieran de mi habitación, habían discutido las órdenes que darían a las fuerzas de los Ivanov para aniquilar a todos los Kozlov en ese almacén.

No se concedería ninguna clemencia.

No se tomarían prisioneros.

Se habían desviado del guion para hablar de los Romano, planeando ir a por ellos después. Damon se fue a comprobar cómo estaba Lucy en casa en lugar de quedarse, y se llevó a Sloane con él, pero Saul, Maxim y Nik usaron mi habitación de hospital como lugar de reunión para hablar sobre qué harían con cualquier hombre de los Romano si estaban en ese almacén esta noche. Saul quería mantenerlos con vida para interrogarlos, pero Maxim y Nik estaban más en la línea de matarlos a todos como mensaje para Dominic Romano, si él mismo no estaba allí.

Se derramaría sangre.

Y eso no me molestaba.

Lo único que me disgustaría sería que Nik volviera con la noticia de que mi tío no estaba muerto.

Durante toda la noche, Sloane me envió mensajes. Anastasia y Joann hablaron y se conocieron mejor. Compartimos nombres de bebés y ambas me contaron sus historias de embarazo y parto.

Aun así, esperé noticias de Nik.

Finalmente supe de él cuando llegó.

No llamó ni envió un mensaje.

Simplemente apareció con una expresión seria en su rostro habitualmente divertido, entrando en la habitación sin previo aviso.

Me puse de pie y fui hacia él, con los brazos abiertos para un abrazo. —¿Cómo...? —Me aclaré la garganta. Demasiadas emociones

se agolpaban allí. Aunque no estaba disgustada por esto y me negaba a aceptar el concepto de duelo en lo que respectaba a mi tío, era un tema difícil. Las palabras me fallaron, pero Nik no necesitaba que le preguntara nada.

—Está hecho.

—¿Está...? —Me aparté para mirarlo a la cara—. ¿Anton...?

Por favor, por favor dime que está muerto. Por favor dime que no tengo que volver a verlo ni saber de él nunca más.

Negó con la cabeza. —Todavía tenemos equipos registrando y buscando. Comprobaremos cada cuerpo, pero uno de los soldados de Saul dijo que escuchó a un Kozlov hablar de que Anton se mantendría alejado esta noche. Lo estamos investigando. Tenemos hombres en ello.

Cerré la boca tan bruscamente que mis dientes chocaron.

La médica me dijo que evitara la actividad extenuante, y apuesto a que también me aconsejaría mantener mi presión arterial bajo control. Estar cabreada porque mi tío hubiera sobrevivido o escapado a este ataque no ayudaría en ese aspecto.

Mientras la ira fluía por mis venas, acelerando mi corazón y enmarañando mis pensamientos, me aferré a su mano e intenté tener fe en que él tenía razón. El Sindicato Ivanov lo encontraría.

Y entonces, lo eliminarían.

Deseaba la muerte de Anton más que cualquier otra cosa, pero tendría que aprender una lección de paciencia.

—No se escapará —dijo Nik, sujetando mi mano con fuerza y apretando mis dedos en señal de confianza.

Levanté la barbilla, decidida a mantener una actitud valiente al respecto.

Ya me tocaba recibir una lección de paciencia... y una lección sobre confiar en que mi marido cumpliría esa promesa.

34

NIKOLAI

Contaba con que Katerina estaría disgustada.

Había estado tan obsesionada con hacer pagar a Anton por matar a su padre que parecía adicta a la idea de que esta noche lo matarían.

Así que cuando los hombres empezaron a darme indicaciones más claras de que el cadáver de Anton no estaba entre los otros Kozlov en el almacén que volamos y luego quemamos, supe que ella no se contentaría.

La violencia era un elemento importante en nuestras vidas, pero ella no era una mujer sedienta de sangre por capricho. Por tener un corazón tan grande y ser una persona buena y cariñosa, decepcionarla de esa manera dolía aún más.

Después de decirle que Anton podría haber escapado o evitado estar allí esta noche a pesar de que nuestras fuentes indicaban que estaría presente, Anastasia, Joann y yo intentamos distraerla y consolarla en esta residencia.

Parecía imperativo reubicarla después del ataque a nuestro edificio. Maxim había trasladado a Sloane a un apartamento de respaldo y Damon se había llevado a Lucy a otra casa de invitados. Separar a las mujeres y tener más soldados con ellas era una forma

de asegurarnos de que estarían a salvo mientras atacábamos a los Kozlov.

Y funcionó. Nadie intentó irrumpir ni acercarse a ellas.

Aun así, deseaba que estuviéramos en casa donde podría consolar mejor a Katerina y asegurarme de que estuviera lo más relajada posible. Por muchas veces que insistiera en que estaba bien y tomándose esta noticia con calma, yo me preocupaba.

Mi abuela también.

Acababa de acompañar a Katerina a la cama, esperando hasta que cerrara los ojos y descansara. Joann se retiró a otra habitación de invitados. Pero cuando salí para comprobar de nuevo la situación con los guardias de turno, vi a mi abuela todavía sentada en el salón.

—¿Está descansando? —preguntó.

Me senté a su lado y asentí.

—Por fin.

—No le has fallado —dijo, captando mi estado de ánimo.

—No lo haré —prometí—. Le debo demasiado como para fallarle.

—Hmm. —Asintió—. Supongo que eso significa que te contó que fue ella quien avisó a tu padre cuando secuestraron a tus hermanos.

—Lo hizo. ¿Te lo contó a ti?

Negó con la cabeza.

—Fue Grigory. Y creo que también planea hablar con Maxim sobre ello. —Moviéndose un poco como si fuera a levantarse para ir a la otra habitación de invitados, me dio una palmadita en la rodilla y me miró a los ojos—. Dale tiempo y espacio, Nikolai. Ha desertado de su familia porque ya no era la familia que Thomas una vez representó. Ha perdido mucho, y depende de nosotros asegurarnos de que pueda contar con nosotros. Pero también es consciente de los desafíos que enfrenta para encajar con nosotros. Puede que haya sido una Kozlov de nombre, pero en su corazón, siempre ha sido tu Katerina.

Asentí, levantándome para abrazarla antes de despedirla.

Volví con Katerina después de comprobar la situación con los guardias y, mientras la abrazaba, teniéndola cerca, juré de nuevo que sería el hombre que ella necesitaba que yo fuera. Si quería que

le diera espacio y tiempo para adaptarse al fin del apellido Kozlov, lo haría. Si necesitaba que la mimara y la distrajera o incluso la mantuviera ocupada dejándola trabajar en su portátil, lo haría.

Pasara lo que pasara, nunca le fallaría.

Por la mañana, conseguí distraerla de los asuntos más serios de la vida con un rapidito en la ducha. El sexo era una parte importante de cualquier relación exitosa, pero sabía que no debía centrarme solo en ello.

Nos secamos y nos arreglamos juntos, tranquilos y listos para enfrentar el día. Mi primer plan de acción era hablar con mis hermanos y los supervisores principales que habían pasado toda la noche en ese almacén buscando pruebas de que Anton estuviera incluido entre los muertos. Con un ataque tan grande, habría días de limpieza que gestionar.

Sin embargo, la calma que encontramos se hizo añicos en el instante en que salimos de la habitación.

Ver a mi abuela y a Joann sentadas en un sofá de dos plazas con dos guardias Kozlov apuntándoles con pistolas para silenciarlas me heló la sangre. Antes de que pudiera hablar, antes de que pudiera reaccionar, Anton se levantó del sillón y me apuntó con su pistola.

Katerina no esperó. Cogió la pistola de mi funda y la levantó hacia su tío. No queriendo arriesgarme a que volara una bala por la habitación tan cerca de mi esposa y mi hijo, o de las otras dos, levanté las manos y dejé que los papeles se invirtieran.

Ella me protegería.

Katerina no solo estaría a mi lado sino que también me defendería. Me protegería a mí y a nuestro hijo, a nuestra familia, porque así era ella. Habiendo deseado una familia toda su vida, haría todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que no nos hicieran daño.

—Cómo te atreves —gruñó Anton. Entrecerró los ojos hacia ella, sin tratar de ocultar su malicia. El odio emanaba de él mientras mantenía su pistola apuntándome, pero no asustó a Katerina.

Ella se dirigió directamente hacia él, sin detenerse ni una sola vez. No mostró ni una vacilación ni una pausa mientras se acercaba

a él sin titubeos, mi pistola en alto y apuntando directamente a su cabeza.

Joder.

Joder.

Maldita sea.

No podía hacer nada más que mirar. Conteniendo la respiración mientras mi corazón retumbaba en mi caja torácica, observé a mi esposa mientras acechaba directamente para plantarse cara a cara con ese cabrón. Sin miedo. Sin compasión.

Era una mujer en pie de guerra.

Estaba aterrorizado. Mi corazón podría detenerse con la oleada de temor que amenazaba con dominarme, pero tenía que corresponderle y confiar en ella, tener fe en ella y en sus capacidades.

Porque según yo lo veía, nunca hubo excusa alguna para cuestionar su lealtad hacia mí y hacia *mi* familia.

Nuestra familia.

Había nacido Kozlov, pero al amarme, era una Ivanov de corazón.

Sin decir palabra, dejó que sus acciones transmitieran cualquier respuesta que pudiera darle. Deteniéndose a solo unos metros de él, casi pie con pie, aseguró su agarre en la pistola y se acercó lo suficiente como para prácticamente clavarle el cañón en la cabeza.

—¿Cómo te atreves a desafiarme, patética zorra? —gruñó, demasiado absorto en humillarla y destrozarla como para reaccionar al hecho de que ella le estaba apuntando con una pistola a la cabeza. Sus guardias reaccionaron. Uno retrocedió del sofá para apuntarle con su arma mientras el otro vigilaba tanto a Joann como a mi abuela.

Aun con una pistola apuntándole, sabía que ella sería la vencedora. Su odio hacia Anton triunfaría. Solo me haría falta dar un paso para bloquear a ese Kozlov e impedir que le disparara. Esta vez, recibiría un disparo por ella. Siempre recibiría un golpe para mantenerla a salvo.

—¿Cómo te atreves a desafiarme? —gritó Anton, escupiendo saliva por la boca—. Siempre supe que eras una mocosa quejica y

desagradecida. Un pedazo de mierda llorón al que nunca debería haber aguantado.

Katerina no se inmutó. Con la mandíbula tensa, los labios apretados en una fina línea, le fulminó con una mirada letal mientras mantenía la pistola firmemente apuntando a su cabeza. Solo un movimiento de su dedo en el gatillo y una bala se hundiría justo entre sus ojos.

—Yo te mantuve después de que Thomas...

Ella ladeó la cabeza. Solo ligeramente. Casi como un animal que reacciona a una orden o código que provocaría una acción.

—¿Qué? —lo exigió acaloradamente, como si estuviera al mando —. Tu padre estaría jodidamente avergonzado de ti, zorra. Me has desafiado. Has desobedecido mis órdenes. Has desertado de la familia.

Si estaba intentando ganar mediante el chantaje emocional, no iba a tener éxito.

—Has faltado al respeto a mis órdenes y no me has mostrado ningún honor. Soy tu líder. Tu jefe, y no importa cómo creas que puedes salirte con la tuya jugando de esta manera, siempre me pertenecerás y responderás ante mí.

Aun así, Katerina le miraba fijamente, casi como si esperara a que terminara de decir lo que tenía que decir para ella poder rematarle con la última palabra.

—Te acogí después de que Thomas...

De nuevo, ella se estremeció ligeramente, como un tic, al oír el nombre de su padre. Sin embargo, estaba perdiendo la paciencia porque ahora, se acercó más y casi incrustó el cañón de su pistola contra su arrugada frente.

—No tienes derecho a hablar de mi padre.

Él se burló, riendo con arrogancia.

—Oh, que te jodan, zorra inútil. Puedo decir lo que me dé la puta gana y no me detendrás. Nadie lo hará.

Retirando un poco la pistola, ella giró ligeramente para poder abofetearlo. Él no se lo esperaba, porque la pistola se le cayó de la mano y se deslizó por el suelo.

—Piénsalo otra vez, *tío* —dijo ella suavemente, dejando que toda su ira se filtrara.

—Te impediré que vuelvas a hablar de mi padre. Te impediré que vuelvas a intentar hacerme daño a mí o a mis seres queridos. Nunca más. —Presionó la pistola directamente contra su frente, actuando según sus deseos más profundos de venganza.

Mi abuela recogió la pistola que él había dejado caer, y ahora la apuntaba al guardia que estaba sobre ella y Joann. Las tornas habían cambiado. La balanza se había inclinado.

Y mi mujer estaba jodidamente gloriosa en su poder.

Me coloqué detrás de ella, no para esconderme, sino para apoyarla en este último acto de amor por su padre. Para matar a su asesino.

—Te impediré que intentes atacar a *mi* familia. No a la que destruiste cuando mataste a mi padre. —Presionó aún más la pistola contra él mientras sus fosas nasales se dilataban y sus ojos se abrían más con furia—. *Mi* familia. Mi marido. Mi hijo. Mi futuro. No la patética organización que robaste a tu hermano cuando le disparaste y tomaste el control. Dejé de pertenecer al nombre Kozlov en el segundo en que acabaste con su vida.

Inclinando la cabeza hacia un lado, como si buscara otra perspectiva mientras retrasaba el momento de matarle, sonrió. Era una sonrisa malvada, una promesa pacífica pero siniestra de acabar con su vida y disfrutar haciéndolo.

—Nunca más amenazarás a mi familia —repitió—. Porque estarás muerto. Un patético cadáver sin ningún poder.

—No te atreverías —gritó él.

—Me atrevo. Te mato por mi padre —juró ella—. Por haber pensado siquiera en utilizarme y arruinar mi vida. —Dio un paso más hacia él—. Así que *que te jodan*, Anton. Que te pudras en el infierno.

Apretó el gatillo y lo mató al instante. Sangre y masa cerebral salpicaron desde su cabeza mientras se tambaleaba. Un disparo tan directo no le dejó ninguna posibilidad de levantarse y discutir, de protestar y menospreciarla.

En lugar de regodearse en el triunfo de haberlo matado, no perdió ni un segundo. Girándose rápidamente, eliminó al guardia

que amenazaba a mi abuela y a Joann.

Y de nuevo, pivotó para apuntar con la pistola hacia la puerta principal.

Saul entró corriendo con Hugo, y ella bajó el arma inmediatamente.

—Joder —mi hermano menor entró, asimilando la escena.

—Joder —repitió Hugo, pero en un tono lento de asombro.

Katerina me devolvió mi pistola, observándome y respirando más rápido. Debía estar experimentando un torbellino de emociones después de esa confrontación. Ira. Alivio. Miedo. Satisfacción. Sobre todo, debía estar lidiando con los efectos de una caída de adrenalina también.

Sin decir palabra, caminó hacia mi abrazo. Extendí mis brazos y la estreché contra mí, manteniéndola cerca y acariciando su espalda con mi mano. Mientras apoyaba su rostro en mi pecho, acurrucándose contra mí, enredó sus dedos en la tela de mi camisa y estabilizó su respiración.

Observando a mi hermano y a Hugo por encima del hombro de ella, supe que ellos se encargarían de este desastre. Junto a ellos, Joann y mi abuela se apartaron, permaneciendo juntas.

—Entró y me ordenó venir aquí —le dijo a Saul.

Él asintió, enfadado por lo que ella compartió.

—Recibimos una llamada de Ray —dijo, refiriéndose a uno de los guardias apostados aquí—. Le dispararon. Timothy era un topo para ese cabrón muerto. Había sido sobornado por los Kozlov. Así es como Anton supo evitar el ataque anoche. Cómo pudo enviar asesinos al edificio y entrar aquí ahora. —Me miró—. Está muerto.

Katerina se enderezó, saliendo de mi abrazo.

—Él también —dijo innecesariamente señalando a su tío.

Saul sonrió.

—Buen disparo —la elogió mientras más hombres entraban para hacerse cargo de la escena.

Ella asintió, perdiendo esa expresión vacía y ausente con cada segundo que pasaba.

—Y yo que hice tanto alboroto diciéndote que lo mataría por ti —bromeé, captando de nuevo su atención.

Volviéndose lentamente hacia mí una vez más, suspiró.

—Sabes que no siempre escucho.

La atraje hacia mí para darle un suave beso.

—Pero escúchame ahora —le pedí mientras acunaba su rostro—. Te amo, y me encanta que nada se interpondrá en el camino de nuestro futuro ahora.

Como el sol que sale después de un período de grisura, ella sonrió. Mi alma se regocijó con su satisfacción, con la paz que podía abrazar con este cierre sobre la muerte de su padre.

—Yo también te amo, Nik. Y no puedo esperar a que nuestro futuro realmente comience ahora.

35

KATERINA

Nik y yo regresamos a la residencia principal de los Ivanov al día siguiente. Para mantener mi mente alejada de todo lo que había ocurrido, me llevó a un pequeño viaje fuera de la ciudad. El cambio de escenario sirvió como reinicio, y quise llamarlo nuestra luna de miel.

—No —negó con la cabeza mientras el conductor entraba en el área de aparcamiento detrás del edificio—. Tendremos una verdadera luna de miel más tarde.

Sonreí, suspirando ante su seguridad.

Parecía algo tan simple, alejarnos por un día, pero funcionó. Estaba más tranquila. Adaptarme a todo lo que había pasado era de alguna manera más fácil cuando no estaba enfrentando a su familia o al lugar que ahora llamaría hogar. Solo nosotros dos. Me permitió asimilar el hecho de que nunca más tendría que lidiar con Anton. Que la organización a la que todos suponían que yo sería leal ya no existía como amenaza.

—También podemos tener una boda de verdad más adelante —añadió, besándome una vez antes de salir del coche.

Solté una pequeña risa.

—¿Por qué? ¿Porque Anastasia quiere que tengamos una?

Él sonrió con picardía.

—No. Ella no tiene motivos para quejarse. Se empeñó tanto en tener herederos en la familia, y ahora tenemos tres en camino.

—Quizás Saul pueda darle una boda.

Puso los ojos en blanco, sujetando mi mano mientras entrábamos en el edificio.

—Lo dudo mucho. Ya es un milagro que cualquiera de nosotros se esté estableciendo, pero no contaría con que él se alinee así en un futuro cercano.

—¿Porque es demasiado mujeriego?

—Bingo —dijo mientras entrábamos en el vestíbulo y nos encontramos con los demás.

Lucy y Sloane se apresuraron hacia mí primero, todas sonrisas.

—Aquí está la señora de la casa, la heroína del siglo —elogió Sloane.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lucy, mucho más amable ahora y más parecida a su dulce forma de ser. Quizás todo lo que había hecho falta para volver a caerle bien era salvarle la vida y eliminar al asesino que podría haberla matado.

—Me siento... —abrí mucho los ojos al ver todas las cajas apiladas—. Vaya.

—¿No es adorable? —Sloane miró las pilas de entregas.

—¿Qué es *todo* esto? —pregunté, dando un paso adelante.

—No, no cambies de tema —insistió Lucy, siguiéndonos—. ¿Cómo te sientes, Katerina?

—¿Sobre qué? —la miré, sin miedo a ser directa—. ¿Sobre haber matado a mi tío? Estoy aliviada.

Quizás ella fuera demasiado nueva en este mundo de la mafia para entender que también me sentía realmente orgullosa de haber tenido el honor de acabar con Anton Kozlov. En mi opinión, era lo más parecido a ojo por ojo que podía conseguir. Él había matado a mi padre, y yo lo había matado por eso. Todo estaba bien en mi mundo, y esperaba que mi padre estuviera orgulloso de ese cierre.

Lucy asintió lentamente, como si estuviera probando ese concepto, que desear la muerte de alguien fuera algo bueno.

—¿Y estás físicamente bien? ¿El bebé también?

—Vaya, ¿estás preocupada por mí, Lucy? —bromeé, esperando que estuviéramos más cerca de ser amigas que de no serlo.

—Por supuesto que lo está. Yo también lo estaba —dijo Sloane—. Eres demasiado dura como para no preocuparnos por ti.

—¿De verdad estás bien? —preguntó Lucy otra vez.

Podría acostumbrarme a esto. Una hermana alegre y mordaz y otra seria y dulce. Eran opuestas, pero ahora ambas eran mías.

Sonriendo libremente, asentí.

—Estoy más que bien. —Y lo decía en serio. Un enorme peso se había levantado de mis hombros con la muerte de Anton—. Mi mayor enemigo está muerto. La persona que mató a mi padre ha sido castigada y nunca más podrá hacerme daño. Estoy a salvo. —Miré hacia atrás, donde Nik hablaba con Maxim—. Nikolai está a salvo. —Coloqué mi mano sobre mi vientre—. Mi bebé está a salvo. No hay nada más que pueda pedir.

—Tu bebé también está muy consentido —añadió Sloane con una sonrisa. Caminó de vuelta hacia las pilas de cajas mientras se colocaba sus largas ondas rubias detrás de la oreja.

—¿Qué es todo esto? —volví a preguntar.

—Entregas. Regalos para ti y el bebé —dijo Anastasia mientras entraba en la habitación. Me abrazó y suspiró ante todo lo que había llegado—. Algunas de las mujeres de la organización pensaron que sería un buen gesto enviar regalos para el bebé.

—¿*Algunas*? —Me reí incrédula. Siempre había sabido que el Sindicato Ivanov era grande y extenso, alcanzando incluso fuera de la ciudad, pero esto era demasiado. Era como si se hubieran unido para comprar una tienda entera.

—El objetivo era darte algo en lo que ocuparte para que no pensaras en tus pérdidas —dijo Lucy, indicando que ella y Sloane habían tenido parte en que estos regalos llegaran para mí y mi bebé.

—¿Qué pérdidas? —desafié arqueando una ceja—. No he perdido nada, pero he ganado mucho.

Sloane me dio un medio abrazo y apoyó su cabeza contra la mía.

—Eso es muy dulce.

—También es muy cierto. —Nadie podía entender lo sola que estaba antes de atreverme a rescatar a Nik y huir.

—¿Cómo demonios vamos a hacer sitio para todo esto? —preguntó Nik mientras él y sus hermanos se acercaban.

Me encogí de hombros.

—Estaremos ocupadas pensando cómo organizarlo —dijo Sloane —, ya que parece que vosotros estaréis en vuestras reuniones y ausentes.

Miré a Nik, preguntándome por qué estaría demasiado ocupado para ayudarme a jugar a las casitas en preparación para nuestro bebé.

—¿Reuniones sobre qué? —preguntó Lucy—. Pensaba que toda la planificación frenética y el ajetreo era para el ataque a... —Me miró nerviosa, todavía tan considerada con mencionar el apellido Kozlov, como si fuera a herir mis sentimientos.

—Ya que los Kozlov ya no son un enemigo —dije, demostrando que podía decir el nombre sin derrumbarme—, ¿qué te mantendrá alejado de mí? —Tomé la mano de Nik, conmovida cuando él apretó la mía. No importaba lo que estuviéramos haciendo o cómo estuviéramos cerca uno del otro. Siempre nos reconectaríamos y encontraríamos el camino de vuelta el uno al otro.

—Los Romano —respondió Saul, mirando la alta pila de cajas por las que tendría que pasar, aparentemente por mi cuenta.

Maxim asintió mientras pasaba su brazo sobre los hombros de Sloane.

—Tenemos preocupaciones persistentes sobre la participación de los Romano en todo lo que hemos enfrentado.

—Tienen que ser tan cómplices en el envenenamiento de tu padre y el secuestro de Nik —dije.

—Sí, lo son —confirmó, dirigiéndome una mirada seria de consideración—. Y sabemos más sobre eso gracias a ti, *hermana*.

Sonreí, contenta de que el jefe interino finalmente estuviera aceptando mi lugar en la familia y ya no me mirara como si fuera el enemigo.

—Gracias a tenerte aquí como hacker, podemos ver más de lo que solíamos ver —añadió.

—Entonces cuando necesite algo para mantenerme ocupada, mientras me convierto en madre, me alegra poder ayudar, *hermano*.

—Se sentía realmente bien poder decir eso.

—También espero que me creas cuando te digo gracias por lo de antes —aclaró su garganta y miró a Nik, luego a Damon—. Por avisar a nuestro padre sobre dónde estábamos escondidos, para que pudiéramos ser salvados.

—Ah. —Asentí—. ¿Grigory habló contigo?

—Sí.

—¿Por qué no le dijiste a nadie que fuiste tú quien le avisó? —preguntó Damon—. No habría sido tan difícil convencerle —dio un codazo a Maxim— de que confiara en ti.

—Porque dudaba que alguien me creyera. Vuestro padre sabía sobre mi papel entonces, pero nadie parece confiar en él ni en lo que recuerda ahora mismo. Mi padre lo sabía, pero lo mataron. Y eso fue todo. Era mi palabra contra... vuestros prejuicios. —Me encogí de hombros—. Pero todo eso ya es pasado.

—Quizás sí, quizás no —dijo Maxim—. Tenemos sospechas de que Anton podría haber estado detrás de aquello, alineándose con los Romano.

—Entonces parece que estamos a medio camino de ir tras los responsables —dijo Nik—. Los Kozlov ya no están para preocuparnos.

—Pero los Romano sí —gruñó Maxim, nada contento con ello.

—Tranquilo —dijo Saul—. Me ocuparé de ese problema. —Metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones—. Ya que estáis todos ocupados casándoos y teniendo críos... —Dirigió una larga mirada al enorme montón de cajas—. O comprometiéndoos a abrir todas esas y montar cuartos infantiles.

Sonreí, sabiendo que mis nuevas hermanas me ayudarían. Ya habían pasado por la planificación para la llegada de sus bebés y serían de gran ayuda.

De repente caí en la cuenta.

—Dios mío.

Todos me miraron con interrogación.

—Va a haber bebés por todas partes. Tres a la vez.

Nik se rió. —¿Apenas ahora haces ese cálculo? —Me besó la parte superior de la cabeza.

—No. Ya lo sabía, pero ver todas estas cosas lo pone en perspectiva. —Mirando alrededor con atención, levanté las cejas—. Solo pensad en toda la protección infantil que necesitaremos. ¡Por tres!

—Yo solo estoy emocionada porque nuestros hijos crecerán juntos —dijo Lucy. Damon la abrazó hasta que ella se recostó contra su pecho—. Crecí como hija única.

—Yo también —dije.

—Y yo —admitió Sloane.

—Y esto es solo el principio —dijo Anastasia, sonriéndonos a todos—. Porque constantemente querréis más bebés después de esto.

Tuve que reírme de eso. Habíamos estado alimentando un ciclo constante de fiebre de bebés.

Era un futuro que prefería frente a lo que una vez pensé que sería el resto de mi vida: soltera, huyendo y esperando sobrevivir. Ahora estaba rodeada de amor y familia, y nunca daría por sentado ni un segundo de todo esto.

36

NIKOLAI

Unas semanas después de que Katerina y yo volviéramos a casa de la pequeña excursión que hicimos tras matar ella a Anton, disfrutamos de una rara noche en casa. Sin reuniones. Sin desempaquetar cosas ni planear la decoración de la habitación del bebé. Sin citas médicas ni cenas con amigas.

Éramos solo nosotros dos.

En casa.

Tumbados en la cama después de hacer el amor y holgazanear juntos.

No cambiaría esto por nada del mundo. Esta profunda satisfacción, esta auténtica plenitud de saber que este era mi lugar. Quién necesitaba en mi vida.

—Te digo que solo son gases.

Me reí ante la insistencia de Katerina.

—Estás acariciando mi burbuja de hinchazón y gases de la cena —bromeó.

No me estaba convenciendo para que parara. Me quedé justo donde estaba, con el amor de mi vida, acariciando su vientre y sonriéndole mientras yacía junto a mí.

—Esto no son gases. Es mi hijo o hija —acuné su vientre y admiré lo increíblemente sexy que estaba así.

—Todavía no se me nota, Nik —protestó.

—Yo digo que sí. —Y era verdad. Esto no era un poco de volumen extra después de la cena. Una pequeña protuberancia se estaba formando donde crecía nuestro futuro. Acababa de pasar la marca del primer trimestre, y yo no podía esperar a la cita con los técnicos de ecografías.

Habíamos estado debatiendo si queríamos saber el sexo, y ambos seguíamos sin decidirnos al respecto. Pero se acercaba el momento en que podríamos averiguarlo, si queríamos.

Ya fuera niña o niño, no me importaría. Siempre y cuando estuviera sano y feliz, y Katerina y yo haríamos todo lo posible para que así fuera. A nuestro bebé no le faltaría de nada.

—Algunos días, me despierto y todavía no puedo creer que esto sea real. Que esta sea mi vida —admitió en voz baja—. Que estoy aquí, que te tengo a ti y que voy a ser madre.

—¿Por qué, porque suena demasiado bonito para ser verdad? —pregunté.

—Quizás. O quizás es porque nunca me permití creer que los sueños se hicieran realidad así. Que mi vida pudiera ser perfecta.

—¿Perfecta? —gruñí y luego me reí—. No parecías pensar que hubiera nada perfecto en tu vida o en este mundo cuando intentabas montar esa cuna ayer.

Ella se rió.

—Esa cosa era una tortura.

No iba a discutirle ese punto. Habían hecho falta cuatro soldados para descifrar esas instrucciones.

—Me alegra poder ayudar a hacer tus sueños realidad.

—Has superado todos mis sueños, Nik —me besó, dejándome ver todo el amor que sentía por mí ardiendo en sus ojos azules. Me cautivaban como siempre, invitándome a mirarla y maravillarme ante el prodigio de tener a la chica de *mis* sueños, la mujer que tenía la llave de mi corazón.

—¿Estás seguro de que no esperas que este bebé sea un niño? —preguntó.

—No —negué con la cabeza—. Niño o niña, no importa.

—Pero sé que necesitaremos al menos un hijo varón para continuar el apellido.

Me reí, girando con ella hasta que quedamos de lado, uno frente al otro.

—¿Un hijo para continuar el apellido familiar? Tonterías. Tenemos tres bebés en camino en la familia. Saul encontrará a alguien y comenzará su familia tarde o temprano. Sé que dijiste que quizás tres sería un buen número, pero sigo pensando que cinco nos vendría bien.

—¡¿Cinco?! —se rio—. Empecemos con el primero y veamos cómo va.

Demonios, lo que ella quisiera, eso haríamos. Tenía el presentimiento de que la convencería para aumentar el número de hijos que querría tener.

—Incluso si solo tenemos este —dije, enmarcando su rostro y admirando su belleza mientras sonreía de nuevo—, él o ella será la prueba de nuestro legado, Katerina. Nuestro hijo no será solo otro heredero para casar.

Ella asintió, totalmente de acuerdo. Después de que casi la obligaran a casarse y luego terminara siendo mi esposa de todos modos, tenía opiniones amargas sobre los hijos siendo empujados a relaciones. Parecía un milagro que mis hermanos y yo hubiéramos tenido tanta suerte hasta ahora.

Maxim y Sloane estaban enamorados.

Lucy había domesticado a Damon y lo había equilibrado.

Y yo no tenía más que amor y dedicación que ofrecer a Katerina.

No siempre se esperaban matrimonios por amor en nuestro mundo, pero estábamos creando nuestras propias reglas, de todos modos.

Pasara lo que pasara, sabía que este bebé que Katerina llevaba para mí nacería del amor, no de la traición. Nuestro hijo vendría a este mundo como un signo de supervivencia, de haber superado todas las adversidades. Sería un testimonio de cómo Katerina luchó para salvarme y estar conmigo porque realmente me amaba, y yo la amaba a ella, no porque priorizara frustrar a Anton y traicionara a la familia en la que había nacido.

—Me gusta cómo suena eso, nuestro legado —asintió Katerina—. Nuestro amor.

La tarde siguiente, cuando nos unimos a mi familia para celebrar el cumpleaños de mi padre, parecía que ese tema estaba en la mente de todos. Amor y legado.

Padre se sentía mejor y tenía más días buenos con mayor frecuencia, pero podía notar que Maxim estaba perdiendo la esperanza de que retomara su posición como *Pakhan*. Sinceramente, dar un paso atrás era probablemente lo mejor para todos nosotros. Mi hermano mayor estaba llenando unos zapatos grandes, pero estaba asumiendo bien la responsabilidad. Se estaba adaptando y era adecuado para seguir siendo el jefe del Sindicato Ivanov.

Padre estaba más relajado sin el título sobre él. Podía tomárselo con calma y mirar hacia la próxima generación que llegaba a la familia.

Mientras todos nos sentábamos y terminábamos el almuerzo, esperando que los cocineros trajeran su tarta, observé cómo él y Lucy hablaban a un lado. Sloane y Katerina estaban sentadas juntas, riendo y susurrando, probablemente sobre algo obsceno e inapropiado, conociendo cómo podía ser Sloane a veces. Saul y Maxim charlaban con Damon. Todos estábamos aquí, una gran familia feliz, y me alegraba que ningún conflicto pudiera perdurar mucho tiempo.

Lucy iba por buen camino para aceptar a Padre después de que este casi hubiera conseguido que la mataran... accidentalmente.

Sloane ya no estaba sola y tenía dos cuñadas para hacerle compañía después de haber sido la única mujer durante un tiempo.

Y Anastasia parecía terriblemente complacida mientras ella también observaba a las personas en la habitación. Ya no podía regañarnos por buscar mujeres. Y no tenía motivos para quejarse de no tener herederos con los que contar.

Katerina regresó a mi lado cuando trajeron la tarta y cortaron las porciones.

Padre nos dio las gracias a todos por celebrar con él, y prometió que este cumpleaños era el mejor hasta ahora, ya que había tenido días malos en los que dudaba que viviera para tener otro más.

La "fiesta" fue disminuyendo, e invité a mi padre a sentarse más cerca de nosotros.

—Sabéis, esto es lo que Thomas quería —nos dijo, sonriendo a Katerina—. Creo que él ya podía intuir desde hace mucho tiempo que vosotros dos estabais destinados a estar juntos.

Me reí una vez y negué con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué dejar ese acuerdo matrimonial tan abierto? Solo decía que ella tendría que casarse con uno de nosotros.

Padre me despidió con un gesto.

—Lo sabíamos. Sabíamos que vosotros dos seríais la pareja ideal, y teníamos la esperanza de que eso se cumpliría. Además, ese acuerdo era más como una broma, un pasatiempo cuando los tiempos eran buenos. No creo que ninguno de los dos lo hubiera recordado. Yo seguro que no, y no es solo por todo lo que he sufrido de esa manera. —Negó con la cabeza—. Y los tiempos siempre fueron buenos entonces. Thomas y yo nos tomábamos en serio mantener siempre nuestra amistad, ser tanta alianza como pudiéramos sin complicar los detalles. Anton nunca fue partidario de ese concepto, claramente, pero solo viendo a vosotros dos juntos ahora, con un hijo en camino, siento que estamos haciendo justicia a la memoria de Thomas.

Katerina se inclinó para besarle la mejilla.

—A mí también me gusta pensar eso.

—Supongo que a Anton no le gustaba que Thomas alineara el apellido Kozlov con los Ivanov —dijo Saul—, porque ya estaba planeando aliarse con los Romano.

Yo también lo pensaba.

—Es obvio que contaban con cosechar algún tipo de recompensa —dijo Maxim—. Todas las propiedades de los Kozlov han pasado a ser de los Romano. Han expandido su territorio asumiendo todos los activos que tenía Anton.

—Buen viaje a todo eso —comentó Katerina con sequedad.

—Pero no tendrán mucho tiempo para disfrutarlo —predijo Saul mientras se recostaba. Apoyando el tobillo sobre la rodilla opuesta y extendiendo los brazos por encima del sofá donde estaba sentado,

parecía demasiado elegante y relajado, demasiado despreocupado, para sonar despiadado y como una amenaza.

Pero vi la determinación en sus ojos. Creí que lo decía en serio cuando afirmó que supervisaría la misión para acabar con los Romano y poner fin a todos los enemigos serios que pudieran amenazarnos.

Podíamos contar con él.

Teníamos que hacerlo.

Porque estábamos demasiado ocupados iniciando nuestros propios legados.

Katerina contaba conmigo para ayudarla a dar la bienvenida a nuestro hijo al mundo.

Y yo contaba con ella para que siempre me dejara amarla y mostrarle todas las formas en que hacía que mi vida mereciera la pena.

37

KATERINA

Meses después...

—Es preciosa —le dije a Sloane mientras abrazaba y mecía a su recién nacida—. Absolutamente preciosa. —Con mi barriga de embarazada sobresaliendo cada vez más, me resultaba gracioso que sirviera casi como un apoyo para ayudarme a sostener y acunar a mi primera sobrina.

Isabella Ivanov sería una princesa de la Mafia, la primera de su generación, y yo no podía esperar para verla crecer.

—El parto *no lo fue* —admitió Sloane agotada. Lanzándonos una mirada reveladora, primero a mí y luego a Lucy, resopló—. Hagáis lo que hagáis, *no* esperéis tanto para la epidural hasta el punto de que se os pase la oportunidad y no podáis tenerla.

—Anotado —dijo Lucy con una risa, observando a Isabella bostezar mientras yo la sostenía. Lucy se inclinó a mi alrededor, mirando por encima de mi hombro a esta nueva princesa, y al unísono, soltamos un *aww* ante el bostezo de la recién nacida.

Nos habíamos vuelto más cercanas que nunca desde que me mudé al edificio. Como nuevas esposas de la familia y además al estar las tres embarazadas al mismo tiempo, era imposible mantenernos separadas y guardar rencores. Habíamos necesitado algunas largas conversaciones, muchas disculpas y explicaciones,

pero ahora podía considerar a Lucy mi mejor amiga. Sloane también lo era. Éramos tres fuerzas a tener en cuenta, y me sentía bendecida cada día por tenerlas en mi vida.

—Felicidades de nuevo, Sloane —dijo Joann mientras entraba en la habitación, trayendo un nuevo vaso de agua con hielo para ella. No tenía un trabajo. Maxim tenía que recordarle constantemente que solo era una invitada permanente en la casa. Pero estaba en su naturaleza cuidar y ayudarnos. Estaríamos perdidas sin ella, y a medida que estos bebés llegaran a nuestras vidas, sabía que intervendría como una madrina honoraria y sería de gran ayuda cuando la necesitáramos.

—Pero déjame cogerla —dijo, sonriendo al bebé—. Aún no he tenido la oportunidad de sostenerla hoy. Y tú no querrás llegar tarde a tu cita —me dijo con un guiño cómplice.

—Mierda. —Nik comprobó la hora—. Vamos a llegar tarde.

—No, no llegaremos —argumenté—. No es como si tuviéramos que ir muy lejos.

Aunque la cita de hoy se suponía que era solo una revisión rutinaria, Nik y yo decidimos la semana pasada que queríamos conocer el sexo de nuestro bebé, después de todo. El médico dijo que podrían tomarse unos minutos extra y hacernos una revelación de género.

—Solo está a unas habitaciones por el pasillo —le recordé. Cada vez que venía a una cita, me sentía agradecida de nuevo porque él hubiera cedido en mantenerme en casa o dejarme salir a una consulta o al hospital. Cuanto más se acercaba mi fecha de parto, más empezaba a preocuparme sobre cómo me iría durante el alumbramiento, pero eso no iba a ayudarme. Preocuparme con tanta antelación me volvería loca. Lo único que podía decirme a mí misma era que Nik proporcionaría todos los recursos posibles para que tuviera el parto más suave posible.

Así era como mi hombre me amaba.

Sabía cuándo discutir conmigo y cuándo ceder. Yo intentaba hacer lo mismo.

Le entregué Isabella a Joann, que ya le estaba haciendo arrumacos y meciéndola. Lucy me sonrió y nos deseó suerte a Nik y

a mí.

—¿Y vosotros seguís sin querer saber el sexo de vuestro bebé? —les pregunté a ella y a Damon.

Él negó con la cabeza. —Quiero que sea una sorpresa.

Lucy asintió con una sonrisa tonta. —Sí. Es emocionante adivinar y preguntarse.

—Nah. Yo no puedo esperar para saberlo —dijo Nik, tomando mi mano.

—¿Por qué, para poder practicar nombres para el bebé? —bromeé.

—Ya lo sabes —respondió mientras salíamos de la habitación.

—Tal vez podríamos dejar que otra persona le ponga nombre. —Porque la discusión sobre el nombre de nuestro bebé a menudo se acaloraba y ambos nos atrincherábamos, vetando las ideas del otro solo por no ceder.

—Encontraremos uno con el que podamos vivir ambos.

—Y luego están los apodos —añadí.

—Eso es solo una laguna legal. —Se rio—. Encontraremos un nombre.

Lo haríamos. Aunque las discusiones nos salían de forma natural, ambos sabíamos cuándo ceder un poco. El nombre de nuestro bebé era una decisión importante, pero lo conseguiríamos.

Veinte minutos después, tras un paseo por el pasillo para mi cita, ambos estábamos radiantes con la noticia de que también tendríamos una hija.

Nik me besó, feliz y emocionado, mientras la técnico de la ecografía me limpiaba el gel del vientre.

—Louisa —sugirió.

Sonreí con ironía. —Ya te lo he dicho. Me gusta Rebecca.

—Todo el mundo la llamaría Becky.

—¿Qué tiene de malo Becky? —Me incorporé con su ayuda.

—No es bueno, eso es lo que le pasa.

Puse los ojos en blanco mientras me ponía de pie, saliendo de la habitación con él un momento después. —Vale, entonces ¿por qué no Simone?

—No me gusta ningún nombre que empiece con la letra *S*. —Me tomó de la mano mientras salíamos de la habitación. Mientras caminábamos de vuelta para visitar a Sloane, Maxim e Isabella, sonrió a las imágenes de la ecografía que la técnico había imprimido.

—¿Así que no te gusta el nombre de Sloane?

—Su nombre no importa. O no importa si me gusta o no. Es el nombre que le pusieron y punto.

Sonreí, negando con la cabeza. —Vale, entonces ¿qué te parece Josephine?

Hizo una mueca. —¿Por qué quieres nombres raros?

Gemí mientras regresábamos a la habitación. —Vale, ¿cuál es tu segunda opción de nombre para niña?

—¿Una niña? —chilló Lucy—. ¡Oh, eso es tan emocionante!

Sloane y los demás también nos felicitaron.

—¿Qué tal Farrah? —sugirió Nik.

No estuvo mal, pero entonces Saul se aclaró la garganta. —No. Por favor, Farrah no. Una vez pasé un fin de semana largo en un yate con una Farrah y... —Se calló al notar que Anastasia y Grigory ponían cara de *aquí vamos otra vez*—. No importa. —Hizo un gesto con la mano en la garganta sugiriendo que eliminaramos ese nombre de la lista.

—Oh, bueno, si vamos a pedirte *a ti* consejo sobre nombres para el bello sexo —bromeó Nik—, tendrás demasiadas opiniones.

Saul frunció el ceño, mirando por la ventana en lugar de tomarse la broma con calma como de costumbre. Nunca había ocultado que le gustaba tener relaciones casuales. Como sus hermanos, estaba naturalmente en contra de la idea de establecerse con una sola mujer.

Por ahora... Ya verás, Saul. Pronto te tocará a ti. Esbocé una pequeña sonrisa secreta, dejando que mi corazonada se intensificara y mis ideas crecieran. No era la primera vez que lo notaba distante y quizás un poco triste. Como si siempre quedara excluido de las conversaciones sobre bebés y matrimonio.

Aunque planeaba encargarse de perseguir a los Romano para que el Sindicato Ivanov no tuviera enemigos importantes de qué

preocuparse, apostaba a que podría hacer tiempo para algo de amor en su vida.

Sus hermanos habían logrado abrir sus corazones.

Y apostaba a que Saul también lo haría.

Mientras observaba a todas las personas felices y maravillosas en esta habitación, *mi familia*, supe que siempre desearía esta clase de buena fortuna para los demás. Al pertenecer a una familia por primera vez en mi vida, me sentía segura y querida.

No lo cambiaría por nada.

Así de hermoso era el regalo del amor, sin importar los riesgos que hubiera que tomar para reclamarlo y aferrarse a él.

Sí. Espera y verás, Saul. Una vez que dejes de pensar solo en los negocios y el deber, sucederá. Encontrarás tu amor también.